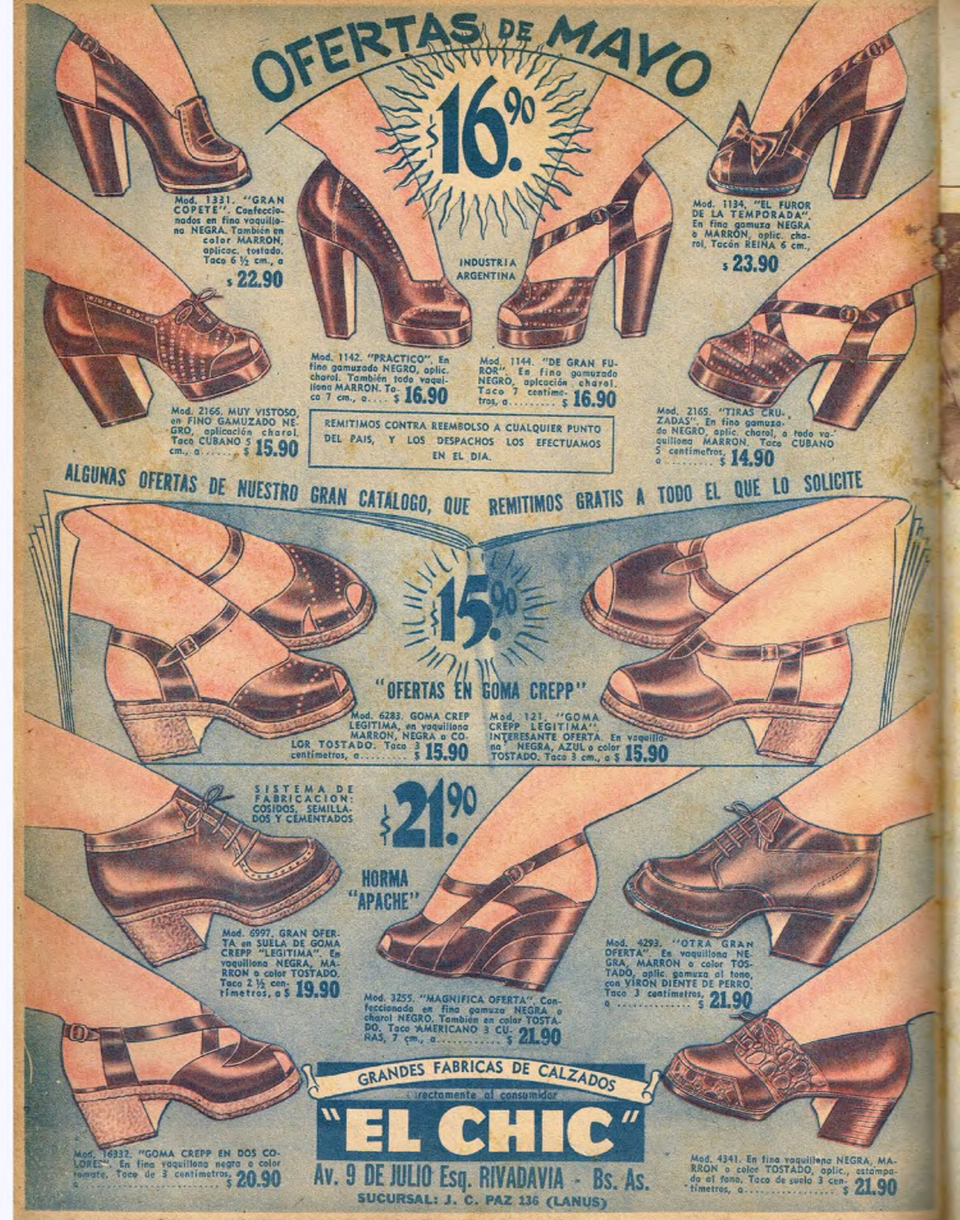

LEOPLÁN
MAGAZINE POPULAR ARGENTINO
En este número:
GLORIA PARA MI
la famosa obra de
MACKINLAY KANTOR,
más conocida por el título de su versión cinematográfica:
LO MEJOR DE NUESTRA VIDA
19 de mayo de 1948
60
centavos en todo el país



OFERTAS DE MAYO
$ 16.90
Mod. 1331. "GRAN COPETE". Confeccionados en fina vaquillona NEGRA. También en color MARRON, aplicac. tostado. Taco 6 ½ cm., a $ 22.90
INDUSTRIA ARGENTINA
Mod. 1134, "EL FUROR DE LA TEMPORADA". En fina gamuza NEGRA o MARRON, aplic. charol, Tacón REINA 6 cm., $ 23.90
Mod. 2166. MUY VISTOSO, en FINO GAMUZADO NEGRO, aplicación charol, Taco CUBANO 5 cm., a...... $ 15.90
Mod. 1142. "PRACTICO". En fino gamuzado NEGRO, aplic. charol. También todo vaquillona MARRON. Taco 7 cm., a.... $ 16.90
Mod. 1144. "DE GRAN FUROR". En fino gamuzado NEGRO, aplicación charol. Taco 7 centímetros, a......... $ 16.90
Mod. 2165. "TIRAS CRUZADAS". En fino gamuzado NEGRO, aplic. charol, o todo vaquillona MARRON. Taco CUBANO 5 centímetros, a......... $ 14.90
REMITIMOS CONTRA REEMBOLSO A CUALQUIER PUNTO DEL PAIS, Y LOS DESPACHOS LOS EFECTUAMOS EN EL DIA.
ALGUNAS OFERTAS DE NUESTRO GRAN CATALOGO, QUE REMITIMOS GRATIS A TODO EL QUE LO SOLICITE
$ 15.90
"OFERTAS EN GOMA CREPP"
Mod. 6283. GOMA CREP LEGITIMA, en vaquillona MARRON, NEGRA o COLOR TOSTADO. Taco 3 centímetros, a......... $ 15.90
Mod. 121. "GOMA CREPP LEGITIMA". INTERESANTE OFERTA. En vaquillona NEGRA, AZUL o color TOSTADO. Taco 3 cm., a $ 15.90
SISTEMA DE FABRICACION: COSIDOS, SEMILLADOS Y CEMENTADOS
$ 21.90
HORMA "APACHE"
Mod. 6997. GRAN OFERTA en SUELA DE GOMA CREPP "LEGITIMA". En vaquillona NEGRA, MARRON o color TOSTADO. Taco 2 ½ centímetros, a $ 19.90
Mod. 3255. "MAGNIFICA OFERTA". Confeccionado en fina gamuza NEGRA o charol NEGRO. También en color TOSTADO. Taco AMERICANO 3 CURAS, 7 cm., a........... $ 21.90
Mod. 4293. "OTRA GRAN OFERTA". En vaquillona NEGRA, MARRON o color TOSTADO, aplic. gamuza al tono, con VIRON DIENTE DE PERRO. Taco 3 centímetros, a .... $ 21.90
Mod. 16332. "GOMA CREPP EN DOS COLORES". En fina vaquillona negra o color tomate. Taco de 3 centímetros, a .... $ 20.90
GRANDES FABRICAS DE CALZADOS
directamente al consumidor
"EL CHIC"
Av. 9 DE JULIO Esq. RIVADAVIA - Bs. As.
SUCURSAL: J. C. PAZ 136 (LANUS)
Mod. 4341. En fina vaquillona NEGRA, MARRON o color TOSTADO, aplic., estampado al tono. Taco de suelo 3 centímetros, a................ $ 21.90

LEOPLÁN

MAGAZINE POPULAR ARGENTINO

UNA PUBLICACION DE LA EDITORIAL SOPENA ARGENTINA

AÑO XIV - Nº 336
19 de mayo de 1948

CORREO ARGENTINO Central B | FRANQUEO A PAGAR CUENTA 78 | TARIFA REDUCIDA CONCESIÓN 3016

ESMERALDA 116
T. A. 33 - 0063
BUENOS AIRES

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual Nº. 246.085

En este número:



ILUSTRARON ESTE NUMERO:
OLIVAS - GUBELLINI - ARTECHE - RAUL VALENCIA

DIBUJOS E HISTORIETAS DE:
IANIRO - SOLLE - ANDRINO - GONZALEZ FOSSAT, etc.

En el próximo número:

¡OTRA NOVELA SENSACIONAL!

IMPACIENCIA DEL CORAZON

una obra de **STEPHAN ZWEIG,** el gran escritor austríaco reciente y trágicamente desaparecido. Una historia de

PASION
DOLOR y
MUERTE

LEOPLÁN aparece el 2 de junio.



SONRISAS INFANTILES, NOVISIMAS CARITAS Y, ADORNANDOLAS, LA FINA SOMBRA DEL ENCAJE ANTIGUO.

Su enemigo es el

NADIE MAS TESONERO QUE EL PUEBLO HOLANDES PARA LUCHAR CONTRA EL AGUA, SU TEMIBLE ENEMIGO, Y CONSERVAR A LA VEZ EL TESORO DE SUS TRADICIONES

Por
Guillermo Bermúdez
ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

TIERRAS GANADAS AL MAR, SURCADAS DE CANALES Y CONSERVADAS A COSTA DE TESON.



mar

ESTAMOS acostumbrados a ver que los pueblos que resisten con su "tipismo" tradicional a los avances de la modernidad y de la moda, pertenecen a razas indígenas, asiáticas o africanas. Pero no estamos acostumbrados a que europeos legítimos y de la más pura raza sigan vistiendo como en pasadas edades. A lo sumo, con ocasión de determinadas celebraciones, solemos ver a españoles, franceses, etc., ataviarse a la usanza de otras épocas.

Naturalmente, los holandeses que nos ocupan no conforman un caso de involución ni cosa que se le parezca. Son "típicos", simplemente, con una tenacidad que envidiarían los vascos. Mas aclaremos de quiénes se trata. Nos estamos refiriendo a los habitantes de Marken, encantadora región limitada por riachos y canales, que se halla próxima a Amsterdam, principal puerto de Holanda. Son pescadores en gran parte; su vida es la propia de los isleños, el mar su tarea.

Luchadores

Entre las construcciones actuales de Marken puede observarse claramente la huella de la lucha del hombre contra el mar: Antes de realizarse las modernas defensas, las casas debían ser defendidas de diversos modos del avance de las aguas.

PINTORESCOS PUEBLECITOS, PRUEBAS DEL HEROISMO DE UN PUEBLO EN LUCHA CON EL MAR.



LOS TESOROS DEL HOGAR, EL ANTIGUO RELOJ QUE MIDIÓ EL VIVIR DE LOS QUE YA SE FUERON; PINTADAS PORCELANAS, PESADA PLATERIA, NOBLES MADERAS ANTIQUISIMAS...

Se las construía a niveles superiores o se les adosaban defensas de piedra y de madera. Todo el mundo sabe que la lucha de este pueblo extraordinario por disputarle sus rocas al mar, es una de las epopeyas más aleccionadoras de la humanidad. Pero valga la cita, porque ella nos permitirá comprender el por qué del tradicionalismo de estos holandeses. Hace siglos que la tenacidad es su herramienta. Palmo ganado al agua, jamás fué cedido. No estaremos lejos de la verdad diciendo que el que quería una huerta, debía desagotar su media "manzana" de mar. Bien: cuando gente así hace suya alguna cosa, ya no la deja. Esto es lo que ha ocurrido con sus vestimentas.

¿Para qué cambiar?

Vistiendo los trajes que hoy llevan, metieron en cintura al mar. Son propios y apropiados para esa tarea. No hay razón, pues, para trocarlos por otros. Están de tal modo adecuados al clima y a las necesidades diarias, que ninguna moda los puede reemplazar. Y, además, son de ellos... Ya la moda vendrá a inspirarse allí.

Y no se crea, de ningún modo, que Marken se halla al margen de la civilización. Innumerables aviones cruzan su cielo diariamente; centenares de turistas la visitan todos los veranos; muchos de sus hijos se forman en las universidades de Amsterdam; la civilización les asiste en todo. Pero tienen el buen gusto y la sensatez de no tomar de ella lo que no les sirve ni les hace falta. Para otros, en cambio, ser modernos y civilizados radica en vestir un "ambo" a cuadros, o tener vaguedades científicas en la cabeza, tan vagas como soberbias, sin haber penetrado jamás en la universidad de Amsterdam ni en ninguna otra; y sin tener tenacidad para luchar, no ya con el mar, sino con un chubasco.

La vida

Vemos, pues, que las encantadoras tradiciones de estos holandeses laboriosos son una consecuencia directa de su modo de vivir, y que como todos los que tienen que encarar en serio la vida, digamos labriegos y pescadores, se hallan poco dispuestos a adoptar rarezas que se avienen con los que pueden o deben cambiar por múltiples razones. Desde luego que a nosotros, los raros nos parecen ellos. Mas a ellos, a su vez, los raros debemos parecerles nosotros, sobre todo teniendo en cuenta que desde hace varios siglos vienen observando nuestro disconformismo con la manera de vestir, que va desde el sombrero con plumas al cuello "palomita", y del tricornio a los "sinsombreristas".

Sin ir muy lejos, dentro de veinte años encontraremos muy divertidos a los muchachos de hoy, cuando revisemos revistas viejas, con modas atrasadas. Después de todo, pensándolo bien, no habría necesidad de esperar tanto tiempo...



MARKEN, EL PUEBLO HOLANDES DONDE LA VIDA CONTINUA SIENDO SIEMPRE LA MISMA, HEROICA E INTIMA A LA VEZ.



UN HORIZONTE DE CEMENTO

novela porteña de

BERNARDO KORDON

ILUSTRACIONES DE GUBELLINI

CAPÍTULO I

EL BUEN CLIMA DE LAS LUCES

A pesar de sus rosadas mejillas, ese robusto hijo de Galicia denotaba en su cara tanto cansancio como fastidio. Sus ojos descoloridos me observaron con atención, pero continuó lavando copas, empapando las manos coloradas en el frío chorro de agua, sin preguntarme qué iba a tomar. Aunque no sentí ningún apuro en ser servido, ese desconocimiento de mi presencia no me causó gracia alguna. Pero peor fué cuando el mozo abrió la boca:

—¿Qué quiere? ¿Un vaso de vino?...

En realidad no deseaba otra cosa. Pero mi plan era otro: entrar en un boliche y tomar lo más decente posible: pedir algo así como un café, que me diese derecho a permanecer un buen tiempo, y a continuación sentarme y esperar que me echasen. Para eso busqué un local sin público, donde una mesa ocupada no tiene tanto valor. Quizá pudiese pasar así la noche.

—Déme un café.

Como el mozo continuó enjuagando sus vasos sin hacer el menor ademán de cumplir con mi pedido, quise darle una lección y eché la moneda sobre el mostrador de zinc. Era la última que me quedaba. Bailó un instante, pero el otro le puso la mano encima.

—En seguida se lo sirvo.

¿Por qué no me sirvió el café inmediatamente después que se lo pedí? ¿Creyó acaso que no tenía con qué pagarlo? Hacía frío, me dominaba el cansancio, pero ese episodio empezaba a calentarme la sangre.

Tenía los dedos agarrotados. Lentamente busqué los botones, para abotonarme y volver a soltarme el saco. Igual qué una criatura, encontraba extraños los ojales y no podía dominarlos. La verdad es que realizaba un trabajo para emplear lo que en ese momento me sobraba: el tiempo y las manos. Sólo me tranquilicé cuando el muchacho de cara colorada me preparó el café en la máquina resopladora. Descubrí que estábamos solos en el local. ¿Cómo entonces, y para qué, reprenderlo? Mientras abría el paquetito de azúcar, no pude hacer otra cosa que procurar su amistad:

—Poca gente, ¿verdad?

Mejor no hubiese hablado. El mozo aprovechó para responderme en tono de crítica:



—¿No ve que es pasada la una y esto es el despacho de un almacén? Iba a cerrar...

—Es verdad. Se ha hecho tarde. Y hace frío.

—Está lindo para meterse en la cama. ¿Usted no va a dormir?

Quise tomar el café. No era el momento de hacerlo y me quemé. Es horrible eso de quemarse la lengua con el café que se lleva nuestra última moneda. ¡Maldito peón! Terminaba de entrar a ese boliche para ganarle un par de horas a la noche y ahora me echan. El segundo sorbo lo tomé con mucho cuidado, pero ya no servía. Volví a sentir la quemazón en la lengua y el café tenía el gusto áspero de algunos frutos verdes. Aguanté el odio que trae la mala suerte, y respondí serenamente a ese hombre interesado en descubrir a qué clase de vagabundo servía.

—Ya iré a dormir. Pero primero me gusta tomar un café bien caliente. ¡Claro que iré a dormir! Llego a casa, golpeo fuerte y me abren en cualquier hora. Para eso, digo yo, es mi casa. ¿No le parece?

El otro rompió con una carcajada salvaje:

—¿Te gusta primero dar tu vueltita por el Bajo, eh viejito?

Después, con ojos cansados y hastiados, terminó:

—¡Y ahora a salir, porque cierro!

Esa noche la recova estaba llena de luces y música. Vi a toda esa gente andar a empujones y me sentí animado. No es tan malo el mundo. La verdad es que tiene sus cosas buenas. Había un olor caliente y lindo de polenta frita con chinchulines. Palabra que el olor me envolvía, me acariciaba y me seguía cuando caminaba. La vida tiene sus cosas buenas. Yo estaba casi contento. Veía cosas lindas. Un día podrían ser mías. Esa misma noche, quizá. Todo dependía de la suerte. Podía conseguir unos níqueles. Se trataba de buscar.

¡Había que ver cuánta gente! Se empujaban muchachos de la ciudad con marineros, y los polacos caminaban con los japoneses, y los ingleses junto con los criollos. Yo también empecé a ir de un lado para otro. Un portero abría la puerta y allí nos parábamos. Veíamos bailar a una mujer en pantaloncitos. Las piernas muy blancas, iluminadas, que daba gusto ver. La orquesta tocaba algo bien alegre, y la mujer bailaba y cantaba. Palabra, que aunque viejo, eso era igual que tomar un buen vaso de vino.

Y en varias cuadras la recova estaba llena de cafés con orquesta y mujeres. El portero cerraba la puerta y todos se iban. Sólo yo me quedaba esperando que la volviese a abrir. La mujer seguía bailando llena de luces. No se cansaba de bailar y cantar. Y con esa piel tan blanca que tenía. Yo me quedaba, pero el portero me dijo: "Vía, vía, viejo". Entonces me fuí.

Me echó de la puerta. Yo me paré más adelante, y entonces sentí rabia. ¿Era un mocoso para que me echasen de la puerta de un café? El portero no sabía lo que hacía ni lo que decía. Iba a saber quién es

(CONTINUA EN LA PÁGINA 101)

El saber perdura Y PRODUCE DINERO!

HACIA ADELANTE

UNIVERSIDAD POPULAR SUDAMERICANA

PIDA ESTE LIBRO **GRATIS**

¡No basta ser trabajador para ganar grandes sueldos! Para lograrlo, hay que tener conocimientos especializados que valoricen sus esfuerzos. Gracias al modernísimo sistema de enseñanza por correo de la UNIVERSIDAD POPULAR SUDAMERICANA, usted puede adquirir tan valiosos conocimientos, que significarán bienestar y progreso, estudiando en horas libres y en su propia casa, con gastos realmente ínfimos.

¡Decídase, pues! Mándenos hoy mismo el cupón y recibirá GRATIS el interesante libro "HACIA ADELANTE", que le explicará cómo usted podrá aumentar sus ganancias.

NOMINA DE LOS CURSOS PAGADEROS EN CUOTAS MENSUALES

CURSOS COMERCIALES
Teneduría de libros
Asesor Mercantil
Técnico Mercantil
Empleado Bancario
Empleado de Comercio
Cajero
Secretariado
Corresponsal
Taquigrafía
Mecanografía
Taqui-Mecanógrafo
Jefe de Oficina
Aritmética Comercial
Redacción y Ortografía
Escritura Comercial y Caligrafía
Inglés
Procurador
Administrador de Hoteles
Balanceador y Martillero
Argumentos de Cine
CURSOS INDUSTRIALES
Química Industrial
Técnico en Vinos y Licores
Técnico en Pinturas y Barnices
Técnico en Aceites y Grasas
Técnico en Jabones y Perfumes
Técnico en Hilados
Técnico en Tejidos
Técnico en Tejidos de Punto
Técnico en Tejidos Espec.
Técnico Metalúrgico
ESCUELA DE DIBUJO
Dibujo Artístico y Arte Decorativo
Dibujo Industrial
Dibujo Comercial
Proyectista de Muebles
CURSOS PARA EL HOGAR
Corte y Confección
Labores
Labores y Arte Decorativo
ESCUELA POLITECNICA
Radio - Televisión
Montador Electricista
Electrotécnico de Usina
Electrotécnico Bobinador
Telegrafía
Radiotelegrafía
Construcción
Arquitectura
Obras Sanitarias
Motores a Explosión
Motores Diesel
Mecánico de Automóviles
Tornería
ESCUELA DE AGRICULTURA
Agronomía
Administrador de Estancia
Mecánica Agrícola
Técnico Tambero
Avicultura
Jardinería y Arboricultura

SUCURSALES: En Colombia, Edificio Martínez, Of. 11. - MEDELLIN. ◆ En Uruguay, Sarandí 483, MONTEVIDEO

UNIVERSIDAD POPULAR SUDAMERICANA
RIVADAVIA 2465 · BUENOS AIRES



Sr Ing. B. Margulion. Director de la "Universidad Popular Sudamericana
RIVADAVIA 2465 · Buenos Aires
Remítame GRATIS y sin compromiso, el importantísimo libro "HACIA ADELANTE"

NOMBRE ______

DIRECCION ______

LOCALIDAD ______ PROV. ______ L. 336



EL DIA DEL TRABAJADOR

CON los auspicios de la Confederación General del Trabajo y la adhesión de las altas autoridades de la Nación, celebróse en todo el país la Fiesta del Trabajo. Los actos culminaron con la gran reunión realizada en la Avenida 9 de Julio de esta capital, que contó con la presencia de un público numerosísimo. Hicieron uso de la palabra, para referirse a diversos aspectos de la significación del acto, el secretario de la C. G. T., señor José G. Espejo; el presidente de la Nación, general Juan Domingo Perón, y su señora esposa. Luego cerróse el gran acto con la elección de la Reina del Trabajo y diversas representaciones escénicas. Damos en esta nota gráfica los aspectos más salientes de la fiesta.

La señorita Eva Angélica Caselli saluda sonriente, después de haber sido elegida Reina del Trabajo, casi por unanimidad de votos.



S. E. el presidente de la Nación, general Juan Domingo Perón, felicita a la Reina del Trabajo 1948, señorita Eva Angélica Caselli, por su elección.



El general Perón y su esposa, el doctor Quijano y el coronel Mercante presenciando los diversos actos programados.





Los 33 reinas departamentales que concurrieron a la Fiesta del Trabajo desde el interior del país, desfilan ante el público que las aplaudió entusiastamente. Derecha: Un detalle pintoresco de la eficaz colaboración de la Policía de la Capital.

Un aspecto de la impresionante muchedumbre que se reunió en la Avenida 9 de Julio para presenciar los festejos y escuchar la palabra del presidente de la Nación.

Fantasmas de entre dos siglos

Rafael Barret, humano

CURIOSOS EPISODIOS DE LA VIDA DE ESTE SINGULAR ESCRITOR, CUYA PERSONALIDAD SE REVELO EN EL PARAGUAY Y SE CONSAGRO EN LA CIUDAD DE MONTEVIDEO

Por Valentín de Pedro

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

1900. "Foyer" del teatro Real de Madrid, en noche de abono. Bajo la rutilante luz de las grandes arañas se remansa allí la corriente humana que fluye por la escalera de mármol, viniendo de los palcos, terminada la función de gala. Deslumbradora corriente de sedas, pieles y encajes, coronada con la espuma de las joyas. Fracs impecables. Pecheras relucientes de blancura.

Baja por aquella escalera toda la nobleza de España, que hereda los palcos del Real como los títulos. Esos títulos que un ujier canta en la puerta, para advertir a los interesados que su coche los espera:

—¡Los condes de Tal!... ¡Los marqueses de Cual!...

Arrastrados por soberbios troncos de caballos de raza, los coches van desfilando lentamente. Eso facilita la permanencia de sus dueños, durante un breve tiempo, en aquel lugar, convertido en luminoso escaparate, donde se lucen *toilettes*, frases y sonrisas.

Es una escena que se repite todas las noches de abono. Como si posaran siempre para el mismo cuadro. Pero, de pronto, aquella noche el cuadro se descompone. Un personaje con el que no se contaba, pero que por su porte y su indumento bien puede figurar en él, aparece en el "foyer". Se adelanta hasta la escalera, sube algunos peldaños y se encara con uno de los caballeros que bajan: un aristócrata de rancio abolengo. Levanta en su mano una pequeña fusta, le cruza la cara con ella.

Tras el chasquido del fustazo, un grito unánime. Más de una señora se desmaya. La sorpresa favorece la confusión. Cuando se restablece la calma, un nombre corre de boca en boca: Rafael Barret. Quien ha cruzado la cara del aristócrata con una fusta se llama Rafael Barret.

No hubo duelo, pero sí descalificación

Echegaray triunfaba en aquellos días, y dijérase que esta escena corresponde a uno de sus dramas. Una de aquellas grandes escenas que desembocaban indefectiblemente en un duelo. En este caso no lo hubo.

Rafael Barret era un joven que no tenía títulos de nobleza, si bien la distinción de su figura, el señorío de su porte, su belleza física, su espíritu cultivado y el dinero de que disponía al llegar a la corte desde su provincia natal, fueron buenos salvoconductos para que Madrid le abriera las puertas de su mejor sociedad. Se le vió brillar en los salones aristocráticos y en todos los puntos de reunión de la gente elegante.



RETRATO DE BARRET, POR AUDIVERT

Pero el día en que se le acabó el dinero, la sociedad que frecuentó hasta entonces empezó a darle de lado. Y no fué eso solamente. Aquella misma sociedad que empezó a desconocerlo, le colgó el sambenito de una calumnia, que tomaba pábulo en su belleza física y en su delicadeza casi femenina. Rafael Barret respondió a la calumnia cruzando, con una fusta, el rostro de quien la había echado a correr.

Gran escena echegaravesca, precursora de un duelo. Pero, como ya dijimos, no hubo duelo. Pocos días después, un "Tribunal de Honor" lo descalificaba. Ramiro de Maeztu, que se hallaba entonces en Madrid y que ha referido este episodio, consideró tan injusta aquella descalificación, que publicó una carta abierta en la que se borraba de la lista de los caballeros de honor. Para Rafael Barret la vida en Madrid era ya imposible. Al poco tiempo dejaba la corte camino de América.



FACHADA DEL TEATRO REAL DE MADRID.



UN MERCADO

y novelesco

Iniciación literaria

1903. Redacción de *El Diario Español*, de Buenos Aires. A ella se ha incorporado un joven escritor recién llegado de España. No trae ningún bagaje literario, ni cartas de recomendación. Pero su rostro respira inteligencia, da pruebas de una extraordinaria cultura y en su prosa se advierte un profundo sentido del idioma y un estilo que lo empareja con los prosistas que en aquella hora dan nuevo acento a las letras castellanas. Los de la generación del 98.

Pero he aquí que aquel hombre distinguidísimo, aquel verdadero "dandy", un día da a las cajas un pequeño artículo que titula *Buenos Aires*. Comienza así: "El amanecer, la tristeza infinita de los primeros espectros verdosos, enormes, sin forma, que se pegan a las altas y sombrías fachadas de la Avenida de Mayo; la vuelta al dolor, la claridad lenta de la llovizna fría y pegajosa que desciende de la inmensidad gris; el cansancio incurable, saliendo crispado y lívido del sueño, del pedazo de muerte con que nos aliviamos un minuto; el húmedo asfalto, interminable, reluciente; el espejo donde todo resbala y huye; los muros mojados y lustrosos; la gran calle pétrea, sudando su indiferencia helada; la soledad donde todavía duermen pozos de tiniebla, donde ya empieza a gusanear el hombre..."

Luego, un mundo harapiento, que surge del abismo de la noche, con su miseria, con su odio, con su hambre. Y al final un grito de protesta que espanta. Que, en efecto, espantó a muchos lectores y espantó al director del periódico, don Justo López de Gomara, el primer sorprendido con la lectura de aquel artículo, que en tan bello ropaje literario envolvía una carga de dinamita, y cuya publicación conceptuó como un abuso de confianza. Hubo explicaciones violentas. Aquel artículo era a semejanza del fustazo con que cruzó la cara de un aristócrata en la escalera del Real de Madrid; sólo que ahora iba dirigido al rostro de la sociedad. Y esta vez dejó Buenos Aires camino del Paraguay.

El hospital y la consagración

1909. En un café de Montevideo. Sentado a una mesa, José Enrique Rodó. El escritor insigne pasa su vista por las páginas de un diario, se detiene en la lectura de algo que le interesa. Llega un contertulio:

—¿Qué lee usted, maestro?

—Este artículo, firmado por R. B. ¿Lo ha leído usted?

(CONTINÚA EN LA PÁGINA 111)

ENFERMOS QUE ENTRAN Á ASISTIRSE

EN LA CASA DE AISLAMIENTO

COPIA DE LA FICHA DE INGRESO DE RAFAEL BARRET EN EL HOSPITAL.



POPULAR EN ASUNCIÓN



Un cuento de

AUGUSTO MARIO DELFINO

ILUSTRACIONES DE ARTECHE

I

NUBES bajas, densas, han cambiado el cielo. No tardará en estallar la tormenta. El día ha sido de los más calurosos que recuerdan los viejos. Durante la siesta, en las calles del barrio el sol ardió solo, calentó el empedrado. Camino del cementerio, Manuel Barrios no vió a nadie más que a un vigilante refugiado en la sombra escasa de un paraíso. Las persianas y puertas estaban cerradas. Oyó el ruido lejano de un carro. Así, solo, anduvo las ocho cuadras que lo separaban de Amelia. Fué para recordarle qué día es el de hoy, para decirle que no faltará esta noche. Atravesó el portón, pasó frente a la capilla, frente al Cristo de bronce. Se detuvo un momento, se quitó el sombrero. Esta vez no pudo seguir sin antes persignarse. Lo hizo torpemente, equivocándose de hombro, pero como no había nadie, Dios sabrá perdonarlo. Caminó entre panteones, sencillos, horizontales, unos; sun-



LA RAYA DE TIZA

tuosos otros, en los que las estatuas prolongan el esplendor de una vida o representan, simbólicamente, el dolor de unos deudos. Los mármoles no habían sido limpiados y de las cruces pendían coronas de flores marchitas. El llegó hasta el nicho en cuya placa se lee el nombre de su mujer, y de una de las manijas descolgó rosas secas. Con el pañuelo limpió bronces y piedra y con el pie empujó hacia un lado los despojos de una palma cuyo esqueleto de alambre sosteníase en el nicho de arriba. Volvió sobre sus pasos para estar con Amelia. Entonces no vió las estatuas ni se detuvo ante la capilla. Bajo su traje negro, bajo su camisa blanca, sobre la piel corrían gotas de sudor. Detrás del alto paredón quedó, abandonado por unas horas, el cementerio. En la esquina próxima dobló para andar siempre junto al muro. En la acera estrecha, el paredón volcaba sombra hasta el cordón de la acera de enfrente. Manuel Barrios se detuvo; allí estaba su raya de tiza, la que en la noche le permite ubicar el lugar exacto en que yace la cabeza de Amelia. No es única su inscripción en el muro: hay otras: un vítor a tal cuadro de fútbol, el anuncio de que los muchachos le han declarado "boycot" a un amigo, la frase que se convierte en un insulto para el que la lee... Mas ninguna tan simple como la suya. La hizo de un solo trazo, como el niño que restriega una piedra fosforescente sobre el zócalo que está a la altura de su corazón.

II

Manuel Barrios bajó los párpados, mas sin lograr quedarse en la tiniebla. El sol que reverberaba en las paredes claras de las casas de enfrente, al atravesarle la piel lo sometió a una penumbra dorada. Abrió los ojos. ¿Para qué mantenerlos cerrados, si con ello no alcanzaba la sombra en que está Amelia? Otros miran las tumbas de los seres queridos y hablan en voz alta al recuerdo de sus muertos. El, no. El, no, porque sabe que es preciso ahuyentar de las pupilas toda imagen —hasta la de su mujer, por mucho que le guste evocarla en las horas felices —y callar, para que Amelia lo sienta cerca, lo escuche, lo entienda.

Manuel Barrios desistió de avisarle a la muerta que no faltará esta noche. Debió desistir porque cuando se disponía a cubrirse los ojos con la mano, un receptor de radiotelefonía irrumpió con un vals, estridentemente. El ruido salía de una casa de altos, a través de la persiana en la cual la luna, algunas noches, proyecta la sombra de la cruz de una bóveda. Alguien chistó por ahí: alguien a quien el vals arrancó del sueño. En contestación a su protesta, el tono de la "radio" fué levantado hasta el chillido. Se oyó un chistido, una amenaza. El vals siguió hasta el final y la voz de un locutor anunció el nombre de la estación, el título de la pieza, la orquesta... Si Amelia hubiese estado durmiendo, Manuel habría atravesado la calle, habría golpeado en una puerta. Pero Amelia no oye los ruidos del mundo. No oye el traqueteo de las jardineras de los proveedores que llegan a la callecita en la mañana, ni los gritos de los muchachos que juegan al fútbol por las tardes, ni el murmullo de los parejas que se apoyan en el muro cuando cae la noche. ¡Qué va a oírlos! Clausurada en su ataúd, hasta ella no alcanza el rumor de la vida. ¿Habrá escuchado el tamborileo de la lluvia, al golpear contra las plantas del patio, la madrugada en que la velaron?

III

Regresó el viudo hacia su casa. El sombrero de paño en la mano, abierto sobre el cuello el pañuelo de seda, anduvo despaciosamente, evitando el sol con el cuidado del que sortea charcos. Lo acogió, fresca, la sombra de su pieza.

Manuel Barrios vive en una habitación de paredes blanqueadas con cal, rodeada de un pequeño terreno en el que cultiva flores.

(CONTINÚA EN LA PÁGINA 112)



ERNESTO VON DOHNANYI, EL PIANISTA Y COMPOSITOR HUNGARO, QUE MERECIO EN SU JUVENTUD EL ESPALDARAZO DE BRAHMS.

Con el

VON DOHNANYI, EL GRAN PIANISTA HUNGARO QUE NOS VISITA, PUEDE SER CONSIDERADO COMO EL ULTIMO DISCIPULO DE LA ESCUELA DE LISZT

Por

Luis Soler Cañas

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

Por vez primera, en una larga vida totalmente dedicada a la música, visita la Argentina el gran pianista y compositor húngaro Ernesto von Dohnányi, contratado por el Teatro Colón para ofrecer seis conciertos en la presente temporada. Como muchas veces ocurre, el nombre y la fama del maestro Dohnányi nos habían llegado mucho antes que su presencia física. Ahora, el autor de la difundida "Ruralia Hungarica", que es una de sus obras más características y que mejor reflejan su personalidad artística, nos hace una primera visita, que tal vez se repita más adelante, según se nos anticipa.

Tal como acontece con la mayoría de los artistas de renombre, la existencia de Dohnányi está jalonada o matizada por una serie de hechos interesantes y curiosos. Nuestro actual huésped, nacido en la ciudad de Pozsony (Hungría) hace más de setenta años, y que pertenece a una familia en la que la música es costumbre y tradición intensamente cultivadas, reveló su vocación y sus no comunes dotes musicales a tempranísima edad. Su padre — que recuerda en cierto modo el caso de Einstein, pues como éste era físico y matemático — tocaba muy bien el violoncelo y era muy músico, como el resto de la familia. El fué quien le dió las primeras lecciones, primero de piano, luego de violín, cuando Ernesto contaba apenas seis años de edad. Más tarde tomó lecciones del organista de la catedral de su ciudad natal, aprovechándolas tan bien que a los nueve años dió lo que, siguiendo una rigurosa relación cronológica, podría estimarse como su primer concierto en público.

—Pero mi padre — apunta Dohnányi al rememorar los primeros pasos de su carrera, en la conversación que con él sostenemos — desaprobaba todo aquello que tendiese a conferirme aureola de "niño prodigio". El quería que, sin perjuicio de seguir mis estudios artísticos, completase mi educación y mis estudios regulares. Y por sobre todo, deseaba, con muy buen criterio, que no me malograse con apariciones prematuras.

Cursó, pues, el bachillerato, y sólo cuando su progenitor estimó que estaba suficientemente maduro como para afrontar la prueba ante un público exigente, dió su primer gran concierto. Contaba a la sazón veinte años y ello le valió el Gran Premio Milenario de Hungría. Un año después se presentó en Londres con gran éxito, y no transcurriría mucho tiempo sin que obtuviese una codiciada recompensa: el Gran Premio Bösendorfer, o sea la más alta distinción que en Austria se concede a los pianistas y que ofrece la particularidad de consistir, además de una importante suma de dinero, en un piano de cola que se obsequia al ganador.

Los sobrepasados setenta años de von Dohnányi no dan otra impresión de ancianidad que la física. Es una persona sumamente vivaz y simpática, que se mantiene airosamente erguida, echada un poco hacia atrás y hacia un costado, la frente alta, los ojos claros muy alerta. Charla animadamente, se detiene a veces para pensar un minuto en lo que le dicen y luego la respuesta emerge súbitamente. Sus gestos, sus miradas expresivas, sus manos constantemente agitadas y llenas de elocuencia, trasuntan un estado de ánimo completamente juvenil. No ha envejecido el espíritu de este hombre para quien parecen no haber pasado los años.

Aunque von Dohnányi figura con justos títulos entre los autores modernos, sus preferencias están por la música clásica y la romántica, línea en la que también, dentro de su modernidad, cabe ubicarlo. No cree que Shostakovitch sea "muy moderno" o "ultramoderno", calificación que uno de los presentes ha arriesgado, pero en general confiesa que huye de disonancias y cacofonías para refugiarse en los grandes músicos del pasado, Beethoven, Liszt, Schubert, Schumann, Brahms, Mendelsohn, etc. Es interesante, y aun capital para una mejor comprensión de von Dohnányi como intérprete y compositor, consignar aquí que el artista húngaro viene a ser hoy el único y el último representante viviente de la escuela de Liszt. Estudiante en la Academia Musical que en Budapest lleva el nombre del famoso músico, von Dohnányi contó como profesor de piano al maestro Esteban Toman, discípulo de Liszt que recibió su preciosa herencia musical. Y así como éste imprimió en Toman las características personales que formaron su escuela, transmitiéndole las esencias de su personalidad espiritual, puede afirmarse que Toman, a su vez, las legó a su discípulo von Dohnányi. Completando esta ligera semblanza, añadiremos que en plena juventud (a los veintiocho años), Josef Joachim le ofreció el cargo de profesor en la Escuela Superior de Música de Berlín, que ejerció hasta que el gobierno húngaro lo nombró profesor, siendo más tarde director general de la renombrada Academia Musical Franz Liszt; que en 1927, celebrando el centenario de la muerte de Beethoven, organizó una serie de cuarenta y seis conciertos, en cuyo transcurso ejecutó todas las sinfonías del gran maestro en el teatro del Burg de Budapest; que ha

espaldarazo de Brahms

tocado en compañía de Jacques Thibaud y otros afamados intérpretes mundiales, y que en 1931 llevó a cabo un gran concierto conmemorativo de la unión de Buda y Pest en una sola ciudad.

Ayer como hoy, la crítica le ha dispensado el elogio inequívoco que se otorga a los grandes intérpretes de la literatura musical de todos los tiempos. Pero von Dohnányi no sólo es maestro de músicos, excepcional pianista y compositor de limpia personalidad. Como director de orquesta su labor no es menos calificada. Condujo primeramente la Filarmónica de Budapest, con la que realizó consagratorias giras, y luego su batuta ha figurado al frente de los conjuntos orquestales más importantes de Europa y América del Norte. En esta última dirigió por varios años la States Symphony Orchestra de Filadelfia.

—El recuerdo más emotivo de mi vida — dice ante una pregunta nuestra —, quizás el más grato que conservo es uno que me retrotrae a la Viena de fines del pasado siglo. Era en 1895 y yo tenía dieciséis o diecisiete años. El gran Brahms estaba entonces en la plenitud de su gloria, ya al término de su carrera y de su vida, y tuvo a bien concederme una entrevista, a la cual yo llevé mis primeras composiciones escritas. El gran músico declaróse francamente entusiasmado con ellas, tanto que él mismo llevó a cabo gestiones para que mi opus 1, un quinteto para piano e instrumentos de cuerda, se ejecutase en público, con mi intervención. Ese fué el espaldarazo que recibí de Brahms, dos años antes de su muerte, ocurrida en 1897.

Se conversa luego de Europa, en donde ha pasado los años de la última guerra.

—Esta significó un gran obstáculo, como es natural, para las actividades artísticas. Costará mucho volver a lo de antes en ese sentido, pero ya en Francia se observa un renacimiento musical bastante intenso. En Viena, y en Austria en general, ocurre algo parecido. Durante esta postguerra se han realizado dos festivales en Salzburgo que evidencian el anhelo de recobrar el nivel artístico que la hizo famosa en el mundo musical. Los gobiernos aliados, por su parte, apoyan ese resurgimiento del arte en las naciones asoladas por la guerra.

Pero von Dohnányi no quiere hablar ni oír hablar de la guerra ni de sus consecuencias. Nos refiere una interpretación de "La Walkiria", a la que asistió no hace mucho en Europa, y en la que los cantantes vestían traje de etiqueta, para darnos una idea de la forma en que deben trabajar los artistas en esta dura postguerra, y en seguida pasamos a hablar de sus últimas obras: una sinfonía, un concierto para piano y diez piezas para el mismo instrumento han sido compuestas por von Dohnányi en los dos últimos años. Su concierto para piano (opus 42), estrenado en diciembre del año último en Londres, bajo la dirección de Sir Thomas Beecham, obtuvo gran éxito. Además, prepara su opus 41, compuesto por seis piezas para piano, de las cuales una, el "scherzino", ha destinado para su estreno en Buenos Aires.

Como no todo ha de versar sobre música en nuestra dificultosa, pero cordial charla, en la que casi continuamente interviene como intérprete su representante, pues von Dohnányi habla poquísimo castellano, le demandamos su opinión sobre Buenos Aires.

—Mis primeras impresiones son inmejorables. Es una gran ciudad. Me ha llamado la atención lo limpia que es, especialmente comparada con otras grandes metrópolis modernas. Me gustan sus grandes espacios abiertos, sus paseos, sus plazas. De la ciudad misma, me ha impresionado mucho la calle Corrientes, deslumbrante de luces y de carteles multicolores por la noche, atravesada siempre por enormes muchedumbres que dan la sensación inolvidable de su intensidad vital. También la calle Florida me ha agradado.

—¿Qué hará después de sus conciertos en Buenos Aires, maestro? ¿Cuáles son sus proyectos?

—¡Oh, son muy sencillos!... Iniciaré una gira que abarcará Brasil, Uruguay, Chile y algún otro país sudamericano, luego de lo cual, y por primera vez en esta postguerra, pasaré a los Estados Unidos, donde actuaré solo y al frente de orquesta.

—¿Volverá a Buenos Aires?

—Es muy posible; y tal vez dé conciertos a dos pianos con un gran colega mío, Taras Mikicha.

SERA UN VAGABUNDO

Un cuento de
ARMANDO BAZAN

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

ILUSTRACIÓN DE RAUL VALENCIA

El tío Martín, solterón empedernido, que vivía en casa de los Vega, solía decir a su sobrino predilecto, el único niño del hogar:

—Luisito, tú naciste por casualidad.

¿Nacer por casualidad? El pequeño, de imaginación despierta, trató de indagar aquello entre sus familiares. Sólo obtenía vagas alusiones, evasivas respuestas. Hasta que, al fin, llegó a descifrar su enigma cuando, amparado por la oscuridad nocturna, oyó un diálogo de su madre, con su tío Martín precisamente, en el comedor del gran caserón tugaleño. Ella decía:

—Nació cuando yo tenía ya cerca de medio siglo. ¡Tiempos aquellos! Quizá sí fué culpa mía el hecho de que Fidel se fuera contigo a la montaña. Quince, veinte... ¿cuántos años hace? Pero sus amores con aquella mujerzuela estuvieron a punto de volverme loca.

—Y no era para tanto. Tenías amor propio y orgullo más de la cuenta... Aquellos amores de Fidel fueron un simple capricho pasajero, pues ya viste que al sentirse herido cuando lo llamaste "advenedizo" y "aventurero", se marchó conmigo, sin pensar ya más en esa mujer, por el lado del Marañón.

—No pude con mi genio; si esa vez no le hubiese dicho lo que me vino a la mente, para refugiarme luego en casa de mi madre, que en paz descanse, llevándome a mis tres hijos, creo que me habría muerto.

—Así fué, pues. Por su parte, Fidel no pensó quedarse tanto tiempo en esos infiernos. Y ya viste; anduvimos diez años surcando ríos, atravesando selvas, donde la muerte anda enseñándole a uno los dientes en el aullido de las fieras, en los pongos malditos... ¡Madre mía! Se nos pasaron diez años por el Napo, el Ucayali y el Amazonas. Cuando se nos acabaron las ochenta docenas de sombreros de paja que llevamos de Tugal, comenzamos a negociar con cachivaches. Nos había tomado ya la selva con uñas y dientes. ¡Qué barbaridad! Pero Fidel no se olvidaba nunca de ti. Nunca. ¡Al puerto siempre, y al correo para mandar la pensión a su mujer! Ganábamos mucha plata. Pero él: a jugar y a beber. "¡Diantre de mujer, no escribe nada!", decía bebiendo cañazo o pisco donde había. Al fin nos espantaron de veras los huitotos una vez. "Al puerto, mejor", dijimos. "Al puerto". Y río abajo, poco a poco, no paramos sino en Manaos. Y otra vez con sombreros de paja brasileña, al negocio. ¡Madre mía! Cuando uno comienza a rodar, ya no para, ya no para. Río de Janeiro y, después, Buenos Aires. Lindo todo aquello, lindo. Diez años habían pasado desde que salimos de aquí, de Tugal, hasta que llegó la carta de Julia y su retrato al Consulado de Buenos Aires. Fidel se sacó el pañuelo y se cubrió los ojos. ¡Su hija, igualita a su mujer, y diciéndole "mal padre"! ¡Qué barbaridad! "Mañana mismo nos vamos a Tugal, Martín. Mañana mismo. Enfardelemos los sombreros. Mañana mismo a Tugal". Y así volvimos por Valparaíso y Pacasmayo, dándonos una buena vueltecita por esas tierras de Dios. Ya Tugal se había puesto pueblo grande, con jardín en la plaza, y casas hasta el río. Y tu hija mayor casadera. ¡Qué barbaridad!

—Así fué, pues. Pobre Fidel. Volvió distinto. Ya ni bebe ni juega casi nunca desde entonces. Parecía un viejo de ochenta años él; ahora está mejor.

En los días aquellos del retorno, Margarita Vega atravesaba esa edad límite después de la cual las mujeres no pueden ya ser madres. Un año, acaso sólo algunos meses de retraso en la vuelta del esposo y, con toda seguridad, no habría podido venir a este mundo ese niño extraño y anacrónico, de ojillos retintos, inquietos, de cuerpecillo flexible como gamo, que se llamaba Luis Vega y en quien su madre ponía su más acendrada ternura.

Refiriéndose a tal contingencia, don Martín Galvez, hombre de bigote puntiagudo y verba frondosa, solía decir sentenciosamente a su sobrino:

—Luisito: tú naciste por casualidad...

Se trataba de una criatura hecha para la inquietud y el movimiento; para vivir libre de trabas en medio de la naturaleza. No había en el pueblo nadie que ignorara sus condiciones de andariego por los cerros que circundaban las llanuras de Tugal. Sus cúspides abruptas eran familiares a sus plantas elásticas, y las copas más empinadas de los árboles conocían el tacto de sus manos cazadoras de nidos y de frutos. Sabía todos los nombres de los pájaros. Amaba como a una cosa suya al zorzal libre que se clava entre las hojas de los árboles, igual que una saeta; a la "santarrosita" de amarillo encendido, que aparecía como una llama de aire en los comienzos de verano; al picaflor de mil colorines, tan fino y delicado, que no se sabe si es pájaro o si es mariposa. Pero prefería, sobre todo, al "huanchaco" por su pecho bermejo, como si estuviera herido, y porque no cantaba quieto, sino aleteando en el aire. Y, de todo lo que llevaba a su casa, el durazno más hermoso y fragante, la caña dulce, más sabrosa, eran para su madre. Y para su hermana Julia: el trébol enorme de cuatro hojas, o la amapola retinta que tiraba al negro de puro encarnada.

De tales correrías, búsquedas y ajetreos, solía volver al pueblo con los zapatos y el traje rotos, accidente que no dejaba de molestar a sus familiares, y muy señaladamente a su padre, quien le decía entonces sumamente disgustado y despectivo:

—¿Te has creído que estoy acuñando soles para comprarte cada día, zapatos y ropa? Te equivocas. Ya puedes irte así por la calle, como un "méndigo"...

—Mendiiiigo, papá, se atrevía a corregir el aludido, preparándose a tomar la retirada.

—¡Insolente! —intervenía su madre. Otras veces le decía:

—Un día de estos va a quebrarse la rama del árbol y te vendrás abajo. Verás. Ya te has roto muchas veces la cabeza. Pero no estarás quieto hasta no romperte el alma de veras.

Por último, en otras ocasiones, cuando su mujer no estaba a la vista, prefería ser más contundente. Entonces sacaba un látigo que llevaba escondido, y lo castigaba duramente.

—¡Para que aprendas a quedarte quieto en tu casa, vagabundo!

El gran trotamundos castigaba así a su hijo para que fuera un sedentario. ¿Es que estaba realmente cansado, o es que al volver de su largo viaje se entregó por primera vez, en absoluto, al amor de su mujer y de sus hijos? Un sentimiento poderoso suele, casi siempre, anular otros sentimientos e inclinaciones que parecían fundamentales. Lo cierto es que Fidel Vega tenía ya horror a la idea de aventuras, y no hacía más que perseguirla rudamente en la pequeña persona de su hijo, castigándole en toda forma.

Pero aquello era en vano. El pequeño aprovechaba la más sutil coyuntura para escaparse de los salones de la escuela o de su casa e iba a correr al aire libre por el campo, atravesando ríos, a perderse en compañía de algún otro chiquillo, o siguiendo a los mayores, por los desfiladeros. Y algunas veces solía quedarse en esas alturas, quieto y pensativo, como un hombre, con los ojos clavados en la lejanía: "Este lado por donde sale el sol, se llama oriente. Por allí queda la montaña, los puertos de los





ríos con sus casas grandes de tres a cuatro pisos y sus jardines lindos en las plazas con sus bancos, donde se sienta el que quiere. ¡Con su luz eléctrica! Cuando en Tugal las noches son oscuras y no se puede caminar por las calles. Por allí están Yurimaguas, Iquitos, Manaos, hacia donde van los hombres en busca del caucho y de la buena suerte, que debe ser así como una de esas vírgenes de la iglesia del Carmen, sonrosada, sonriente, bonita. ¡Cómo será!... Y el lado opuesto es occidente. Por allí está el mar. El mar, a siete jornadas a lomo de caballo..."

Su tío Martín solía hablarle frecuentemente de estas cosas, a pesar de que su hermana Margarita se lo había prohibido.

—En Chilete comienza la línea férrea. Hasta allí viene la locomotora con sus vagones, desde Pecasmayo. ¡Ese es el tren! ¡Madre mía! La primera vez que lo veas venir, te echarás a correr como hace toda la gente que nunca lo ha visto.

(CONTINÚA EN LA PÁGINA 113)

ACTUALIDADES GRAFICAS



EL MENSAJE DEL PRESIDENTE. — Con la acostumbrada solemnidad y el ceremonial de práctica, reunióse la Asamblea Legislativa en el recinto de la Cámara de Diputados, a fin de escuchar el mensaje del presidente de la Nación—que fué muy aplaudido—, y con el cual quedaron inauguradas las sesiones ordinarias del Congreso.

●



VINO DE HONOR. — En el Salón Azul de la Cámara de Diputados fué agasajada la esposa del presidente de la Nación, por el sector oficialista. Rodean aquí a la señora María Eva Duarte de Perón, el presidente del Senado, doctor Quijano; el presidente de la Cámara de Diputados, doctor Cámpora y otros miembros del cuerpo.



AGASAJADO. — Por el éxito de su obra, "Emancipación económica americana", fué objeto de un simpático homenaje el señor Carlos A. Warren. Al acto concurrieron el edecán del presidente de la Nación, teniente coronel Balloffet, y otras personalidades.

●

CONVENCION.—Con la presidencia de Mr. Arthur J. Brent, gerente general de Colgate Palmolive Peet, en la Argentina, realizóse la convención anual de supervisores y vendedores de esa firma comercial. El acto finalizó con un banquete de camaradería.





EXPOSICION. — El 24 del corriente será inaugurada, en la sala Witcomb, una exposición de obras del pintor José Cañizares. La muestra, que consta de numerosas telas, permitirá estudiar



Escena de "L'Après-midi d'un Faune", de Aquiles Claudio Débussy (1862-1918)

un cuento de

ELIAS CARPENA

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

ILUSTRACIONES DE RAUL VALENCIA

MUCHACHOS

JUGANDO con el lazo, salió del corral del tacho el mulato Calixto; iba revoleándolo. Lo hizo girar por sobre su cabeza y lo arrojó a los aires; abierto, el lazo se metió por la empinada corona de un cardo florecido. Al ceñirse en el vegetal espinoso, tiró reciamente de manera que el cardo, al ser arrancado de cuajo, saltó a los aires. El mismo se alabó la baquía; mostró los dientes en una sonrisa blanca y se dijo: "¡Ah, pulso lindo!" Recordó a su padre, el negro Baltasar Galíndez, y lo evocó en una escena natural, con el lazo: pialando o enlazando, y terminó por decir: "¡Mi padre no erraba pial!... Pues entonces a él salgo".

Luego de recoger el lazo, se irguió y se detuvo en la contemplación de la lejanía. Miró por el lado sur, cerca del río Matanza, cómo verdeaban las lagunas, y dejó los ojos prendidos de aquel refulgente verde acuático. Bien podía decirse de él que era un gaucho negro. Usaba zapatillas de lona con suela de soga, amplia bombacha gris y blusa negra. Era barbilampiño y toda la atención varonil la cifraba en el cuidado de su abundante pelo reluciente y prieto de motas.

Caminó con arrogancia y pasito a paso, hasta meterse debajo de la enramada, donde el patrón del tacho, el inglés Wilkes, se encontraba pagando el trabajo a sus muchachos Al notar su presencia, le preguntó:

—Decime, Calixto: lo tuyo son seis caballos, ¿no?

Ante el gesto afirmativo, tomó un sobre que contenía el dinero y le alcanzó su paga.

El mulato Calixto, después de tenerlo en la mano y de leer los pesos que contenía, no quiso aceptar el dinero que el inglés le había brindado. Lo arrojó contra la mesa y le rugió su encono:

—Usté se aprovecha demasiao de la gente... — Se tomó la cabeza, como si la tuviera herida, y se apretó la pelambre motosa sobre el cráneo. Luego continuó: —Ande se ha visto darme diez pesos por seis caballos... Si parece urraca ladrona: todo lo quiere pa' su caja 'e fierro...

El inglés Wilkes se alzó violento en su silla. No era un hombre alto, aunque lo parecía, pero sí vigoroso, de reciedumbre atlética. Era de pelo rojizo, corto y enmarañado y de cara pecosa y rubicunda. Tenía aspecto, con su camiseta marinera, más que de hombre de tierra, de un marinero contrabandista. Buscó un tono áspero y transfiguró en duro su apacible gesto. Quiso herir y puso violencia en la palabra:

—Atendé: vos que sos como la tuna y hacés que no se te pueda agarrar, porque mostrás nada más que espinas. Tenés que saber lo primero, que yo te protejo... De modo que ni el aire puede tocarte. De modo que podés reírte hasta de la misma policía... Y eso es mucho... ¿Sabés cuánto vale que te respeten a vos, que sos nadie; que sos un pobre nadie en esta tierra en que vivís? — Iba a encararlo de cerca, tal vez a sacudirlo, a golpearlo, pero cambió de pronto el trato, y el gesto se le volvió de fiero en bondadoso; se armó de una sonrisa y continuó



CUATREROS

en su discurso: —Aquí no debés de mirar sólo la plata que te doy... Vivís aquí... Aquí mantenemos a tus caballos y, además, los pesos que te vas llevando los podés gastar como quieras, porque es plata libre, más libre que el viento. — Terminó el discurso envolviéndolo en un fraternal gesto y una sonrisa que quería decir de lealtad justiciera. Y aun se le oyó en unas palabras postreras, para con ellas, dejar terminado el entredicho: —El único que aquí es príncipe sos vos... Tenélo en cuenta.

El mulato Calixto escondió su disgusto, y sin responder salió de la enramada. Se le notaba el desconcierto. Echó la vista para el monte y detuvo los ojos en el sauce grande, en el sauce de agua. Extrajo de la cintura el puñal; lo estuvo observando, lo hizo dar unas vueltas y, como si fuera una taba, hacía que cayera en la palma de la mano. Luego lo echaba a los aires y lo hacía revolotear, y cuando caía, lo tomaba del mango. Repitió ese juego varias veces y en seguida se aprestó para tirarlo. Midió la distancia que lo separaba del sauce, echó un pie adelante y arrojó el puñal. La hoja brillante iba hendiendo el espacio y se clavó en el tronco. El puñal quedó cimbrando.

Le dijo el inglés, riendo:

—De haber sido yo el sauce, me echás al otro mundo...

El mulato Calixto respondió, para que no se le oyera y de espaldas a todos:

—¡Bah!, quedaríamos con un diablo menos... Después me iría pal norte... y que me hallaran los brujos.

Se volvió, dándose de frente, y sostuvo su altanería y miró al inglés con desprecio. Todo se resumió en un gesto que quería decir: "¡Bien merece que lo echen al otro mundo!"

El inglés Wilkes les murmuró a los muchachos que tenía a su lado: —¡Este Calixto tiene mala sangre..., y yo sé bien que la raíz de estas provocaciones no está en la plata!... — Se puso meditativo y pensó: —¡El desaire de una mujer lo subleva!

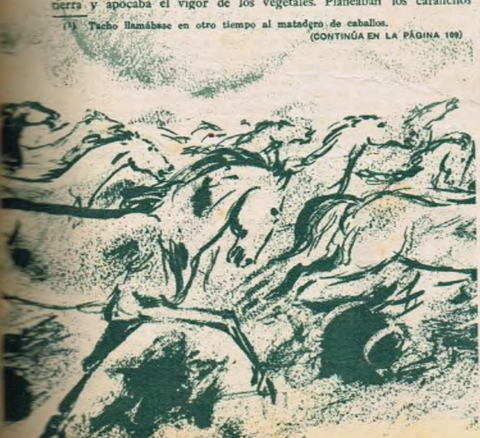
* * *

El inglés del tacho (¹) acogía bajo su amparo a todo perdulario que anduviera a malas con la justicia. Le daba seguro albergue y cobrábase después la hospitalidad iniciándolo cuatrero. Cuatrero, ¡Dios mío!, y no eran sino muchachos. "Niños cuatreros", les llamaba el inglés, con vanidad siniestra, pero admirando la precocidad de esos jóvenes en delincuencia. Allí, a su lado, aquella tarde, los tenía alrededor de una mesa, boquiabiertos, encantados con el relato de los templarios de Walter Scott. Los cuatro, a no mediar la influencia del dueño, no eran sino gente de presidio. Eran todos: el mulato Calixto; Montiel, el zurdo; el salteño Faustino y el corcobado Reyes, el más alelado y metido en la voz florida del que decía el relato.

Fuera de su mundo, otro mundo tenía vida en ese instante. La tarde de estío comenzó caliente, tórrida, con un sol que achicharraba la tierra y apocaba el vigor de los vegetales. Planeaban los caranchos

(¹) Tacho llamábase en otro tiempo al matadero de caballos.

(CONTINÚA EN LA PÁGINA 109)





La obra de Francisco Luis

Cuando vamos a verle, Francisco Luis Bernárdez está, como quien dice, con un pie en el estribo. El autor de "Poemas elementales" se marcha a Córdoba dentro de pocos días, pero distrae algo de su tiempo para responder amablemente a nuestras preguntas.

—¿Cuándo publicó sus primeros versos, Bernárdez?

—Le diré un detalle que es casi ignorado, y es que los primeros versos que publiqué estaban escritos en gallego. Se dieron a conocer en revistas de Galicia, región de España a la que estoy vinculado por mi familia y en la que residí varios años cuando joven. Actué allá junto a los escritores reunidos en torno de la revista "Nos", cuyo objeto era exaltar los valores de la nación gallega, y entre los que se encontraban prestigiosas figuras como Vicente Risco, Ramón Otero Pedrayo y otros. En Madrid publiqué mis primeros libros, "Orto", "Bazar", "Kindergarten", libros juveniles, que no he querido reeditar, que son como la prehistoria de mi vida literaria, si nos atenemos a la frase de Alfonso Reyes, de que todo escritor tiene una historia: su obra, y una prehistoria: sus primeras manifestaciones y tanteos.

—¿La proscripción alcanza también a "Alcándara"?

—"Alcándara" representa en cierto modo otra etapa, pero también es obra juvenil.

—¿Qué más hay de su actuación en aquellos años?

—Lo que yo podría decirles es de sobra conocido: intervine activamente en los movimientos de *Proa*, *Martín Fierro*, etc. Luego hice periodismo, me enfermé y se abrió un largo paréntesis en mi actividad literaria, período de silencio quebrado en 1935 con la aparición de "El buque". Pero todo eso es muy conocido, no tiene interés alguno...

—Bien, hablemos entonces de su obra. ¿Qué puede decirnos de ella?

—Naturalmente, yo he trabajado con un sentido serio mi obra. No he hecho concesiones a la moda, sino en muy raros casos, y he tratado de serme fiel a mí mismo en lo posible. ¿Qué puedo decirle de mis primeros libros? Los considero, ya se lo he dicho antes, libros prematuros, que no puedo contar hoy como obras representativas. A partir de "El buque" creo que desarrollo un estilo poético propio, que respondo a una posición estética determinada. En "El buque" traté de rehabilitar una composición estrófica, la lira, que yacía olvidada y había sido mal usada por los neoclásicos del siglo pasado. Quise devolverle su sabor tradicional, pero sin hacer *pastiche*, con un sentido moderno. En los libros sucesivos también tuve presente, como en "El buque", mi preocupación por la técnica, que no creo una cosa desdeñable, sino importantísima, fundamental. La técnica es para mí la mitad de la obra. Yo le doy mucha importancia a los elementos físicos de la poesía, a la música, a las aliteraciones, a todos los refinamientos, en fin, de la elocución poética. Me ha preocupado mucho el soneto —el soneto endecasílabo—, la canción, el terceto... En una palabra, he querido renovar, o, si se prefiere, volver a usar ciertos metros y combinaciones rítmicas y estróficas, pero con un espíritu de ahora, con un espíritu actual, pues le tengo horror al *pastiche*, a la imitación. Lejos de ser un problema, para mí ha sido algo natural decir las cosas de hoy en el lenguaje y con los cánones del siglo XVI, que son para mí la *forma* de la poesía. He tenido mucha fortuna en una forma que ha sido muy bien acogida: el verso largo de veintidós sílabas, con acentos fijos, compuesto de dos hemistiquios de 9 y 13 sílabas respectivamente, y que he sido el primero en usar. Los poemas escritos en ese metro tienen la particularidad de que cada verso es una entidad autónoma, tiene vida propia, independiente de los demás: algo que antes no se concebía, que no era posible en los metros tradicionales. Esa forma estaba ya prefigurada en *Cielo de tierra*, en el "Poema de las cuatro fechas" y en la "Estampa de San Martín de Tours", pero allí hay todavía libertad de acentos. Donde queda fijada definitivamente es en el poema "La noche", de *La ciudad sin Laura*, de cinco estrofas, como todos los posteriores. Me siento verdaderamente satisfecho y orgulloso —añade Bernárdez— de esa forma, que me ha permitido desarrollar los grandes temas de un modo holgado. Esa clase de verso, amplio, de gran respiración, diría yo, se acomoda perfectamente a mi pensamiento.



—¿Cuál de sus libros es el que más le satisface como creador, el que más le gusta?

—Yo le respondería que el que más me gusta es siempre el último. A medida que se avanza en la vida literaria, se va entrando en nuevos temas, en nuevas zonas temáticas, que parecen atraer más que las anteriores. Para mí, sin embargo, el que tiene una unidad más profunda y, salvo detalles, me parece el más denso y representativo, es "Poemas elementales". Pero el libro que más quiero de los míos es "La ciudad sin Laura".

—¿Cuáles son, a su juicio, los escritores más represen-

NOTICIAS BREVES



◆ Próximamente visitará Buenos Aires una de las glorias más puras de la poesía española contemporánea, Juan Ramón Jiménez, quien pronunciará algunas conferencias con el auspicio de "Los anales de Buenos Aires".

◆ El joven poeta Alfonso Sola González, actualmente catedrático de literatura argentina en la Universidad de Cuyo, prepara un volumen de ensayos, a publicarse próximamente, sobre la literatura de nuestro país en la época colonial.

◆ De Guillermo House, el vigoroso creador de "El último perro", ha aparecido en estos días la segunda edición, aumentada, de su libro de cuentos "El ocaso de los gauchos".

◆ Para mediados de este año se ha fijado la fecha de aparición de la gran novela en que Leopoldo Marechal ha venido trabajando durante todos estos últimos años.

◆ Una nueva edición crítica del "Martín Fierro" se ha añadido recientemente a las varias que de nuestro poema máximo existen. En este caso, el cuidado de la edición estuvo a cargo de un experto martinfierrista y gran conocedor del poema, don Santiago Lugones.

◆ Un aporte de gran interés al conocimiento de la historia patria significa el volumen que acaba de publicar el señor Mario César Gras con el título de "Rosas y Urquiza", en el que estudia las relaciones que ambos personajes sostuvieron, después de Caseros, sobre la base de una correspondencia íntima, en gran parte inédita hasta el día de hoy.

Bernárdez

tativos de su generación en la actualidad?

—Son de mi predilección, por razón de afinidades de todo orden que me ligan a ellos, intelectual y hasta sentimentalmente, Mallea, Borges, Marechal, Molinari. Pero hay muchos otros cuya obra me interesa profundamente. Quiero citar entre ellos a Nalé Roxlo, a Rega Molina, a Barbieri.

—¿Y entre los jóvenes?

—Entre los jóvenes Wilcock, Etchebarne...

—¿En qué trabaja en estos momentos?

—Tengo un plan grande de labor: varios poemas planeados, algunos largos, y también sonetos, canciones, estampas... Estoy trabajando mucho en un poema religioso, un poema largo, del tipo de "El buque", que pienso terminar antes de fin de año. Hace tiempo, como quince años, que tengo concluído un libro de prosas poemáticas, "El sueño", algo del cual apareció en *Sur* y otras revistas. Quería darlo a la estampa este año. No sé aún si lo haré. Casi terminado está "La tregua de Dios", un libro de ensayos que posiblemente publique en 1949, y pienso reunir mis traducciones del latín, de los himnos litúrgicos, de los himnos oficiales de la Iglesia, en un volumen, y realizar una "Antología de Navidad" con mis poesías de este tema. En fin, los proyectos son muchos; falta saber si se podrán realizar todos. Ahora, como publicación inmediata, puedo anunciarle la de "Poemas Nacionales", integrado por "La patria", "La bandera", "El libertador" y "El soldado", cuatro poemas de inspiración argentina y cuya profunda unidad de tema me ha impulsado a reunirlos en un volumen. Saldrá por Sudamericana, con ilustraciones de Basaldúa y un prólogo mío, inédito, claro está.



Armando Bazán, distinguido escritor peruano, que pronunció recientemente en los salones del Club Amigos del Teatro una disertación sobre "Verlaine y su tiempo", que fué muy aplaudido.



En el acto realizado en homenaje a Paul Groussac, que auspiciara la Asociación Amigos del Libro, hizo uso de la palabra el conocido escritor Augusto Mario Delfino.



Bajo los auspicios del Centro de Historia Mitre, disertó recientemente el señor Enrique Rodríguez Fabregat sobre la vida y la obra de Florencio Varela, cuyo centenario se conmemoraba.



"Soliloquio" titúlase el nuevo libro de poemas de Miguel D. Etchebarne, donde el autor de "Lejanía", premio municipal de literatura de 1945, prosigue con éxito indudable un modo nuevo de expresión poética.

LIBROS Y PUBLICACIONES RECIBIDOS

PASIÓN, poemas de Pancho Correa. 65 páginas. Editorial Florensa y Lafón. Montevideo.

SU TEATRO, obras de Pancho Correa. 375 páginas. Editorial Florensa y Lafón. Montevideo.

CUANDO EL AMOR SE EQUIVOCA, novela de H. W. Steele. 228 páginas. Editorial La Semana. Roque Sáenz Peña. Chaco.

GLI SCOTENNATORI DELLA PRATERIA, novela de Luigi Motta. 66 páginas. Editorial Uggé. Milán.

GUÍA QUINCENAL DE LA COMISIÓN NACIONAL DE CULTURA Nº 18. La actividad intelectual y artística argentina.

Cine

por AMELIA MONTI

ANGULOS Y ENFOQUES



Manuel Romero se halla abocado al estudio de dos argumentos. Uno para Sono Film, cuyo argumento se filmaría con Mecha Ortiz al frente del reparto y con el título sugestivo de "La rubia Mireya", cuyo personaje ya identificó la citada actriz en "Los muchachos de antes...". El otro argumento de Romero es "La historia del tango", que comenzará a rodarse, seguramente, en junio, bajo el sello Cosmos.

Cierta productora tiene interés en conversar con la conocida escritora y actriz Blackie, para proponerle que realice la adaptación de "Feliz cumpleaños", pieza teatral traducida por ella, y la que se tiene el propósito de llevar a la pantalla local. No estaría del todo mal. Pero ¿quién sería su protagonista cinematográfica?



A fines del corriente mes, Carlos Hugo Christensen comenzará una comedia, en Lumiton, sin título aun. Roberto Escalada, Susana Freyre, Tilda Thamar y Pedro Quartucci encabezarán el reparto.

Como ya lo adelantamos oportunamente, Silvana Roth será la protagonista de "Esperanza", próxima producción de Sur. Así se confirma, en efecto, adelantándose que la acompañarán en el reparto central Jacobo Ben Ami, Aída Alberti y Francisco de Paula. La filmación quizá haya comenzado ya en Chile, donde se tomaron exteriores.

La productora de las tres A proyecta filmar este año "Ameghino", con Enrique Muiño y Angel Magaña. Se ve que el sello de los grandes proyectos y las buenas realizaciones no les teme, muy por el contrario, a las biografías, pese a que éstas son siempre verdaderos compromisos. Pero también donde es posible obtener grandes éxitos si hay calidad para lograrlos.

IMPERIO ARGENTINA animará a la protagonista de "El embrujo de Sevilla", con dirección de Benito Perojo, y quizá en pareja con Hugo del Carril.

MARIA MONTEZ, según los últimos rumores que emanan de los estudios, dará muerte a 50 hombres en su próximo film, cosa que, por supuesto, dejará completamente impasible a su marido, Jean Pierre Aumont, quien toma parte, junto a su bella esposa, en dicha película.



HA LLEGADO AMADEO NAZZARI

Ante todo, una rápida biografía de este galán italiano que ha logrado acaparar para sí la simpatía de los grandes públicos cosmopolitas del mundo. Nació en Cagliari (Cerdeña). En tierra sarda pasó toda su infancia, y su mocedad transcurrió en la Universidad de Roma — según sus progeni-

ENTRE ASTERISCOS

Antes de partir, en sus vacaciones últimas, Evelyn Keyes apareción frente a Dick Powell en el sensacional melodrama "La última hora", una de las próximas atracciones estadounidenses para la corriente temporada.



Los que en los "sets" lo han visto bailar, dicen que Clark Gable, como bailarín, no amenaza en nada la fama de Fred Astaire. Gable tiene que rendir varias pruebas de baile en su nueva película "The hucksters", pero desde ahora decimos que, aunque no lo hace mal, no es posible compararlo con el inigualable actor de "Sombrero de copa".



Marc Platt acaba de terminar la filmación de una nueva fantasía en tecnicolor, cuyo título original es "Down to earth", con Rita Hayworth y Larry Parks en los papeles estelares. Inmediatamente inició los trabajos para una nueva presentación de bailes, que espera dar a conocer bajo el nombre genérico de "Ballet Russe". ... .

GRETA GARBO fué descubierta paseándose, no hace mucho, por Nueva York, tratando de ocultarse tras una peluca negra, probablemente para ahuyentar a los cazadores de autógrafos, que siempre constituyen la pesadilla de la gente célebre.

Van Johnson dice que no puede compartir sus vacaciones con ningún colega, pues todos saben que su pobreza es extremada. Sus compañeros sostienen que el apuesto galán ha desarrollado un gran sentido del ahorro. Van ha estado ganando durante la temporada última a razón de 5.200 dólares por semana, y creemos que, dada esa cifra, sus colegas tienen razón...



tores — y entre el mundillo bohemio de la farándula — según la realidad estricta —. Cuando en Cagliari se supo la verdad, Amadeo pasó las de Caín; pero, poco a poco, consiguió doblegar la voluntad paterna, encaminada a brindarle un título al hijo, y así fué como lo vemos "corriendo el bosque", incorporado a un teatrillo de barrio de los alrededores de Roma. Finalmente, un empresario se interesó por él, incorporándolo a la compañía de Gualterio Tumiati. A partir de entonces actuó sucesivamente con Luigi Carini, Annibale Ninchi, Marta Abba, Tatiana Pavlowa, Memmo Benassi, Emma Gramatica, Anna Fontana, Francesca Bertini y Elsa Merlini. Con esta última actriz hizo su debut en la pantalla, pero como no quedó satisfecho de su labor, volvió al teatro, contratado por Alberto Picasso. La Merlini, segura de que el joven actor tenía talento y condiciones, lo convenció de que su porvenir estaba en el cine, y desde ese momento Amadeo Nazzari entró en la popularidad y sobrepasó las fronteras de su amada Italia para ser todo un galán de ritmo mundial. Emelco es quien lo ha traído, y gracias a ese sello lo veremos actuar en películas argentinas. Amadeo es sencillo, simpático y... soltero.

EL HIJO



Un cuento de

GUGLIELMO ZORZI

ILUSTRACIÓN DE GUBELLINI

La tarjeta decía: "Queridos padres: Estoy en el hospital de Alejandría, con una herida nada buena. No se preocupen por mí; me encuentro bien. Les mando un beso. Giuseppe."

Pietro daba vueltas la tarjeta entre sus manos. Con el cubo vacío, que ante el llamado del cartero dejó caer todo su contenido sobre las gallinas, la vieja miraba a su marido, como esperando.

—¿Qué dices? ¿Que vaya?

—Sí: ve, Pietro..., ¡ve a verlo! Y si te lo dan, tráelo a casa contigo. Para lo que hay que hacer aquí bastaré yo con el muchacho.

Y Pietro partió.

"Una herida nada buena..." ¿Qué quiso decir su hijo? ¿Dónde estaba herido? ¿Cómo lo hirieron? ¿Cuándo? Aquel viaje le pareció eterno: Orte, Chiusi, Firenze, y tantas otras estaciones... Qué grande era Italia! Y al fin, Alejandría. Comparado con el campo romano había un poco de niebla, hacía cierto fresco.

Tomó su atado, en el que la vieja le puso unas manzanas, un queso, pan blanco y tabaco, salió de la estación, hizo preguntas, y llegó al hospital.

Mostró la tarjeta al portero, quien le dijo:

—Vaya a aquel pabellón, el último, allá en el fondo.

Lo hicieron entrar en un salón donde había otros que esperaban y por el cual pasaban unas señoritas vestidas de blanco, con cofias en la cabeza, que parecían ángeles que le daban valor.

Por fin volvería a ver a su hijo, después de tres años. Primero Albania, después Grecia... Alguna tarjeta, muy rara vez, con pocas palabras: "Estoy bien de salud, y espero que ustedes les pasará lo mismo", y luego, la que ahora tenía en la mano, y que le causó una pena, sí, pero una pena que se asemejaba un poco a una esperanza.

Después de mucho esperar lo llamaron, haciéndolo entrar en una especie de escritorio donde otra señora, mayor, también vestida de blanco, estaba hojeando una carpeta delante de una mesa.

—¿Es usted el padre?

—Sí, señora; el padre de Giuseppe.

La señora miró al pobre hombre, vacilando; luego se puso de pie, aproximándose a él. La voz le tembló un poco al decir:

—Tenga valor. Fué hace dos días; hoy le íbamos a mandar el aviso. Estaba muy mal; tenía una herida seria, y la infección que se produjo desde que estaba en el buque-hospital empeoró...

—Y..., ¿y entonces?

Sin hablar, la señora se encogió de hombros, muy ligeramente.

—¿Sufrió mucho?

—No; nada. Consuélese con esto..., si es que puede ser un consuelo.

Por la forma en que lo dijo, Pietro comprendió que también ella debía ser una madre. La señora agregó:

—Espere.

Fué al escritorio, escribió algo en un papel y volvió:

—Aquí está anotado el lugar adonde lo llevaron, por si quiere ir antes de regresar a su casa...

Pietro se había puesto de pie, pero no se movía; daba vueltas al papel entre sus manos, como hiciera en su casa con la tarjeta. La señora, reclamada por otro, daba ahora otras informaciones. Dos manos lo guiaron, llevándolo suavemente, pero con cierta prisa, hacia la salida, y una vocecita habituada a la compasión murmuraba:

—Valor, valor..., piense que ha dejado de sufrir... ¡Coraje!

Así salió a la calle, así se encontró en un cementerio lleno de cruces. ¿El doscientos treinta y uno? Allí estaba... Bajo la tierra recién dada vuelta estaba su Giuseppe, el número doscientos treinta y uno.

Se arrodilló, pero no rezaba; cuando estuviera en su casa pensaría en eso. Ahora contemplaba aquella tierra húmeda, fría, y le costaba convencerse de que bajo ella estaba su hijito. Sintió en sus manos el atado donde su mujer pusiera las cosas buenas para "él", y entonces, como obedeciendo a una antigua fe que ignoraba, pero que se hallaba en su sangre, puso el paquete sobre aquel montón de tierra. Levantándose, permaneció un momento más, mirando, y después se dirigió a la salida.

Al pasar delante de la garita del portero vió a una mujer que gritaba a dos niños que se tiraban del pelo. Todavía tenía en la mano el papel donde se hallaban escritas las indicaciones, y le dijo:

—Escuche: en el número doscientos treinta y uno de la sección B, dejé un paquete, pero "él"..., ¡a "él" no le sirve ya de nada! Hay un queso, miel, pan blanco...

La mujer no comprendía, y lo miró mientras él se alejaba.

Ahora sí que Pietro sabía que todo, absolutamente todo, había terminado. ¡Giuseppe no comía ya! Giuseppe, al que reservaron siempre los mejores bocados, no comía ya... ¿Para qué llevarse ahora el pan a la boca?

(CONTINÚA EN LA PÁGINA 108)



J. TORRES GARCIA, "AUTORRETRATO".

Un sueño

JOAQUIN TORRES GARCIA, EL GRAN ARTISTA URUGUAYO, HA QUERIDO HACER DE SU PINTURA EXPRESION DE LO ESENCIAL Y LO PERMANENTE

Por
Romualdo Brughetti

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

HA cumplido setenta y tres años. Su cuerpo es pequeño, sus cabellos y barba, blanquísimos; sus ojos, penetrantes; su pensamiento, lúcido; su fervor y dinamismo creador se expanden desde su Escuela de Arte Constructivo, hoy en los sótanos del Ateneo. Inquieto, intenso, es difícil hallar un espíritu más trabajado en hondas vigilias, más altamente ubicado en el plano de lo permanente. La gran crisis del idealismo se agiganta sobre el mundo; aun han de venir tiempos más calamitosos para la libertad del hombre actual sumido en la avalancha de lo material pasajero. Pero Joaquín Torres García no quiere vivir si no en la unidad, en una metafísica del arte, en una zona de lo universal que no muere. Es un artista y un teórico, un pintor que ha navegado por más de medio siglo en aguas tumultuosas y en aguas serenas; que sabe del clasicismo y del modernismo; que ha vivido y creado obras en España, en Italia, en Francia, en Estados Unidos, en Uruguay, en este pequeño país —su tierra natal— que lo acoge esquivo después de cuarenta años de ausencia y al cual él señala un camino, un punto de partida que es la verdad para todo creador, que es la esencia misma del destino de la pintura, del arte. Tendencias mediterráneas, nutridas de orden y medida, donde resplandece el sol griego de la armonía platónica de las ideas puras; tendencias tajantes de las vanguardias que bucean en la sombra para hallar la luz de futuros días; tendencias que se



UN CUADRO DE SERENO RITMO CLASICO DEL PINTOR URUGUAYO.

de universalidad

resumen en una búsqueda de hallazgos sintetistas y constructivos pródigos y esperanzados, de calidades y de vislumbres en la gran ley de la geometría; sentido de las proporciones, valor del todo combinado con las partes, fuerza integradora que se entronca con la tradición, que se ahinca en la tierra firme de la realidad que conduce a un orden cósmico.

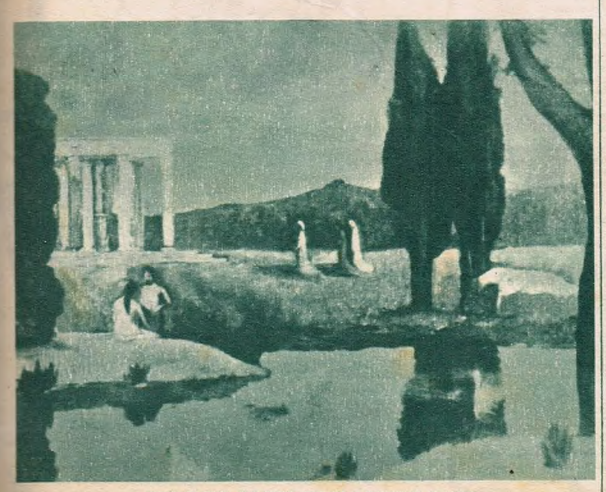
¡Qué de luchas! Torres García da la batalla. Avanza en su obra, descubre desde siempre los valores típicamente picturales —forma, color, tono—, pero comprende que no basta ese puro lenguaje y halla una estructura capaz de salvar su arte de los peligros de lo ornamental o decorativo, de lo representativo e imitativo. Su afán arquitectónico, su control en la organización del cuadro, su fuerte proceso que lo conduce a la bidimensionalidad en contraposición a la perspectiva renacentista, lo aleja de toda narración o anecdotismo y lo centra en una religiosa visión que es la base de una incesante prédica manifiesta en óleos y en libros, y en cuyo ejemplo lo confirman las expresiones de los pueblos primitivos, los griegos arcaicos, los egipcios, los bizantinos, el arte del *Trecento* y del *Quattrocento* italiano, los artistas indoamericanos, nuestros preincaicos, pues ellos son parte de la tradición unitiva de todos los tiempos. El mal, según Torres García, vendría del siglo XV, del conflicto entre el hombre natural y el hombre metafísico, entre el hombre individuo y el hombre universal.

De este modo, se distingue su bregar artístico, la suma de sus desvelos y encuentros, que, pasando por lo emocional, alcanzan lo geométrico (formas, acentuación de ritmos y medidas ordenadoras). De este modo, penetramos en el misterio de lo simbólico, en un grafismo que reconstruye el universo plástico y nos lo da afirmado en valores y esencias.

Pero, ¿cómo vive y ha vivido este soñador, este idealista? Nada lo arredra. Un día de 1893 llega a Barcelona con sus padres y allí cursa los estudios de la época, predominantemente académica, para dar-



UN APUNTE, AGIL Y CERTERO.



"EDAD DE ORO", QUE FUERA PINTADO A PRINCIPIOS DE SIGLO.

nos, al cabo, ya liberado y seguro de si mismo, espaciosas de-coraciones para edificios públicos e iglesias, clases para numerosos discípulos, y una pintura plana, simplificadora, de profunda raíz clásica. Es amigo de Rusiñol, de Mir, de Marquina, de Sunyer, de Pijoan, de Nonell, de Eugenio D'Ors. Otro día, en 1917, ya con familia (mujer e hijos pequeños), como un milagro desembarca en Nueva York; o va luego a Italia, a Toscana, en donde se fortifica y aclara aún más la concepción de su "arte cósmico: totalista". Allí se pone (¡no os asombréis!) a hacer bellas construcciones para los niños, y, en Florencia, en Liorna



"NUEVA YORK", UN APUNTE

"PINTURA CONSTRUCTIVA": NUEVAS TEORIAS.

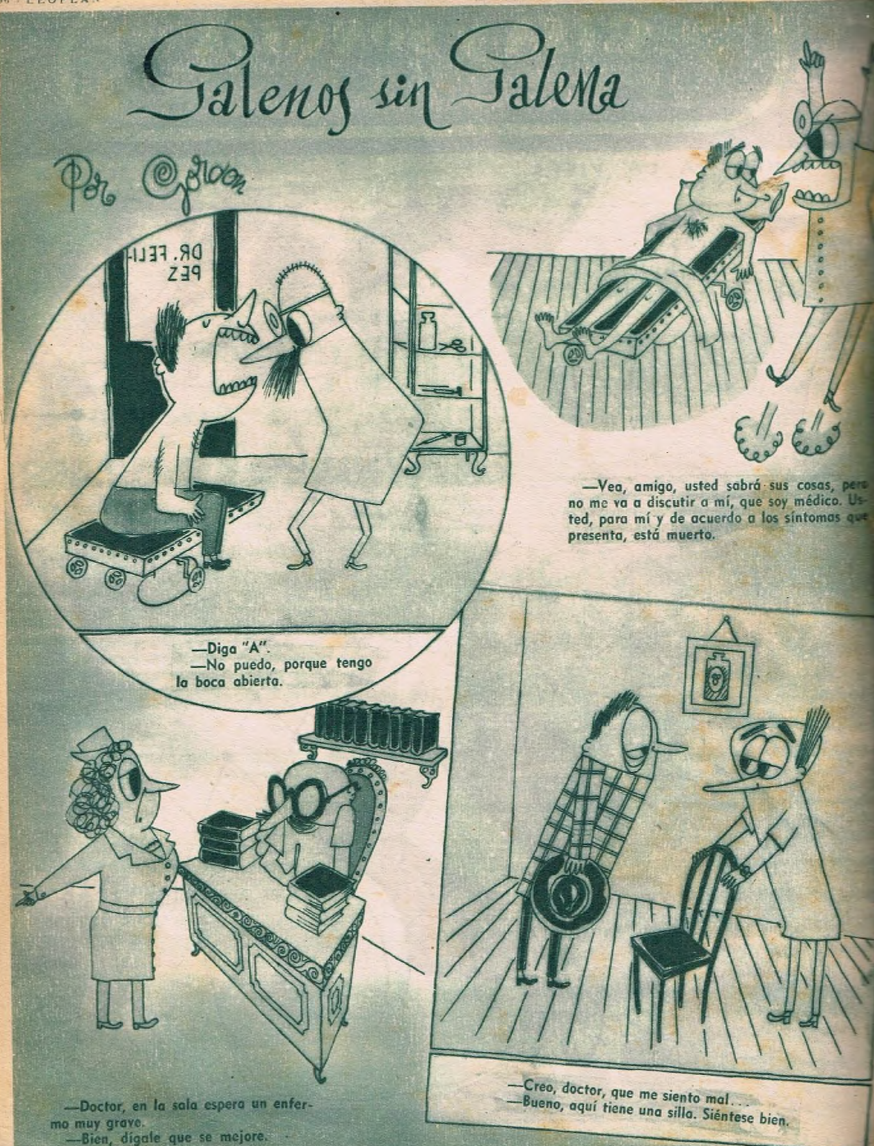
o en algún pueblecito de los Apeninos, anota sus experiencias esclarecedoras. Hacia 1934, después de hallar su arte la devoción de los críticos de París (W. George, Tériade, Raynal, Cassou) y en Madrid el apoyo de la intelectualidad española, piensa en la aventura de América, en Méjico; y fondea poco después en Montevideo. Y allí, con su laboriosidad invariable, trabaja, enseña, corrige, crea un ambiente nuevo. Surge el monumento del parque Rodó, las pinturas de Saint Bois, obras de arte constructivo y telas que le dictan su facundia jerarquizadora.

"Y así —nos dice José María Podestá, su inteligente crítico— vivirá siempre como un artista; algunas veces como un litigante; muchas, como un apóstol. Y así será hasta el fin". ◈

PRUEBA A LA VISTA

Por SEVILLA

—Créame, Josefina; estoy loco por usted.


Galenos sin Galena
Por Gordon
DR. FELI-
PEZ
—Diga "A".
—No puedo, porque tengo la boca abierta.
—Vea, amigo, usted sabrá sus cosas, pero no me va a discutir a mí, que soy médico. Usted, para mí y de acuerdo a los síntomas que presenta, está muerto.
—Doctor, en la sala espera un enfermo muy grave.
—Bien, dígale que se mejore.
—Creo, doctor, que me siento mal...
—Bueno, aquí tiene una silla. Siéntese bien.



—Como me lo temía, señora: usted tiene la lombriz solitaria, que ya no está tan solitaria porque se ha casado y ahora tiene siete hijos y vive en una casa de cuatro piezas, baño y cocina.



—¡Ejem!... Esteeee... Si usted acepta tomar el té esta tarde conmigo, me comprometo a curarla inmediatamente; de lo contrario, tendré que operarla de apendicitis aguda, porque está muy grave.





El primer S.O.S.

Por
Chamico

DIBUJOS DE SEVILLA

Una familia armenia que andaba de picnic por las faldas del monte Ararat encontró una botella, lacrada y sellada, conteniendo un papel. El fuerte olor a vino que éste exhalaba les hizo suponer que había venido de muy lejos, ya que no era un papel de Armenia. No pudieron entender más que el encabezamiento, por ser muy mala e irregular la letra y venir en una lengua desconocida para ellos.

Observada la carta, que tal resultó, por un grafólogo, dijo que pertenecía a un anciano inculto y robusto. Anciano, por los arabescos de gusto anticuado que adornaban las iniciales; robusto, por lo vigoroso de los trazos, e inculto porque era indudable que al escribirla tenía las manos sucias.

Otro más grafólogo dijo que el autor de la carta era un borrachón, basándose en la abundancia de eses, la forma característica de subir y bajar los renglones, que parecía una caravana de camellos, y el hecho de que la palabra "violeta" se repetía, sin ton ni son, dentro del texto y en el margen, lo que demostraba que se hallaba bajo la influencia de la conocida canción báquica.

El documento pasó por muchas manos, hasta que llegó a una comisión internacional de sabios que se abocó a su estudio y traducción. Unos dijeron que estaba escrito en arameo y otros en sánscrito, y, como no pudieron ponerse de acuerdo, unos lo tradujeron del arameo y los otros del sánscrito. Ambos bandos debían estar en lo cierto, porque la traducción resultó idéntica. Por muchas alusiones que contenía, se llegó a suponer seriamente que la carta fué escrita por el patriarca Noé.

Yo me inclino a creer que es así, porque lleva al pie la firma de dicho anciano, aunque comprendo que esta conclusión es vulgar y empírica.

Esta botella ha hecho hablar más a los sabios que si hubiera estado llena del mejor vino. Pero lo único que se puede decir en concreto es que es de vidrio común, verde botella; que en su etiqueta, muy borrada, se puede leer a la derecha: "Envasado... (a, J.)", lo que demuestra su antigüedad. A la izquierda se lee: "Volumen neto 750 cms." es decir, un litro comercial.

He aquí el curioso documento:

"Señor Jehová.

"Muy señor mío y de mi mayor consideración: No habiendo obtenido respuesta a las mil setecientas cartas que le he remitido por el mismo conducto desde que se dignó elegirme entre los demás vecinos caracterizados para perpetuar al hombre y demás animales creados a su imagen y semejanza, me tomo la libertad y el vino que contiene el sobre, para recordarle la triste situación en que me ha colocado dándome esta carga pública.

"No insistiré sobre las incomodidades de un diluvio universal, por tratarse de un tema del que hoy en día todo el mundo se encuentra bastante empapado. Pero la vida en el arca resulta muy engorrosa. Le diré, sin ofender a nadie, que los animales se están volviendo cada día más bestias. La paloma y el cuervo no hacen más que disputar por un quítame allá esas pajas, como vulgarmente se dice, aunque aquí se trata de las pajas del nido de la paloma que el cuervo, que está empollando, le robó. Yo le dije que no lo hiciera, que era malo criar cuervos porque después había que arruinarse comprando ojos de vidrio, pero él me respondió que no creía en refranes mal traducidos.



"La que me va a volver loco es la jirafa. No sirve ni para ir a ver quién viene, aunque sería la más indicada; mira a todo bicho viviente por encima del hombro, y bien se ve que lo que quiere es vivir de cogote.

"El asunto de la rata me tiene muy preocupado. La pobre quedó viuda del modo siguiente:

"El ratón se pasaba el día haciéndole chistes al gato, respecto a su destino póstumo de liebre, y el gato, que aguanta muy pocas pulgas, estaba que echaba chispas. Yo lo comprobé pasándole la mano por el lomo a contrapelo.

"—Hijo mío —le decía yo al ratón—: no confíes demasiado en las inmunidades, que me sospecho que el gato es anticonstitucionalista y bastante fresco.

"Pero él insistía, y el gato se lo comió. La rata viuda lloró a su difunto, pero, mujer al fin, se consoló, y un buen día se enamoró de mi paraguas. Para evitar escándalos yo los casé como Dios me dió a entender, y fruto de esa unión nació el murciélago. Este murciélago no es mal bicho, pero se pasa la noche fumando y tira los puchos en cualquier parte, por lo que ya ha tenido varias peloteras con mi nuera, la mujer de Jafet, que se desloma por tener la casa limpia. También la vaca le ha dado mucho que hacer en este sentido.

"Con gran dolor de mi alma, he tenido que aplicar la pena de muerte al tiburón. Yo no sé si este animal es tonto que no entiende los reglamentos de a bordo o qué, pero el hecho es que todos los días me llegaban quejas de la piscina porque el tiburón se comía a sus compañeros de elemento de menor volumen. Como era tan incorregible y testarudo que a todas mis reprimendas contestaba que el pez grande se come al chico y que esa era la sabiduría de los pueblos, lo agarré por la cola y lo tiré por la ventana. A estas horas ya se debe haber ahogado.

"Pero las más liosas son las mujeres de los animales. Esta mañana, la del unicornio le dijo a la del ciervo:

"—No olvide, señora, que trata con una dama honrada.

"Pero, como usted comprenderá, la que más me fastidia es la mía propia, si tiene en cuenta que llevamos cerca de

seiscientos años de matrimonio ininterrumpido.

"El otro día me pegué un gran susto, pues noté que en lugar de dos elefantes había embarcado cuatro. Pero mis hijos me tranquilizaron diciéndome que no había más que dos y que eso era efecto de la bebida. Yo, para que no me perdieran el respeto, les dije que en todo caso sería una ilusión óptica, que es más científico. Pero la verdad, Señor, es que estoy bebiendo demasiado a causa de esta correspondencia. Necesito vaciar y vaciar botellas para mandarle mis cartas, y como no soy ningún insensato para echar el vino al agua, como un mal tabernero, me lo tengo que beber, sometiendo mi hígado a un trabajo excesivo, pues desde que cumplí los quinientos años estoy a régimen y no tomo, por prescripción médica, más que siete u ocho litros por comida, ¡y hay días, señor Jehová, en que le he escrito setenta cartas!

"Yo sé que, según el Génesis, no descubrí el vino hasta después de desembarcar, pero usted sabe muy bien que ese libro está lleno de inexactitudes y que a usted mismo se le atribuyen allí un montón de tonterías que jamás pensó hacer. Su anónimo autor era un buen brulotista y nada más. Además, a usted le consta que

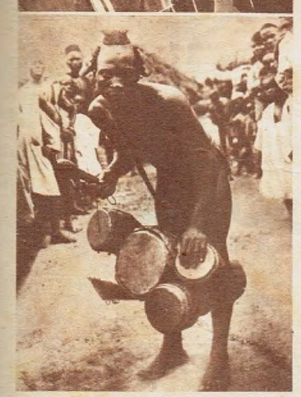


si me eligió para comandar el arca y perpetuar la especie, es porque los borrachos tenemos un Dios aparte.

"Las malas lenguas han dado en decir que aquí llevamos la gran vida y que no nos falta nada; que mi hijo Sem se alimenta con sen-sen; Cam con champaña y Jafet con leche. Pero eso no pasa de ser un chiste malo. Lo cierto es que para poder vivir hemos tenido que comernos la pareja de chanchos. Pero usted no debe afligirse, porque en cuanto desembarquemos y se organice otra vez el mundo, esa especie aparecerá por generación espontánea y nunca faltarán puercos sobre la haz de la tierra.

"Espero recibir respuesta a vuelta de correo, pues no creo que me haya metido en el arca para dejarme morir en la flor de la edad. — *S. S. S., Noé.*"

Aire de familia



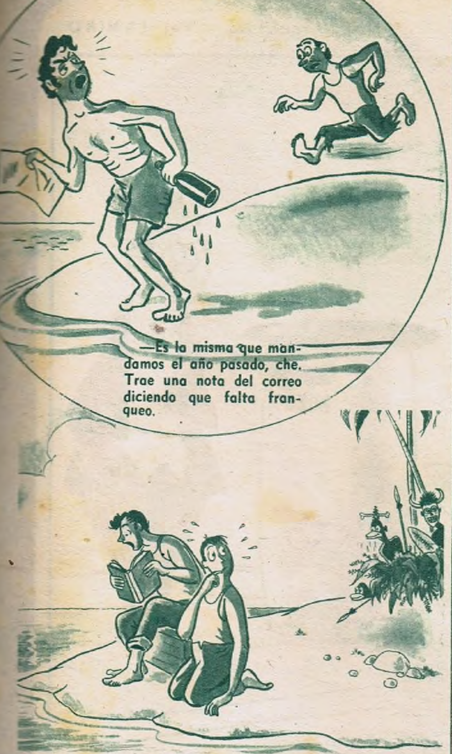
NOTA IMPORTANTE: Toda semejanza o similitud que tengan estas fotos con gentes conocidas es completamente casual. Nuestros personajes son absolutamente imaginarios.

Escuela de Robinsones

Por SOLLE



—Sí, ya sé que aquí no sirve de gran cosa; pero creo que corta la monotonía del paseo.



—Es la misma que mandamos el año pasado, che. Trae una nota del correo diciendo que falta franqueo.

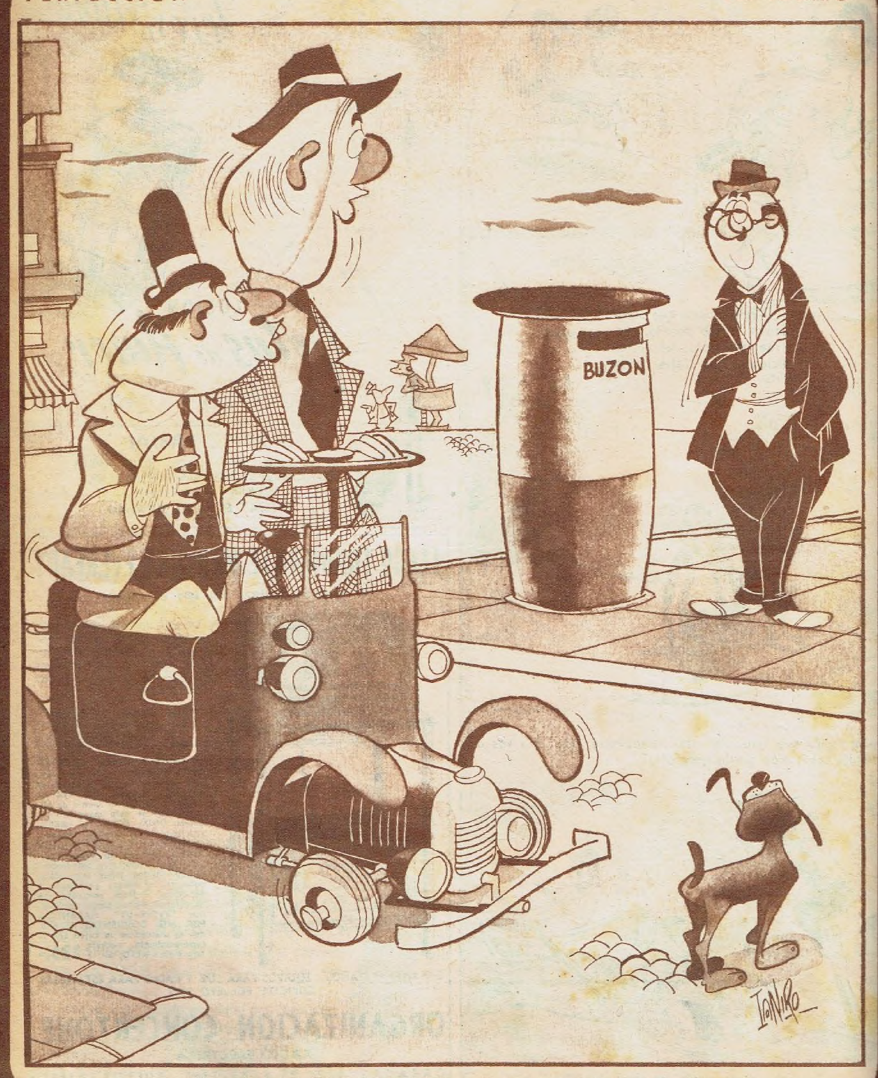
—Te repito que esta isla está deshabitada, che. ¡No vas a pretender saber más que la geografía!...



—¿Le puedo **ayudar** en algo, amigo?

PERFECCION

Por IANIRO



—Es un marido ideal. Se revisa los bolsillos cada vez que pasa junto a un buzón.

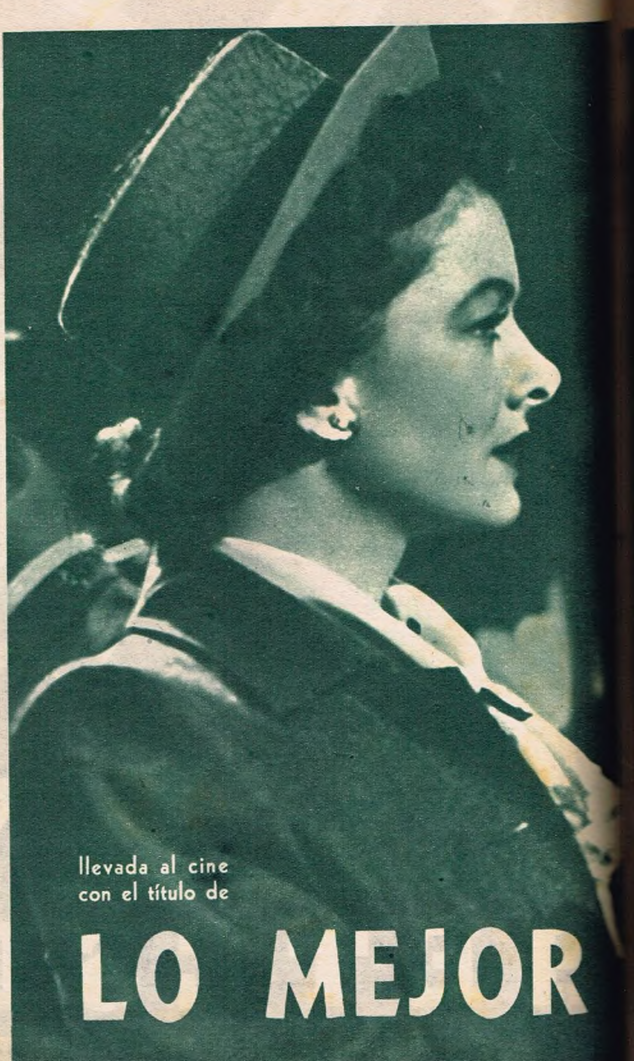
DAR PREFERENCIA A LA INDUSTRIA ARGENTINA
ES LABRAR LA
GRANDEZA DEL PAIS

HETESIA



PARA LAS CUATRO ESTACIONES Y TODAS LAS EDADES

GLORIA



llevada al cine con el título de

LO MEJOR

I

FRED Derry, matador de cien hombres en batalla, cruzaba Welburn Field. El avión de transporte lo había dejado allí, rodeado por la encantadora fragancia de la temprana primavera. Aspiraba el aroma de las plantaciones; escuchaba el paso de los camiones por la carretera 52; observaba los carteles y todo lo grotesco del paisaje..., todo eso que, para él, encarnaba la belleza soñada.

Fred Derry, de ojos verdes y párpados rosados (el tipo de ojos de todo bombardero y artillero), mediana contextura y cargado de espaldas, con una afectada indolencia, pero alerta, siempre estaba presto a entrar en acción si ello era preciso. Se detuvo frente a un avión B-26. Quitóse el capote y, pañuelo en mano, se limpió una minúscula manchita de grasa. Alisóse la ropa y ajustó los bolsillos; verificó que los distintivos y condecoraciones lucieran como nunca. ¡Y bien orgulloso que estaba del despliegue de colores sobre su pecho! La D.F.C. (Cruz de Vuelo Distinguido), las Hojas de Roble entrecruzadas, y otras medallas, y otras listas y el *Corazón Púrpura*.

Se encogió de hombros: ésta fué una condecoración obtenida muy fácilmente — un *Corazón Púrpura* inmerecido, dirían los de la R. A. F —. Una granada de 20 milímetros destrozó la proa del avión, pulverizando varios paneles de plástico de la cabina, amén de una esquirla de cobre que halló en su camino el fuerte brazo de Fred. Se lo curaron. Sólo llevó el pijama de convaleciente durante dos semanas; porque era joven, resistente, animoso; feliz por poseer un *Corazón Púrpura*. Y consciente de haber sido afortunado cuando lo obtuvo. Bajóse la visera de su gorra, la grasienta gorra de las Fuerzas Aéreas. Luego, bolso en mano y capote al brazo, con el paracaídas y el atalaje en la otra mano, se puso en marcha.

El mostrador de asignaciones estaba totalmente repleto de gente. Los interesados aguardaban de pie, en silencio, como si confiaran en que su actitud les ganaría la benevolencia de los encargados de ocuparse del transporte, de quienes dependía que "tú comieras los panqueques tres días antes y que te hallaras al lado de Evelyn el martes por la noche en lugar de tres noches después". Todos esperaban, y la voz del sargento repetía:

—¿Quién no tiene destino aún?... Voy a repetir la lista.

Al leer la lista de los destinados al este y al sur se agregaron varios nombres; oeste, leyó los nombres; uno eligió Tulsa, tres Albuquerque, otros se decidieron por la costa del Pacífico.

Le llegó el turno a Fred Derry; dió su nombre y escribió: Derry, teniente 1º aviador; mencionó su grupo de bombardeo: C-3-5to.; dijo que su hogar estaba en Mitchel Field. Mentía. El sargento sabía que mentía, al igual que casi todos, civiles sin hogar ahora. Procedieran del ejército o de la marina, no tenían lugar alguno en la vida en ese momento. Y lo sabían muy bien.

La voz del sargento recobró su dureza, y resonó por sobre la charla el ruido de los teléfonos que se comunicaban con los aviones en vuelo y la conversación de dos W.A.C.S. (Cuerpo Auxiliar Femenino), acerca de sus citas para el próximo sábado.

El sargento dijo:

—Ahora, escúchenme: yo no les pedí pases ni tarjetas de identidad; no soy policía militar, y menos un mandón; pero

PARA MI

famosa obra de
MACKINLAY KANTOR

TAPA DE OLIVAS FOTOS: GENTILEZA DE R. K. O.



DE NUESTRA VIDA

recuerden esto: "Ustedes quieren su plaza, y les llegará el turno. Anunciaré los nombres una sola vez. Cuando el sitio esté disponible deben encontrarse allí. Sólo les pido esto". Manténganse alejados del mostrador. Tenemos un salón de descanso detrás de esa puerta y afuera abundante lugar. Los llamaremos por el altoparlante. Por favor, ¡no se queden por ahí!

Fred Derry no había solicitado lugar preciso. Sólo dijo: oeste; y "oeste" podía significar mucho. Kansas City era buena; St. Louis, algo mejor; allí podría tomar un ómnibus. Tal vez estuviese en casa antes de la mañana, si conseguía un ómnibus. Salió y fumó un cigarrillo. Estaba hambriento y preguntó dónde se hallaba la cantina, pero no tenía ganas de ir ni podría encontrarla. Prefirió esperar. Cierta vez, hacía mucho — oh, sí, mucho tiempo —, había estado en Drew; allí servían café gratis, jugo de naranjas y otras cosas. Entró nuevamente y quedóse cerca de la puerta de la Oficina Meteorológica, haciendo como si buscara a un conocido.

El sargento lo miró fijamente, pero después de un instante se olvidó de él, porque venían más hombres, todos confiando en que serían trasladados pronto (la torta de chocolate, la cerveza en el Billy's Bar, y divertirse con Emilia, y besos de los chicos... que no conocían. Anhelaban el hogar, tan pronto como fuera posible).

Y nuevamente la voz del sargento:

—¿No tiene paracaídas? Lo siento, en eso es imposible que los ayudemos. No podemos dar paracaídas. Fíjense ahí arriba; ese cartel lo dice claramente: "En Welburn Field no se facilitarán más paracaídas". Es mejor que traten de obtener ubicación en un tren; por el portón principal pasa un ómnibus dentro de veinte minutos... Lo siento, señor, debe tener un paracaídas.

Pasó una hora; Derry pensó: "¡Al diablo con todo!" Un *Liberator* salió para Dallas; quedaba demasiado al sur; un transporte partió para el este; llevaban mucha gente...

Habían quedado pocos y estaban hambrientos. Fred encaminóse a la cantina. Otros dos lo imitaron. Uno era de la aviación, el otro de la armada; pidieron leche malteada y sandwiches, que tenían muy buen aspecto, especialmente los de carne de cerdo. Fred Derry pidió otro; carne de cerdo y pan blanco — estaba apetitoso —. Recorrió el mostrador, y al ver la salsa la tomó y roció abundantemente la carne. Luego regresó sin compañía, pues los otros ya se habían retirado.

Vió una planta, radiante bajo el sol, y recordó otras similares... (Diez años antes, su abuela lo mandaba, con un cuchillo plateado, a recoger flores cruzando los jardines de los vecinos; tenían que ser las más tiernas, las más frágiles; las llamadas "colas de dragón").

Las recordó apenas cocidas, la cocina humeante; y de nuevo aspiraba el tufillo del bistec que, debido al precio tan alto, sólo comían los sábados; y la abuela, muerta — ¿cuántos años hacía ya? — cuando él aun cumplía el período de instrucción, semanas antes de recibirse de piloto. Oh, ¡mucho tiempo!... ¿Cuánto tiempo?... Su cuerpo inmóvil y las pequeñas flores del funeral... ¿Cuándo había sido? Cambiaron de casa... ¿Y cuánto tiempo hacía que conociera a María?

Perdióse en sus pensamientos y se alejó. Las flores se destacaban sobre el pasto...

II

Regresó al lugar ya conocido, apurando el paso. Decían algo por el altoparlante. Eran nombres: "Bryan", "Smoak". El sargento esperó y llamó nuevamente. Pero nadie contestó. Repitió otra vez, y otra más, sin que se presentara nadie: "Ostwick", "Hall"... Luego anunció el nombre de Fred Derry. Fred entró; estaba excitado. Lo recibió la rencorosa envidia del sargento, quien le miraba las condecoraciones, lamentándose por todas las cosas que él no había visto ni hecho. Y odiaba a Fred porque él las había visto y hecho.

—¿A dónde quiere ir?

—Bueno..., yo..., al oeste.

—¿Le conviene Boone City?

Fred tragó saliva. ¡No! ¡No podía ser cierto! Su voz alterada contestó:

—¡Espléndido, voy a Boone!

—Mire, señor; usted puede tener razón o no; es difícil irse de allí, los transportes son escasos.

—¡Pues, mejor; a mí me gusta quedarme en un solo lugar!

—¡Muy bien! — dijo el sargento —. Firme aquí. Pregunte al piloto cuándo va a salir.

Le señaló a un muchacho pelirrojo, quien, con el capote puesto, estaba de pie en el otro extremo. Fred Derry firmó y se acercó rápidamente al piloto.

—¿Boone City?

—Sí — dijo el piloto —. ¿Tiene paracaídas? Muy bien, teniente; saldremos dentro de veinte minutos, una vez que hayamos cargado nafta. ¿Tiene algún compañero, o conocido? Podría llevar alguno más. Es una "23". Esa fortaleza volante, allá al fondo, al lado de aquellos *Mitchells*. Usted nos puede esperar y luego ir con un "jeep", o caminando, si así lo prefiere. Hay mucho tiempo aun.

—¡Caminaré! — dijo Fred.

Al dirigirse hacia la puerta, la voz del sargento dejóse oír nuevamente por el altoparlante:

—Espacio para dos — decía, con un sonido hueco, penetrante, hiriente e imperioso.

La voz que tuvo que oír durante varios años de guerra; la voz sin alma y sin conciencia, que se hacía sentir para cortar los sueños y señalar el deber. Y para ordenar, durante cada segundo que hubiera de vida.

—Hay lugar para dos — dijo esa voz —. Boone City; lugar para dos...

Entró un hombre, caminando a zancadas. Un tipo alto. Infante..., un sargento. Con los pantalones más claros que la chaqueta.

El uniforme no le sentaba; no había nacido para llevarlo; era grande, fuerte y simpático, aunque viejo. El cabello que escapaba por debajo de su gorra dejaba entrever largos y duros años de lucha. Un sargento poco elegante, con rifle de plata, un cinto y doble lista de condecoraciones.

Derry observó y distinguió la E. T. O. Ese soldado había ido a la guerra, en Alemania, mientras él, Derry, volaba.

—¿Boone City, sargento? ¿Dijo usted Boone City?

La voz del hombre grande era grave, suave y cortés, pero, en el fondo, de acero.

—Eso es lo que estoy cansado de repetir. ¿Usted quiere ir? ¿Tiene paracaídas?

El sargento asintió, mostrando un pesado bulto; no parecía llevarlo cómodamente; quizá lo había usado pocas veces.

—Muy bien — dijo el pequeño individuo con galones, sintiendo rencor y odio hacia todos los hombres que hicieron cuanto él no había hecho —. Muy bien; firme aquí.

Fred Derry esperaba, mientras el sol, en su esplendor, parecía asociarse a la dicha que lo embargaba.

El sargento se acercó.

—Hola — dijo Fred.

El sargento lo saludó.

Fred retribuyó el saludo.

—Olvide el grado — dijo —. ¿Usted va a Boone?

—Eso es; allí es donde vivo.

Una sonrisa le iluminó el ancho y tostado semblante. El bigotito negro y gris, destacándose cómicamente sobre sus labios. Los ojos eran brillantes, pero duros y sombríos.

—Sí — dijo, con voz endurecida por la guerra, pero con un dejo de cortesía y cultura que dos guerras no habían podido destruir.

—Yo también soy de allá — dijo Derry, asintiendo.

—¿De qué lado? ¿Whereabouts?

—No lo conozco, señor.

—Soy de Grand Avenue. Mi esposa se mudó allí al año de mi partida. Teníamos una casa. Pero, usted sabe, con la guerra y todo lo demás...

—Yo vivo en Brighton Drive — dijo Derry.

—¿Brighton Drive? ¿Dónde queda eso?

—Al sur de Wildwood Park.

No le contó que Brighton Drive tenía una sola cuadra de extensión y que terminaba en unos baldíos de tierras arcillosas. Dijo que la pequeña y vieja casa era parecida a las del otro lado, donde vivían los más acomodados. El pavimento... y la calle con su nombre noble. Estaba cercada por una doble hilera de frondosos árboles, en lugar de polvo y matorrales. Era fuerte y llena de arcilla. Las pequeñas y ocultas casas. Y los chicos que viven en ellas, que van a cortar pasto, el tierno pasto, en los prados más ricos. Allí vivía Fred.

—Claro que conozco el Wildwood Park — dijo el sargento —. Oiga, ¿en qué vamos a viajar? ¿Un B-17?

Fred asintió:

—Sí, una fortaleza.

—Bueno, no me importa — replicó el sargento —. La cuestión es llegar. ¿Es usted casado?

—Sí, ¿y usted?

—Tengo un hijo y una hija — contestó el sargento —. La chica, de veinte.

—¡Dios mío! — dijo Fred —. Usted no parece viejo. Dígame, ¿lo dieron de baja?

El sargento hurgó en el bolsillo de sobre su pecho y susurró:

—Papeles...; tuve miedo. No me querían atender..

—¡Cielos! — exclamó Fred Derry.

—La mitad de los que transportan en estos días son licenciados. Creo que la oficina lo sabe muy bien.

—¿Qué importa, si obtenemos una asignación y llegamos antes a casa?

—¡Claro! — contestó el sargento. Y luego repitió las mismas palabras —: Llegaremos antes a casa.

Trasuntaban un extraño placer y una amenaza al mismo tiempo; el murmullo de una noche de bodas, la carga de los impuestos y la silla del dentista.

No sabían qué les esperaba, pero lo adivinaban; no podían equivocarse. Lo sabían muy bien, de la misma manera que muchos millones de hombres. Tenían miedo. Eran recelosos. Pero añoraban el hogar. No confiaban en la gente que habían dejado; tendrían que aprender a creer en

ella. Tendrían que empezar a conocer los Estados Unidos, como un inmigrante que trata de contar su historia y grita ante la bandera.

Cruzaron la pista. Había varios tipos de aviones, malos y buenos. Tal como se los puede ver en cualquier aeródromo. Los cazas, agrandándose tontamente; los P-47, con sus largas y curiosas trompas. Ese 40, de alguna otra base, destacando la proa contra la hélice pintada de rojo, para marcar las letras o los números del escuadrón; ya sin posibilidades de volver a mirar la guerra en Alemania, y con pocas ganas de arder en el aire o de estrellarse en una tierra en la cual los hombres los odiaban.

El 24, el 25, el 26...

El transporte, con su hilera de asientos, los fuselajes gemelos, con personas en *overalls* que caminaban entre ellos y una sola hélice girando.

Los hombres que ansiaban el hogar se adelantaron.

—Me llamo Stephenson.

—Yo, Derry. ¿Dónde ha estado? ¿En Alemania?

—Sí, ya hace casi tres años.

—Debe haber visto mucho. Advierto que fué herido.

—¡Por cierto que usted se trajo una colección de condecoraciones!

—Estrella de Plata, Estrella de Bronce.

—Y todas las G. I. (Listas) — dijo Stephenson.

—Y usted también tiene varias. ¡Y viniendo de vuelta! — dijo Derry.

El sargento lo miró y sonrió. Una pícara y vieja sonrisa, como indicando que el sargento Stephenson podía ser su padre.

—¿Quiere decir que no las llevó allá? — preguntó.

Derry contestó, despreocupadamente:

—¡Diablos, sí!, claro que las usé. Todos los muchachos hicimos lo mismo en Londres.

—Los muchachos, en todas partes — dijo Stephenson. Rieron.

Apareció una chica de los cuerpos auxiliares, con su *overalls* y un andar decidido; con el orgullo de una muchachita en el desempeño de una pequeña tarea. Pero, aun así, el *overalls* no lograba ocultar el encanto y las curvas de su cuerpo. Fred Derry la miró, pero Stephenson no apartaba la vista del frente: como si viera una casamata de hierro, y su amor detrás...

Como si tuviera que atravesar mil muertes y cada llama lo abrasara; como si cada trozo de metal, hasta entonces conocido, lo hiriese. Pero nada ocurrió. Aquí estaba él, en Welburn Field. Tenía una asignación... ¡Y cuántos otros ya no volverían a salir de su soledad!

III

Al Stephenson le preguntó a Fred dónde trabajaba antes de la guerra.

—En Bullard's.

Bullard's era la farmacia más grande y la mejor en todos los alrededores de Boone City. Fred trabajaba desde las 7 de la mañana hasta la hora de ir a clase. Tres noches por semana, de 17 a 22, y de 19 a 23 las otras. Llevaba carteles de propaganda y ayudaba en una fábrica de sifones. Le pagaban unos centavos por hora. Estaba buscando un trabajo mejor... Y luego..., un domingo por la tarde, cuando ya había olvidado las noticias alarmantes, se despertó y sintonizó la radio. Su padre no estaba en casa, y la segunda esposa de éste jugaba al bridge. No había nadie. Bajó.

Es difícil pensar que uno es joven a los diecisiete años. Es difícil creer que se tuvo diecisiete años cuando uno mira desde los veintiuno y sabe que ha matado a cien hombres... o a más.

Bajó. La radio transmitía.

Cuando llegó a la puerta hablaban de Hickham Field.

Domingo de Pearl Harbour...

El martes ya estaba enrolado.

Estas cosas no las contó al hombre de más edad que ahora marchaba a su lado. Sólo dijo que trabajaba en Bullard's.

—¿En dónde trabaja usted? — preguntó.

—En el Cornbelt Bank — dijo el sargento.

El teniente lo estudió.

—¿Era usted ordenanza, o algo así? — hablaba en forma brusca y con rudeza. Tenía muy poca experiencia en lo que a trato social se refiere, pero mucha en la guerra.

Antes de que el sargento pudiera contestar, ambos rieron. Otra figura. Esta no era una chica en *overalls*. Esta era la muerte en una sola pieza. Viva en su lado derecho, y agonizando, tambaleándose, por el izquierdo. Caminaba con esfuerzo, los músculos tensos.

¡Era tan joven! ¡Un niño casi!... Se llamaba Wermels Homer, marinero de segunda clase. Pero actuaba como ayudante artillero la noche de los torpedos...

Enrolóse siendo un chico, como otros muchos. Regresaba hecho un monstruo. El cerebro actuaba a su antojo, y tan mal... tan mal... Decía a sus brazos: "No deben moverse en la forma

que lo hacen"; y luego les ordenaba cosas tontas a sus piernas.
"Espacidad", le diagnosticaron infinidad de veces, lo cual no impedía que la cabeza de Homer siguiera con su bamboleo.
La tenía a un costado y cuando hablaba valíase del método de los aficionados a contar chistes, con los labios firmemente apretados contra los dientes. Así era como hablaba, y así hablaría hasta que estuviera bien, si es que alguna vez llegaba a curarse...
Diecinueve años...; pronto, veinte...
Sus suaves cabellos formaban mechones detrás de sus orejas. En su barbilla advertíase un poquitín de pelusa. Sus límpidos ojos azules veían la vida con amor. Porque había creído no verla y apreciarla otra vez... Arrastraba su pie, tan grueso era su botín, que llevaría aún unos veinte días, hasta que se gastara la suela.
Los hombres no podían creerlo.
—¿Se va allá?
Y cada uno pensaba: "Esto no debiera ser. ¿Qué pasa aquí? ¿Quién es éste que lleva ropa igual a la usada por los más fuertes y mejores, los más rudos y rectos, los más *buenos*?"
Veían las condecoraciones. *Corazón Púrpura*..., el A.T.O. El Listón Dorado, de la orden del Pacífico del Sud, y el Verde, el Marrón y el Blanco. Las bandas de E. T. O., y sobre ellas, una gran estrella.

En las afueras de Orán, él había opinado aquella vez:
—Debiéramos haber llevado nuestros tanques a Liverpool.
El hombre viejo dijo:
—¡Por Dios! ¡Perderemos el convoy si lo hacemos así!
Alcanzaron el convoy.
Marcharon cerca de Orán. Y siguieron muchas millas; los trajo un transporte. Y todos, por turno, dirigiéronse a tierra, uno por uno, mientras arriba los aviones los protegían. Oscureció. El transporte seguía ordenando. El capitán dijo:
—Ahora nosotros.
Se cambiaron números y palabras desde el puente al ingeniero y viceversa. Se lanzaron a estribor. Todos los tanques estaban bajo el humo (no habrían alcanzado el convoy si los hubieran llevado a Liverpool).
Después se sucedieron los impactos. El primero a popa, el segundo, terriblemente cerca, a proa, errándoles.
Y Homer dijo que recibió una orden y bajó por una escalerilla tanteando los escalones.
Los escalones se esfumaron de sus manos. Y aun estaba mal cuando lo despertaron, nueve días después.

Todo esto lo contó cuando ya estaba en el avión. Charlaba, con su labio apretado, como un mono.
No podía prever la vida que lo esperaba porque tenía muy poca vida detrás. Sólo ahora aparecía lastimosamente, rengueando, arrastrando su botín negro por el suelo. El grueso botín hacía más ruido cuando caminaba sobre el cemento.
—¿Saben — (aunque no lo dijo así. Sólo "S" (fagina). Pero eso fué lo que trató de decir) — a dónde tengo que ir para tratar de conseguir una asignación?
Lo miraron conmovidos, y sabiendo que estaba en parte muerto, sólo en parte, cada uno pensó para sí: "Prefiero morir a quedar así".
—¿Para dónde?
—Boone City, señor.
Continuó sonriéndoles. Ambos apartaron la vista y miraron hacia la lejanía para no verlo; cada uno se sentía feliz de no tener que deambular arrastrándose. Felices, además, por estar allí y en camino a Boone City.
—¿Tiene un paracaídas?
—¡No!
Y esa mueca del labio partido, pero aun sonriendo... Sus ojos tan límpidos..., como las piedras con que había jugado años antes, como los trozos de una taza rota, o como un cinturón de vestido de niña. Azul claro, más bien suave, femenino y amable.
—¡Oh, no, no tengo! Pero me aceptarán igual, porque estoy herido. ¿No les parece?
—¿Fué dado de baja? — le preguntó Stephenson, tan viejo y ceñudo, tan imponente, tan vivo y despreocupado. El marinero golpeóse el pecho y sonrió:
—¡Oh, seguro, estoy afuera! — dijo —. Estoy cansado de los hospitales. También estoy mejorando, pero, ¡qué embromar!, tarda un poco...
—Boone City — dijo. Fred —. Los tres... ¡Por Dios!, apuesto a que hay lugar.
Y luego, señalando el paracaídas de Al:
—Oiga, sargento, alcáncemelo — tomó el paracaídas cuando Stephenson quería hacer lo propio —. Dejaré por aquí el mío — dijo Derry —. Ustedes, espérenme.
Los dejó allí mismo, apuró el paso y encontró la fortaleza marcada "23".



Un G-1, de espaldas al suelo y durmiendo al lado del ala; un grasiento sargento caminaba sobre la otra ala. Este se paró y miró. Derry saludó con la mano. Subió a bordo y ya en la cabina dejó caer el paracaídas de Stephenson en el depósito de la cola; había otros paracaídas y *overalls*. El equipo de los oficiales sería colgado adelante.

Las chapas plateadas, los ventanillos y las armas; el olor del "17", "B-17"; en algo diferente al de cualquier otro aparato; así pensaba él con orgullo, como lo hacen los aviadores.

Fred apresuró la vuelta.

Encontró a los dos. El sargento seguía callado, pero el marinero hablaba. Fred deseaba que terminara.

—Escuche — le dijo —; lo van a tener que poner en la lista. Venga con nosotros y no hable. Cuando le pregunten por el paracaídas déjeme hablar por usted.

El marinero dijo:

—¡Oh, gracias!

Los siguió con gran esfuerzo. Derry echó a andar y Stephenson comprendió; encendió otro cigarrillo y los siguió.

Encontraron al piloto cuando salía. Y Homer Wermels fué puesto en la lista.

—¿Tiene paracaídas? — le preguntó a Homer.

—¡Aquí! — dijo Derry, mostrando el envoltorio con el paracaídas suyo, que ya había enseñado antes. El piloto dijo, dudando:

—Oiga, ¿dónde está el suyo? No tenemos paracaídas de repuesto a bordo y. . .

—Escuche — dijo Derry —. Ya dejamos los paracaídas en nuestra fortaleza. ¿Dónde demonios ha estado? ¡El sargento y yo queremos ir a Boone!

El piloto sonrió:

—¿Impacientes? ¡Vamos, andando!

Ambos lo siguieron, Homer detrás de ellos imaginando lo que comería esa noche; había pensado en los bistecs de ternera durante muchos, muchos meses...; en papas al horno. . .; en ensalada de repollo. . . Y apuró el paso detrás de ellos. Pensó en hablar, pero nadie lo escuchaba; sus ojos brillaban.

Luego, cuando ya habían trepado a bordo, Derry hablaba con rapidez. El jefe de la tripulación estaba perplejo.

—Estoy seguro de haber contado tres — dijo —. ¿Dónde está el suyo?

—¡Ahí mismo!

—¿Y el suyo?

—En alguna parte de a bordo — dijo Stephenson, con calma.

—Creo que lo puse arriba, en la radio — dijo Fred —, para que reciba el calor de los cinco mil caballos de fuerza. Está arriba, ahí mismo.

El jefe fué a ver y encontró otros paracaídas. No supo qué hacer. Eso era demasiado misterioso para él. Divisó un equipo y un paracaídas envuelto. Lo levantó y leyó el número:

—¿Es suyo éste?

—¡Sí, seguro! — dijo Derry. El jefe se alejó. Tal vez le creyera, o tal vez no le importaba nada. ¡Había tantos para cargar en los "17", o en cualquier cosa con alas, en esos días! No era como poco antes. . . El mundo que la guerra había forjado se estaba derrumbando.

El jefe de tripulantes soñaba con Bridgeport, en Connecticut. Otro mes más y a lo mejor él. . .

Despegaron. Tres puntos. La cola abajo. Y Homer se babeaba, empapándose; algo que era consecuencia de las heridas, que siempre parecen babearse. Se rió, limpió su barbilla y dijo que estaba contento.

—De cualquier modo — exclamó —, la última vez que fuí en avión me dieron

un paracaídas. Tenía que devolverlo..., pero soy tan chico y liviano... Me dijeron que tendrían que tirar sobre el paracaídas y llenarlo de agujeros antes de que mi peso lo hiciera descender.

Rió y murmuró varias cosas.

Dentro del espacio interior todos estaban sentados en el suelo desde la partida. Habían nacido en el aire. Fred miró su reloj: las dos y veintitrés. Se puso de pie y pegó su cara contra la ventanilla. El campo se empequeñecía, alejábase, los caminos se destacaban semejando tréboles en los cruces; las ciudades, distantes; todo luminoso y sereno detrás.

—¿Cuánto? —le gritó el sargento, y Fred calculó tres horas.

Bastante aproximado...; pero tardarían más si los detenía un viento de frente. El "17" estaba ascendiendo.

IV

Luego, algo más tarde, Derry comenzó a moverse. Miraba hacia donde, en otro tiempo, hubo bombas, otra vez con el *overalls* puesto para proteger el uniforme. Se deslizó, gateó por el hueco liso y redondo desde donde otrora un artillero escupía muerte.

—Seguro que se portó "bien" —dijo el piloto, apoyándose contra el asiento.

—¿Estuvo en combate?

—¡Claro que sí! —le gritó al piloto en el oído—. Actué durante bastante tiempo en el Pacífico Sur.

—¿Cuál fué el suyo? ¿Qué zona de operaciones?

Fred gritó:

—La Octava Fuerza Aérea, en Inglaterra.

—¡Oh! —dijo el piloto.

Derry bajó, arrastróse por la proa y pasó al lado del jefe, profundamente dormido e inerte, con el paracaídas junto a la cabeza. No se podían oír sus ronquidos. Los motores rugían. Derry avanzó hasta estar completamente rodeado por el "plexiglas"... "Sin control de vuelo automático, esto es lo que fatiga más al piloto", pensó.

Allí estaban las armas, cubiertas con modestas fundas. Las cintas de proyectiles ya no se veían. Presionó la palanca de carga de la ametralladora de babor. Retrocedía sin vida, con pereza, sin resorte que la detuviera. Fred apretó el disparador: nada sucedió. Una cápsula de granada vacía, donde había morado la muerte. Desenganchando la cuerda hizo girar el arma; presionó el péndulo y el resorte; hizo accionar, de derecha a izquierda, el pequeño seguro.

Lo dejó en "Fuego" y se colocó detrás de la mira circular. Pero la mira delantera había desaparecido. Hizo volver el arma a su posición original, para dejarla como estaba. Y ahí se balanceaba ahora, descargada e inútil... Lo pensó como bombardero, y como hombre.

Había aprendido tantas cosas: los botones de disparo...; el asunto de la doble empuñadura; el cálculo y la deriva; las cintas en su lugar. Y todo lo que se hace cuando se trabaja con miras de bombardeo *Norden*; once mil dólares de acero trabajado a la perfección; y vidrio y joya.

¿Qué se podría hacer en ese mundo modelo que se veía más abajo? ¿Qué se podría hacer para que los hombres pagaran bien?

"Esos hombres podrían alabar tu nombre en papeles impresos y colgar el aplauso de tu pecho". ¿Las Hojas de Roble para cierto número de misiones? ¿Qué se podría hacer en vida que no necesitara el imponente peso de todo el destino que se temía? Seis mil libras de destino, tan bien guardadas, liberadas de sus grilletes, para caer sobre Lille, Kiel, Bremen y el resto...

¡Tantos había matado cuanto más se elevaba sobre el mundo! ¡Tantas paredes y techos destruídos! Había tomado trenes, con su pequeño dedo, para convertirlos en polvo, en nada. ¡Tantas veces con la máscara pegada a la cara, el pesado tubo y la esfera roja girando en alto!... Los ojos tras las antiparras abriéndose, cerrándose... Tantas veces el soplo helado en sus oídos... El miedo que lo acompañaba a la cama, que se acostaba con él, y que no lo abandonaba cuando ya estaba vestido con cuero, con calor eléctrico y lana de cordero.

"Yo fuí un bombardero —se dijo, con un murmullo que los motores parecían devolver—. Yo fuí un bombardero, y cumplí mi misión. Ahora estoy vivo, y Clark no; tampoco Stein, March, Callahan, ni Olsen... Bailey está muerto, y Payne. Gadovsky está muerto, Holloway abajo; y yo estoy arriba, camino de Boone, hacia mi casa, ¿para qué?

Los motores gemían.

Ocupando el espacio que antes correspondiera a la mira de bombas, pegó su nariz contra el cristal para mirar allí abajo los grupos de pueblos y chacras; las ciudades más grandes.

Vió una carretera, y la gente en coches que avanzaba pesadamente. Los vió a todos, y pensó fugazmente en el resto; en los hombres que nunca conoció; en los desconocidos que venían de todos esos puntos y que veía allá abajo: de la casa materna, de lo de la tía Molly, de la casa... Un millón de hogares había visto pasar hoy. Pensó vagamente en el resto, y en lo que les esperaría después, cuando estuvieran en casa. Pero sólo lo pensó un momento. Era generoso por naturaleza y soñador a veces; pero era joven. Se amaba a sí mismo. El era el mejor. El era Fred Derry. Toda la vida de Fred Derry estaba resumida en él mismo ahora. Ahora, cuando para él ya no existía el Grupo de Bombardeo; ahora, cuando el C-3-0-5to. era sólo un nombre, algo a que aferrarse cuando fuera más viejo. Adecuado para esas reuniones clásicas, ya con el abdomen muy pronunciado y el cabello gris. Bueno para el pasado. Bueno para el futuro. Pero inútil ahora.

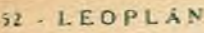
Durmió.

Las hélices seguían girando. Los motores internos rugían; los motores externos, sobre las alas, a ambos costados, continuarían el monótono zumbido de siempre. Durmió. Tuvo un corto sueño. Algo acerca de ingleses a quienes conocía:

La chica que se llamaba Beatriz. Y que era lady Tillman. Eso era real. Nunca creyó que los nobles vivieran fuera de los libros. Pero se divirtió con una lady. No tan mal... Parienta de un teniente de la Fuerza Aérea, uno de la R. A. F. Así fué como sucedió. Fred Derry lo conocía, habían trabajado juntos.

"—Y cuando vayas a Londres —dijo el de la R. A. F.—, ¿por qué no aprovechas para conocer a mi hermana?" Y así lo hizo.

Bailó con lady Tillman; salieron; buscaron el coche con la linterna. Comieron bizcochos y bebieron en la casa; arriba, en el departamento de ella. Cerca de Grosvenor..., y todo el resto. Eso era lo que Fred Derry había hecho; él, ¡el chico de los mandados de Bullard's! Mezclador de soda. Doscientas dieciocho li-



bras en sus ropas; libras esterlinas; se multiplicaban por cuatro y ya estaban los dólares. En esa ocasión había ganado; algunas veces había perdido. El juego apasionado de las noches vísperas de acción... A veces solía estar lleno de dinero, un montón de libras; otras veces, ¡nada!

Soñó un poco, sueños entrecortados. Sus noches con lady Tillman, mezcladas con viajes en trenes abarrotados, comiendo zanahorias. Algo así como una sucesión indefinida de fragmentos de sueños que no significaban nada; no obstante, mejores que las pesadillas que también tenía, a veces. Otras notaba que caía... caía... caía... y caía...

V

—Tres cuartos de hora —dijo el piloto—. Tenemos un viento de cola de doce millas, ahora. Esa es Illinois. ¡Cuarenta y cinco minutos más y los dejaremos en Boone!

Al Stephenson volvió a arrellanarse en el asiento y habló con Homer Wermels, que se despertaba.

—Tengo que irme —dijo Homer—. ¿Dónde está el casco?

No había ninguno. Preguntaron al jefe, quien les dijo algo acerca del receptor y el tubo, y dónde estaban. Al ayudó lo mejor que pudo. La puerta volvió a cerrarse. El viento entraba por las aberturas de las trampas para bombas. Homer se agitaba en su cucheta. Habíase enredado con el tubo y las cuerdas.

—¡Por Dios! —dijo Stephenson—. ¡Olvídate de este tubo!

El muchacho agradeció con la mirada, y se recostó contra la trampa para bombas.

Derry regresó gritando.

Sólo faltaba media hora. Se agruparon en la torrecilla de la derecha; el cañón estaba allí, y de él se colgaba Homer llorando de alegría. Vieron un río; todos lo conocían; Al había pescado allí y caminado por sus bosques... Los árboles de primavera, con sus nombres salvajes; la leyenda... Los huesos enterrados de los Pottawattonis... El rojo de los graneros y el blanco de las casas. Los molinos a viento destacándose por encima del blanco y negro que formaban los caminos. ¡Y tan pequeños se veían andar los coches! El reflejo verde del trigo de invierno y a los lados petirrojos y vacas. Más allá apiñábanse los techos de las casas, formando una ciudad.

—¡Esa es Spenyville! ¡No; es Midland Falls!

—Debe ser Willow Fork —gritó Homer, forzando su boca.

Dejaron que la llamara Willow Fork. Total, ¿qué importaba?

Tantas otras ciudades había a las cuales retornaban los hombres; tantos hombres que no volverían a otras ciudades, a ninguna ciudad. Tantos fragmentos de granadas en Normandía; tantas ametralladoras en la frontera de Alemania; tantos submarinos; tantos Messerschmitts. Adiós a Ed, y a Charlie también. Remembranzas en el mes de mayo... Pero ellos volvían, y respiraban, y cada uno entreveía una pieza, y a alguien en ella. El jefe los llamó, desde la puerta, haciendo señas.

—Vamos a bajar —dijo—; tienen que sentarse.

Fueron hacia adelante y se agacharon esperando el golpe. Los oídos les dolían; Derry despejó los suyos y enseñó a los otros cómo hacerlo, pese a lo cual volvieron a molestarles.

El avión aterrizaba lentamente; ya iniciaba el carreteo.

—Más plata para las fábricas de goma —dijo Derry.

El jefe hizo una mueca; había oído ese crujido más de cien veces. La cola bajó y el "17" giró sobre sí mismo. Un "jeep" amarillo apareció para guiarlos.

Su "síganme" fué descarado y autoritario.

La gran fortaleza lo siguió por la pista.

(Cuando el César vió a Roma envuelta en llamas, ¿pensó que sólo parte de él estaba allí?)

VI

Todo era nuevo. Esta base había sido construída mientras ellos estaban del otro lado del mar.

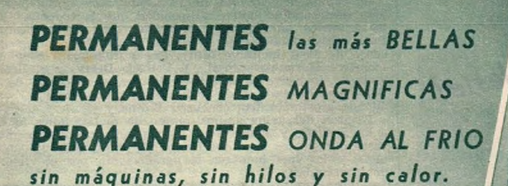
No conocían las desoladas y verdes construcciones. La torre ni el techo del hangar. La carretera número 2, en dirección a Spenyville.

La llamaban "Bonnie Dell".

—Sí, ésta es —dijo Derry.

—¿Y todas estas plantaciones? —preguntó Al.

Caminaron, llevando los paracaídas, mientras Homer los seguía como podía. Arriba, y más allá, las brumas y el rojo de la puesta del sol. Vieron la mancha de Boone City, cinco millas a través de los campos; les llegó el olor de una fá-



sin máquinas, sin hilos y sin calor.

PERMANENTES

ASOMBROSAS POR SU NATURALIDAD

TINTURAS
las más Perfectas

TINTURAS
"POLICROM" al aceite

TINTURAS

LAS MAS ELEGANTES

PEINADOS Hermosos
Masajes y Manicura

Canas

Tiñtura Instantánea "POLICROM" al aceite. Hermosos colores y de fácil aplicación para particulares. En venta en "La Esmeralda", C. Pellegrini 425 y sucursales. Envíos al interior, contra reembolso

---



LA ESMERALDA

(LA MEJOR Y MAS GRANDE PELUQUERIA DE SEÑORAS EN SUDAMERICA)

S. R. L. - Capital: $ 400.400

Casa Central: C. PELLEGRINI 425

. T. A. 35-6645 - 1231

Información:

MILES DE MUJERES SALVADAS

Miles de mujeres y también miles de hombres han sido salvados de ser engañados, porque al pedir el perfume de su predilección o el producto de tocador de su agrado, no permiten que se lo desprestigien, cualquiera que sea la finalidad que persiga la persona que lo hace.

Por eso aconsejamos a los consumidores, que cuando compren, se mantengan firmes e insistan en que se les entregue el producto solicitado.

Así disfrutarán de la enorme satisfacción de usar lo que satisface su gusto personal y al mismo tiempo estarán prestando su decidida colaboración a la Campaña Pro-Comercio Leal.

brica que se mezclaba con las fragancias de la primavera.

La cúpula del capitolio de su Estado, toda dorada, era una joya destacándose entre la opacidad que la rodeaba. Vieron los anuncios para vender cigarrillos, coque y lubricantes... Boone City; población de alrededor de 180.000 almas, según el censo de 1940, inclusive Milly, Peg y Rob, para Stephenson; inclusive María para Fred. Y Patrick Derry, y el licor que tomaba. Inclusive la mamá de Homer, la ensalada de repollo, Wilma Jacobson, la de la casa de al lado, y el Club Epworth, adonde acostumbraban concurrir Wilma y él.

Bajaron del avión (adiós, amigo de metal; adiós al timón, a los alerones y al fuselaje: ¡Dios guarde tus fuertes motores hasta que no los necesites más!). El piloto pelirrojo unióse a ellos, y los tres hombres le agradecieron por el viaje. Vio dos paracaídas...

—¿Otra vez?... ¿Dónde está el suyo? —preguntó a Fred.

—¡Lo perdí en el E.T.O.! —dijo éste—. Olvídalo, compañero, ¡ya estamos aquí!

El piloto hizo una mueca:

—Ustedes están afuera —dijo, con amarga convicción—. Bueno, ¡ya quisiera estarlo yo! ¡Me faltan seis meses más! —hizo otra mueca y pensó en Oregón. La pequeña chacra era tosca y pobre, pero noble en su pensamiento.

Homer confiaba en poder tomar un ómnibus.

—¿Cada cuarto de hora pasan? —preguntó en la guardia; no podían entender una palabra de lo que decía. Uno estaba avergonzado y confuso, en tanto Homer preguntaba por esto, por lo otro, o por cualquier cosa rara.

Al Stephenson devolvió su paracaídas y regresó a tiempo para ver al marinero bajando torpemente por la escalera, tan nervioso, sintiendo la proximidad del hogar en tal forma, que apenas podía hablar.

—Olvídate del ómnibus —dijo Al—. Tomaremos un coche. ¿Dónde está el teniente?

Derry volvía de comprar cigarrillos. Encamináronse a la puerta principal. Al llevaba la valija de Homer. El, personalmente, no tenía nada. Había enviado todos sus efectos por expreso desde la costa oriental. Tenía una navaja en el bolsillo, un cepillo para dientes y algunas fotografías... Eso era todo. Tal vez una valija lo hubiese detenido. No estaba acostumbrado a ellas, sino a los bultos. Acostumbrado al sucio uniforme de los G. I. Aun tan lejos de la guerra se sentía desamparado sin una mochila, una carabina y un casco sobre su cabeza.

Hallaron un coche.

—Ocho dólares —dijo el conductor.

—¡Dios mío! —exclamó Fred—. Aquí estamos, ¡y cómo...!

—Mire, amigo —le dijo el chofer—, si no le gusta, puede...

Al ya estaba adentro y habíase sentado.

—Cierra el pico y camina.

El chofer cerró el pico y arrancó.

VII

Esto no era la guerra. Nunca ocurrió nada aquí. Los capullos jamás se cortaban. Boone City no había visto en su vida un combate desde que los pintarrajeados *sioux* galoparon por sus praderas con sus mortíferas flechas. Los coches de la Linen Belt y sus bocinas resonaban en la Treinta y Tres, como antes.

Ni un tanque Marx IV para borrar tanta uniformidad. Nunca un chico muerto tirado en el camino; jamás un gato con el vientre abierto. Nunca una granada para acabar con el puente de la calle Quinta. O para volar en pedazos la estación Sinclair. Las *bazookas* (lanza-cohetes) nunca zumbaban por encima de los techos de las casas, de la *boîte* o del café. ¡Y la gente decía que la guerra se estaba poniendo dura cuando las oficinas de racionamiento les negaban nafta "A" y en los fines de semana sacaban el Chevrolet y se iban a Rock Springs, a las carreras de galgos!

¡Nunca una guerra! ¡No podía ocurrir aquí!; no había nada que pudiera atemorizar la imaginación.

Uno donaba un poco de sangre y le daban un botón para el ojal. Tenían la propaganda pro bonos de guerra en el guardarropa. El dibujo de un marinero, con el dedo en los labios, hacía mucho que acusaba:

"¡No contar secretos! Frente interno... ¡El hombre detrás del hombre, detrás del arma! ¡Se solicitan soldados! ¡Haga frente al ataque! ¡Actúe! Ayude a los franceses si son libres. Ayude a los ingleses y a los polacos. Reduzca el impuesto a los réditos. Ahorre papel y latas; ayude al Comité de Ayuda Nacional."

Y los telegramas que a veces llegaban (oh, ¡esas ventanas cubiertas de estrellas!)

Oppenheimer-Stern anunciaban la venta de rayón nuevo de primavera, tan fino como el *Nylon*, de cuyas cintas marcadas se hacían telegramas:

"¡Sentido pésame!"
"¡Al servicio de la patria!"
Una mujer, en Elm Street, cerró la puerta y sostuvo el papel del telegrama. Lo extendió sobre la mesa y leyó nuevamente. Tambaleóse, insegura, y llamó: "Enice", con un hilo de voz. No obstante, Boone City nunca tuvo una guerra. Y otro telegrama de 1941: "Sin novedad hasta ahora, sin novedad hasta 1945". A Woodlawn, Stanley Drive y...
Para hacer que las estrellas se tornen doradas.
La gente de más edad vestía generalmente de negro. Los jóvenes rara vez. Boone nunca tuvo una guerra. Porque la iglesia estaba intacta, lo mismo que el templo Sholom; e igualmente St. Thomas y el café de Butch.
Hace mucho, mucho tiempo, que se veía el cielo de medianoche. Sin reflectores ni escuadrillas de cazas. Las líneas aéreas enviaron su vuelo "16" sobre los techos y nadie se agachó. Los sirenas aullaron, en febrero de 1942, algunas veces más; una sola en el 43... Los vigilantes aéreos tuvieron una larga instrucción. Prestaron el primer juramento en Wilson Junior High. Algunos obtuvieron sus cascos. Otros solamente brazaletes para lucirse... Los baldes de arena agrupábanse en los corredores superiores del hotel Daniel Boone...
¡Oh, hace muchísimo tiempo, una eternidad! La noche no interrumpida por los Heinwels, los Dorniers, los Junkers, y el resto. Los vigilantes aéreos se quitaron sus brazaletes, listos para morir en caso necesario (hubieran muerto tan valientemente como sus colegas ingleses). No tuvieron necesidad de ello. Los hijos jugaban a la guerra con los cascos de los vigilantes.
Los folletos de la Cruz Roja yacían olvidados en la biblioteca de arriba, al lado de la novela policial, del diccionario y de selecciones de tal por cual.
Llegó el día "D", y la gente se emborrachaba. Algunos rezaban: los "yanquis" avanzaban en Normandía. Y nuevamente los extraños nombres franceses: *Les Legionnaires*. Los que ahora no sabían nada de lo que se encontraba más allá de sus casas, hablaban de Toul, de Brest; trataban de recordar cosas olvidadas y envidiaban a la juventud... Y ¿qué gusto tendrá el *vin blanc*? Así cayó París. Y las radios estaban llenas de dramas, precauciones, fanfarronadas y estupideces. Las fotos inundaban las revistas. Los noticiosos, el cine. Los locutores, siempre en acción, acaparando los programas. Y las retransmisiones de la B. B. C., de Londres, a los Estados Unidos. La historia de las bombas voladoras. Boone City oía las bombas. Estallidos retransmitidos que no causan tanto temor. La línea Sigfrido fué rota, el Rin cruzado, y los "robots", terminaron su trayectoria. Y llegó un día...

En una calle alemana había un tanque incendiado.
—¡Cuidado! —dijo Al.
—¡Ya sé! —dijo Paskowitz—. ¡Pierde cuidado!
Pasaron el tanque. Dos soldados los siguieron lentamente.
—¡Mira aquella ventana!
Al miró. La mina explotó. No pudo hacer nada por Paskowitz. Limpió algo de la visera de su casco. Era redondo, húmedo y firme. ¿Un trozo de hueso? Apenas durmió esa noche. Y luego, absorto, habló en voz alta, despertando a Smith y a Beecher. Medio despierto, sabía: sí, Paskowitz, el loco, el endiablado, el galán, el dominador de mujeres ("sólo Dios —decían las muchachas— y Paskowitz pueden hacer tal cosa"). Y ahora Al sabía. Sí, oh, sí, sí... La rojiza y tambaleante cosa, con venas y carne..., era un riñón...

Y así Homer se agitaba en su cama. Y Fred volvió a los bombarderos. Y Al avanzaba por Alemania. Llegaría un día, con las banderas desplegadas en su ciudad. Y pitos y sirenas gimiendo interminablemente. En las fábricas, en los talleres, y en la Ford. Pero aun con eso nunca hubo guerra en Boone. No había sucedido nada allí. Sin fuego de morteros, ni en la playa ni en la calle. Ninguna ducha conjunta de diez o doce, con sus caras sucias; deteniendo a uno y diciendo: "Hola, ¿tienes un cigarrillo?... Dame un cigarrillo... Juego tan bien como tú..."
Nada de guerra en el pasto ni en el maíz. Ni en los álamos a lo largo de los ríos. El sol se puso, ofreciendo un aspecto encantador. Como cuando estaban los indios...

VIII

Homer fué el primero en llegar. Vivía en la Diecisiete. El taxi dobló y pasó por el colegio al cual había ido Homer. La calle era lila en toda su extensión. Algunos árboles, un lote vacío, y la serie de casas con sus jardines... Las muchachas daban vueltas en bicicleta. Con poco tránsito de autos. Un viejo que caminaba se detuvo para hablar con alguien sentado



en un pórtico. Era una de esas calles serias y sencillas, donde Dios es el término medio. Una casa es rica, pero ninguna es pobre. Y las cúpulas adornan los techos más viejos. Y los cristales iluminados de los vestíbulos; las tardes son alegres en los patios y hay una bandeja tarjetera en el escritorio (conteniendo alfileres, una estampilla, una llave de cierta cerradura, y rara vez alguna tarjeta). El poste de amarre aun aguarda en el palenque de Mrs. Engle, con su anilla de hierro para las riendas (el coche nunca viene; no viene desde 1912).

El taxi de Homer Wermels frenó y se detuvo. Al bajó primero. Fred tenía el pequeño bolso de lona. Al verificó el número: "1525". Eso era lo que había entendido. Y se lo dijo al conductor.

—¿Es aquí?

Homer estaba radiante de alegría, y se babeaba. Chillaba. Casi se cayó al bajar. Pero Derry lo tomó del brazo.

—Oye, ¿cuánto dijo? Este taxi...

Homer trató de sacar dinero.

—Déjate de tonterías —dijo Fred—. Vamos...

Comenzaron a subir los escalones de cemento. En el pórtico apareció, temblando, una mujer. La puerta quedó abierta, dentro se escuchaban pasos apresurados y gritos:

—¡Es él! ¡Ha llegado! ¡Oh, papi, es Homer!

La mamá de Homer estaba inmóvil. De pie, mirando sin ver. Apareció una chica, Luella, de trece años; dió un salto y gritó. Llegaron el padre y tía Sade. Una audiencia de honor en el umbral.

No sabían que el brazo colgaría de esa manera, ni habían esperado que arrastrara sus piernas. Las cartas que escribiera eran buenas — naturalmente, escritas con su mano derecha —. Nadie había pensado que haría muecas con la cara, ni que su boca perdería la forma. Nadie se imaginó que bailotearía en esa forma al caminar.

Un pequeño perrito que vivía dos casas más allá —un pelo duro de nombre Finx— vino corriendo y retrocedió. Ladrando, gruñendo y sacudiendo la cabeza. Miró a ese payaso con algo de temor...; se acercaba y se alejaba; trataba de morder. Un vestigio del Homer que conoció. Algo olvidado y en parte querido. Y en parte algo con qué jugar. Un basurero, un vagabundo a quien correr. Un enemigo tosco, un ser terriblemente grotesco.

"¡Au! ¡Guau... au... au!..." El perro acercóse nuevamente. Muchas veces, sin importar cómo, lo llamaron por su nombre:

—¡Acá Finx! ¡Ven, Finx!

Luella gemía mientras lidiaba con el perro, y Derry le tiró un puntapié. El maldito gruñía y se esquivaba.

—¡Sé bueno, Finx! ¡Oh, vete!

Luella, la primera en acercarse a Homer, gritó su nombre y echóse a llorar con amargo llanto.

Los Jacobson escucharon ruidos en el patio. Y Wilma Jacobson salió para ver... Homer la había llevado al club. A un baile del colegio; al cine varias veces. Ella tenía su fotografía en la cartera y lo llamaba suyo. Su marinero. Era suyo. Para contarlo, para gritarlo, para querer, para reñir en las cartas que le escribía, para hilar casamientos imaginarios... Y no estaban comprometidos. Eran demasiado jóvenes. No sabían nada. Ella era "su chica", y llevaba un alfiler de la Marina en su tricota de colegiala. Con esa ilusión llegó al pórtico y vió la vuelta de Homer a casa. Hubo un silencio, después de las lágrimas; el comienzo del Gran Silencio que sobrevendría. Derry y Al murmuraron "gracias" y huyeron. De vuelta al taxi... No hablaron; fumaron. El taxi partió hacia la calle Diecisiete y Cottage Grove.

—Tome por el oeste —dijo Al—. Y de nuevo por la Veinte. Vaya derecho al Grand.

—No, por la Veintiuna —dijo el conductor, humilde y temeroso, sin saber por qué.

—Lo dejaré a usted primero —dijo Al a Fred—. Yo voy para el oeste, a la Treinta y Cuatro.

—Roger —dijo Fred. Y no hablaron más.

Pero tuvieron a Homer ante sus ojos durante un buen rato.

IX

Estaba oscureciendo. Derry vió una casa sobre la curva en Wildwood Park. Antes la consideraba como un castillo; toda de ladrillos y con agudos picos: una casa feudal. Ahora no le parecía nada de castillo, nada de feudo. Simplemente un sitio de Wildwood Park, donde vivía el agente local de una sociedad mutualista.

La miró con desconfianza. Esto no era lo que había esperado. Algo estaba mal. Cambiado. Metamorfoseado. Cuando

las casas se encogían, los árboles se achicaban y las ciudades perdían su aspecto y su fuerza (antaño el hotel del pueblo era un sueño de lujo, demasiado fastuoso para poder ser alcanzado por el hombre común). Lo veía ahora; y esta vez: dieciséis pisos, su letrero rojo mortecino, algo lastimero. ¡Cuán hermosa la época del Claridge! ¡Qué encantadores son el Mayfair y el Savoy, bajo cualquier racionamiento y bajo cualquier bombardeo! Y aquí, todos dóciles. ¡Oh, gente de vida estrecha, que no sabía nada del embrujo de la vida y de la muerte! Para ellos la vida era el club y sus ganancias en los libros. Y morían de cálculos a los sesenta y dos años.

El taxi deslizóse por la avenida...

—¡Pare! —gritó Fred.

El chofer detuvo el coche.

—¿Es aquí? —preguntó Al.

—Allí, en el fondo —Fred señaló una cortada y dijo algo más acerca de la dificultad para doblar allí. Ya estaba afuera. Tenía sus efectos, el paracaídas y el bolso.

Al lo observaba. En cierto modo cada uno temía dejar al otro. Como si fueran chicos, compañeros de infancia. Desterrados de un jardín de infantes a los cinco años. Sus recuerdos se agruparon; sentíanse unidos. Y confortados en un temor común.

—¿Qué va a hacer con su paracaídas? ¿Conservarlo como recuerdo?

—No, me lo prestó un tipo llamado Weeks. Todavía está en Mitchel's. Se lo mandaré por expreso.

—Bueno, entonces, buena suerte, señor —dijo Al. El "señor" se le escapó antes de pensarlo. Vió los galones. El "señor" se le fué...

—Al, espere, yo pagaré el coche. Tengo una cantidad de bonitos billetes que me queman los bolsillos —dijo Fred, y dió al conductor uno de diez. El hombre agachóse buscando cambio.

—Está bien, está bien —díjole Fred, con enojo en la voz.

Y se alejó, sumergiéndose en la oscuridad sin detenerse a esperar el vuelto.

Escuchó el chirrido de las gomas, al alejarse. Y el ruido de los cambios.

Siguió caminando. Sus pasos resonaban sobre el asfalto. El pavimento terminaba allí. Fred caminó por la huella medio seca después de la lluvia de primavera. A su lado corrían minúsculos arroyuelos que parecían blancos en las tinieblas que los rodeaban. Algún día también asfaltarían esa calle. Vió una luz amarillenta que brillaba en una ventana. Era la casa de Mac Gregor. Quizá ahora vivieran otros. Vió correr el agua de la colina, por un desagüe, y caer en la alcantarilla. Las luces del otro pueblo brillaban más allá de la otra colina.

Un tren carguero llenó el este con su ruido. Y las bocinas de los coches sonaban espaciadamente.

—¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios sombrío en la lobreguez de la puesta del sol! ¡Ahora estoy de vuelta! Pero no me parezco en nada a ese ser esperanzado y lleno de ilusiones que un día partió...

X

Su padre tenía una cara chica. Pequeña para su estatura... Cejas espesas, bigotes fuertes y cabellos que apenas conocían un peine. La voz era nasal, amable; disculpábase a cada momento.

—¡Por Dios, Fred, lamento que no hayas telegrafiado! Hubiéramos preparado una cena decente. No tenemos mucho esta noche. Mamá estaba algo cansada. Pensábamos abrir una lata de salmón. Por cierto que lo siento. No nos dijiste...

Su padre tenía una costra negra en las manos. La costra que tienen los impresores y los hombres de prensa. El era uno de ellos. Unión Local Nº 2.

El viejo restregóse un tanto los ojos. Cuando Fred llegó..., se dieron las manos. Las retuvieron algo más de lo acostumbrado. Su cabello estaba más blanco. Se notaban los efectos de la bebida. Su ropa interior, larga, traslucía arrugas al exterior. Pat Derry tenía cuarenta y nueve años, pero aparentaba sesenta.

Una mujer abría latas con el abridor de la pared. Una viuda —Mrs. Newburgen era su nombre— antes de casarse con Patrick Derry, cuando ya Fred tenía dieciséis años. Su cabello era rojo, enmarañado y sobresalía por todas partes; bien podía haberse bañado más a menudo. No tenía humor ni sentido de lo que eso significaba, pero reía una enormidad. Jugaba al bridge dos veces por semana y a otros juegos similares las restantes tardes.

—Caramba, ¡por cierto que la echaste buena! —gritó en su vieja jerga—. Mira sus medallas, papá, ¡y esos galones! Freddy, estás tan alto que mamá apenas te reconoció.

—Olvídese de ese "mamá" —dijo Fred. No quiso herirla, aunque no le importaba hacerlo—. Mi madre murió cuando yo tenía dos años. El nombre de usted es Hortensia. Así la llamaré en adelante.

Primero pareció atemorizada. Luego, incómoda.

—Pero me llamabas mamá antes de irte...

—Al diablo si lo hice —dijo Fred—; eso de mamá fué cosa suya. Para mí todavía es Hortensia.

Ella pensó, se dijo que era gracioso y se desternilló de risa.

Derry regresó a la sala. Su padre movía los diales de la radio. Oíase el gruñido de las estaciones.

—Oye —dijo a su padre—, cuéntame otra vez el asunto de María.

—¿Qué?

—Disculpa, cuéntame otra vez lo que pasó con María, y despacio...

—Pues es como te dije; no le gustaba esto. No nos entendíamos... Conmigo se llevaba bastante bien, pero no le cayó en gracia a mamá. Tú sabes cómo son las mujeres. Siempre peleando; discutiendo todo el día. Luego, bueno, María consiguió un empleo. Cajera, allá en Alamo. ¿Conoces la boletería? —hizo la pregunta con penosa voz.

—Eso es lo que hacía; vendía entradas en un cine cuando nos encontramos por primera vez en el campo —dijo Fred.

—Eso es; bien, tuvo una buena época y tenía mucho dinero. Creo que tú le mandaste algo. Se compró vestidos y otras cosas. Bueno, ella y mamá tuvieron una pelea, chillaron y todo lo demás. Entonces María juntó sus cosas y una noche se fué.

Hortensia se había quedado cerca de la puerta para oír la historia. La oyó. Y podría haber agregado más. Pero el rechazo de Fred todavía resonaba en sus oídos. Estaba perpleja y volvióse con rapidez para poner el salmón en un plato.

—Y bien, Fred, ya no está en el Alamo, ni vende más entradas. Se empleó en un club nocturno.

—¿Dónde?

—No sé en cuál. Desde que te fuiste abrieron muchos bares y sitios de diversión. Por cierto que esa gente de la defensa gastó la plata. Pero ahora no creo

RECIA

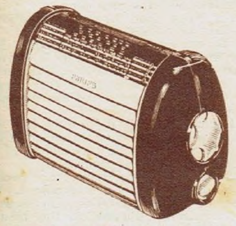
Presenta los nuevos

RECEPTORES **PHILIPS** 1948

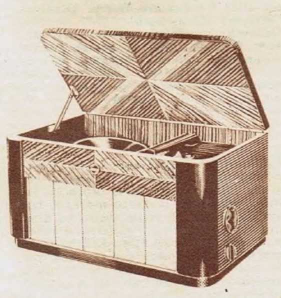
Magos del Sonido



Gabinete plástico doble faz. Presentación en colores, circuito ultramoderno, 5 válvulas, onda corta y larga. Parlante autodinámico con diafragma de suspensión superelástica; gran potencia de voz. Control de tono de dos posiciones. Para 220 volts, ambas corrientes .. $ **350.—**



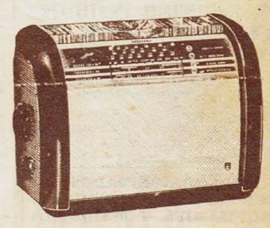
Ultramoderno receptor doble faz, de 5 válvulas, onda corta y larga. Sistema Magniband para fácil y exacta sintonía en ondas cortas. Emisión sonora multidireccional, parlante autodinámico con diafragma de suspensión superelástica. En gabinete de material plástico, $ **485.—**



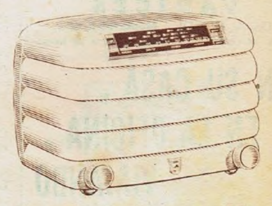
Combinado de mesa, cinco válvulas. Magniband Philips en onda corta. Pick-up de excelente fidelidad y parlante de gran potencia de salida. Para corriente alternada solamente .... $ **1.290.—**

DISCOS RADIO





Modernísimo receptor de cinco válvulas. Onda corta con Magniband Philips en las gamas de 25, 31, 40 y 49 metros. Gran parlante autodinámico. Control de tono de variación continua. Dial curvado de material plástico. Ambas corrientes. Terminales para pick-up .... $ **585.—**



Receptor de cinco válvulas, moderno circuito para ambas corrientes, 220 volts. Ondas corta y larga. Parlante autodinámico de 5 pulgadas. Dial con estaciones localizadas. Gran sensibilidad y alcance. Atrayente gabinete en colores marfil, verde nilo y nogal .... $ **375.—**

LAVALLE 926 — **T. A. 35 - 2471**

que la mayoría tenga mucho para gastar.

—Bueno, ¿dónde vive ahora?

—En Pine Street y la Veintitrés. En el edificio de la esquina. Kitchenettes...

—Sí —agregó Fred Derry—; fué construído antes de la guerra.

La Lorelei...

Tanto había que preguntar, tanto que pudo haber dicho...

Había conocido a María una semana antes de casarse. Pasaron juntos doce noches. Sólo doce. Y luego el tren que partía. Ella le escribió que estaba embarazada. Y él la hizo trasladar a Boone City con su familia. Le escribió nuevamente. "Una falsa alarma", dijo...

Pero siguió viviendo allí. En cuatro ocasiones le había telegrafiado diciéndole que necesitaba dinero. Y cada vez él le mandó lo que pedía. Ochocientos sesenta dólares en total. Además de la asignación mensual.

Sus compañeros de vuelo conocían su cara. Tenía su fotografía en la pared. Juntamente con la de Lana Turner, Hildegarde, Priscilla Lane y otras varias artistas con cutis de terciopelo y túnicas ligeras; fotos tomadas de las revistas. Los muchachos decían que María era la mejor. Silbaban ante su brillante cabello y su vestido de gasa negra.

—¡Hum, hum! —decían ante su vista, y la llamaban el timón de diamante de Fred.

—¡Eh, oigan, ésa es mi mujer!

—¿Ah, sí? —decía Gadovsky—. ¿Cuál es su número para cuando termine y regrese allá? La llamaré, Derry. ¿Cuál es el número? ¡Hum, hum!

Gadovsky terminó su carrera sobre Vegesack. Era su vigésima segunda acción de combate. Ardieron durante toda la ruta. Y Derry los vió arder. En tales momentos uno cree que se acaba el oxígeno. No se puede respirar...

—¡Hum, hum!...

XI

Esa noche se detuvo mucho. El salmón, en conserva; las habas, en conserva; cosas que allá lejos no había probado. La comida común de la gente modesta, tan horrible cuando se come todos los días. Pero tan codiciada en Inglaterra. Patrick Derry hizo mil preguntas. Era bastante inteligente; un hombre que pensaba mucho acerca de un mundo que lo tenía perplejo, y que encontraba en la ginebra solución a su confusión.

Fred salió tan pronto como pudo. Se fué al baño y afeitóse. Se lustró los zapatos.

—Y bien, Fred —dijo el padre—. ¡Creo que se acabó!

—Sí —contestó Fred—; ¡se acabó!

—¿Vas a quedarte en casa esta noche? Creo que la cama está tendida en tu viejo cuarto.

—No lo sé —contestó el muchacho con sinceridad—. Me verán cuando vuelva. Les agradezco la cena.

—¡Oh! —gritó Hortensia—, eso no fué gran cosa. ¡Para mañana por la mañana prepararé queso con cebolla, tal como a ti te gusta!

—Muchas gracias, Hortensia.

Sonrió. Y al observarla vió en su semblante vacío y sumido una dulzura que nunca había visto.

"Ambas buenas", se dijo.

Las simples e innumerables personas de cien países deseaban hacer lo mejor que podían. Eran esclavas, luchaban en las guerras, conquistaban. Eran conducidas y enviadas a una nueva esclavitud.

El país vanaglorió su libertad. Y, sin embargo, no la tenían, porque la libertad eran ellos mismos.

Dios se compadecía de ellos; su espíritu lloraba. Su boca bromeaba.

—Lo veré luego, en la iglesia —gritó Hortensia, al cerrar la puerta.

"Dios los compadezca y los bendiga. Dios los compadezca, a chicos y a grandes".

Caminó por la calle; en su ilusión veía ante sí a María... Había soñado con ella, con su gasa negra... "Por Dios, olvida esto de Jesús. ¿Qué tengo que hacer yo con bendecir o condenar a la gente? Tengo veintiún años; ella es mi esposa ante Dios. Ochocientos sesenta dólares... ¿Un club nocturno? ¿Lorelei?... Dormiré con ella esta noche. Así no tendré que ocuparme de otros y hacer cosas que ellos no son capaces de hacer por sí mismos".

¡María!

Oía su propia voz, entrecortada en el recuerdo, cuando estaba al lado de ella. Marchaba por la calle en medio de la fría oscuridad. Sobre Vegesack. Y veía caer la fortaleza de Gadovsky.

XII

Cuando se regresa de la guerra a las calles tranquilas, se arrastra la guerra consigo. Se camina sobre una huella resbaladiza. Y se la lleva a cuestas, sobre la espalda. Una carga ruin, que endurece a los hombres. Nadie puede levantar la granada que hiere la piel. Se la lleva consigo, hasta que un día se levanta la vista y se nota que se ha ido.

Uno mismo no se ve contrahecho. A hombres y mujeres que no llevan las marcas de la guerra sobre sus espaldas, no se los considera deformes. A los otros compañeros se les reconoce por los ojos o por los galones. Se les habla con el único lenguaje perfecto. Como ellos le hablan a uno. Y a aquellos sin señales se les mira con ojos solemnes, sin rencor.

No se les odia ni se los quiere por ello. Sólo se dice: "No tienen la granada".

Y uno se arrastra por las calles tranquilas con otras personas. Preguntándose por qué se está allí. Pensando en los que no están. Y con orgullo se lustra la granada. Hasta que uno se cansa. Y si se es sensato, un día se marcha.

XIII

El taxi se detuvo por tercera y última vez. Y Al se apeó. El conductor dijo:

—Buenas noches.

—Buenas noches —contestó Alton Manow Stephenson, el tercero de la Universidad de Harvard, clase 1914, biznieto de un hombre que se encontró cara a cara con John Thyler, y que conocía muy bien a Van Buren.

"Buenas noches", dijeron el club del colegio y el banco, como lo decían el fiel Bautista y el plan de inversiones, el ex republicano y el aislacionista.

La llamaban Casa Blanca. Los neones daban una luz difusa al vestíbulo. La luz venía de varias pantallas venecianas y de los cristales iluminados. Dos plantas a cada lado de la escalera y varias macetas a lo largo del pasillo. El portero llevaba un vistoso uniforme. Como el general latino de la Opera Cómica. A Al no le gustaba el sitio. Eso no era el hogar. Acordóse de su casa, a tres millas de allí, al final del Grand — entre los matorrales de la colina—, alquilada a un individuo del Este, que llegó para dirigir la producción de guerra de la Midland Tin y Tipe.

Esto no era el hogar. Pero en él estaban Milly y los chicos. Entró. El portero llamó secamente. Quizá hasta cortés, pero

imbuído de su pequeña autoridad. Otro hombre en uniforme se interpuso en el camino de Al.

—¿A quién desea ver usted?

Al se volvió, se detuvo. Pronunció el nombre de "Stephenson".

—Es en el 7-A, en el cobertizo. ¿Lo espera la señora Stephenson?

—¡Oh, más o menos! —contestó, y siguió andando. Lo llamaron nuevamente, en un tono más agudo. Le ordenaron detenerse.

—Oiga —dijo, hablando con lentitud—, soy el sargento Stephenson, el esposo. No toque ese teléfono. ¿Quiere arruinarme todo?

Se rió.

No le devolvieron la sonrisa. Lo observaron con servil "snobismo" y duda.

—¿Usted es el señor Stephenson?

—Sargento —dijo. Y de pronto odió cada pulgada de alfombra y cada escalón de mármol. Odiaba el convencionalismo y la falsedad representados en los cuadros, muebles y lámparas de estilo español. Odiaba los cofres de roble, los inútiles sillones de cuero y a los que administraban toda esa fabricada elegancia.

—Simplemente un sargento. ¿O qué esperaba usted? ¿Un teniente coronel?

El ascensorista inclinó la cabeza y trató de hacer una broma. Dijo algo de su hijo en el Pacífico. Los pisos pasaban... Vió los muros pintados sobre las viejas y austeras puertas. Por fin llegó. La puerta corrediza se abrió.

—La primera sobre la derecha, señor. Me alegro de que esté de vuelta —y ya descendía nuevamente.

Sintióse avergonzado. No se volvió ni dijo una sola palabra. Oprimió el botón del timbre de la puerta indicada.

Esperó un tiempo, que le pareció interminable. Escuchaba la llamada en los departamentos vecinos, y en los segundos de espera repasó su vida de los últimos años.

La apresurada conscripción del 42. En 1942 la nación era presa de una ominosa duda. Las juntas de Servicios Especiales se debatían en la confusión. Y en Boone City, los bien vestidos *golfers* que tenían escritorios en los bancos, y su whisky particular bajo llave en el club, mofábanse de los hombres como Al. Tan finos y delicados en el vestir. ¡Serían graciosos como soldados!

Stephenson tenía dos hijos y cuarenta años. Intentó, sin éxito, entrar en los servicios auxiliares. Pero cuando comenzaron a tomar hombres de los treinta y ocho para arriba se encontró de pronto en Africa, como soldado de primera clase, y no cupo en sí de orgullo cuando recibió otro galón.

Esperó una eternidad. Con seguridad quince minutos, y siguió soñando. Vió a un chico que trataba de escapar. Para batir al Kaiser en otra guerra. Escuchaba la voz suasoria de su padre diciéndole: "Sé lo que sientes. Por mí no me importa; pero mamá está muy mal del corazón... Esa lesión... El doctor Smalley dijo que podría vivir hasta la primavera. Todo depende de ti. Quédate en el colegio, si puedes". Y se quedó. Su madre vivió hasta julio.

Recordó su infancia. Luego escuchó fuertes pasos que se acercaban, y con repentino celo pensó quién sería el que estaba allí.

Rob movió el picaporte..., y ahí estaba, de pie, un metro setenta y cinco centímetros, y seguía creciendo. Con el cabello igual al de Al. Negro bruñido. Y la misma barbilla; las mismas pequeñas pecas heredadas de Milly. Tenía catorce años. Sus ojos brillaron intensamente, tal como su padre los vió brillar la última vez (la cara de un niño y el cuerpo de un hombre). Rob dejó caer la mandíbula, golpeó, tratando de emitir algún sonido gutural. Pero aun seguía abrazado al padre.

—¿Dónde está mamá?

Rob señaló la sala.

—¿Dónde está Peggy?

—En la cocina, haciendo tostadas.

Oía su voz. Se había llevado una pequeña radio y cantaba a dúo con Lena Horne.

Milly protestó por el canto. Un papel crujió. "Rob, ¿era una carta o un telegrama?". El papel crujió nuevamente. Capehart ejecutaba a Sibelius, que no armonizaba con Lena Horne. Al llegó a la puerta. Rob lo detuvo; vió que la costa estaba libre y lo atrajo nuevamente.

Había llamado cinco veces por larga distancia desde que llegara a los Estados Unidos. Lo estaban esperando, pero no sabían ni la hora ni el día.

Y ésta era la hora.

Los morteros le erraron por poco bajo la lluvia del Rin. Otras veces le erraron las balas, las granadas, las trampas y las minas que habían acabado con Pascowitz, Sloane, Macien, Hancok, Rosenburg, y veintisiete más de su grupo. Pero él estaba ahora en su casa.

Al vió a Milly. Estaba en su silla con los lentes puestos. Leía el "Tribune"; pero no podía ver su cara, mas sí distinguía su cabello ondulado y hermoso. Usaba la pollera de su traje azul, una blusa que Al nunca había visto, y cintas muy lindas en los hombros, resaltando delicadamente. Vió sus piernas, las adorables rodillas, los tobillos ligeramente gruesos, que significaban tanto para él (los había recordado con veneración y furia, treinta meses pensando, sin poseerlos, sin poder acariciarlos). Vió sus pies, cuyo tamaño conocía tan bien: cuatro y medio o cinco B (las pantuflas que con tanto ardor había comprado. Tan graciosas, de seda y piel). Vió los elegantes y altos tacones charolados hechos por un hombre. Hechos por la máquina, pero que parecían parte de Milly cuando ella los usaba... El fuego lento de su pasión se volvía abrasador. Su alma bullía tormentosamente, perdido el pudor. El alegre deseo que todo hombre siente. Al amaba su torso y su voz por la mañana; y el secreto éxtasis, tantas veces compartido. Creando, como una bagatela, carne de la misma mujer.

Milly se dió vuelta. Lo vió de pie. No dijo una palabra. Su cara se transfiguró. Las lágrimas brotaron de sus ojos. El acercóse a ella, y ella a él. Atinó a balbucear su nombre una y otra vez, entre sollozos.

Su hija apareció, agitada, desde la cocina. Tiró una fuente que estaba sobre el estante, pero no se rompió. "McDuff" vino detrás —había mendigado en la cocina— y siguió ladrando. Saltó sobre el felpudo, enloquecido y con la lengua húmeda, goteando saliva, con su collar tejido. Peggy trató de trepar por la espalda de Al, como lo hacía a los seis años.

Sibelius tronaba en pasajes intensos. En la cocina, Lena Horne habíase quedado sola, cantando *Tiempo tormentoso*.

XIV

"Ahora ya no dependo de la presión del gatillo, con los cañones del destino enfilados hacia mí. La cinta de la ametralladora ya no corre más llevándose mi corazón con cada descarga.

"Los eslabones de mi alma ya no rom-

pen las vanas cadenas. Ya están vacías las cajas.

"Y sin embargo, sin embargo, no disfruto de mi bienestar como quisiera. Tengo la cáscara de huevo en la mano; toco la ostra con mi tenedor. Pero eso, todo eso, con lo que yo soñaba, nunca está.

"Tengo su frágil mano entre las mías y percibo la fragancia de su cabello y la de su piel. Siento el contacto de sus queridos muslos contra mi cuerpo en tensión, listo para dar rienda suelta a sus impulsos a cada instante. Pero éste no es el amor con el cual soñé, en sueños dulces y excitantes. Cometí un pecado, de intensidad más profunda que todos los conocidos hasta entonces...

"Ahora ya no me ocupo de nada, ni tengo necesidad de ello. No me interesa la alineación. No necesito lanzar un tropel de blasfemias para decir cualquier cosa intrascendente.

"Pero otros hombres se sientan a mi mesa. No puedo ordenarles que se retiren. Y besan al chico. Y palmean la espalda del otro. Y se ríen de cualquier tontería mía antes de que termine de decirla. Ocupan mi silla. Y aquí están otros hombres que, para purificar mi cama, la profanan. Si fueran de carne y hueso...

"Siéntense a comer, hijos míos, con los pelotones más malditos que jamás lucharon entre la lluvia y el fuego de los morteros. Abre tus piernas, querida. A medio batallón al mismo tiempo. Por siempre yo seré Ellos... ¡y Ellos serán siempre yo!"

XV

Esa noche Fred Derry era un fantasma que poblaba la oscuridad en la calle Veintitrés y Pine Street. Tomó un ómnibus en Grand, sólo porque no había un taxi en las cercanías, y por la Veintitrés siguió hasta Pine. La Lorelei tenía veinte ventanas en su frente. La mitad de ellas estaba a oscuras y la otra mitad iluminada. Con el ruido de las radios y la charla de la gente.

En el vestíbulo no había ningún sirviente. Las tarjetas estaban al lado de cada timbre, junto a las casillas para el correo. Encontró el nombre de ella, su nombre de muchacha (si es que alguna vez lo había sido; cuando él la conoció ya no lo era): María Lundell.

Fué una sorpresa para él verlo así, tan natural, tan evidente. Se preguntó si habría usado el lápiz plateado que le enviara desde Miami. Cumpleaños de 1943.

Hizo sonar el timbre. Nadie respondió. Oprimió el botón nuevamente. Sabía que ella no estaba, pero siguió llamando obstinadamente.

La puerta se abrió; salieron un teniente y una chica. Fred asió la manga antes de que la puerta volviera a cerrarse.

—Muchas gracias —dijo, antes de que el pestillo pudiera encerrarlo.

Recorrió el vestíbulo, oyendo hablar a través de las delgadas paredes. Vió la escalera, y subió al segundo piso.

XVI

"Aquí es. Segundo E. Tocaré el timbre, no sé por qué... Ella no está. La puerta, cerrada. Tal como abajo. Tocaré otra vez; aquí está su tarjeta: "María Lundell". Con su cabello rubio, siempre brillando como el bronce. Su voz era suave (la creía aguda por lo estridente y sonora). Una vez le dije: "Tienes una voz tan pequeña como la del ratón. Chilla otra vez". Y ella chilló. Estábamos en la cama. Y nos reíamos...

"Fred querido, estoy loca por ti.

"Suspiró. Oh, sí que era divertida en la cama. Yo murmuré: "¡Chilla!".

"Y repitió su "Iiiií..."; yo me reí y la abracé.

"¡Oh, nene!", suspiró. Y sus labios besaban los míos nuevamente.

"Amor, amor... Conocí mucho de eso. Pero entonces era más joven. Y marchaba a la guerra.

"Tenía mis viejas Alas de "Observador". No sabía que conocería a tanta gente: Clark, Stein y March; Callahan, Gadovsky, Perkins, Stone y Scott; Bailey, Mac Klintic, Pee Wee Reese... Para nombrar sólo a los que ya no existen.

"No conocía el helado viento de Chalveston. Las tranquilas rutas en los campos de Rushden. O el Key Club, allá lejos, en la ciudad de Bedford, donde los hombres arderían mañana por la noche. Comían *spam* (carne salada) y tomaban su ginebra con limón. Con todos los de la R.A.F. A las doce estábamos de pie, oyendo nuestra canción, y juntábamos los tacos cuando la orquesta tocaba *¡Dios salve al Rey!*

"No conocía (al lado de María) los escombros de un ataque a Londres. No oía el ulular de las sirenas, ni miraba la trayectoria de los reflectores que buscaban. Nunca había corrido hacia un refugio. No conocía los ataques antiaéreos, ni los clubes nocturnos, ni la risa de los hombres muertos. Y esa Vieja y Negra Magia. Cuando las bombas caían arrasando una manzana. No había amado a lady Tillmann (Beatriz para mí). Despertando al amanecer. Desperezándose y viendo a su marido, muerto en Creta. Observándonos y desaprobando. Con su cara delgada, desdeñosa, desde un marco de plata.

"Una torta de chocolate. Una compota de cerezas. Bananas partidas y nueces azucaradas. Era el muchacho encargado de la soda en lo de Bullard's.

"Sin embargo, tengo veintiún años. ¡Oh, Cristo! ¡Soy tan viejo como Dios!

"María, María: nunca conocí el fondo de la vida cuando poseía tu corazón... No había visto el cielo de Kiel, ni el aspecto de Berlín, ni la conglomerada Nantes, ni el destello de las llamas en Schweinfurt, ni el polvo de Kassel, ni los cazas sobre Hamm. ¡Y veinte mil pies de altura tenían las columnas de humo que se elevaban desde el infierno! No había visto caer la fortaleza de Gadovsky. Ven, cola de diamante de Derry. Lústrate el cabello. Chilla como un ratón, araña como un gato y trata de manchar mi alma. No lo puedes hacer. No te quiero. No conozco el verdadero sendero del amor. Pero estaré entre tus brazos esta noche. O no soy digno del 3-0-5to. E indigno de mi juventud, de mi edad, de mi dolor y de todo lo que he visto. ¡Indigno de los cien muertos que yo maté!"

XVII

Por eso regresó, como un espectro, caminando por una calle sin atractivo alguno. Olía la humedad de la primavera. Se detenía en los umbrales, bajo el reflejo de las lámparas. Observaba el entrar y salir de las chicas. Con los rayos de luz golpeando sus facciones.

No tenía sentido seguir buscándola. No disponía de un coche. Y había una docena de distintos lugares a los que podría haber ido María: la *Chez Rossette;* el *Barn;* el *Palace Club*. Vió sus anuncios en los diarios, y sus direcciones. Uno



estaba tres millas más allá del Oak Park, y otro cinco millas en sentido contrario.

Probó suerte en el *Daniel Boone*. "Salón con terraza azul" le llamaban al lugar. Se bajaba por unos escalones de mármol y oíase el sonido de trombones y la voz de un idiota cantando. Una chica vestida de negro le salió al encuentro. Para sonreír y decirle:

—No se despacha aquí. El bar está arriba. Si usted se sienta, teniente, el mínimo son tres dólares.

No se quedó mucho tiempo. No podía decirle a la chica:

"Linda, ¿conoces a María?".

No podía hacer esa pregunta y entretúvose observando. Vió a uno de las Fuerzas Aéreas, borracho como una cuba; era de los cazas, con espeso bigote y la Cruz de Vuelo Distinguido sobre el costado izquierdo de su pecho. De mirada penetrante. Vió a varios de la Marina y a algunos infantes. Le sonrieron. Escuchaba la orquesta más mala que jamás había oído. Tomó una copa. Dos. Bebió solamente whisky. Pagó el mínimo exigido y salió.

—Salón del Calmante Azul —dijo, despreciativamente—. Al diablo con él.

"Vuelve a la Veintitrés y Pine, y diviértete con ella".

Por eso regresó, furioso y contrariado. Impaciente como fantasma de un castillo. Recorrió el vestíbulo; hizo sonar el timbre. Las horas se arrastraban con desesperante lentitud. "Ahora estoy en casa. ¿Y para qué volví?".

Fred Derry cruzó la calle desierta, flanqueada por árboles que retoñaban. Sentóse en los escalones de una pequeña iglesia para esperar el retorno de María.

Fumó su último cigarrillo y durmióse soñando en el próximo regreso a su hogar. Pero el hogar era el teniente aviador Grace y algo más: un avión Beaufighter que iba a su encuentro. Chocaron en el espacio y la gente dijo: "El desvío del viento, y el arco... Suba a 27.000 pies. Allí hay un 1-0-9". A las tres se despertó, helado, maldiciendo a todo el mundo y ansiando como nunca el hogar.

Levantóse, diciendo para sí: "¿Cómo? ¿Qué es esto? Una iglesia. ¿Una grotesca y pequeña iglesia? ¿Y yo durmiendo en sus escalones...? Ah, sí, la Lorelei enfrente". Su reloj marcaba la una. No lo sabía, pero María había vuelto.

Prestamente llegó a la Lorelei y dispúsose a tocar el timbre en la sala de espera... "Espera, espera", le decía algo pequeño y maligno... Esperó. Otras personas llegaron. Dos señoras ancianas. Un hombre. Los siguió por la escalera. La mujer dijo que no tenía llave. ¿Y qué era eso? El hombre tosió.

—Un minuto, por favor. ¿Vive usted en esta casa? ¿Qué le pasa? ¿Perdió su llave?

—La olvidé, compañero —dijo Derry con calma. Y subió por la escalera. La gente comentaba, sorprendida, detrás de él.

"Segundo E". Se detuvo frente a la puerta y escuchó a otro hombre, adentro. Sabía que estaba otro hombre. Lo había sabido siempre, sin tener conciencia de ello hasta ahora. A través de las endebles paredes escuchábanse dos voces. En una ocasión rió el hombre. Fred oyó correr el agua en el lavabo. María chilló.

—¡Caramba, se acabó la cerveza! —dijo. Fred oprimió el botón del timbre.

Luego trató de recordar las palabras que había escuchado; las de ella y las del hombre... Le salieron como las perlas de un collar roto. No pudo recordarlas todas. Ni lo deseaba.

Mucho más tarde solía recordar el

pijama azul que ella llevaba y al hombre estirado sobre el sofá. Su cara dura y fatigada representaba unos treinta años. Y a María, una estatua de bronce, dorada y azul. Con los trozos de hielo que dejó caer sobre la alfombra en el momento en que él abrió la puerta.

El hombre dijo, simplemente:

—¡Nunca supe nada de ello, amigo! ¡Me dijo que no estaba atada a nadie! —y se ajustó los cordones de los zapatos.

Después levantó nuevamente la vista:

—Vea, compañero; yo también estuve allá; dies meses en las Salomón. Y no estaría ahora aquí si no me lo hubiera propuesto ella. Entró en lo de Carlo, hace ya un par de meses. El la empleó. Yo no soy el patrón. Sólo trabajo detrás del mostrador. Y ella atiende la mesa de dados.

—Apúrese —dijo Fred—. Y lárguese.

El otro hombre tomó su capote y su sombrero.

—¡Hasta la vista! —dijo, casi sin sentimiento. Encogióse de hombros y salió.

"Un tipo derecho". Fred no pudo evitar el pensarlo así, aun en ese momento.

—¡Mi Fred querido! Nunca hice nada. Lo juro por Dios. ¡Nunca hicimos nada! Sólo es un amigo. Tiene su esposa en Akron, con un chico.

—Ya veo cómo se ocupa de ella.

—Fred —dijo ansiosamente—. Fred, ¿qué vas a hacer?

—¿Yo? nada. ¡Sólo echar un vistazo!

El pequeño dormitorio allí..., vió sus vestidos sobre una silla. El *toilette* tenía tres retratos: uno era suyo, uno de un teniente de la reserva, con el uniforme gris de la Marina, y el otro de un soldado de primera clase.

—¿Qué me dices? —exclamó Fred Derry—. ¡Toda una galería!

Ella gritó y dejó escuchar algunas palabras poco agradables. Mofóse diciendo que no era una mujer cualquiera. Apostaba a que él había tenido cien chicas durante la ausencia.

—No —contestó—, sólo nueve. He estado allí desde abril del 43. Dos años. ¿O no lo sabes?

María comenzó a llorar. Dijo que una chica se siente sola. Era tan natural... "¡Oh, Fred, adorado, yo nunca hice nada! Esos hombres eran *sólo* amigos".

—Creo que una chica puede tener algunos amigos.

—Sí, sodas en lo de Bullard's —contestó Derry, y abrió la puerta del guardarropa. María saltó salvajemente.

—¡No toques mis cosas!

Trató de apartar su mano. Derry le dió una cachetada fríamente, y la tiró sobre la cama. Allí quedó llorando.

El guardarropa parecía contener miles de vestidos, la mayoría de los cuales nunca había visto Fred. Una salida de baño del Ejército, de lana, de las que se pueden comprar en los puestos. Un juego de auriculares...

—Armada —dijo Derry, tocándolos—. Eh, ¿quién dejó esto? ¿El de la Marina?

En el fondo del cajón vió otro paquete, sin abrir. Y entre sus muchos zapatos, un par de botines del Ejército, usados.

—Tamaño ocho; muy chicos para mí. María seguía llorando.

Luego fué al comedor. Miró por la ventana las luces y los árboles. La mujer arrastróse hasta la puerta y pronunció su nombre.

—Es curioso —le dijo Derry—. He tenido mujeres, como ya dije. La mayoría las tiene. Me tendría que dejar indiferente, pero no ocurre así. ¿Ves?, no queremos saber si nuestras esposas tuvieron hombres en casa. ¡Y eso no es todo! No podría tocar nada de lo tuyo, ni a ti tampoco. Ya no tengo hogar. No dije una palabra de que tú me hayas dejado. Podría haber dicho la verdad. Y que Hortensia te volviera loca, en lugar de retornar a hurtadillas para buscar tus cartas y tu dinero.

—Creí que estarías loco —dijo ella—. Por eso me fuí. No quería molestarte.

—Ya no me molestarás más, María.

El no la observaba, sino que miraba los árboles. El amargo encanto de la primavera que iluminaba las calles... Vió el cuchitril de donde había salido María. La casa sucia. La madre cansada de tanta inmundicia y de tanta pobreza. La pista de patinaje. Las hermanas mayores con sus hijos. Y el padre que cortaba el cabello de la gente: un hombre sombrío y silencioso que pasaba el platillo para la Congregación de la Hermandad Unida.

—Mira, nena —la voz de Fred era seca y dura—. Creo que es curioso, pero es la guerra. Quiero decir que no nos hubiéramos conocido porque de otra manera no habría estado allá, para el adiestramiento especial. Creo..., bueno, es bastante joven; diecinueve o dieciocho años. No es muy viejo.

Ella no dijo nada.

—En cierta época nos divertíamos. Y durante dos años te envié ayuda. ¡Y qué ayuda!

Recordaba esos telegramas y el dinero extra que le había enviado.

—¡Eh, escuchen, es mi mujer! Pero no te quiero más. Es evidente. No te quiero. Un programa en el bar. O, digamos como alguien, "en el club nocturno de Londres". ¡La cuestión es que como esposa has terminado para mí, María!

Podría haberle dicho otras cosas. Que era ordinaria e ignorante. Y bien, así era él. ¡Había tanto que aprender! Tantas cosas que nunca entendería... Y, de cualquier modo, ella sólo lloraría.

—Tú, gestiona el divorcio —le dijo—. Es fácil en nuestro Estado. Te pegué. Es suficiente. Pero no gastes demasiado. Toma, aquí hay cien dólares.

Sacó el dinero y eligió cinco billetes de veinte.

—¡Esto alcanzará! Es todo lo que recibirás de mí. Nada de pensiones, querida. Y hazlo rápidamente. ¡Y si no lo haces iré yo mismo y diré con qué me encontré al volver!

María contestó con su vocecilla:

—Digo la pura verdad, éramos sólo amigos y...

—¡Maldición! —gritó Fred—. ¡Cállate; estoy harto! De cualquier forma, ya no tengo empleo. No puedo enviarte toda esa plata de nuevo. Ya te arreglarás. Dame esa botella de whisky. Creo que los negocios están cerrados.

Ni siquiera volvió a mirarla. Salió y cerró la puerta. Lo que menos deseaba ver en ese momento era una mujer.

Parecía whisky; pero no lo era; tenía color muy pálido. El otro tipo lo trajo. Derry probó un trago, era hediondo. Leyó la etiqueta bajo la luz del vestíbulo: "Bebida Espirituosa".

Rompió la botella contra el cordón de la calle. A las dos cuadras encontró un taxi.

—Escuche —le dijo al soñoliento chofer—. ¿Dónde puedo tomar un trago?

—Muchacho, todos cierran a las doce, excepto...

—¿Dónde es? ¡Hágame el favor!

El conductor desperezóse y dijo, sonriendo, que lo llevaría a lo de Butch, pero advirtiéndole que a menos que tuviera una tarjeta debía dar algo al portero.



¡Gratis! "María de los Angeles"

la famosa nóvela de Virginia Carreño y Constanza Menezes que ha merecido el honor de ser llevada a la pantalla por E.F.A., teniendo como principales intérpretes a Mecha Ortiz y Alvarez Diosdado.

Es un obsequio de la

EDITORIAL ARGENTINA ARISTIDES QUILLET

a todo comprador de la

COLECCION SELECTA

que es una maravillosa selección de las novelas más famosas de autores de renombre apreciados en el mundo entero. 18 títulos consagratorios. 4.543 páginas de apasionante lectura.

Esta preciosa joya literaria, que ofrece la

EDITORIAL ARGENTINA ARISTIDES QUILLET
CORRIENTES 1650 Buenos Aires

no debe faltar en ninguna biblioteca, pues ella brinda lectura sana, amena e instructiva.

Presentamos aquí los títulos de la

COLECCION SELECTA

BAZIN R. — La Boda de la Dactilógrafa.
BENTON COOKE M. — Bambi.
BARONESA DE ORCZY. — La Mujer de Lord Tony.
BENOIT P. — La Calzada de los Gigantes.
BORDEAUX H. — El Corazón y la Sangre.
BORDEAUX H. — Juegos Peligrosos.
ORTEGA Y MUNILLA. — La Señorita de la Cisniega.
COPPEE F. — Pecado de Juventud.
COPPEE F. — Los Verdaderos Ricos.
CHABAS J. — Sin Velas Desvelada.
DUNN A. — Rotorua Rex.
HUESTON E. — Prudencia La Madrecita.
HELLER P. — Vacaciones del Yo.
HELLER P. — La Antigua Corona.
BURNETT F. H. — El Niño Lord.
MANIATES B. K. — Tía Penique.
REEVE A. B. — La Aventurera.
SEELIGER E. G. — El Desfalcador de Millones.

"MARIA DE LOS ANGELES"

ha sido premiada en el primer concurso literario de la EDITORIAL QUILLET, cuyo jurado formaban: Enrique Amorín, Arturo Cancela, Enrique de Gandía, Alvaro Melián Lafinur y Manuel Mujica Láinez.

La COLECCION SELECTA

será un valioso aliado de padres y maestros, ya que sus obras han sido elegidas con un criterio amplio y didáctico, que ayudará a moldear el carácter de sus hijos y discípulos, cultivando, a la vez, su espíritu y nutriendo de elevados conocimientos su inteligencia.

OFERTA ESPECIAL POR TIEMPO LIMITADO

Solamente por tiempo limitado podrá Vd. adquirir esta colección de Obras con el regalo al precio excepcional de:
$ 5.— m/n al contado y 7 pagos mensuales de $ 5.— m/n
Al contado precio oferta $ 36.—.

CUPON - PEDIDO

EDITORIAL ARGENTINA ARISTIDES QUILLET
Corrientes 1650 — Buenos Aires

Sírvase enviarme una COLECCION SELECTA que pagaré al contado o a plazos (tachar lo que no corresponda), aprovechando la sensacional oferta obsequio de este aviso, para lo cual adjunto $ ......

Nombre ....
Dirección ....
Localidad ....
Provincia o Territorio ....

L. 336

—Tome estos cinco... — dijo Fred—. ¡Vamos a lo de Butch!

Y así, a medida que se emborrachaba esfumábanse sus penas, como los cañones antiaéreos en plena acción, en Wilhemshaven; y percibía la fragancia de los retoños y de los cedros.

—¡Oh, lo que he visto! ¡Pero es inútil! ¡Ella no comprendería!

XVIII

Esa noche fué de visita el señor Milton y contó a Stephenson todas esas lindas cosas que éste no tenía ningún interés en escuchar.

Primero pasearon alegremente por las calles, al oeste del Grand. Salieron después a cenar. Los Stephenson y todas las personas que habían quedado en Boone, debido a la edad o al sexo. Gentes tranquilas que los hombres endurecidos querían. Al admiraba el carácter suave. ¡Eran tan frágiles y encantadoras! Aun su hijo, con su desmesurada estatura. Tan suaves como las flores en el jardín. Tan radiantes como un colibrí. La mente de Al sentíase confundida, fuera de lugar. Con el pasado y el presente no podía decir qué cariño lo guiaba.

"¡Estos son míos! — se dijo con orgullo —. Yo no lo merezco..." ¿Cuánto hacía que se arrastraba astutamente para sorprender a un enemigo?

Esa noche llegó el señor Milton, del banco.

Pero antes llevaron a pasear al perrito.

—"McDuff" —dijo Milly — sale todas las noches a esta hora. Rob, por favor, vamos a salir todos juntos.

Y salieron los cuatro hacia el misterio que ahora los hallaba mudos. Caminaron despacio y en silencio. Milly iba del brazo de su esposo. Sus delicados dedos se deslizaron y lo pincharon a través de la camisa. El se detuvo. Blasfemó; tomó su cara y la besó apasionadamente. Sus hijos se dieron vuelta, los vieron y se rieron a carcajadas. Hicieron un chiste relativo a las multas que hay que pagar por besarse de noche en las calles.

No era muy apropiado el chiste, pero todos estaban a punto de llorar.

Caminaron por las calles. Al vió el cuerpo de su hija destacándose contra las luces...

—Ya es una mujer, no una chica — y dijo luego, a Milly —: No quiero decir crecida; desarrollada físicamente ya lo era mucho antes de que yo me fuera. Me refiero a su personalidad.

Milly le oprimió el brazo; ella compartía su alegría amando a Margaret, y aun más porque Al compartió su júbilo la noche de su nacimiento...

—¿Está comprometida? —preguntó Al—. ¿Con el chico de quien hablabas en tus cartas? Ella lo mencionó en su correspondencia una o dos veces: el muchacho de Illinois...

—Jack Atkinson — dijo Milly —. No hay nada todavía. Se fué a China y todavía se escriben. No están comprometidos, pues ella me lo dijo.

—¡Por Dios! —dijo Stephenson—. ¡Imaginarnos una hija de veinte años!

—¿Te sientes tan viejo?

—¡No, cuando te miro!

Rieron nuevamente. Las lágrimas corrían por las mejillas de Milly. Al no se las podía ver en la oscuridad. Siguieron caminando, gozando de la fragancia de la primavera. Se dirigieron a Known, una calle de negocios. Demoráronse ante el escaparate de una farmacia. Peggy entró. Compró sales para el baño y un paquete

de cigarrillos. "McDuff" también entró. Pidió un trozo de galletita ante la fuente. Esto era de ritual; cada vez que iba a la farmacia hacía lo mismo.

Lo esperaron en la calle, mirando las baratijas que se encontraban en las vitrinas, riéndose de los carteles de propaganda que veían. Rob pidió la opinión del padre acerca de las máquinas eléctricas de afeitar, pues creía que pronto tendría que utilizar una.

—¡Demonios! — contestó Al —. Te daré la navaja de mi padre. Está en alguna parte del baúl.

—¡Escucha, papá! — prosiguió Rob —. Te quería preguntar si tuviste un cuchillo de campaña. ¿Lo suministran o tiene que conseguirlo uno mismo?

Hablaron nuevamente de la guerra; mejor pudo haber mencionado las Mayores o el Maine... Esperaron dócilmente a que las luces del Grand les dieran paso y encontraron otro perro que también hacía su paseo de salud. "McDuff" se enfureció y Peggy le dió un tirón.

¡Oh, la alegría natural del hogar y la primavera! Pero el señor Milton esperaba en un asiento del vestíbulo, su hermoso sombrero descansando en una rodilla y un cigarro entre los dientes. Un hombre empolvado, afeitado, más bien viejo, cuyos lentes brillaban como el acero bruñido. Doce años presidente del Banco Cornbelt; y mucho antes, cajero. Antes de que Boone City duplicara su tamaño. Su traje era gris, su boca también y sus ojos tan serenos y castaños que los hombres lo consideraban más amable de lo que realmente era, hasta que aprendían la dura verdad.

—Solamente he venido — dijo, estrechando la mano de Al — para conversar un poco. ¡Hay tantos asuntos que tratar! ¿No le molesta, señora?

Sonrió a Milly con afectación y ella le dijo que no se preocupara.

A los chicos les habló con la dignidad y el énfasis forzado de un hombre sin imaginación:

—Peggy, mi sobrina Lorena dice que trabajan juntas en el mismo puesto de la Cruz Roja. Caramba, Rob, el año que viene serás tan alto como tu papá...

Subieron, apretujándose en el ascensor. "McDuff" observaba a Milton con sus ojos saltones. Y gruñía. Algunas de las personas que llegaban le caían en gracia y otras no. Había mordido a un electricista, a un festejante de Peggy y a un ministro de la Iglesia.

Contó la suerte que tuvo al telefonear. Una pequeña central; la operadora le dijo: "Sí, claro que sí, míster Stephenson está en casa". Lo había visto salir. Y Milton fué a esperarlo. Había cierta pesadez en la habitación. Todos tomaron asiento. Al nunca se preocupó mayormente de sus maneras y sólo deseaba que Milton no se quedara mucho tiempo (caramba, ¿qué era esto? El presidente en persona. Había venido a visitarlo en el mismo instante de su retorno. El presidente, el viejo L.D.M. en persona). Jamás había ido antes, fuera de las normas comunes; acostumbraba cenar con los Stephenson dos veces por año. Tenían que hacerlo. Se trataba de cuestiones de negocios. Alton Stephenson era un activo agente que conocía a fondo su ramo. Jugador de golf e introductor. Vicepresidente suplente, con muy buena vista para los negocios, pero que sabía menos de bancos que de entrar al bar de la esquina, o de sentarse en un sillón y fumarse un cigarrillo.

Milly, la perfecta anfitriona, sostenía la bandeja.

—¿Licor para ti también?

Al movió la cabeza y murmuró:

—¿Un poco de clarete? Gracias. Será perfecto, querida.

Bebieron en silencio... Rob había salido discretamente. "Esa maldita geometría", había dicho. Y Peggy, en el teléfono, con algún soldado que la llamaba y cortejaba:

—¡No — le decía —, esta noche no!

Al escuchaba esa voz, tan sonora, resonando en el vestíbulo.

—Recién ha vuelto papá. Querido, no puedo. ¿Por qué no llamas a Silvia?

Escuchaba el tono jovial y amable, esa firmeza, esa sencillez y ese encanto evidenciándose en el teléfono. Y repentinamente se sintió un hombre más viejo. La paz lo había envejecido mucho más que la guerra y, mentalmente, sacudióse y restregó sus manos en los ojos, tratando de atender la conversación del visitante.

—Supongamos — dijo Milton — que usted deja este departamento amueblado y vuelve a Cherry Hill.

Entre toda esa bruma de negocios entreveía las cosas que Milly había dicho... No habían pensado. Era demasiado repentino. No se habían detenido a pensar. El inquilino no tenía contrato y podrían... Los lindos ojos de Milly se posaron en los de Al, reflejando una ansiedad mal contenida.

Este trató de explicarse.

—No, francamente, señor Milton, no; todavía no hemos hablado de eso.

—Alton, la razón por la cual vine esta noche... — y Milton hesitó, alzando su copa. Milly se levantó.

—Sé que prefieren estar solos. Si usted me quisiera dispensar, ya están los platos en la mesa. No tenemos cocinera en estos días...

Se rió y salió de prisa. Ellos saludaron brevemente. Se sentaron de nuevo. Milton dejó la copa a un lado y dijo, con lentitud:

—Alton, se trata de Steese.

—¿Steese?

—Sí, el cajero. Esto de que usted haya vuelto... Quisiera explicarle un par de cosas antes de que vaya al banco.

Siguió hablando con palabras medidas, sin calor, pero con simulado interés. Sin simpatía, pero con toda la cortesía posible. Steese era ambicioso. Ahora que Underwood se había ido a Whâshington, luego de renunciar, los otros dos vicepresidentes serían promovidos. Naturalmente, Steese se había imaginado que ocuparía el puesto que Prew había dejado (el tercer puesto de vicepresidente, encargado de los préstamos). El directorio habíase reunido. Discutió largamente y formó su opinión.

—Llegamos a esta conclusión sabiendo que usted habría de regresar muy pronto: ¡Alton, es usted!, no, Steese. ¡Usted es el tercer vicepresidente, desde el martes por la tarde!

Aguardó el estallido de gratitud, con orgullo desmesurado. Nada ocurrió. Sonrió y llevó la copa a sus labios una vez más. ¡Es claro que entendió! Stephenson estaba completamente perplejo. Sí, perplejo. Al día siguiente, Milton diría, en el directorio:

"Por Dios, nunca vi un hombre tan confundido como ayer. Tan sorprendido. ¡Lo único que pudo hacer fué quedarse sentado y mirarme!".

En una calle alemana había un tanque incendiado.

—¡Cuidado! — dijo Al.

—Está bien — respondió Paskowitz —, ya lo veo.

Pasaron el tanque...

—Ahora, Steese está ofendido y amargado. Naturalmente. Pero, para ser estrictamente francos, no creímos que tuviera las condiciones de usted para el cargo. Un buen cajero. Pero no precisamente de la pasta de los que necesitamos. Requerimos un hombre juvenil. Un hombre que sepa lo que quiere. Usted ha visto mundo. ¡La guerra lo ha ilustrado!

Al no podía figurarse qué era. Limpió la visera de su casco. ¿Un trozo de hueso?

—Ahora Steese está despechado y desalentado. Probablemente cambiará en su trato. Dejo a su cargo esta cuestión. Lo necesitamos a él en su trabajo, pero no en el suyo. Usted debe hacérselo comprender.

¡Oh, la reja; oh, el vidrio, oh el escritorio! Y la chapa de bronce con su nombre. No en memoria del muerto, sino del cadáver, que camina aún. ¡Oh, los barrotes y las ventanillas contra los ladrones! ¡Y la gentecilla clamando ayuda!...

"Y necesito dos mil con garantía".

"Usted está en descubierto".

"No, no estoy en descubierto. Haré efectivo un cheque. Mandaré un giro. Cobraré un título".

Y:

"¿Cómo está hoy?"

"¿Dónde está la nómina de las acciones de estaño de la Midland?"

Y los intereses sin repartir.

Y las reservas... Y...

¡Oh, las pesadas bolsas con monedas, y las manos de los pagadores, y las máquinas de calcular, inmóviles guardianes! Y las losas de mármol, abajo y arriba, ¡para siempre!

"¡Oh, el teléfono!, para salvarme de esta desgracia (no sé, pero sospecho que es para mí). Para salvarme de esta penosa situación, y a Milton del insulto que podría decirle."

—Es el cabo Anmas, papá, llamó antes. Discúlpame, me olvidé de avisarte. Hace ya varios días. Creo que llamó la semana pasada...

—¿Anmas? — dijo, y luego gritó: — ¿Anmas? ¡Por Cristo! — llegó al vestíbulo, abrió la puerta; se disculpó. Y Milton alzó las cejas (volvía tan nervioso y desconcertante. Estupefacto ante su propuesta, lleno de agradecimiento) —. Bien, veremos un hombre más normal el sábado.

Milton asintió, tolerante, y sonrió.

—¡Hola, hola! — dijeron nuevamente —. ¡Eh, Stephenson! ¿Eres tú, maldito haragán?

—*Heil Hitler!* Anmas. ¿Cómo te va, muchacho?

—¡Muy bien! No pudieron conmigo. Bien, ¿qué cuentas? Llamé más de diez veces, según creo. Tengo una hermana aquí, en la ciudad. Sí, me mandaron a Louisville, en Michels General. Ahora estoy por regresar a Denver. Sí, estuve aquí toda la semana. Te aseguro que me acordé de que eres de aquí y, ¿dónde diablos vives? Por Dios, la chica del teléfono. No, no la tuya. La que contestó primero. Muchacho, qué genio tiene. Traté de sacarle una cita y se enojó. No, demonios, no puedo salir. Ahora estoy en la estación. Mi tren sale a las diez y quince.

—¡Llegaré a tiempo, Anmas!

—Muy bien. ¿En la puerta del U. S. O.?

Se pusieron de acuerdo, y Al colgó. Regresó llamando a su mujer. Su voz era aguda. Milly abrió los ojos. Milton sonrió fríamente. Al habló con rapidez. Anmas, un muchacho herido. Anmas salía de la ciudad. No había probabilidad de verlo si no iba en seguida.

—¡Caramba! — dijo Milton —. ¿Ese a

quién usted salvó la vida? ¡Algo grandioso, muchacho! ¡Por supuesto que sabía que el diario le dedicó casi media columna!

Al movió la cabeza, mientras se dirigían al vestíbulo.

—Nunca salvé su vida en especial. El hecho es que muchos salvan otras vidas, y usted las de ellos, y la suya propia. Si usted salva la suya, ayuda a salvar la de los demás.

Si Milton no siguiera sonriendo... Y, en secreto, Stephenson sentía como si tuviera una pena tapando su boca. No podía articular palabra. Nadie entendería, si no...

Milly observaba con atención. Vió pena y súplica en su cara. Sonrió. No quería ceder ante ella, ni ante nadie.

Murmuró, apresuradamente, en el vestíbulo:

—Señor Milton, lo siento sinceramente. Estaré mañana a mediodía en el banco. ¡Si encuentro algo que ponerme!

—¿Por qué? —dijo calurosamente Milton—. ¡Venga en uniforme! Eso fué lo que hizo Latham... ¿Sabía que Lou volvió? Sí, una brillante foja de servicios. Ahora es mayor. Quiero decir, lo era.

—Sí —dijo Stephenson, y con dificultad pudo contener una blasfemia.

—Oí decir que estaba en Wáshington. La Pentagon..., una casa en Falls Church. No está mal...

Se disculpó nuevamente y corrió a tomar un coche. Silbó con todos los dedos. Al escuchó el chirrido de los frenos y el auto detúvose contra el cordón. Un silbido lo detuvo. Corrió por el prado. Vió a todos en una confusa procesión: Milly, Rob, Peggy..., el banco y la Quinta y Locust, y la gente allí, y la cara de Steese, y Milton como un astuto profesor en los exámenes.

El coche tomó por el este, sobre el Grand. Muchas personas de Boone desfilaban por la mente de Al. La memoria tan clara, tan alerta. La granada viene, y el polvo casi impenetrable. Los muchachos se arrastraban, limpiándose los ojos con las mangas, se sonaban las narices, y seguían avanzando...

Pero Anmas, ¿dónde está Anmas? Al silba. "Vamos, sigan adelante, ¡no se agrupen! Saquemos nuestros... de aquí. Otra granada viene".

Y luego, recordando. Contando los días, minuto por minuto. La sulfanilamida. La leve esperanza. El plasma, y ¿cuáles son las probabilidades? ¿Perderá Anmas ambas piernas, o una sola? No oyen más.

Al vuelve en sí, mientras Milton habla del banco. Allí, en la Casa Blanca.

"Papito, es el cabo Anmas."

—¡Por Dios! —dijo Al, por detrás de su imaginaria cinta.

Eso fué en octubre. Dos días antes de reventar Bud Rosenberg. No, ¡fué después!

XIX

"Ahora recordemos un sótano, con fortificación de cemento a su alrededor y a algunos chicos que trataban de atacarnos, mientras los hacíamos salir del refugio. Eran diez, eran siete, con ojos azules y facciones de pequeños hombres viejos. Recordaremos la cocina, la granada de mano arrojada desde la ventana y un pueblo donde los Messerschmitts nos tuvieron a mal traer. Llovía sin cesar. ¿Y por qué llovía y seguía lloviendo? ¿Y por qué nevaba y seguía nevando siempre que luchábamos en la guerra?

"A veces veíamos ruinas y escombros; otras, cenizas y pinos. Pero casi siempre pensamos en la nieve y en la lluvia.

"También nos reíamos de Brownie. Siempre estaba husmeando. Después de dos años obtuvo su ascenso. Lo obtuvo a las diez de la mañana. Y su camión quedó destrozado por la noche. Fué el único muerto y, créase o no —siendo parte de la historia—, su verdadero nombre era ¡Brown!

"Fuimos al bar de la esquina. Nos informan que el tren llega con retraso... Bebemos y comenzamos a caer en las profundidades del silencio. ¡Hay tanto que no podemos recordar nunca! ¡Hay tanto cuyo recuerdo no podríamos soportar jamás! Hasta que haya pasado más tiempo. Y camino contigo, de vuelta a la estación. Te apoyas en tu nueva y pesada muleta. Me muestras los huesos que llevas en tu bolsillo. Los huesos que sacaron de tus piernas. Los has limpiado y unido diciendo que te traerán buena suerte. Y hablas de esa chica, en Louisville. La primera que tuviste hasta partir. Y seguro de que tu tío, en Denver, se alegrará de verte pronto. Trabajarás nuevamente en su restaurante. Pero ya no como mozo. Te sentarás detrás del mostrador y cobrarás a los clientes.

"Informan que el tren vendrá con mucho retraso.

"Hablamos nuevamente de Brownie. Volvemos a la esquina y pedimos varias copas más. En la victrola eléctrica canta Dinah Shore. Canta otra y otra vez... Y recuerdo cuando te vi... Los labios blancos, medio acabado, recibiendo el plasma que te daban y manteniendo los ojos cerrados.

"Ahora hablamos de Maxon, de Hancock y del maldito teniente a quien tanto odiábamos. Los alemanes lo cazaron en la cabecera de playa. Y nos levantamos y gritamos con alegría cuando lo oímos.

"Tú eres griego, eres joven, eres un bastardo. Yo soy de Harvard, un viejo caballero. Con acciones en el Cornbelt, y una hija que poseerías, si pudieras. Y dos veces por año ceno con Milton (soy un astro en el pabellón del Club Halcón Negro). Pero daría todas mis acciones, junto con el puesto que me ofrecieron esta noche, por sentir como sentía en el ejército (no quiero volver al ejército, estoy harto hasta la muerte del ejército. Pero para sentir como sentía en el ejército...) ¡Por Dios!

"¿Estoy seguro de estar afuera? Sí, ¡estoy afuera! ¡Estamos aquí! Silenciosos. Y es que este pasado que nos domina y que no podemos hacer formar parte del presente, ilumina la penumbra en donde nos encontramos. Nos diremos ¡adiós!, cuando el tren parta. Veré partir lo mejor de mí mismo. Tú me has amargado y yo te he puesto melancólico. Te he echado hiel en tu licor. Y tú has dejado escoria en el mío. Soñábamos con un encuentro memorable, pero estaré contento cuando venga el tren. Porque tú eres algo profano, que moría en el lugar más solitario. Y lo temo, y lo amo, y lo odio. Y no puedo resistirlo esta noche.

"Somos la tierra y los mortales sin valor quienes no nos hallamos como debiéramos."

XX

El tren partió.

Al vió la cara de un hombre a quien había matado. Un semblante sombrío y estudioso, encorvado detrás de un fusil, en una mesa de laboratorio. Detrás de una ventana rota, con el casco ligeramente ladeado sobre la frente, los ojos opacos, sin vida, más allá de los lentes. En muy poco tiempo había matado a un chico de Oklahoma.

No mató. No vivía para matar. Al lo localizó desde un montículo de residuos. ¡Crak! ¡Crak!, hizo la carabina. Al vió la cabeza del alemán deslizarse detrás de la ventana, como sorprendido.

Imaginaba al espectro del alemán vagando desordenada y atormentadamente a través de la eternidad. Y el propio espectro de Al se encontraba con el otro.

—Bien, ¿qué le habría hecho usted —le preguntó francamente el espectro de Stephenson— a mi hijo Rob, si lo hubiera agarrado? La mamá de Milly era judía a medias, de nombre Levincohn. ¿Hubiera mutilado a Rob?

Todo esto pasó por su mente en un momento dado.

El espectro del alemán contestó, en voz baja:

—*Für den Führer. und das Vaterland. Sieg Heil.*

El tren resoplaba más allá de los desvíos; oíase el ulular del pito.

—Quiero un trago —dijo el guarda de la estación.

—¿Cómo, míster Stephenson? ¡Usted por aquí! ¿De vuelta?

Conversaron un rato. Al tenía que hablarle a ese pobre viejo, con un nieto grandote en las Filipinas y otro muerto en Italia, quien por fin dijo:

—Le aseguro, míster Stephenson, que después de medianoche no encontrará otro lugar que el de Butch. Ya es la una y cuarto.

Al encaminóse a lo de Butch. Recordaba a Butch desde los lejanos días de la prohibición, pero cuando lo vió no pudo reconocerlo (galones de ginebra y alcohol despachados en un vestíbulo. Una lona para cubrirlos... Recordó el amargo latrocinio, el alcohol destilado. Las raterías y las burlas a una ley estúpida).

Estaba solo y bebía. No pensaba en Milly. Errando, su espíritu se presentaba ante él, le echaba en cara su enojo. Bebió mucho, pero no estaba borracho cuando entró Derry.

Fred Derry, de veintiún años y matador de cien hombres. Pero los había muerto desde lejos, a cinco millas de distancia... Los fragmentos anónimos de las bombas (las barracas, un mar de llamas. El tren de tropas que explotaba entre una capa de espeso humo). ¡Oh, tan lejos, el brotar de la sangre, las piernas en desorden! Y el orín sin control, empapando los pantalones...

Al Stephenson vió la muerte provocada por él.

Tan singular le parecía que él y Fred se encontraran nuevamente y tan pronto... Volvióse con el vaso en la mano. La música de la victrola apagaba las voces de quienes conversaban y bebían. Brebaje ilegal en este mundo infecto.

—¿Qué tal, teniente?...

Fred sonrió amargamente; su delgada y desconcertante cara irlandesa trasuntaba su dolor, su ira y el fiero desengaño.

—Hola, sargento. ¿Así que usted también anda mal?

—¡Estoy mal!

La voz de Fred era, en cierto modo, terminante. Y Stephenson declinó preguntar más. Simplemente dijo:

—Estoy tomando clarete. ¿Quiere acompañarme?

—¡Cómo no! Esta noche tomo cualquier cosa.

Esperaron que el mozo les sirviera. Y de pronto, sin vacilar, Derry dijo:

—Esa pequeña loca con la que me casé poco antes de partir... Bueno...

—¿Algo mal?

—Sí, todo —contestó Fred—. Hemos terminado. Es ligera de cascos. Así se

lo dije. En cierto modo, me siento aliviado...

—Salud —dijo Al—. ¡Brindemos por ello!

Derry levantó su vaso.

—Espero que no le pase nada malo a usted.

—No, no es gran cosa —dijo Stephenson—. Vino el patrón; nuestro presidente, en otras palabras. Tengo un empleo mejor. Y toda esa charla, todos los detalles del banco apenas los pude soportar.

—¿Se siente decaído?... —arriesgó Fred—. ¿Porque le ofreció un empleo mejor? —preguntaba con incredulidad infantil.

—Soy tercer vicepresidente, y no estoy muy seguro de que me agrade serlo. —contestó Al.

—Diablos —exclamó Derry—. ¡Ríase de mí por pensar que pudo ser un portero! ¡Un banquero, Dios mío! ¿Sabe lo que quiero decir? —preguntaba Fred—. ¡Usted no lo sabe! ¡Es demasiado joven! ¿Sabe lo que quiero decir? ¡No lo sabe! Tiene una esposa a la que ama con locura. ¡Un hogar y dos chicos!

—Y ahora estoy aquí —dijo Stephenson—, ¡en lugar de estar allá!

—¡Por Dios! —dijo Fred—. ¡Es para reírse! Tomemos. Yo pago esta vuelta —y su voz elevó cada vez más el tono. Ya no se relacionaba con Milton, Anmas o María. Sus pesares los unían, y cada uno había sentido el hálito de la muerte tantas veces que sólo podrían departir con otros hombres que hubieran tenido la misma experiencia.

Se pusieron tumultuosos.

Un mozo acercóse, y les dijo:

—Siéntense. A Butch no le agrada mucho el ruido.

Fred señaló un grupo de personas, sentadas en la penumbra, en el otro extremo. Algunos jóvenes marineros y una o dos chicas.

—Están haciendo ruido. Están cantando. Escucha, compañero; están cantando tonadas populares.

—Es claro, teniente. Cante usted también.

Los llevó a un rincón. Tomaron dos vueltas y llegó Butch. Tan grande y tan fuerte como Dempsey.

—Bueno, ¿qué hay de nuevo esta noche?

—¿Usted es Butch?

—¡Yo soy Butch!

—Oiga, siéntese y tome algo.

Butch replicó:

—Yo nunca tomo. Soy simplemente un tipo que mantiene un bar. Y si me pescan en algo, pago la multa. Yo siempre pago, teniente.

Al dijo:

—Ya oíste. El siempre las paga. Muy bien, Butch, ¿te molestaría si canto algo?

—¡Oh, no le importa! —dijo Fred— A él nunca le importará. A ti nunca te importará... Somos un hato de atorrantes, y nos importa un bledo el punto de vista de la Armada y de toda esa clase de gaznápiros.

Cantó a voz en cuello y la gente se rió. En el otro extremo del bar el salón estaba azulado y brumoso, con el humo, las sombras y el olor a aguardiente. El espejo, más allá, reflejaba alegremente las condecoraciones, los galones y todo lo reunido durante la guerra. Los recuerdos... Diez mil personas bebieron allí, durante la guerra. Un extraño vaho se extendía sobre el bar.

—¡Nada les importará! Nada les importará! ¡Vengan y únanse al Cuerpo Aéreo, y nada les importará!

Derry podía cantar, y Al también podía cantar. Sus voces, de tenor y de barítono, atacaron "Oh, Salomé"; la creyeron bonita.

Al dijo:

—Ahora, escucha "La hija de O'Riley", ¡ésa sí que es una canción!

—Cantemos —dijo Fred— como lo hacen los ingleses; cantemos un canto-canción. Roger, ¡cantemos!

—Déjame nadar en la alucinación. Porque pude hacerlo una o dos veces, y me pareció tan lindo...

—Saca el tanque de nafta de mis riñones. Aleja el cigüeñal de mi cerebro...

—Derry —gritó Al. Su voz era dura—. Tuvimos un chico, su nombre era Armstrong; ¡tenía una voz! Nunca escuchaste una voz como la de Armstrong. Ni siquiera Crosby la tiene. ¡Cómo cantaba!

—Bueno, ¿y dónde está ahora? ¿Por qué no está aquí para cantar, si es tan bueno?

—Oye, eso es justamente lo que quiero saber. Rápido, en un instante, como la explosión de una cantidad de granadas de mano. ¿Dónde está Armstrong?

—¡Aquí abajo! —dijo Fred, señalando la tabla de la mesa.

Tomaron nuevamente y bebieron una vuelta por Armstrong, el que cantaba.

Un mirlo está volando, cantando
[auraliii...
Un mirlo está volando, cantando
[auraliii...

—Un marinero está volando... —dijo Fred, y señalaba a lo lejos a Homer Wermels, que se acercaba. Vestía éste una chaqueta verde.

Había enviado sus cosas cuando estaba en el hospital. Pero aun en ese saco hubiera sido lo mismo de haber tenido barba. ¡Oh, seguro, seguro! ¡Exactamente lo mismo.

Lo gracioso era esto: Butch lo ayudaba, caminando a su lado, y le daba la

bienvenida. Derry y Al no podían comprender. Estaban demasiado bebidos para comprender, preocuparse o admirarse. Sólo podían entender lo que veían.

Wermels era su compañero y estaban contentos de que viniera.

Una tarde, hacía ya cientos de años, voló con ellos. Al lo ayudó en la compuerta. Había luchado en la guerra, igual que ellos.

Lo saludaron con gritos alborozados. Ahora sí que podrían cantar y tomar.

—¡Oye, te estábamos esperando!

El muchacho dudó, sabiendo que no era cierto. Sonreía y babeábase con su cara contrahecha.

Pero agradecido, no obstante.

Trató de contarles cómo sucedió: Butch era un vecino. Engle de nombre. Vivía casi al frente de su casa. El hijo descarriado de una dama respetable y devota. Había ido al mar, durante la otra guerra. También acostumbraba a jugar y traficaba durante la época de la ley seca.

Ahora tenía el *Butch's*.

Pagaba una multa ocasionalmente, y se llenaba de dinero.

Los parientes de Homer hablaron prontamente, contando sus historias en la vecindad. Lo hacían para levantar sus ánimos.

Mientras tanto, Homer derramaba su cena sobre el mantel, volcaba la leche y enviaba a su Wilma a casa, bañada en lágrimas.

Pero escuchó lo que decían acerca de *Butch's*, después de medianoche, y lo recordó luego cuando lo necesitaba.

En puntas de pie, en la oscuridad —al menos con uno iba en puntas de pie, esforzándose porque el otro se mantuviera tranquilo—, encontró la baranda de la escalera, produjo un crujido y se maldijo a sí mismo.

Su madre encendió la luz.

—Homer, ¿qué pasa?

—Pensé dar una vuelta —dijo, y vió cómo el pálido semblante de ella sufría, a cada palabra que él pronunciaba.

¡Qué cosa! decir "ensaba" en lugar de pensaba.

¡Y qué forma estrafalaria de caminar!

—¡Oh, querido Homer, no salgas! Te caerás y te lastimarás.

Su voz resonaba extrañamente en el vestíbulo.

La madre se hirió las manos entre los pliegues de su bata nocturna, por el dolor que le producían esas palabras.

—¡No! ¡Tengo que salir! A veces cuesta dormirse. Salgo, camino un poco, una hora, tal vez, y luego me iré a dormir.

Su voz era dolorosa y estaba llena de lágrimas, mientras trataba de comprenderlo.

—Llamaré a papá.

—¡No! ¡Voy a salir!

Entonces su padre los oyó y la tía Sade preguntó qué pasaba, con voz fuerte, desde su pieza. Y Homer siguió bajando trabajosamente las escaleras, haciendo ruido por diez. Su padre lo siguió...

—Homer, ¿qué es esto de salir a tales horas?...

—Volveré dentro de un rato, papá. Vete a dormir —y luego se le acabó la paciencia y gritó, con espuma en la barbilla: — ¡No soy un chico! He visto bastante. ¡Tienen que dejarme salir!

Tuvieron que dejarlo salir. Salió. Encendieron las luces detrás de él. En la sala y en el vestíbulo.

—"Ma" —dijo el padre—, vete a la cama. Yo esperaré a Homer. Creo que está algo nervioso. Tú sabes, acostumbrado a los hospitales y a toda esa clase de gente —la envió llorando a su pieza. Sabiendo bien cómo debía haber llorado Homer.

El señor Wermels se sentó en el comedor y procuró leer las revistas que dejara Luella.

Tratando de resolver un problema de negocios (era cargador de una empresa naviera), no podía concentrar su mente... Estaba ahora en la edad madura y un poco más. Su casamiento fué tardío. Había tenido muchas dificultades, en varias épocas, pero nunca se sintió como ahora.

XXI

A las tres, Milly despertóse en el sofá, bien tapada con una frazada que se había llevado de Cherry Hill (los elementos para dormir en este sitio amueblado eran de mala calidad y escasos). Milly remoloneó, aun medio dormida.

—Peggy —llamó. Su hija llegó silenciosamente del comedor. Con su linda cabellera cepillada y lustrosa y su delgada figura, rodeada por una bata cómoda.

—¡Aquí estoy! —dijo, entibiando con su peculiar risa la frialdad que pesaba sobre el corazón de su madre.

—Peggy, nena, tú me tapaste.

—¡Qué amable! —repuso su hija—, con los gatos, los perros y las esposas privadas de sus esposos.

—¿Qué hora es?

—Las tres y cinco. Probablemente escuchaste algún reloj. Te habrás despertado.

—¡Oh, querida! —Milly bostezó—. ¿Por qué no te acostaste?

—Tonterías, amor mío. Tenía que llenar un millón de fórmulas. La Cruz Roja quiere mucho sus formularios. Septuplicado. ¿Es así como se dice siete fórmulas? Caramba, imagínate si una fuera tan prolífera en una múltiple maternidad. Imagínate si tuviera siete mellizos. Sabes, mamá, como las cinco... —se arrodilló al costado del sofá y pegó su cara a la de su madre—. Temo —susurró— que como reemplazante sea malísima.

Ellas amaban, entendían, eran dos mujeres. No simplemente madre e hija. Sino dos mujeres que podían consolarse mútuamente. Con más delicadeza y suavidad que el raso.

Y Al había llamado. Llamó a las doce y veinte. Quizá su voz sonara algo cascada. (¡Pobre Milly! Ella no sabía que Al había cambiado. Probablemente su voz había cambiado luego de aficionarse a la bebida, en el ejército).

El tren de Anmas tardaría en partir. Todos los trenes salían con atraso, como siempre, como todos los años desde que Stephenson partiera para convertirse en otro hombre.

Y él era otro hombre. No lo conocían ahora. Marido y padre.

Cualquier Alton Stephenson que ellas conocían.

Nunca buscaría una diversión tan grotesca. Lejos de ellos.

Solo, solo.

La mujer que lo había amado con locura, con algo de su propio cuerpo (¡oh, Peggy, cuando te ves en esa forma igual que tu padre! Francamente). Y ella que sacrificaría su cara y su cerebro.

Y cualquier ardid de femineidad y las preciadas dotes de su alma y su cuerpo. Que se dejaría matar y torturar por él. Así amaba ella. Un amor sencillo y profundo. El era su pasión y el objeto de sus mimos y desvelos.

—Querida, estoy tranquila.

Así susurró aprensivamente Milly al oído de su hija.

—Chiquilla —dijo Peggy serenamente—. Me temo que el cabo Anmas sea una influencia que deba combatirse. Salgamos... y busquémoslo. Me pondré una túnica gastada, me pararé descalza y plañiré. Y tú te pondrás un mantón.

—Tendremos que cantar una dulce canción. "Papá, querido papá, escucha el reloj del campanario, da la hora". Serán las cuatro menos cuarto cuando lleguemos allí.

—Ven, mi pobre alma solitaria. Te llevaré lo mejor que pueda.

Apartó la manta, y tomando las manos de su madre la incorporó.

—Mira ese vestido, una masa de arrugas. ¡Mildred Stephenson, pagarás el planchado de tu propio bolsillo!

Adulándola, tentándola, hizo levantar a su madre.

Recogió los zapatos:

—Toma, póntelos como una buena chica y saldremos, y traeremos a ese hombre malo.

—Pero, Peg, ¿dónde diablos...?

—Tonterías. Hay un solo lugar en esta ciudad en donde podría estar a estas horas. Creo muy probable que el gran Butch Engle haya acogido a papá. A menos...; tal vez... —su voz era aguda y cercana al llanto, compartiendo el desconcierto y dolor de su madre—. A menos que quizá tu amigo haya tomado apego a una de esas chicas de quimonos rojos...

—¡No visten de rojo!

—Así lo he oído siempre.

—*Butch's* —dijo Milly, lastimeramente—. Ese horrible lugar, tan sofocante y lleno de humo... Peg, ¿crees realmente...?

—No te pareció tan malo, mi amor, cuando el último Año Nuevo fuiste allí con el comandante Leffinkwell: te trajo a casa a las cinco. Sí, sí, ¿quieres que se lo cuente a papá?

—¡Oh, oh! —dijo Milly, débilmente—. Wilmer Leffinkwell. Si es igual a su nombre; Peggy, tu madre quiere sólo al sargento.

—Conozco a un sargento al que le arrancaría los pelos —dijo Peggy con la sinceridad de un perro, y gruñendo como tal logró que su madre se arreglara el cabello y la cara antes de salir. Hizo tintinear las llaves del coche. Un sereno medio dormido las llevó al subsuelo. Otro muchacho soñoliento movió los coches en el garaje. Así pudo Peggy sacar su auto y salir a las calles desiertas. El viento la despeinaba. Las luces del tránsito destellaban; amarillo, amarillo, mientras pasaban. Y Milly acurrucóse con el tapado en sus espaldas.

Esto no era lo que soñara. El esposo amante, cayendo en sus brazos. El palpitar al unísono de sus corazones (cuando vino Mr. Milton la palpitación cesó. Cuando el cabo Anmas llamó, fué como si sonara un airado clarín. Como si torvos pies debieran marcharse. Aun antes de haberse detenido del todo frente a su puerta).

En una calle alemana había un tanque incendiado.

—¡Cuidado! —dijo Al.

—¡Está bien, ya lo veo!

Ella no podía conocer una furia que Al nunca le contara. Pero sentía su aliento viciado, porque el alma herida de Stephenson tenía la vida de un hijo en sus entrañas.

XXII

—Y luego este general —dijo Fred Derry—. Era nuestro comandante de campo antes de ser general. Cuando sólo era

coronel, los muchachos le llamaban "Cola de Hierro".

—¿No por su cara? —preguntó el grandote Butch Engle, observándolos.

—No por su cara —dijo Fred—. Este general... Pero mejor empiezo con el asunto de las corbatas. En una reunión, después de las dos de la tarde, en Chalveston, no se pueden usar corbatas, ni una sola, porque los muchachos las arrancarán o las cortarán.

—¡Oigan, miren lo que hago! —suplicó Homer, extendiendo su vaso con orgullo y observando gozosamente las gotas que rebasaban el borde.

—¡Oigan, mirenlo! ¡Está tomando con la mano izquierda! ¡Miren a Homer! —exclamó Stephenson.

—No tomes más — dijo Butch.

—Tomaré lo que quiera —dijo Homer— con mi mano izquierda. ¿Tiene algo que decir?

—¡Muy bien! —dijo Butch, tratando de calmarlo—. Toma eso y todo lo que quieras. No te preocupes por mí.

—Muy bien —exclamó Homer altivamente, sintiéndose como si hubiera ganado una batalla.

—Y así, este general —continuó Derry — aparece a las dos de la tarde. Ha venido desde lejos. De la cuarta escuadrilla. Nuestro coronel le preguntó, porque era nuestro comandante de grupo, ¿sabe?, antes de que le colocaran la estrella. Y aparece Oakley. Es un tipo de Alabama. Todo un hombre. Y aparece Oak... Lleva un par de tijeras en la mano. Se las arregló para cortar todas esas corbatas. Y luego nuestro coronel y los oficiales hablan con el general. Pero Oak dice "¿Cómo?, miren eso; lleva una corbata. ¡Miren eso! ¡Tiene puesta una corbata!"

—¡Miren esto! —gritó Homer extendiendo su vaso.

—¡Eh, mirenlo! —decía Al—. Está derramando casi todo.

—Estoy derramando casi todo —repitió Homer Wermels.

—El general la tiene puesta —dijo Derry—. ¿Ve, Butch?, como ésta. Tiene puesta una corbata. ¡Y Jimmy Oakley se la corta!

—Ahora, óigame, Butch —dijo Homer bruscamente y sin poder dominar los labios. Su boca estaba suelta—. La epilepsia es dominada por el alcohol. Y el veneno de la selva lo hace también. Se toma demasiado veneno y se muere. Se toma demasiado alcohol...

—Así — decía Derry, moviendo su mano y tirando de la corbata de Al—. ¡El gran Oak la corta aquí!

—Me imagino que el general se enojó — opinó Butch.

—No, señor —continuó Fred—. He visto manzanas malas en mi vida, pero el viejo "Cola de Hierro"... Se limitó a decir algo... Quizá... que no se debiera usar corbata. O algo por el estilo. Los otros sacaron a Oak. ¡No supo que había cortado esa corbata hasta que se lo dijimos por la tarde!

—Quiero cantar — dijo Al —; quiero cantar esa canción que hablaba de un hato de atorrantes. Me gusta esa canción porque es buena:

Vengan y asciendan
tan alto como quieran.
No hay nada comparable
a un aviador del Ejército...

Estaban completamente solos, con Butch. Las puertas se habían cerrado a las tres. El guardián dormía sobre un sillón de cuero. El tabernero se había ido. Pocas luces quedaban encendidas. El bar estaba claro, limpio, y Engle completamente sereno al lado de los hombres que bebían. No les permitía beber desde las tres, pero dejaba que pagaran algunos tragos para él.

El nunca bebía. No había tomado en dieciocho años, y se maravillaba de cómo lo habían conseguido estos tres. Y el mismo pequeño Homer... Recordaba a Homer en su triciclo, pretendiendo ser ingeniero de una empresa de transportes. Arrastrando un coche detrás de sí, con sus innumerables juguetes. Ahora él no era el hombre para decirle al muchacho que no podía beber. Cuando, evidentemente, lo que necesitaba era una tregua.

Dentro de la puerta que su inutilidad le abría... Butch no podía hilvanar las palabras. Pero eso era común en él. Quería haberse ido él mismo. Lo intentó. Decían que estaba demasiado viejo. Decían que sus dientes estaban mal. Y lo mismo su pulso y la presión de la sangre. Observó a Homer, pensativamente.

—Oye, Homer...; cuéntame algo del Pacífico.

—Era una calamidad —dijo Al—. Tú se lo oíste decir. Todos tenían penas. ¡Un pobre blanco no podía soportar algo así! ¡Y Africa es también una porquería! Tendrías que ver lo mugrientos que son los árabes. Y aun así, alguien trataba de pasar. Y si algún árabe lo encontraba, ¡peor para él! Teníamos un tipo. Sabía su nombre, pero no lo puedo recordar. He bebido demasiado... Pasó. Creo que los árabes lo vieron y lo esperaron tranquilamente... Lo primero que encontramos al amanecer fué a él. ¡Y en qué estado! Tenía la boca cosida. Creo que se la cosieron cuando ya estaba muerto. Se la abrimos. Y, ¿adivinas qué encontramos dentro de ella?... Por Dios, mejor no recordarlo.... Créeme que luego el regimiento cambió de conducta. ¡Los pases brillaron por su ausencia!

—Oye, ya oí eso muchas veces —dijo Derry—. Algunos muchachos de las Fuerzas Aéreas me contaron lo que ustedes llaman... ¡Apuesto a que nunca lo viste! Lo que llaman...

—¿Apócrifo? — dijo Al.

—Bueno, así será. Pero, ¿te gusta?

—¡Me gusta! — dijo Fred.

—¡Sí, señor! — dijo Homer con decisión—. ¡Quiero otro trago!

—No, atiende, muchacho —dijo Butch— Son casi las cuatro.

Entonces llegaron las mujeres...

Butch se volvió, molesto por el insistente golpeteo en la puerta. El timbre y el llamador sonaban al unísono. Desde una distancia enorme, vagamente, Al Stephenson escuchaba la voz de Peggy.

La oyó diciendo a Butch que sabía adónde tenía que dirigirse. Y Butch estaba confundido y se disculpaba:

—¡Caramba, señorita Stephenson! ¡Cuánto lo siento! Creo que toda la culpa es mía. Tendría que haber pensado que los esperaban en sus casas. Es que comenzamos a charlar...

—Miren —dijo Homer Wermels enfrentando a ambas mujeres al entrar. No las conocía. Pero, completamente borracho, estaba de pie, erguido y sereno, aunque exaltado a la vez. Con nubes de luz y humo a su alrededor—. ¿Ven?, yo sé tomar... ¡Tengo el vaso en mi mano izquierda!...

—Está hecho con espejos —dijo Derry. Y casi se cayó contra la mesa al ponerse de pie para saludar.

"¡Oh, esto es maravilloso! —se dijo Stephenson en medio de la nebulosidad que velaba su mente—. ¡Oh, qué mundo más atrevido y feliz! ¡Ella viene a mí! ¡Y es linda! ¡Oh, chico! Mi esposa, mi paloma, mi ángel, mi amor, mi ilusión. El objeto de mil sueños encantadores..."

—¡Oh, mira esto! — dijo con dificultad, rodeando con un brazo el hombro de su esposa y apoyándose pesadamente en ella. Procedió a presentarlos.

—Ahora, éste es Fred, éste es Fred. Y estuvo en la guerra.

—Naturalmente — dijo Milly, completamente ausente—. Naturalmente, ¡qué contenta estoy de conocer a todos ustedes!

—¡Vamos todos a casa —sugirió Stephenson — y tomemos otra vuelta!

—Pero, ¡es claro! —intervino Milly—. ¡Por eso vine!

Al, bramó con su gruesa voz:

—¿Oyen eso? ¡Esto es magnífico! ¡Iremos todos a casa y tomaremos otra vuelta!

—¡No, no con Homer! —suplicó Butch—. Yo lo llevaré a su casa. Vive casi cruzando la calle. Este es Homer Wermels. ¡Conocí a sus padres antes de que tuvieran hijos!

—Ya me oíste —repuso Al—. Lo llevaremos a nuestro hogar. No es en realidad nuestra casa. Esa está en Cherry Hill. Vamos a la Casa Blanca. A echar otro trago. Porque estos muchachos y yo volvimos a casa volando juntos. Volamos desde Welburn en una "27".

—En un "17" —rectificó Derry, aunque no podía levantar los párpados, que pe-



saban como un plomo sobre sus ojos.

—Un "17" —dijo Al—. ¡Volamos!

No podían escuchar a Peggy, quien le decía a Butch, en voz baja:

—¿No están ustedes demasiado bebidos? Por favor. No se preocupe. Los meteremos a todos en la cama. Si usted conoce a los padres de ese chico, dígales que está bien. Lo llevaremos a casa. Trajimos el coche. ¡Por todos los diablos! ¡Prefiero esto a cualquier teniente enamoradizo cuando estoy sola! —y Engle asintió.

—Tal vez sea lo mejor. Lo siento mucho, pero, ¿qué puede hacer uno cuando insisten en entrar y emborracharse?

—Sólo ayúdenos a meterlos en el coche...

Salieron lastimosamente, tambaleantes y apoyándose. Como de costumbre, Homer se agitaba. Un buen justificativo para los abstemios, a quienes les habría encantado verlos en estado tan calamitoso, empujados, ayudados. El eterno problema del ebrio. Tres ebrios al mismo tiempo. Y cantando alegremente en la penumbra de la calle.

—¡Cállense! ¡Cállense! —pidió Butch—. ¡No queremos que aparezcan todos los policías de la ciudad!

—¡Muy bien! —gritó Al.

—¡Cállense, muchachos!

Y Peggy los llevó a su casa.

Homer y Fred estaban durmiendo antes de llegar a la Treinta y Cuatro y Grand. Nadie sabía dónde vivía Derry. Butch no estaba para decirles qué debían hacer con Homer.

—Lo que debemos hacer es eso, querida —dijo Milly, con voz alterada por la emoción, a pesar de que trataba de hablar con calma.

—Tienes razón: los meteremos a todos en la cama.

Así lo hicieron; sacaron a Rob, que medio dormido se fué a la pieza de Peggy y acostóse sobre el sofá, al lado de la ventana, sin molestarse en absoluto. Sonrió, aún medio dormido. Lo creyó divertido. Igual que "McDuff", echado a su lado sobre la manta, y estuvo dormido antes de que condujeran a los otros a su pieza.

Peggy y Milly le sacaron los zapatos a Homer... El grande con la suela. Se asombraron. ¿Cuánto pesaba ese zapato? Lo metieron en la cama. El, sin saber qué hacían, murmuró:

—¡Miren! ¡Oigan! ¡Mírenme!

Y luego comenzó a roncar, con la boca abierta, la saliva corriendo por su barbilla y revuelto su cabello pelirrojo.

Derry estaba sentado, atontado, sobre la otra cama. Cabeceaba sin poder mantenerse erguido.

—Creo que será mejor que me vaya. ¡Cuánto lamento causarles tantas molestias!

—¡Por Dios, teniente! —dijo la muchacha, con voz clara—. ¡Si no es nada! Usted es amigo de papá. Usted haría lo mismo por él, ¿no es cierto?

Derry la observó vagamente y dijo:

—Haría lo mismo, haría... —su barbilla cayó pesadamente.

—Ahora, acuéstese —dijo Milly—. Y déjenos sacarle los zapatos.

Se los sacaron. Retiraron la colcha y la frazada. Lo taparon con la manta. Dormía.

—¡Abre bien la ventana! —Peggy lo hizo así, sacando las cosas de Rob del borde inferior: la raqueta, modelos, libros y soldados de plomo. Recuerdos de su niñez. Cambió demasiado pronto.

—¿Qué hacemos con las toallas? —preguntó Milly, en voz baja.

—Por Dios —contestó Peggy—. Están demasiado tomados para usarlas, si las tuvieran...

—Ya sé: encenderé la luz del baño, y dejaré la puerta entornada, confiando en que la encontrarán cuando la necesiten.

—Esperemos que así sea —dijo—. Y ahora, querida mamá, por favor vete a ver qué hace mi padre. Yo me acostaré. Y tú también, llevando a tu amigo contigo.

Milly encontró al esposo buscando qué beber. Había hecho un revoltijo en los estantes de la despensa... Rompió un vaso grande al tratar de mezclar bebidas.

—Caramba —murmuró Al, pesarosamente—. Siento mucho que llegara a este estado. Estuve demasiado tiempo afuera...

Se dejó conducir a la pieza de ella y le permitió que colgara su chaqueta en una silla. Sentóse, pesadamente, mientras Milly corría la colcha.

—Déjame desvestirte —dijo Milly.

—No, me quitaré las ropas yo mismo. No estoy tan bebido. Te aseguro... Mr. Milton; L.D.M.

—Sí, estuvo aquí —dijo Milly, con una despreocupación que no sentía.

—¿Recuerdas?

—¡Oh, seguro!

Esperaba decir un millón de cosas. La quería, la quería. Quería todas esas cosas que ocuparon sus sentidos mientras estuvo lejos de ella. Quería música y el sonido de su voz suave. Quería el alimento que no había tenido. Quería...

—L. D. M. —dijo nuevamente—. ¿No escuchaste? ¡Soy tercer vicepresidente!

—¿Eres qué? —dijo ella, asombrada.

—Eso mismo —asintió él, negligentemente—. Lo que oíste. Soy tercer vicepresidente, en lugar de Steese. El directorio. El directorio...

Milly suspiró, y conteniendo sus sentimientos exclamó:

—¡Eso es maravilloso! Oh, eso es...

—Bueno, no estoy tan seguro —dijo Al.

—Acuéstate ahora —repuso Milly—, te lo ruego —y le fué sacando las ropas.

Estaba sosegado y trataba de mantener

constantemente abiertos los párpados.

—¿Dónde? ¿Dónde están los muchachos? —preguntó.

—Están en la pieza de Rob. Ahora trata de dormir.

—No puedo —susurró—, viéndote...

Y luego ella emitió su único suspiro:

—¡Estás demasiado bebido para pensar en... eso! No. Apagaré la luz.

Hizo girar la llave. Pero aun había cierta iluminación, tenue y amarillenta, que llegaba desde la puerta del baño... El oyó el ruido de sus pantuflas. Escuchó todos los sonidos que no había oído en el proceso legal de su amor, en todos esos treinta meses. En el proceso decente de su amor, que todo hombre prefiere a cualquier perdida que encuentre. Vió agitarse su camisón de noche. El encaje se elevó. Ella metió los brazos entre los pliegues y se lo puso.

—¡Oh, Milly! —susurró Al.

—¡Ahora, vete a dormir!

—No puedo. Quiero decirte algo. Escucha; chicos como éstos... Ellos me hacen pensar que tenemos los mejores hijos del mundo. Te aseguro..., nuestro pelotón..., Bud Rosenberg. Tendrías que haber visto. Teníamos un chico llamado Armstrong. Sabía cantar. ¡Por Dios! Creo que a veces fuí demasiado severo. Tenía que serlo. Pero cuando conseguí ponerlo en forma. ¡Te aseguro que chicos como ésos...! Dame un grupo de chicos como ésos. Los llevaría a cualquier parte. Y, hermanita, ¡cómo andarían!

—De eso estoy segura —contestó Milly, metiéndose debajo de las sábanas.

El sintió su rodilla. Era irreal. No podía moverse. Sus oídos resonaban como un mar embravecido. Y, repentinamente, clara y amenazadoramente, escuchó las máquinas remachadoras que desgarraban el humo y enviaban el furioso y mortal ofuscamiento desde cualquier quebrada por la que tenía que pasar... Las pasó a todas. Había llegado a esto, y aquí estaba, y era esto. Y estaba en casa.

—¡Oh, Milly! —tocó su piel—. Creo que apesto. Mi aliento es malo. Trataré de volver la cara. No había pensado...

—Ahora, querido; si quieres irte a dormir...

—No, no —dijo, temiendo lo que le esperaba en la oscuridad que los rodeaba. Y toda esa niebla turbulenta en sus oídos. Y las granadas de mortero haciendo volar el barro—. No, no —balbuceó—. Olvida a esos chicos. ¡Oh, olvidémoslo todo! No podría querer a otra. No podría. Escucha, tú eres... —la atrajo hacia sí, irresistible y locamente, ahogando en su boca caliente cualquier protesta o explicación. Y olvidando cualquier pesadilla que hubiera tenido. Sus oídos aun resonaban. Estaba exaltado. Y se entregó al palpitante placer que, ebrio o sobrio, siempre podía darle.

XXIII

"Tan seca mi garganta, tan llena mi cabeza de heridas henchidas y de fantasías rotas. Ardientes mis ojos e hirviendo mi pulso. (Oí un océano, vi una fiesta de luces. Y aviones que caían entre la lluvia multicolor de los ensordecedores cañones).

"Ahora me arrastraré en forma rara, para hacer las cosas que necesita este cuerpo engañoso.

"Tomaré un trago, y otro, y otro..., salpicando la mitad del agua sobre mi ropa.

"¿Y hasta cuándo esto?

"¿Hasta cuándo observaré a los inservibles y a los chicos andar por donde yo anduve?... Verlos saltar los setos, trepar los escalones, manejar los coches, comer con hambre. Y rodear con sus brazos... a las chicas. Sin retroceder nunca ante su contacto. Como si un perro rabioso se hubiera acercado demasiado.

"Conozco un arma; y en un tiempo me agazapaba detrás de una Oerliken. Sintiendo su poder en mis brazos. Y nunca bajé los Junkers 88. No soy de la clase de los que derriban un avión. Porque soy de los que disparan con fervor. Y mueren en alguna forma igualmente franca. Tan ridícula y lastimosa, mi muerte, que nunca comprenderé por qué jamás me reclamé a mí mismo.

"Estas palabras pasan por mi mente;

al menos parte de ellas. Ideas subconscientes que no pueden ser dichas en palabras por los hombres jóvenes como yo. Siento el poder de mi impotencia. Y reconozco que sería un tonto si lo hiciera, si estuviera en condiciones de hacerlo.

"Pero, aun así, a pesar de la agonía que sobreviene al despertar, acaricio el recuerdo de la noche. Mi mano estaba más firme que nunca desde mi partida de Orán. El sabor del aguardiente en mis labios, para paladearlo... ¡Oh, inspiraba a la temeridad! Tomaré otra vez, y frecuentemente.

"Dejemos que ellos lo lamenten. Papá y mamá, porque no pueden comprender que hombres con condecoraciones como las mías difícilmente se sometan a las niñerías.

"Si a Wilma no le gusta se puede ir al diablo. Con todo su lloriqueo y sus trivialidades infantiles (esto pensé llevarlo a cabo con palabras más sencillas).

"¿Qué es esta gente? ¿Me tienen lástima? Porque estoy en una cama extraña. Y veo todas estas cosas fuera de lugar, a mi alrededor: los efectos íntimos de personas a quienes no conozco.

"¡Oh, debo escaparme antes de que esas mujeres me sojuzguen con cualquier súplica!

"¡Sí, vestirme, por Jesucristo!... No soy un nene...; vestirme... No comprenden que he visto explotar estrellas y que volé sobre más mares que ellos mismos navegaron.

"Diecinueve años, pero pronto veinte (y no hace mucho que me creí desgraciado por habérseme escapado el gatito). ¡Ah, déjenme ir en silencio, como mejor pueda! Y encontrar un taxímetro que me lleve a casa. Pero, ¿dónde está mi casa cuando nadie en mi mundo puede comprenderme, ni yo a ellos?".

XXIV

Al despertarse, Derry vió a su lado una cama vacía y en desorden. En el primer momento no supo dónde estaba; tantas veces se había despertado en una casa para él desconocida... (y comúnmente en medio del romance. ¿Romance? Tal vez otra palabra sería más adecuada).

Este podría haber sido el departamento de lady Tillman. Pero no lo era... Podría haber sitio aquel sitio en Kent, donde pasó dos días con una alegre rubia cuyo esposo servía al rey, a cinco mil millas de distancia, mientras Derry entretenía a su mujer... Las colchas caseras. Las vistosas alfombras sobre el piso. Y todos los pequeños gustos que una casa en Brighton Drive no pretendería, y que quizá ni desearía.

Luego supo dónde estaba. Tuvo un vago recuerdo de mujeres que le sacaban los zapatos. Pensó en Al. Oyó las canciones. ¿Y dónde estaba Homer?

Derry se bañó. Su cabeza estaba como un cubo en el que unos trozos de metal hicieran ruido al ser agitados. Halló sus zapatos. Encontró su chaqueta, se la puso y, con paso vacilante, dirigióse a la cocina, con ligera timidez. Allí estaba Peggy, sola.

No sabía su nombre... El vago recuerdo. Y los puntos ante sus ojos...

—¡Hola! —dijo.

—Buenos días —contestó ella, y sonrió—. Soy Peggy —le tendió la mano. El la estrechó. Era fría, y la suya estaba caliente, cansada y seca.

—Mi nombre es Fred Derry.

—Sí, lo sé; papá nos presentó en lo de Butch. ¿O no se acuerda?

—Creo que sí —respondió Fred—. Hubo un asunto con los zapatos...

—Nosotras se los sacamos —dijo ella—. Espero que no le habrá molestado. Creo que es tradicional que los mosqueteros ebrios mueran con las botas puestas.

Sacudió la cabeza y sintióse perdido. Y ese zumbido en sus oídos...

—Bueno, muchas gracias; lamento haber ocasionado tantas molestias.

—Oh —dijo ella—, yo no lo llamaría molestia. Pero lo hubiera sido si no hubiéramos ido a buscar a papá. ¡Imagínese a ese viejo bribón saliendo con ustedes y emborrachándose la primera noche de su regreso!

—Caramba —dijo Fred Derry—. ¡Qué cabeza!

Ella rió nuevamente. Pero sin simpatía. No lo creyó sincero.

—Tome esto —ordenó, ofreciéndole un vaso grande y espumoso—. Tome esto. Ahora, de un trago, rápido. ¡Mientras burbujee!

Fred bebió e hizo una mueca. Ella le tendió una servilleta de papel, para que se limpiase la boca, y dijo:

—¿Le gustaría que preparara una ostra con extracto de tomate? Huevos crudos. No me diga que nunca los comió un borrachín como usted...

—Bueno, gracias —dijo—. No estoy tan loco por los huevos crudos.

—Venga, venga. Es muy bueno. Es bueno para usted —dijo Peggy Stephenson.

Tomó el huevo... Ella lo había batido, con diversos condimentos: jugo de limón y pimienta... mezclados con extracto de tomates. El contenido casi rebasaba el borde del vaso. Y Derry lo bebió todo.

—Ahora —dijo la muchacha— creo que se sentirá mejor.

—Oiga, ¿dónde está su papá? ¿Está durmiendo todavía? ¿Dónde está Homer?

—¿Homer? ¿Ese es el muchacho inválido? ¿Cómo, no estaba con usted en la pieza?

—¡Creo que se fué!

Lo miró compasivamente y movió la cabeza. Nadie habló de Homer. Nadie podría haber dicho una palabra que concordara con lo que pensaban.

—Si —dijo Fred—. Parece que se fué.

—Creo que oí la puerta. Pensé que era Rob, mi hermano, quien salía. Tiene un trabajo los sábados. Creo que debe haber sido antes. Un momento, mientras llamo abajo.

Salió y llamó. Luego volvió con la cara seria. Sí, Homer se había ido. El portero llamó un taxímetro. Y Homer se fué.

—Bueno —dijo Peggy—. Creo que ya no podemos hacer nada. Y ahora, teniente Derry, ¿qué tal un desayuno?

—¡Usted lo ha dicho! —contestó Fred, olvidándose de la etiqueta, y se disculpó. Pero Peggy se rió al preguntarle qué le gustaría comer. Ella no se había desayunado aún. Se sentaron uno frente al otro, como chicos jugando a la casita.

Sirvió el desayuno: tocino tostado, jaleas, el café caliente, humedecido el vistoso gotero. Comieron y conversaron, o, mejor dicho, habló Derry. Ella lo hizo hablar. Intuía las cosas que a él le gustaba narrar. No le dijo:

"Usted está cansado y harto de la guerra, así que será mejor ni tocar el tema".

Ni le preguntó cómo se sintió cuando fué herido, ni cuántos aviones alemanes derribó (había volteado cuatro. Pensó que le gustaría contárselo, pero no lo hizo). Trivialidades. Le gustaba oírla reír, aunque no era una risa delicada. Pero de ella se desprendían una alegría y jovialidad inefables. Levantaba la puntiaguda barbilla y sus ojos se entrecerraban. Sus rizos volcábanse en desorden sobre sus orejas. Reía.

Y casi contó nuevamente el asunto de las corbatas de Oakley, por el tiempo en que el mayor Brice hizo arrestar a Dris y a Spring, porque se habían arrastrado detrás de una huella situada más allá de sus puestos y se quedaron demasiado tiempo afuera, y también porque regresaron muy alegremente. El centinela los detuvo diciéndoles:

—¿Teniente Driscoll?

—¡Sí!

—¿Teniente Springtum?

—Sí.

—¡Bien! Aunque lo sienta mucho, señores, están arrestados aquí mismo —o algo parecido; todo un discurso formal se echó el centinela.

Fred contó cosas acerca de la época en que estaba con los camiones e iban a buscar muchachas por el lado de Rushden. Había planeado una excursión y las damas que estaban a su cargo de la selección de las chicas se fijaban mucho en lo que a moral se refería. ¡Si hubieran tasado su belleza! Las jóvenes aguardaban con sus acompañantes. Pero todos los camiones se detenían en el centro de la ciudad, en un lugar preciso... Bajaban las compuertas traseras y ellos descendían y hacían sus proposiciones a las chicas que estaban en la calle:

—¡Eh, chicas! ¿Quieren bailar? ¿Quieren ir a una excursión? Escuchen, chicas. ¿En Baddington? ¡Oh, Dios, no! El 3-0-5º —en cinco minutos los camiones estaban llenos y volvían a Galveston.

—No nos gustaban esas chicas tomadas al azar —dijo Fred—. Todas tenían este aspecto — se puso anteojos imaginarios y mostró los dientes.

Peggy rió nuevamente.

Una vez que terminaron con el desayuno se sentaron y fumaron. El pequeño reloj, en la cocina, siguió marcando los minutos que se iban, y Derry suspiró. Su dolor de cabeza había desaparecido. Sorbió el resto de su café y arrellanóse confortablemente, como en un ensueño, diciéndose:

"Esta no es una chica cualquiera, con la que se puede hablar continuamente". La vió muy satisfecha de estar sentada y bebiendo su café. El calor del hogar era irradiado por ella.

Cada uno sentía, lentamente, que la mutua frialdad se disipaba. Ella pensó:

"Me gusta su cara y su modo de sonreír... Seguramente ha visto muchas cosas, ha sido herido muchas veces y zamarreado por esos viejos bombarderos. Baleado, atemorizado, helado, impulsado y congelado. Tiene una fiera madurez. Su lenguaje es ordinario, pero su humor no. En alguna parte ha sufrido un cambio y quisiera saber dónde. ¿Qué edad tendrá? ¿Será casado? Es raro. No trata de cortejar ni de adular. Quisiera saber... Francamente, es muy simpático".

—Tal vez usted habrá pensado por qué no llevo uniforme —preguntó ella.

—¡Al diablo! —replicó él, inmediatamente—. ¡Me gustan más las chicas con sus vestidos que con los uniformes!

—Sí, a la mayoría de los hombres les sucede lo mismo —contestó Peggy—. Pero es una guerra total. Las mujeres debieran marchar igual que los hombres. Critiqué al presidente por eso; creo que debiera haber hecho aprobar en el Congreso una ley de conscripción obligatoria para todos, como en Inglaterra.

—Mire —dijo Derry —. Yo no creo eso.

—No importa, igual lo intenté cuando tuve la edad necesaria y, francamente, en todas partes me rechazaron. En todos los Servicios Auxiliares donde me presenté, no pude pasar de auxiliar cuarta.

Ella indicó su oído:

—¡Tímpano perforado! No sabemos cómo ocurrió. ¿No es terrible? Puedo oír como cualquiera, no siento la menor sordera y sin embargo no consigo enrolarme... Y así, cuando pasen los años y me rodeen mis nietos, preguntándome acerca de la guerra, sólo les podré decir cómo hacía Mrs. Huttner para llenar mal las planillas, y los síncopes que sufría Mrs. Everleigh cuando había mucho movimiento en la sala de la Cruz Roja.

Apareció "McDuff", que entonces terminaba su sueño, olfateando la grasa, las tostadas y la jalea. Se paró en dos patas, y pidió y ladró al ver que Fred no le hacía caso. Atragantóse con unos trozos muy grandes, mientras Peggy le decía a Fred que no le diera nada más. Y Fred le respondía:

—Sólo otro pedazo; ¿no ve que está hambriento? Sólo uno más. ¡Caramba! ¡Qué lindo es! ¿Dónde lo encontró? Parece un campeón de raza — Fred no sabía distinguir entre un campeón y cualquier perro vagabundo, pero creía que "McDuff" lo era.

—¡Seguro! Su sangre es azul como la tinta... Déjeme contar — y contó con sus dedos —. ¡Catorce campeonatos en cuatro generaciones! Sin embargo, nunca lo hemos llevado a ninguna exposición. No somos de esa clase de personas. Simplemente, nos gustan los perros. Creo que "McDuff" le costó un dineral a papá. Pero "Wiggles", el que tuvimos antes, era un perro perdido, no nos costó un centavo. Nos gustan los perros, nada más.

Fred escuchaba, mientras ella jaraneaba. Le narró cosas acerca de "Wiggles", y sus encantos y cómo murió aplastado por un camión. Pero durante todo ese tiempo sólo pensaba y lo trastornaban esas palabras:

"Todo un dineral... por un perro..."

Los perros de Fred siempre habían sido como "Wiggles", de esos que no cuestan nada. "No somos de los que exponen perros"; tal vez fuera así. Pero igual pensaba en rientes familias, expuestas sin formalidad en fotografías de doble página. Años atrás acostumbraba a leer esas revistas. En sesiones secretas y llenas de odio. Fascinado y ensombrecido, aborreciendo cada partícula de la riqueza que poseían, porque él no tenía un centavo.

Así pensaba ahora, con un duro y amargo complejo de inutilidad que lo sublevaba, y que hacía subir el agrio sabor de la hiel a su garganta:

"Veamos, ¿qué es esto? ¿Por qué estoy aquí? ¿Cómo podría esperar mantenerla? Tengo poco dinero y estoy sin empleo. No sé hacer nada, a no ser colocar la mira donde corresponde. ¿Y qué necesitarán bombardear en Boone? ¿Quién me pagará por hacer eso? ¿Qué hay de la farmacia y de las bananas partidas, Derry? ¿Cuánto te pagará ahora Bullard's?

"Todas esas minucias que parecen formar parte de la vida cuando uno se aficiona a ellas; los pequeños lujos, los taxímetros, las cenas para dos, los tragos en cualquier bar que se encuentre al pasar. La ropa y los zapatos a medida. La paga de vuelo que ya no obtendrás, y la asignación de ultramar que ya no existe. El sueldo básico que ya no es duro. Eras dependiente de una farmacia y tal vez debas serlo nuevamente, de manera que, ¿a qué viene todo esto?

"Esta chica tiene todas las cosas agradables de la vida y siempre las tuvo; no sabe lo que es formar fila con un plato en la mano (exceptuados los días de excursión). Ni siquiera compra sus cosas, sus prendas (la tricota que tiene puesta, los pequeños zapatos, las cintas de su cabello) en las tiendas; va a los negocios de Chicago, y no sabe hacer nada que vaya más lejos de este desayuno, cuando viene alguien. No está supeditada a nadie ni tiene a quién atender, sino que todo es lindo a su alrededor y ha de costar mucho. Siempre ha costado y costará.

"¡Caramba!, es linda; creo que no la he visto bajo ese aspecto. No sé cómo son sus piernas, ni aun ahora, pues esta mesa las oculta. Pero, por lo que sé, me agradan su voz, sus ojos y su risa. Me encantan las cosas que dice. ¡Qué diablos! Apenas venga uno de esos chicos elegantes, distinguidos, de colegio, o alguno con quien haya bailado en su club; apenas aparezca queda descartado Fred Derry. Sí, realmente desalojado — pensaba rápidamente —; imagínense si ella se en-

contrara con Hortensia. ¿Si supiera lo de María? Bueno, creo que no tengo nada que hacer, así, ¿qué tal un trago?"

—Bien, tengo que hacer y debo irme.

—Espere a papá — exclamó Peggy —. Ustedes se divirtieron juntos anoche. Creo que no le agradaría que se vaya.

Derry sonrió. Esforzóse en sonreír.

—Me gustaría quedarme — dijo —, pero tengo mucho que hacer. Tengo que moverme, querida. Usted por cierto que ha sido... Lo aprecio mucho y se lo agradezco nuevamente.

Lo acompañó al vestíbulo. Encontraron su gorra. Se abotonó la chaqueta. Ella vió sus condecoraciones.

—Quisiera que me contara. ¿Tal vez lo haga algún día?

Había un tono de importancia en su pregunta.

—Tal vez — repuso Derry —. ¡Muchas gracias!

Sabía que lo creería rudo y de pronto brusco. Sin una razón realmente valedera... Pero aun así tenía que irse. Ella no representaba nada para él. Ni él para ella.

XXV

Al Stephenson probóse un traje, el que mejor le sentaba; Milly había regalado muchas de sus cosas, pero guardaba varios de sus viejos trajes, todos bien cepillados y planchados, que allí esperaban al dueño.

Se probó uno y otro; el de paño escocés de lana. Pero siempre pasaba lo mismo; su cuerpo había cambiado, como su alma. Pesaba casi doscientas libras cuando se fué, y ahora sólo ciento ochenta. Las caderas estaban flacas, su estómago había desaparecido, y sobraba el espacio que ahora necesitaba en los hombros, lo que antes nunca había sucedido.

Con un dolor de cabeza que oprimía su cerebro pensó que su alma había sufrido un gran cambio, pero no podía medirlo, pues no conocía su peso.

El traje rayado, el azul y el escocés de paño, tendrían que ser reformados antes de que pudiera usarlos nuevamente. ("Pues venga en uniforme", dijo L. D. M. Igual que Lou Latham.) Y Milly lo miraba.

—Estás haciendo unas muecas — comentó —. Ciertamente, no estarás avergonzado de tu uniforme.

—Bien sabes — le contestó Al — que no estoy avergonzado. En cuanto a mi cara, tiene esa forma porque tengo culebras en el cerebro. El bromuro no las eliminó todas y no me importa mi aspecto. Usaré ese traje de franela. Ya vamos.

Volvió a vestirse; el traje le quedaba holgado por delante y no le permitía el movimiento de los brazos.

—Usarás una camisa y una corbata — agregó Milly.

Probó los zapatos que habían estado tanto tiempo con la horma puesta. Le quedarían bien, aunque al principio le parecían algo duros y estrechos.

Este mundo tan querido, el mundo de Boone City mostrábase al principio muy áspero y tirante; era mejor que lo ablandara tan pronto como pudiese.

—Mamá — llamó Peggy desde el vestíbulo —. ¿Quién será este hombre? ¿La perfecta figura de un tercer vicepresidente?

Al se paró delante del espejo, fascinado por la extraña imagen que reproducía el cristal. Milly se reía ruidosamente. Creía que en alguna forma era ventajoso que se hubiera quitado el uniforme tan pronto. Ese gesto tan abierto quizá quería significar que lo de Butch era una cosa pasajera. Era el mismo penoso camino que tendría que seguir Homer, si alguna vez llegaba a curarse. Ella dijo que era el mejor hombre de civil que jamás se hubiera divertido con ella en la cama, en seis meses o aun más.

—Sobre tu cama — dijo Al, y la acarició...

—Mira, padre — exclamó Peggy —. Apúrate, son casi las doce; ¿o no lo sabías? Me parece que todos te están esperando. Vamos, yo te llevaré; es tarde para que vaya a la Cruz Roja. Pero, ¿dónde está tu distintivo?

—¿Cuál distintivo?

—Tu distintivo, el que significa "honorable desmovilización".

Lo miró por un instante, sopesando desinteresadamente el pedazo de metal dentro del hueco de su mano.

—¡Oh, diablos! — dijo él, y colocó el distintivo en un cajón.

No conseguía explicarse muy bien y de la manera que hubiera querido. No podía decir que había visto docenas de estas cosas desde que llegara de vuelta. Claro que no era una vergüenza — no existía hombre que pudiera estar avergonzado de tal cosa — que hubiera cumplido su misión de la mejor manera que le fué posible hacerlo. También el pequeño camarero de Omaha, que esperaba ir a matar japoneses, que creía poder matar...

Hasta los actores de los estudios en Long Island, los policías que hacían las rondas en los alrededores de las estaciones de ferrocarril; hasta los doctores, cansados de Sawtelle, y hasta los hombres que dirigían la guerra desde Washington.

Los laboriosos ingenieros de Tennesee.

Los conductores de camiones de basura.

Los muchachos del transporte, los de los tractores, los de la estilográfica.

Los rabinos y los sacerdotes.

Los hombres del campo de prueba de Aberdeen y los sirvientes de la guerra que pasan inadvertidos en su labor.

Y la gente que arregla cloacas en el país.

No era vergüenza lo que sentía: no podía llamarlo así, sólo era un necio desgano para aceptar una marca extraña y dejar que le quemara el alma; para que un imbécil sonriente, que había luchado para no luchar en la guerra y por mantenerse fuera de ella mientras él estuvo adentro, lo palmoteara en la espalda y lo llamara "amigo" y se llamara a sí mismo veterano.

Deseaba una marca de la cual pudiera estar orgulloso, tal vez un emblema sobre sus ropas de civil (una insignia del regimiento, quizá), un emblema que gritara a todos que había estado en contacto con la muerte y que se había amamantado en su viscoso seno. Hasta que huesudos brazos lo soltaron y le permitieron levantarse, liberarse del terrible amor que se habían profesado.

—Conozco algunos individuos — dijo a Milly —. En el centro de licenciamiento... Bien, dijeron que no les importaba un comino. Tomarían los distintivos, si era preciso, y luego los arrojaron en un desagüe. No quiero hacer eso. Pero tampoco quiero usarlo. Es raro. Creí que lo haría.

Dándose vuelta rápidamente para mirarla, pues ella no había dicho una palabra, la encontró de pie al lado de la cómoda. Tenía algo en las manos: su estuche de joyas. Tenía algo...

—No sé — comenzó ella — cómo se hace; ven aquí, querido. Nunca he condecorado a nadie.

—¿Me vas a besar?

Le colocó bien a la vista la cinta de la Estrella de Plata, en la solapa del saco, del lado izquierdo. Donde debiera estar si tuviera el uniforme.

—Me parece recordar — dijo —, en Inglaterra. Mucho antes de la guerra. Y tú también recordarás, tal vez todavía lo hacen. Pero todos los hombres, todos, solían usar las cintas de sus condecoraciones de la otra guerra. Algunas veces en miniatura, otras veces de este tamaño.

Ella besó la cinta colocada en el saco. El, de pie, le besó el cabello.

—¡Vamos! — le gritó Peggy, desde el vestíbulo

XXVI

Cuando llegaron ya habían cerrado las

puertas del banco. Las cortinas estaban bajas, todas en blanco, a través de los vidrios. El reloj marcaba las doce y siete cuando Stephenson golpeó contra el cristal. Volvió a llamar. Esperó y entonces golpeó fuertemente en la puerta. Al fin el guardián apareció y apartó la cortina. Sonrió con el ceño fruncido, meneó la cabeza e hizo señas a Al para que siguiera su camino.

Era el tipo de hombre que se casaba de, quien acostumbraba quedarse, enfundado en su uniforme, al lado del escritorio del vestíbulo. Así lo había hecho durante muchos años.

Llamó nuevamente. El guardián volvió con enojo y abrió la puerta.

—¡Soy el señor Stephenson! — dijo Al.

El guardia lanzó una exclamación y le permitió pasar.

—Lo lamento mucho, señor Stephenson; yo creía que usted vendría de uniforme. Soy nuevo aquí; tomé el lugar de Wade. Mi nombre es Jensen, señor.

El "señor" le sonó algo raro; no se llamaba "señor" a un sargento.

—Está bien, está bien. Pero, ¿qué le pasó a Wade?

—Se fué a la guerra y...

Los empleados descubrieron a Al; aparecieron por detrás de los brillantes tabiques; se levantaron de sus escritorios y se acercaron; abandonaron las sillas tapizadas con cuero negro. Todos exclamaron: "¡Bueno, bueno!", se olvidaron de sus lapiceros y conversaciones telefónicas, y dejaron a sus secretarios mirando.

Prew, Wilson, Steese y el señor Mulendorff.

Todos exclamaron:

—¡Bueno! ¡Bueno! Estoy contento de verlo. ¡Viva el conquistador!

Steese sonreía con la misma sonrisa que hubiera tenido si los Winebagos lo ataran a una pira. Aparecían a su alrededor, cansándolo con sus frases de bienvenida e hicieron sus alegres discursitos (ellos creían que realmente lo eran). Llamaban a Stephenson "viejo amigo".

Sentíase estúpidamente contento por haberse demorado hasta que los clientes hubieran abandonado el banco. Algunos quedaban, sentados en algunas sillas, más allá de la separación intocable, del sitio vedado.

—Nos alegramos de que usted haya regresado — dijo Steese; y luego las terribles palabras que había ensayado desde el martes por la noche —. ¡Felicitaciones, señor Stephenson!

—Gracias, Will — contestó Al. Lo llamó por su nombre, esperando que Steese comprendiera la indirecta. No sucedió así; todavía se advertía en sus ojos, a través de sus anteojos, temor y tristeza.

Al pensó en la esposa de Steese — una inválida — y en la hija, algo menor que Peggy, que veía con temor la vida.

Era una cara desconocida. No era Wa- amargado, a una edad avanzada, sin sangre en sus venas, que no conocía el canto del amor ni comprendía la risa y su significado; ni tampoco su existencia aquí, en Boone. Trabajaba como un perro, encadenado como un esclavo. Un pequeño y nervioso esclavo atado por cadenas de papel que él mismo había forjado.

"Oh, ¿cuál es la alegría — pensó Al — que hay en un ascenso cuando yo sé que él tiene su alma enferma y la mía no revive?"

Los otros guiaron a Al, hicieron una recorrida, y los demás los seguían. Por encima de su cabeza flameaba la gigantesca bandera del servicio. Al se detuvo y contó las estrellas: sólo llegó a cuarenta y seis; y dos eran de oro.

—¡Miren! — exclamó, mientras los otros señalaban a miss Mutzell, que deseaba ser presentada —. ¡Miren! — repitió, e indicaba las estrellas de oro —. ¿Quién ha muerto?

—¿Por qué?, déjeme ver — dijo Milton.

—Primero la de Wade.

—¿Wade, el viejo guardián?

—Sí, Wade. Se fué en el 43.

Al dijo:

—El no tenía que ir.

—Estaba deseando ir a luchar. Había hecho unos viajes (la Marina) en la primera guerra mundial. Sin embargo, no lo aceptaron. Finalmente logró entrar en los Guardacostas. Estaba a bordo, en algún puerto de la costa oeste; hubo una explosión. Wade fué muerto.

—¿Y quién es el otro?

Ellos sonrieron forzadamente; encogiéronse de hombros y mostraron el blanco de los ojos. Respondieron con desprecio:

—¿Recuerda a Johnny?

—¿Johnny?

—Sí.

—¿El pequeño mensajero? No era ciertamente un joven que prometiera mucho — agregó Milton.

En ese momento Al recordó:

—Johnny Dyke.

—Se escapó — dijo alguien.

—No tenía realmente la edad necesaria.

—El creía tenerla — aseguró Prew en tono solemne —. Un día lo encontré fumando en el baño. Le di un buen reto. Eso sucedió el viernes, y el sábado se fué.

—Pero, ¿fué muerto? — preguntó nuevamente Al.

—¡Oh, sí! Lo mataron en algún lugar del Pacífico Sur. A nosotros no nos avisaron. Leímos la noticia en "Courier y News".

—Creo que tenía la madre aquí, en la ciudad.

—No — dijo alguien —; una hermana.

Stephenson trató de averiguar más de Johnny Dyke; quiso saber cómo había muerto. Nuevamente preguntó:

—¿Estaba en el Ejército, en la Marinería de Desembarco o en las Fuerzas Navales?

Todos trataron de cambiar el tema de la conversación. No estaban orgullosos de Johnny Dyke. Contaba historias picantes a las dactilógrafas.

Al dió una vuelta, y Milton lo llevó del brazo durante un tiempo. Atravesaron las divisiones de vidrio.

—¡Encontrará personal mucho más bello que el que solíamos tener antes!

Una cajera se reía mostrando los dientes. No era bella... ¡Qué risa!

—Y ésta es la señorita O'Connor. Está empleada desde hace...; a ver, señorita O'Connor...

—Dieciocho meses — respondió —. Vine cuando se fué el señor Barlow.

Dejaron atrás las máquinas de contabilidad, los archivos y los libros de contabilidad, abiertos de par en par. Llegaron al tesoro y encontraron otros guardianes que esperaban las cajas que debían guardarse...; las bolsas con dinero.

La sonrisa de satisfacción que no alcanzaba a ocultar muy bien la sospecha. ¡Tantas veces habían oído hablar de Al, aun aquellos que no le conocían la cara!

Milton tuvo que dejarlo, pues lo llamaban al teléfono. Otro tomó su lugar.

El señor Prew estaba siguiéndolo de cerca (vicepresidente relevado de su tercer puesto para avanzar un paso). Ya estaba planeando los importantes consejos que daría a Stephenson.

Prew no había creído que este procedimiento fuera aconsejable; habló en el directorio en contra de tal medida, pues estaba seguro de que Steese sería mucho mejor; pero habían rechazado su propuesta.

Prew era un metodista, un dirigente de la iglesia que se ocupaba de las colectas de caridad. En su pecho tenía tatuada la Y. M. C. A.; y sus hijos lucharon en la guerra; eran semejantes a lechuzas. No tomaban un trago, no habían cometido ningún pecado, aun el más leve; tan terriblemente puros, con sus caras regordetas.

Odiaban el vicio y veían su fantasma en cada cosa que no les interesaba. Amargados, honestos, cada uno de los Prew mantenía en su mente una imagen a la cual llamaban por el nombre de Dios y que se parecía de modo extraño al abuelo Prew.

Llegaron hasta donde estaba Lou Latham, gerente de la sección Hipotecas. Calvo, rubio y de cara sin expresión. No había cambiado y el ejército no había dejado ninguna marca en él ni tampoco la guerra, en la cual había luchado con requisitos, estampillas y teléfonos. Era el "Beau Ideal" de esas burocracias con las cuales los lejanos soldados soñaban y a las que odiaban e insultaban obscenamente cuando pensaban en Wáshington.

Estrechó la diestra de Al, aun consciente de su cargo y de su jerarquía, pero muy prudentemente, sabiendo que la vida militar había terminado para él.

—Bueno, sargento Stephenson — dijo sonriendo —. Me imagino que dejará que su ex mayor le estreche la diestra — bajó la vista. Vió la cinta de la Estrella de Plata y lo censuraba "in mente" por cuanto Al vestía ropas de civil.

—Bueno; eso está muy lindo — comentó Lou —. Veo que lleva la cinta. Mis felicitaciones, Al.

Al escuchóse a sí mismo diciendo "gracias" con una voz que le pareció muy lejana.

Detrás de un escritorio, una joven sonriente, que lo conocía, balbuceó entusiasmada:

—¡Cuéntenos de la guerra!

XXVII

"Sí, cuéntenos de la guerra — decíase Stephenson desde lo más íntimo de su corazón —. No se pelea con dinero, aunque la gente crea que es así. No se pelea ni con grados ni con armas. No está hecha con cañones, ¡eso es mentira! Tiene sólo una triste consistencia. Está hecha de juventud, de muchachos frustrados, de grandes ojos, de pelo en pecho, o de cuerpos suaves como seda. Si aun quieren saber la terrible verdad, tampoco se hace con muchachos como éstos, sino del contenido de sus almas... De las viscosas partes que nunca se ven cuando cualquier hombre se desnuda.

"Si debo contarles de la guerra les narraré cómo las arrugas se inflan como una vejiga. Los pequeños pedacitos tirados en el suelo, como basura allí desparramada; alguno los levanta, toma una pala, si no está apurado usa las manos (levanta los pedazos de cosa agonizante marcados por el taco de alguno que los pisó). Los arroja lejos, muy lejos, en una zanja, o si no hace un hoyo con su mismo zapato y coloca la cosa adentro. Apisona la tierra que la cubre. Ese es el entierro de cualquier pedazo de aquel que murió destrozado por las bombas.

"La guerra está hecha de malolientes cuerpos destripados, una desagradable lasitud que se denomina G. I's.

"¿Sangre, sudor y lágrimas?

"Los cirujanos tienen un nombre para toda sustancia amarilla que deban llevar en su interior. Y nunca saben que está allí hasta que la ven gotear, acabándo-

se... Y observan cómo sus cuerpos se convulsionan a medida que gotea.

"¡Oh, llámenlo protoplasma, si es necesario, y nómbrenlo como las venas y las clavículas! Y digan exactamente por dónde entraron los proyectiles, y comenten los efectos de las granadas al estallar. Pero aun así no llegarán a identificar cada pobre, húmedo y lastimoso resto.

"Pues esos restos marcaron el fin de la juventud, un simple rompecabezas que ni los mismos ángeles podrían recomponer.

"Eso es todo, ésa es la guerra. Yo juré cien veces, antes de venir al banco para esta jira triunfal. Esa es la guerra. Ustedes me dijeron que debía contar. Pues he contado lo que es."

XXVIII

En el estado de espíritu en que se encontraba, Fred no podía aguantar la casa hogareña, ni la oliente, miserable y cansada vida que llevaban. Ni el triste (a él le parecía) mirar de los de la clase media y baja, de corazones vacíos.

Ese fin de semana, Fred agasajó a su padre y a Hortensia. Los sacó a pasear el sábado.

Se preparaba para disipar el disgusto que su padre habría de tener cuando se enterara de que había estado en el Daniel Boone.

Según estaban las cosas, a su padre no parecía interesarle y Hortensia se sintió aliviada. Fred se lo vió en la cara. Y supo que siempre sería un extraño en su propia casa.

Su padre exclamó:

—¿El Daniel Boone? ¡Eso cuesta mucho! ¡Cinco dólares la noche! —y no le contó que había pagado ocho libras esterlinas por dos habitaciones en el Savoy. Solía jugar en el extranjero. No jugaba aquí. No le importaba mayormente. Si se estaba sin dinero en Boone, eso sí que le interesaba. Y Derry sabía que pronto estaría en bancarrota. Su rollo de billetes era cada vez más delgado. Así que, de acuerdo con lo que había resuelto anteriormente, cerró la puerta a todo pensamiento.

Fueron a lo de Olson, en donde servían bistecs. Un lugar con techo de madera y grasientas manchas en la pared. Con cuadros que mostraban escenas de caza. La imitación de un bar alemán e inglés al mismo tiempo.

Las ropas confeccionadas eran bastante buenas en Nueva York. Y Hortensia se puso un collar de perlas falsas. Se había lavado el cuello y pintado las uñas.

El padre de Fred Derry sentíase orgulloso y a las nueve ya estaba completamente borracho. Abandonaba la mesa a menudo, seguramente para ir al bar, que estaba en el cuarto interior, y apoyarse en el mostrador para contar a los desconocidos que su hijo había vuelto, señalando a Fred por encima de las mesas, y adjudicándole medallas que nunca había ganado.

Pat Derry se encontró con dos amigos del "Courier y News", e inmediatamente los trajo para presentarles a Fred. Hortensia se divertía y chillaba festejando los chistes que contaban; eran cansadores, vulgares y pobres. Fred Derry preparóse y contó algunos él también. Observó a los otros desternillarse de risa.

Mucho antes de las diez, su padre se durmió con las manos metidas dentro del helado.

—Será mejor que lleve a papá a casa —dijo la mujer.

—Yo iré, si necesitas ayuda —ofreció Fred.

—No hace falta. Puedo arreglarme sola. ¡Me parece que peso el doble!

Fred los llevó a un taxi y los metió dentro. Pagó al chofer y le hizo señas para que se marchara.

Caminó una cuadra o dos, disfrutando la suave llovizna que caía. La cosa estaba hecha: ¡la bienvenida!

Ese fin de semana, el sábado por la tarde, Al fué a Cherry Hill con Milly. Se encontró con el inquilino. Conversó con él y cerró trato. Stephenson apreció que el dinero era la mejor palabra para todo hombre como ése. Le dijo que le enviaría el dinero del alquiler de abril, si el señor Buck se mudaba para mayo, antes de la primera quincena.

Buck estaba de acuerdo. Pensó que tenía que volver al Este antes del verano. Les contó cómo la Midland Tin y Type se estaba reconvirtiendo para fabricar artículos civiles. Les ofreció un trago. Se lo agradecieron, pero no aceptaron, pues preferían pasear por el jardín.

Caminaron bajo los rayos del sol poniente. La luz pasaba a través de las ramas mojadas que goteaban por la lluvia y pequeñas partes del sol reflejábanse, en rojo, sobre la tierra mojada.

Un pajarito hizo ruido en el agua. Se detuvieron ante una fila de robles. Miraron hacia atrás y vieron su propia casita blanca, con altas columnas en los pórticos. Al frente le hacía falta una buena pintura. Los arbustos estaban mal recortados. La pileta de natación, con restos de las hojas de invierno...

Lo vieron todo y amaban el lugar. La habían comprado cuando Peggy tenía cinco años. Y Rob no había conocido nunca otra casa que ésta. Pagaron muy poco por ella; los años de depresión... La casita abandonada; todavía quedaba un establo que se pudría inexorablemente, y no tenía garaje. Y así, con los años, la fueron reconstruyendo poco a poco... Habían invertido miles de dólares, aquí y allá, cuando podían disponer del dinero necesario. Habían plantado y fertilizado ellos mismos un místico jardín junto a los prados, y forjaron con buenos ladrillos rojos la joven vida dentro de la cimera de la chimenea.

—Pero, ¿qué pasa? —preguntó Milly—. Aquí estaremos nuevamente. ¡Oh, querido! —y le retorcía la solapa del saco.

En ese momento, Al escuchó un ruido en el cercano monte. No tenía un M-1 en las manos; no podía hacer fuego si los enemigos lo seguían para matarlo; para matar a los hombres que él había guiado... Sintió la transpiración, que apareció rápidamente, en el tafilete de su sombrero.

—Pero, ¿qué pasa? —preguntó Milly—. ¿Creías que nos perseguían los osos? Ves; es el perro de los Sommerville. Tú los conoces, Al. ¿Dick y Mayme? Ves; ése es el perro. Yup, Yup, Yup — silbó al perro.

¡Oh, dulce serenidad de un hogar feliz! Con un enemigo detrás de cada árbol. Con ametralladoras amenazando antes de haber olido la suciedad de su propia salsa.

Pero su división había estado tanto tiempo en esos montes — dentro de esos montes que había dejado — y en la asustada campiña, en donde los esqueletos podrían marchar en columna con los brumosos godos, que fueron los primeros invasores.

—Está oscureciendo —dijo Milly.

Ese fin de semana Homer fué nuevamente a lo de Butch. El sábado y el domingo estuvo enfermo. Sus padres se alarmaron...; discutieron... El señor Wermels fué a lo de Butch, cruzando la calle, y allí lo esperó. Llegó a las cinco.

Y Wermels se levantó para encontrarse con él.

—Oiga usted —dijo el hombre, pesadamente—. Le pido que no le permita entrar a mi hijo en... Bueno, quiero decir. No quiero que Homer vaya allí a beber.

Butch Engle suspiró...

—Muy bien — contestó —; haré lo que pueda. Pero, señor Wermels, le voy a dar un consejo. Hay muchos otros lugares adonde puede ir a beber. Yo no vendo toda la bebida de la ciudad. ¡Únicamente la mejor! Ese muchacho no la está pasando muy bien. Es bastante triste para él. Y se siente mejor cuando toma un trago. Sí, puede usar un brazo y su pierna un poco mejor.

—¡Creo — dijo Wermels, mostrando fríamente el blanco de sus ojos — que he pensado sobre esto tanto como usted!... ¡Dios mío! Es mi hijo, ¿no es así?

—Claro, es suyo —respondió Butch—. Hágame el favor, no se enoje. Yo solamente traté de ayudar al muchacho de la mejor manera que pude y traté de que no se cayera ni se lastimara. Lo ponía en el sofá de mi oficina. Lo dejaba dormir y luego lo llevaba a su casa, cuando cerraba el negocio.

El padre pestañeó y no pudo articular palabra. Los ojos húmedos y brillantes. Movió la boca, trató de hablar, meneó la cabeza y se retiró.

Butch Engle lo observó cuando se iba y pensó:

"Me gustaría encontrarme con el que lanzó el torpedo... Sólo quisiera darle un golpe... El perro alemán...

Engle. Müller. Rommerheim y Rach. Estos eran los de la sangre bastarda que llenaban el armazón de Butch Engle.

Ese fin de semana Fred Derry sentóse nuevamente en el Daniel Boone. Lo llamaban "Té danzante", los domingos por la tarde. No se podía comprar bebida (el milagro estaba hecho, el agua se conver-

tía en vino en los lugares de la campiña, no en la ciudad). Pero aun en la terraza escuchaba las guitarras... Y una voz que abusaba del micrófono. Las parejas cubriendo la pista. La gente muy apretada, tocándose las manos o las rodillas. Haciendo una tímida tentativa de flirteo, sin un trago que los animara a seguir adelante.

Fred encontróse con algunos compañeros del "29". Un piloto y un navegante, con sus respectivas chicas. Y la hermana de una de las chicas. Era por esto que lo necesitaban. Se habían encontrado en un juego, ahí arriba. Las bolillas resonaron y las luces se encendieron. Una pelirroja estaba cerca y exclamó:

—¡Teniente, tiene usted el número tres! ¡He probado tantas veces! ¡Qué maravilloso! El número tres es el que nunca saco.

A los diez minutos ya estaban tomando un refresco.

La E. T. O. parecía estar muy lejos. Estos individuos tenían por delante otra guerra. Más nueva, más reciente, pero no tan terrible, según le parecía a Fred.

Un Zero se destrozaba fácilmente cuando se lo ponía entre las miras, pues no llevaba armadura metálica como los aviones alemanes (¡oh, uno podía dispararle por media tarde proyectiles del 50 a un Focke Wulf y aun su panza aguantaba!). El tren de aterrizaje del "29"; un triciclo como el del "24". Ningún tripulante de las Fortalezas Volantes podía confiar en semejante tren de aterrizaje. Pero era bueno sentarse y ver alas familiares en los pechos de otros hombres...; la vida parecía sonreír nuevamente.

Cargó a la pelirroja por toda la pista. Ella dijo que su nombre era Bob...; Roberta, pero la llamaban Bob. Tenía una cabellera casi rosada y enrulada. Cuando estaba bailando con ella Fred podía apreciar la línea oscura a lo largo de la raya. Tenía formas agradables... Hablaba demasiado y le estrujaba la mano cuando bailaban. Por eso dijo, para sí: "He sido engañado por otras más expertas que tú misma, así que puedes soltarme la mano, a menos que con esto quieras decir lo máximo posible; pero yo no creo que sea así".

Vió aparecer otra cabeza en la pista. Una que se revelaba por su esplendor...; las suaves luces azules sobre los cabellos que bien conocía y que le gustaría sentir en sus dedos. Maniobró para aproximarse; se movió lentamente. El la vió. Era Peggy Stephenson, con el tipo de hombre que él imaginaba que le gustaría. Joven, moreno, buen mozo. Probablemente un alumno de la Universidad de Princeton; llevaba dos tiras doradas en su manga.

Fred pensó: "No he sabido apreciar; acabo de decir J. G. ¡y él es de grado superior!"

La mirada de Peggy encontróse con la de Fred, y él vió en los ojos de ella la declaración de una ferviente bienvenida.

No podía esperar reunirse con Peggy; estaba de pie al lado de su mesa, observando. Ella lo presentó al de la Marina. Fred aprovechó para preguntarle si le agradaría bailar.

Juntos se movieron por la pista, sin decirse una palabra hasta que hubieron dado la vuelta y estuvieron lejos de la ruidosa orquesta.

Fred le dijo:

—Está usted vestida de negro. Me agrada ver a una chica con ropa de ese color.

—No ciertamente por tristeza en el alma, como el luto; algunos hombres dicen que es así.

—Pues yo no sé — contestó Fred —. Por alguna razón que no sé explicar me parece que una chica es más bonita cuando viste de negro. Estoy contento de que haya venido hoy al Daniel Boone.

—¿No podía haberme preguntado si me agradaría venir?

—¡Ya sé!... — respondió —; pero tuve miedo.

—Miedo, ¿de qué?

—¡Oh!, simplemente temor de muchas cosas!

El de la Marina le tocó el brazo y le sacó la chica.

La miraba cuando podía. La pelirroja parecía estar enojada. Tuvo que conversar con ella durante un rato. Cuando levantó la vista, Peggy y el de la Marina ya estaban saliendo.

No pudo despedirse.

Las chicas tenían un auto y salieron a las afueras de la ciudad. Fred no sabía a dónde se dirigían ni le importaba, pues pensaba en Peggy...

"No podía ser... — repetía una y otra vez —. Supongo que llegarías a la primera base, no a la segunda; no tienes dinero, ni empleo. No tienes nada que ofrecer, aparte de la Cruz de Vuelo Distinguido, algunas Hojas de Roble y una medalla del Corazón Púrpura. Caramba, ¡están llenando el mercado con medallas!".

—Ahora cuéntame todo lo de la guerra — pidió Roberta.

—Sí — dijo el piloto del "29" —; haz que te cuente del día que lo confinaron a tierra por la abertura.

Los tres muchachos se reían y no les explicaron a las chicas lo que significaba eso.

Y ya estaba en lo de Carlo; resplandor amarillo por dentro y por fuera. Con separaciones a lo largo de los pares, y comedores privados en las piezas de arriba. El bar estaba lleno. Fred volvió a ver la fría y cansada cara de un hombre a quien ya había conocido. Oyó el ruido de los dados al rodar sobre el verde tapete de las mesas de juego. Observó a los hombres de las cuatro filas cercanas. Y, suave y pequeña, vió la descarada figura de su María. Agachándose e irguiéndose, moviéndose de un lado a otro y riéndose. Escuchó su fina voz leyendo los tantos de los dados.

"¡Está noche, no! — pensó él —. No podría aguantarlo; no podría comprar un centavo de hogar ni de su cuerpo. ¡Nunca más serás la cola de diamante de Fred Derry!"

Dióse vuelta y se llevó al navegante al vestíbulo.

—Lo lamento — le dijo —, pero me tengo que ir. Hay muchos de las Fuerzas Aéreas por aquí, y te será fácil encontrar otro compañero para Bob.

—¡Está bien! — le respondió su amigo —; pero, ¿quieres explicarme para qué viniste hasta aquí?

—Lo siento, compañero, pero cuando hay que irse hay que irse — le respondió Fred —. ¡Hasta pronto!

Tomó un ómnibus y se fué a la ciudad. Disponía del resto de la noche.

Estaba desvestido, frente a las ventanas bien abiertas de la habitación sumida en la oscuridad. Observaba las amargas luces de Boone City.

—Ya estoy en casa; ¿y para qué?

Pensó en Peggy y en lo que diría Al. No, no haría la prueba. No la llamaría ni bailaría nuevamente con ella.

Fred tendióse sobre la cama, fumando en su vieja pipa. Miraba el chisporroteo del fuego dentro de ella y trató de absorber la atmósfera de esta nueva vida que tendría que vivir. Pensó en las medianoches de Londres. En su trabajo para el P. R. O. de las Fuerzas Aéreas. Había vivido algunos meses en la ciudad y había escuchado el rumor de los ataques aéreos, noche tras noche.

Abría las ventanas que daban al Athenaeum Court, y podía distinguir las rojas llamaradas del destino, allá, en Shepherd's Bush, escuchando las ansiosas voces de las mujeres que exclamaban: "¡Taxi! ¡Taxi!..." quejumbrosamente; se las podía oír mucho más lejos que las voces de los hombres.

Quemó la sábana. Apagó la pipa y trató de decir sus oraciones. No recordaba nada del latín, ni siquiera podía decirlas en inglés. No podía rezar el rosario porque no tenía rosario que rezar.

Miró hacia la oscuridad. La vieja guerra lo tenía entre sus garras, no la nueva..., no los meses recientes cuando todos regresaban intactos de un ataque a Kiel, cuando raras veces las fortalezas eran abatidas. Cuando las granadas antiaéreas reventaban enfermizas — el último esfuerzo del Reich agonizante —. No reciente, sino Vieja Guerra ruin.

Y así se durmió. El *Cisne Negro*, temblando sobre Nantes, perdió cada vez más altura... Y Bailey murió, y Stone y King. Esa noche Gadovsky ardió nuevamente.

XXIX

"Este es el límite de seguridad; desarmado, sin granadas de mano o rifles de acero, ni cuchillos para cortar la carne. Sin cartuchera ni arma mortal alguna, con excepción de dos lapiceros que apuntan hacia arriba, como dos cañones antiaéreos haciendo puntería desde mi escritorio (la tinta de uno es roja, un rojo mucho más claro que el de la sangre).

"Con tres iniciales, A. M. S., que significan poderío y autoridad. Cursiva, rápida y clara la firma, tan notable que da a un solo hombre justamente lo que quiere. Y mata la esperanza dentro del otro corazón.

"El lustre de la madera, los almanaques, los teléfonos y los interruptores en la caja. El cenicero de mármol con su base de plata. La pequeña caja para los cigarrillos y el encendedor con su llama. La silla con asiento de cuero, que no chilla ni emite ruidos molestos. La canasta de madera donde se colocan las hojas de papel.

"Aquí, al lado de este escritorio, otra silla esperará durmiendo toda la jornada a los hombres que vengan a conversar acerca de lo que necesitan. Necesidad del mundo entero. Carne y pan. Todo certificado mediante un asiento en el libro o un cheque con pequeños y estúpidos números.

"¡Por esto luché! Por esto he pasado frío. Por esto soñé en mis oscuras noches de soledad. Por esto combatí, pasé hambre, busqué. Por esto dejé matar mi ilusión (nunca muerto de hecho).

"Por esto oprimí el gatillo, descargué las balas y renové la carga. Por esto odié, me embosqué, me arrastré y sentí el ardor profiláctico.

"Y ahora, ¡eterna calma! Escucha a todos esos charlatanes, con sus intuiciones y profecías. El rápido intercambio de opiniones que son palabras sin sentido para mí. No logro que mi mente capte lo trivial, lo arrogante y lo malo... No puedo preocuparme por darle dinero a alguno o demostrar interés por las riquezas que ellos me confían; por las pequeñas cifras del talón. Las teclas, números y signos sólo son jeroglíficos... No puedo ejercitar mi ingenio, ni me vuelve a dominar la emoción que antes sentía. Manejo mi voz, haciéndola mesurada, y la

elevo de tono manteniéndola fría y baja cada vez que me quiero abandonar y gritar contra la insensibilidad obsesionante. ¡Mis compañeros! Los amigos que tuve. Ya no los considero mis iguales. Ya no los creo del tipo de hombre que merece aprecio.

"A veces, durante estos primeros días, encuentro un ojo que se enfrenta con el mío. Una herramienta que rebaja y elimina las diferencias. Veo un semblante y oigo una palabra que siempre comprenderé. Si a los hombres les agrada y me dicen lo que necesitan, les haré una cesión...

"La mujer inquieta. La matriarca. Tan preocupada por su fortuna... El pobre imbécil que cree saber las respuestas que dará. La amenaza de las mentes irritadas y la avarienta súplica. El bobalicón atemorizado que plañe y no vende lo que yo quisiera poseer. De éstos me aparto y los rechazo.

"Y todo lo mío y los ojos vigilantes. Los espías ansiosos. Los murmuradores que aun no saben lo peligroso que soy. Ni aprecian el odio que sentirán por lo que yo represento, si tuvieran ocasión para ello.

"¡Oh, mostrador de mármol con los escritorios detrás!

"¡Oh, la gente sentada en ellos! ¡Oh, santo lugar!... Tan sagrado para hechos y pensamientos profanos. ¡Oh, elogio que cae sobre los egoístas! Oh, alabanza que no caerá sobre mí! ¡Porque, en ceñudo desinterés, tengo en mi alma pensamientos inmensamente egoístas!

"Y uno por uno se me evadirán, poniendo fin a todo esto. ¿Explotarán con todo su poder, para liberarme, dejándome errar nuevamente en el viento de mi salvaje libertad?"

XXX

Fred Derry no tenía traje para ponerse. Una vez, al volver de licencia, se asombró ante lo desarrollado que estaba, tanto de hombros como de pecho y de estatura, y regaló todas sus cosas. Ahora estaba más delgado que antes de partir, pero no tenía nada que ponerse con excepción de la tricota universitaria, gruesas camisas, calcetines y pañuelos. También algunas corbatas favoritas...

¡No caminaría por las calles de Boone City con corbata y con pañuelo!

Fred debía tener un traje. Pensó en Londres y sus sastres con sus talleres trastornados y castigados por la guerra y los bombardeos, siempre reparados y reconstruídos nuevamente. Algunas casas de modas, con sus vidrieras llenas de escombros en lugar del ostentoso lujo expuesto anteriormente. El confuso estrépito en Oxford Street y Bond. Las corbatas de los regimientos. Las pintorescas barbas. Las innumerables condecoraciones mezclándose asombrosamente. El verde y amarillo de los Fronterizos, casi igual al de los Territoriales.

Fred pensó en los sastres que había tenido alguna vez. Las voces cansadas y el casi intangible respeto. Y el té de las cuatro, preparado en los reservados donde uno se probaba los pantalones.

—No, el lunes no, señor. Lo lamento. Pero tenemos mucho trabajo. ¿Digamos el viernes? Estoy seguro de que para su próxima licencia lo encontrará listo.

Pensó en los sastres de Boone City. No conocía a ninguno. Compraba sus cosas en las casas de los altos.

"¡Suba diez escalones, y ahorre diez dólares!"

Existía una casa llamada Merman's. Supo que la gente de buena posición social hacía cortar sus ropas allí.

Sintió temor y timidez. Pensó en jactarse: "Mire, esta ropa que tengo, el uniforme que llevo, ¡fué hecho para mí por sastres que los hacían para comodoros de la R. A. F.".

Y eso era tonto, pues en lo de Merman's no sabrían qué era un Comodoro del Aire.

El empleado tenía un aspecto pensativo. Llevaba una insignia indicando que había estado enrolado. Dejó de doblar corbatas y acercóse con una sonrisa conquistadora.

—Sí, sí, teniente, ¿qué podemos...?

—Un traje de civil —dijo Fred.

—¿Tenemos sus medidas? ¿Lo hemos atendido ya en alguna otra oportunidad? —y gritó, con una risa de muchacha: — Quiero decir, ¿antes de la guerra?

Derry contestó:

—¡No!

Durante un buen rato estuvo observando las muestras, sin decidirse, eligiendo al fin un color marrón.

—¡Oh, magnífico, cruzado! —dijo el hombre—. ¿Qué le parece este tipo? —preguntó, señalando un maniquí. Luego vino el sastre y le tomaron las medidas.

—Ahora, ¿qué tal saco *sport* de franela? Usted sabe que pronto hará calor.

—¡No! —contestó Derry.

Luego de esto el individuo pareció enfriarse cortésmente. Su sonrisa se esfumó. Habló acerca de un cheque, una pequeña seña.

Derry no podía extender ningún cheque. Tenía su dinero en efectivo; y no mucho, por cierto. Veamos. Recibiría cien dólares del gobierno en treinta días. Otros cien un mes después, y eso sería todo.

Pagó los cincuenta dólares que le pidieron. Convinieron fechas para las pruebas y salió. Pensó haber sido extravagante. Vió algunos trajes en sastrerías más modestas cuyo cartel gritaba: "37.90". Recapacitó. "No tienes empleo. Sólo un poco de dinero, y nada más. ¿A quién le importa si eres el mejor, sí, el mejor, para manipular los botones fijadores en todo el escuadrón? ¿Cuál es la escala unitiva para los bombardeos?"

Caminó lentamente y trató de observar cuáles eran las chicas más lindas de todo ese grupo atento a las luces de tránsito. Pensó que la del tapado verde era la más hermosa, pero no pudo mantener su mente fija en ella. Sabía que sus pasos lo llevarían hacia adelante, dos cuadras cortas. A lo de Bullard's, que esperaba.

Derry no quería ir, pero no obstante encaminóse a la Sexta y Maple, por donde no había pasado desde que regresara a Boone. Y alguien debiera haberle contado lo que encontraría. Nadie se lo dijo. Y lo vió, brillando ahora. La luz roja fluctuando imprecisa en pleno día. La luz blanca sofocante como un horno. Y abarcando todo el bajo frente, las letras que medían metro y medio:

"THE MIDWAY DRUGS".

¡Caramba!, en el lejano pasado sólo se llamaba "Bullard's. Cuando Derry la conoció y limpiaba la escoria empapada de café, de su correspondiente recipiente. Y juntaba la basura. Y abría las cajas de cartón que contenían papel higiénico. Y aquí estaban las Midway Drugs.

Con sucursales de costa a costa. Y llamadas por otros nombres en el Oeste y el Este. Pero, no obstante, las etiquetas de las botellas que se agrupaban en las estanterías eran idénticas a las que se podrían hallar en San Francisco, Boston y Mobile...

En el primer momento Fred se asombró; luego lo consideró divertido. ¿Por qué no se lo dijo a nadie? Y bien. El no había preguntado. No había hablado del negocio ni se había llegado hasta el lugar durante la noche que había caminado y caminado esperando a su María. No había llegado tan lejos por el bajo de la ciudad. Pero aquí estaba. Y aquí estaba Bullard's, donde trabajara antes. Las vidrieras cambiadas; la entrada también. Habían abierto otra puerta por el lado de la Sexta. Y una cantidad de juguetes y lámparas, de frascos y chucherías apilábanse en las vidrieras.

En el techo iluminado resonaban el ruido, la charla, el rumor de pies que se arrastraban y el estrépito de la fuente. Todo espacio sobrante era ocupado por baratijas. Habían levantado varias casillas tapizadas en rojo, brillantes, modernas, donde anteriormente no había nada. Fred observó a la gente que extendía cheques. Dirigió una mirada a su alrededor y vió a un hombre con gruesos anteojos. Un hombre que había perdido algo de cabello, pero que había ganado en peso, mientras Derry trabajaba con las miras y los botones sobre Oscherleben.

Ese era Bullard. Diez minutos después estaban sentados en una pequeña oficina situada detrás del laboratorio, donde los farmacéuticos trabajaban activamente. Fred oía el sonido del vidrio; las llamadas telefónicas; los pasos rápidos. Y Bullard fumaba un cigarrillo y suspiraba. Los lentes magnificaban varias veces sus ojos.

—Sí, Freddy. Desde que te fuiste. Veamos, hace ya veinte meses. Debes haber estado en Inglaterra en ese entonces... Siempre me atrajeron los negocios propios. Me mantuve hasta lo último. Pero era difícil conseguir mercaderías. Pocas veces obtenía las cosas que más necesitaba. Era impotente y han sido muy caballerescos conmigo. Hice un arreglo. Creo que lo llamarías bueno. Y aquí estoy; soy el gerente. Y así fué. Tuvimos que cambiar. Y tú, hijo, ¡sí que has cambiado! Apenas te reconocí. No te pareces a ninguno de los muchachos que tenemos por aquí.

Golpeó con sus brillantes uñas las alas de Derry.

—¡Gran cosa! —dijo—. Quisiera haber podido ir. Tú sabes, la última vez me pasé dieciséis meses en Cam Pike, Arkansas. Bien, y así estamos. ¿Qué te parecen las Midway Drugs?

—Tienen mucha mercadería —comentó Fred, y el otro asintió.

—¡Mucha! Claro que debe parecer poca cosa para un muchacho como tú, que ha estado allá, volando y persiguiendo unos.

—Y siendo perseguido, a veces —agregó Derry. Sonrió, pero Mr. Bullard estaba serio e impasible, como si sólo se tratara de un negocio más.

El neón molestó la vista de Fred, cuando salió, pero había llegado a un acuerdo. Habíanse estrechado las manos. Todo estaba convenido. Tenía empleo. No era lo que deseaba, pero no podía seguir sin hacer nada. ¿Cuántos bombarderos necesitarían en Boone?

El puesto era suyo. Tenía que conformarse con un traje. Un traje oscuro, fueron las palabras de Bullard. Y por cierto que debía tener varios. ¿Y si llegaba a desgarrarse los pantalones?

—¡Oh, Dios!

Caminó por la Maple Street y sintió como nunca el afirmado bajo sus pies. Se metió entre la multitud, luchando con los peatones en las bocacalles. Y siguió caminando.

Vió un bar. Entró y pidió una cerveza. Observó cómo se diluían las burbujas en su vaso. Comenzaría con cuarenta dólares, lo que era bastante generoso, según había dicho Bullard. Tenía probabilidades de llegar a subgerente en diez o veinte años... (¡Demonios! Debía conseguirse otro traje. Un traje sencillo, según dijo Bullard).

Sería vendedor. Cuarenta dólares por semana. Veamos: alrededor de ciento setenta por mes. Y cincuenta horas por semana. No, cincuenta y cuatro; seis días a nueve horas por día. Sería vendedor de las Midway Drugs. Gerente o subgerente en diez o veinte años. Y siempre el neón fluctuando sobre las vidrieras. Y siempre el agua gaseosa burbujeando. Y todas esas caras, caras...

Gente adentro y gente afuera. Tenía que obligarla a comprar. Tenía que procurar que todo marchara bien.

"Tendrás responsabilidad —le había dicho Bullard—. ¡Tú sabes lo que es guiar a un grupo de hombres! Consigue el traje, te lo pones y ven a trabajar."

¿Cuántos bombarderos necesitaría Boone City?

La cerveza se había entibiado en su vaso. La espuma había descendido, posándose como jabón en el fondo.

Fred Derry pagó y salió. Anduvo varias cuadras y luego regresó. Dirigióse donde debía hacerlo. Cruzó calles. Llegó a Merman's; allí había dejado los cincuenta dólares (trabajaría una semana. Serviría a las Midway's Drugs una semana y más para ganar otros cincuenta dólares).

—Lo siento —dijo Derry. La cara sonrosada volvióse de soslayo—. Lo siento —repitió—, pero si fuera posible quisiera dejar sin efecto la hechura que acabo de encargar.

El individuo se inclinó y alzó las cejas. Irguióse y consultó al patrón. Ambos se volvieron. Estaban ofendidos y fastidiados. Le devolvieron los cincuenta dólares sin decir palabra. Derry les agradeció nuevamente.

—No es nada —dijeron.

De la misma manera pudieron haber dicho: "No vuelva nunca más por aquí, y váyase al lugar que le corresponde".

Y fué. En ese ambiente sabía que le correspondía. Subió a una tienda. Un viejo simpático le vendió un traje, de color azul. Barato y ajustado, por sólo veintisiete dólares con noventa y cinco. El marrón le costó treinta y dos dólares...

Marcaron con tiza sus medidas en los puños y las mangas. Limpiaron el resto de tiza en sus brazos. Vistióse nuevamente con el uniforme. Le dijeron que tendría los trajes para el viernes por la tarde.

XXXI

Cierto sábado, un muchacho llamado Homer estaba sentado en la gran hamaca de su patio. La madera era suave y pulida. En el asiento descansaba el nuevo almohadón. Colocó una almohada bajo su muslo, una vieja almohada hecha por Em, la tía segunda. Las pequeñas puntadas con seda color rosa y verde, hechas con sus viejas manos, marcaban los remiendos.

Homer amaba esa almohada. Recordaba cuando después de la cena se acostaba sobre el piso, la tomaba y colocábala bajo su cabeza... Su madre se cansaba de llamar:

—Vamos, Homer, ¡vete a la cama! ¡Vamos, Homer querido! ¡No duermas sobre el piso! ¡Cuesta despertarte!

Pero, no obstante, volvía su cara hacia el otro lado y suspiraba con desgano y pereza al oírla. Bostezaba tratando de dormirse nuevamente.

Tenían la almohada en el patio porque el forro ya estaba descolorido. Y porque había almohadones nuevos para la sala. La nueva y hermosa manta que confeccionó su madre para mantener su ánimo mientras él estaba en lejanos hospitales. Los pequeños dibujos representaban flores, las más de las veces. Ella pensó que la necesitaría en el hospital. Pero no fué así. Le escribió que no se la enviara. Pero le gustaron sus colores desde el primer momento que la vió, al regresar a su casa.

Se mecía continuamente. Ya no le dolía la cabeza. Había comido algo; sopa casera de tomates y la ensalada de coles que pidió; pollo con crema, y dulces.

La tía Sade dijo agriamente:

—Bueno, ya has comido demasiado, muchacho, para uno que está deshecho.

Y la señora Wermels murmuró algo entre dientes y movió la cabeza, dirigiéndose a la tía Sade, quien nunca en su vida había probado una bebida, y que se mantenía tan distante y pura con respecto a los hombres como para pedir un trago.

Pero Homer no estaba loco. Simplemente sonrió con una mueca que mostraba más dientes que cuando sonreía normalmente. Y a cada palabra entrecerraba los ojos; le dijo a su tía que el beber le abría el apetito. Tomaría un poquito más.

Ella hizo un gesto de profundo disgusto, y lo repitió minutos después, cuando él, con su vacilante tenedor, derramó la crema y el pollo sobre el mantelito.

—¿Ves? — dijo la tía, con regocijo —. ¡Te dije que no era bueno para ti! Todas las bebidas son veneno. Creo que los médicos lo saben.

—Sade — rogó la madre débilmente, y Luella tosió. El padre no estaba. Nunca almorzaba en casa. Homer sólo dijo:

—¡Ah, tú no sabes! Dime, ¿tuviste alguna vez una cita? — luego rió. Su forma de reír no era agradable y sólo podía entenderse la mitad de sus palabras.

Con el cuerpo erguido, la tía dirigióse a la librería situada a cinco cuadras. Allí mantenía soliloquios con los libros infantiles.

Homer fumó varios cigarrillos. Observó la calle. Vió algunos chicos en sus bicicletas.

Recordó cuando él andaba con las piernas bien estiradas, en su vieja bicicleta, por el camino sombreado que terminaba al oeste del Grand, en las colinas. Y los valles soleados donde la primavera mostraba toda su exuberancia. Cargaba la antigua mochila en sus espaldas y llevaba el sombrero inclinado sobre la frente. Acostumbraba salir con otros muchachos. Y una vez tuvo un accidente. Se acercó demasiado, un camión dobló y Homer salió (el camión sólo había roto la rueda delantera. El aro de su rueda delantera). Y recordó lo que costó repararla.

Había pedaleado y pedaleado, con el viento zumbando en sus oídos.

Y ahora aparecieron varios muchachos en el terreno trillado que estaba al lado de la casa de los Engle. Un lote vacío donde antes existiera una casa, reservado ahora para distracción de los chicos. Un lugar para jugar, del tipo alegre que siempre se encontraba en esas vecindades. Había marcas para jugar a la pelota. Y si se buscara se encontrarían, perdidas entre el pasto, algunas bolitas de vidrio y juguetes, abandonados tiempo ha, oscurecidos por el óxido.

Los chicos se prepararon para iniciar el partido. Disputaron la elección de los lugares. Los había de todas las edades, desde cinco a quince años: una escala completa. Los pequeños jugaban entre ellos cuando eran desdeñados por los mayores. Gritaban y luchaban.

La gente conversaba de jardín a jardín y los pájaros perseguíanse entre los árboles; los perros ladraban o gemían, olisqueando las piernas de sus compañeros queridos.

Homer observaba desde su hamaca y fumaba. Oyó el ruido de cadenas sobre su cabeza. Las gruesas y corroídas cadenas. El eco del hogar en cada chirrido. Por un momento cerró los ojos y pensó en las literas. En los millones de hombres que dormían de noche en sus estrechos camastros de a bordo.

Pensó en las máquinas y en el estampido de los cañones. El zumbido de los hidroaviones en el espacio. Grandes Catalinas que patrullaban al amanecer. Trató de pensar cómo resonaban... No podía. Oyó la cadena. Chirriaba contra el gancho curvo.

Al fin, una pelota cruzó la calle y saltó sobre los escalones de cemento. Un muchacho acercóse para levantarla (un chico en la edad de los *scouts*, en *overalls*, con zapatos de tenis y camisa de polo).

Miró a Homer. Vió los listones sobre su pecho.

—¡Caramba! — exclamó —. ¡Usted sí que ha visto mucho, señor!

Homer sonrió y dijo un par de palabras. El chico acercóse más. Subió los escalones. Y vinieron otros, y también los perros.

Su partido esperó mientras hablaban. Preguntaron si Homer había estado en Francia. En Africa. En las Salomón. Preguntaron acerca de las Filipinas, de Pearl Harbour y de los submarinos.

No tenía mucho que contar.

Trató de hacerlo. A veces, ya hacía mucho tiempo, había soñado con esto: regresar como un héroe; pronunciar un discurso en el colegio.

La señorita Emerson diría:

"Y somos muy afortunados de tener en nuestra clase a alguien que sirvió a su patria en mares extraños. ¡Ruego a Homer Wermels que hable a la clase!"

Y hablaría y hablaría (eso fué lo que pensó). Y los veía observarlo con admiración. Contaría algunos chistes. Cosas verídicas y adecuadas para ser contadas a muchachas. Oiría las exclamaciones de las chicas y sus murmullos. Y siempre Wilma..., con su cabellera rubia y los grandes ojos verdes que lo observaban con

solemne lealtad, con su distintivo de la Armada en el pecho.

No les diría que era fuerte. No atemorizaría a Wilma. No, no. No contaría las cosas que hizo con los otros. Pero narraría la clase de guerra que debían oír y no se rebajaría a sí mismo en el relato.

Un tonto y simple sueño... Tal vez hablase en la escuela dominical y también a los *scouts*. Y llevaría a bailar a Wilma al casino militar, o al gimnasio de la universidad. La noche de la colación de grados, él la esperaría... De algún modo llevaría puesto su uniforme, con sus elegantes pantalones azules. La esperaría con ansiedad. Y ella llegaría mostrando en su semblante el inescrutable misterio de la Gran Noche. Un beso en los labios, para él. Y su pecho latiendo contra el suyo. Porque cuando ella se recibiera, ¡ah, entonces con seguridad sería mayor y podrían comprometerse!

Estos eran sus sueños. Y los recordaba tiernamente de tiempo en tiempo. Como un dulce. Como un calmante para el agudo dolor que un hombre debe sentir a diez mil millas de distancia del hogar.

No los había apartado conscientemente, sino que a último momento los recordó. Y helo aquí, relatando las situaciones de peligro a los muchachos:

—No habíamos embarcado los tanques en Liverpool. El capitán dijo: "¡Perderemos el convoy si así lo hacemos!" Y todos respondieron: "¡Partamos!"

Habló de los "Junkers 88". Nuevamente estaban sobre cubierta. Y se agazapaban detrás del cañón antiaéreo, disparando los proyectiles de veinte milímetros hacia su fatal destino.

—Derribamos algunos —dijo, sin mayor entusiasmo—. Los "88" son un blanco difícil.

Pero aun, y no obstante explicar cómo disparara los cañones, no obstante delinear el azul-gris de los mares salvajes, a pesar de todo lo que dijo, advirtió que su auditorio se alejaba. No podía comprender por qué se retiraba. Cuando chico siempre le había agradado estar, de pie o sentado, escuchando a un soldado que contaba cosas de la guerra. Oír a un marinero hablarle acerca de sus heridas. Habría estado contento en sumo grado e inclusive hubiera pedido recuerdos.

Pero todo lo que oyó fueron murmullos a su alrededor.

—¡Eh, Chuck, ven! ¡Vamos, Ray! ¡Vamos a terminar el partido!

Se fueron los chicos, y detrás de ellos los perros. Cruzaron la calle en procesión, ocuparon el terreno nuevamente y volvieron a escucharse sus voces, una vez que se creyeron a suficiente distancia. Sus palabras resonaron con suficiente claridad. No tuvieron el propósito de que él las oyera. Porque en su primaria educación comprendían lo que era la caridad humana, sin considerar el castigo moral infligido por los niños.

—¡Eh, escuchen, no pude entender una palabra de lo que dijo ese tipo!

—¡Bueno, yo entendí algo!...

—¡Caramba; para mí que hablaba en chino!

—¡Creo que está herido en la boca!

—¡No, en la pierna; yo lo he visto caminar!

—¡Mi hermana dijo que en el brazo! Y la señora Jacobson dijo que siempre vuelca los alimentos sobre la mesa, cuando come.

Lo oyó todo.

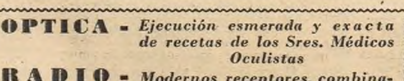
Oyó las imprecaciones y los lamentos. Oyó en todo su despliegue la ruina de su vida. No desearon que él los oyera. Un *scout* es amable, un *scout* es cortés. Los pequeños serían amables cuando fueran *scouts*. Pero igual los oyó.

Y los odió.

Odiaba las manchas que explotaban como pequeñas bombas ante sus ojos. Odiaba toda la fragancia de la primavera. Odiaba los días en que las ranas croaban en los pantanos, cuando el almuerzo era rico sobre cualquier soleada colina.

Era rápido como un gato, en otras primaveras, no hacía mucho tiempo ciertamente. Con sus ágiles piernas pedaleaba como el viento a través de la plateada franja del tiempo. Tenía más rapidez y resolución que el zorro.

Pedaleaba. Volaba. Y se escapaba. Jugaba al pastor con los mismos chicos con quienes había jugado en el pasado. Con niños que podrían llenar sus sueños. Pero Homer corría con más entusiasmo que ellos. Ganaba todas las carreras que corría.



¡Oh, flecha sibilante!

¡Oh, tenso arco!

Y otra vez como una exhalación contra el árbol (y Homer Wermels repasaba todo esto en su alocado e hipnótico embrujo).

¡Oh, mariposa aleteando sobre la guirnalda de bodas!

¡Y la polilla asaltando las flores en la oscuridad!

Superaría a las mismas pulgas si pudiera liberarse de esas ataduras que lo ligaban.

"¡Traumatismo!" dijeron los doctores al consultar las placas.

"¡Hemiplejía!"

Y al dar por finalizado el caso no pensaron que él supo derrotar a chicos más ágiles, con la rapidez del gorrión. A las escondidas. O a cualquier otro juego que jugara...

El columpio crujió durante toda la tarde. Y Homer fumó más cigarrillos, encendiendo innumerables fósforos. Y casi prendió fuego al muelle asiento.

Enfrente, en el terreno baldío, los muchachos palmeábanse con fuerza, cobrando prendas en uno de sus juegos.

Y Homer esperaba la visita de una chica. De la de Jacobson, su vecino de al lado.

Pero no vino.

Y Homer la odió. Como odió a todos los chicos que corrían; comenzó también a odiar a Luella, quien, en ese momento, inclinábase en la esquina, comprándole un helado.

—No lo quiero, hermana — dijo, arrojando airado el plato.

Luella lo reconvino con desaliento. Y se fué. ¡Ella sólo quería alegrarlo y él no tenía por qué tratarla de ese modo!

En los vibrantes panoramas del pasado, él corría como un gamo, sin que nada lo trabara. ¡Volaba!

XXXII

Fred Derry no tenía alma de mercader, ni vista de tendero, ni manos de vendedor. Tenso, nervioso, inmaculado, rondaba por los ruidosos pasillos tratando a viva fuerza de mantener una pomposa sonrisa.

Con una expresión digna de su cargo trabajaba de diez a catorce, y luego cinco horas más, todos los días, exceptuando los feriados. Dependía de un asistente del gerente, que gozaba haciendo sentir su autoridad sobre un militar (el señor Luce no había estado en la guerra, según parecía, deleitábase mostrando su poder sobre el oficial).

Tres días debían caminar desde las quince hasta las veinte, y los otros tres de siete a doce; hacer funcionar cajas registradoras; cuidar de que los dependientes tuvieran limpio el mostrador y poner en orden las capas de "Kotex" que se hubieran caído. Amonestando con su sola presencia a alguna camarera que se reía tontamente, riñéndola con su silencio, él también hacía sentir su autoridad.

Bullard le dijo que lo hiciera así, puesto que estaba acostumbrado a hacerlo.

Fred Derry recibía los níqueles que le obsequiaban. Encaminaba a la clientela más allá de donde estaban los carpinteros construyendo las nuevas instalaciones del negocio.

Abría las puertas para que pasaran las señoras que iban cargadas con sus paquetes, cuando el extraño ojo mágico no las abría como por arte de magia debido a algún desperfecto en la maquinaria. Y llamaba a los obreros que entendían ese raro e intrincado mecanismo para que lo arreglaran.

Espiaba a la nueva vendedora de cigarrillos y, oficioso, acudía a calmar a algún cliente que se sentía ofendido por una mala interpretación, o a la pequeña tontuela que llegaba pidiendo con voz asustada que le despacharan una receta para el ergotismo. La llevaba ante el señor Dagget y recomendaba atenderla primero, pues se trataba de un caso urgente.

Miraba, atisbaba y concentrábase. Vendía aspirina, agarol, Bi-so-dol y los demás productos, cuando los dependientes estaban ocupados.

Pero él no era dependiente, sino un semidiós que caminaba sobre pies de goma y a quien odiaban todos los empleados.

Treinta y siete dólares por semana. Era el máximo de sueldo fijado por el sindicato para un principiante en un empleo de esa categoría. Bullard vióse obligado a no cumplir con su palabra, y prometió a Fred los cuarenta dólares para después que cumpliera el período de prueba de cuarenta días.

En las oficinas, Fred observaba cómo

se preparaban las notas en fórmulas cuadruplicadas: una para el registro nacional, otra para el regional, la tercera para el distrito y la cuarta para el archivo de la casa (había que conocer todas las reglamentaciones para poder desempeñar un cargo, que fuese lucrativo, en las Droguerías Midway).

Los sábados pagaban al personal que atendía la sección farmacia y los lunes a los que trabajaban en el bar. Haciase así por temor de que estos últimos gastaran todo su dinero el mismo sábado (cosa que sucedía con frecuencia).

El personal del bar odiaba al de la sección farmacia, y éste, a su vez, odiaba a aquél.

Desde una oscura pieza, donde se apilaban las mercaderías, cerca del ascensor y del sótano, las ratas solían salir a chillar y a espiar como pequeños pájaros de plumaje marrón...

Fred pensó en divertirse. El portero negro y él tomaron una pistola "22" y se pasaron dos noches matando ratas. Hasta que en la segunda noche una bala rebotó al pegar sobre un caño de hierro, y dió de lleno en un frasco de rara y carísima droga.

No hubo más tiro al blanco.

Y Bullard ordenó que se preparasen trampas con veneno.

Pero eso de usar veneno no era muy divertido, por cierto, y las ratas iban a morir abandonadas en la oscuridad.

No se usó más veneno, y nuevamente las ratas se asomaban para espiar y chillar.

En la planta alta no había ratas. Allí no podían subsistir entre las drogas de Midway; el olor a gas; las esterilizadas baldosas; los asientos de cuero de los apartados donde se almorzaba; el olor a limpieza y el ruido de las cajas registradoras; la aglomeración de la gente que, ceñuda, disputábase un asiento en horas del almuerzo. Y con Fred Derry, quien recorría con paso marcial los pasillos.

Vestía un traje azul muy elegante, pero de calidad inferior, y la corbata de rigor. Alternaba su uso con un traje marrón que se había comprado, con gran disgusto de Bullard, a quien no le agradaba, pues el reglamento de las Droguerías Midway exigía que el empleado vistiera de azul o de negro.

El inspector regional que venía a mirar, a aprobar y a murmurar estimaciones sobre esto o aquello, criticó el traje de Fred.

Y éste repuso:

—Oiga, amigo, ¿puede usted conseguir que las Droguerías Midway me den un traje gratuitamente?

—¿Qué se ha creído? — replicó el inspector poniéndose rojo de indignación. Pero Bullard sonrió y llevóse al hombre, previniendo a Fred que no hablase de ese modo en otra oportunidad.

Cuando Fred veía a algún conocido de su época de estudiante, escurríase tratando de no encontrarlo cara a cara; sentíase avergonzado de su indecoroso empleo (no es nada bueno trabajar diariamente en algo que uno piensa que no es digno de su propia persona).

Perdió peso y se enfermó del estómago, cosa poco frecuente en él, excepto cuando, después de haber intervenido en algunos combates demasiado seguidos y fuertes, habíase visto obligado a ir al establecimiento que se destinaba a que los soldados pudieran recuperar sus fuerzas perdidas...

Pero en Boone City no existía tal lugar, donde uno pudiese roncar y pescar, pasear y comer, jugar al *gin-rummy*, nadar, holgazanear y jugar al *croquet*, al estilo inglés.

No, allí no existía tal establecimiento para cuando uno se sintiera deprimido en las Droguerías Midway.

Vivía en el hotel Séneca y pagaba trece dólares por semana. No le gustaba tener que compartir el baño. Eso era algo extraño, pues se había visto obligado a compartir su baño con cien hombres cuando estuvo en el ejército. Pero eso era distinto. Ahora se trataba del hotel Séneca.

Por lo tanto, prefería pagar un poquito más y tener un baño particular.

No le quedaba mucho dinero para gastarlo con las chicas. Tres noches seguidas había salido y en cada oportunidad con una chica distinta. Habíase peleado con Shirley, pero Fay y Lena lo apreciaban mucho. Lo llamaron al hotel Séneca y dejaron sus nombres y sus direcciones.

Pero Derry no las llamó.

Caminaba mucho las noches que no trabajaba (haciendo más millas que las que recorría dentro del empleo). Caminaba y observaba las luces. Parecía que nunca se saciaba de ver el esplendor de la iluminación. Le agradaba el ruido de los ómnibus y el perfume de las flores que poblaban los jardines de los barrios residenciales.

Le hubiera gustado poseer un perro, pero no se lo permitían en el hotel. Sin embargo, tuvo un gato, por tres días. Un gran gato gris, al que llamaba "Tom".

"Tom" subió por las escaleras de incendio, cubiertas de herrumbre, que se hallaban en una toma de aire, del lado de afuera.

El gato subió... No supo por qué aullaba, y Derry lo llamó para que fuese por la cornisa y se refugiara en su pieza.

Luego fué a lo del griego, le trajo leche y arregló una caja de cartón con papel para el nuevo amigo.

El gato durmió toda la noche acurrucado a los pies de la cama de Fred, ronroneando. Pero tres días más tarde desapareció, marchándose por las escaleras de hierro hacia abajo.

"¿Qué le vamos a hacer? — pensó Fred—. ¡El pobre gato no pudo aguantar el servicio del Séneca!"

En la ciudad de Boone no había necesidad de bombardear. Ahí no lo necesitaban. Lo único que deseaban era que se deslizase atentamente de un lugar a otro; del mostrador a los apartados y vuelta otra vez a las primeras secciones donde se vendía "Anacén" y "Kleenex"; luego a la sección farmacia y a la de venta de objetos varios, y de ahí a la de juguetes, para volver luego al bar.

En Gran Bretaña había tenido que dominarse más de una vez y decidirse a despegar vuelo aunque tuviera miedo de hacerlo. Cuando se hallaba sobre los objetivos ya sabía qué tenía que hacer y trataba de cumplir su misión en la mejor forma posible.

Pero ahí, todos los días, en esa patética danza de comprar y vender, sonriendo cuando no tenía ganas de sonreír, calmando cuando no sentía ganas de calmar, dentro de esa parodia de la paz, Fred Derry veía cómo se encendían las luces de aterrizaje, guiñando con fuerza y abrasándole el cerebro.

Cuando esto ocurre, a uno le parece que le falta el oxígeno y que no puede respirar.

—¿Qué dices de todo esto, Gadovsky? ¡Tú, por lo menos, no has tenido que terminar en las Droguerías Midway!

XXXIII

Los arbustos de lilas alineábanse a lo largo del prado. Lilas persas muy abiertas, de color azul y blanco. Todos los años las volvían a plantar.

—¿Más lilas, padre? — preguntaba la hija.

—Sí, más — respondía Al, con devoción, docenas de veces.

Con las manos enlodadas y la pipa en la boca observaba cómo plantaba el jardinero y admiraba la riqueza de la tierra.

El adoraba las lilas, pues para él significaban el encanto de su niñez, un encanto legendario, cual un profundo milagro.

Recordábanle unos versos de Whitman, aunque ya había olvidado la letra exacta de esos versos que aun bullían en su mente. Una noche, recostado sobre el duro suelo de una colina italiana, oyendo cómo caían los proyectiles, salpicando con el barro, en tanto que el frío negro y crudo carcomía sus pies, entretúvose en pensar en Whitman, en las lilas y en otras cosas.

"¡Sigue cantando, oh cantor del pantano!"

No, así no eran las palabras de Whitman. No podía recordar con certeza cómo eran.

"¡Oh, potente y brillante estrella caída
[de la noche
para yacer sobre la tumba del que amo!"

No las sabía ahora.

No las había sabido nunca: jamás había podido retener en su mente los versos. Sólo había captado su significado y le habían gustado, haciendo que se sintiera reconfortado.

Se puso el casco casi sobre la cara, y sonrió. Sobre una de las colinas del oeste el sol comenzaba a ponerse lentamente, y estaban en mayo. El mes en que las lilas se ven cargadas de lluvia y las gotas se impregnan de esa fragancia.

Un perfume cuya dulzura seduce los sentidos y hace que uno ame al mundo. Y con esa bruma de aromas de lilas ante los ojos no se podía ver más que un fragmento del Universo, esa parte a la que cualquier hombre puede amar...

"Un tímido y oculto pájaro..."

Y una vez más volvía a su canto de ermitaño, en tanto el Nefasto Actor, el Actor de la Muerte, arrastrábase con amargura. Acechando, para segar una vida y sumir a la nación empapada en sangre y en guerra en la oscuridad de la noche. Y dejando que los negros lloraran en Wáshington.

"Ha muerto, se ha ido..." (1)

"¡Yo lo he amado tanto!..."

Esas fueron las frases que se publicaron en los diarios.

Los hombres endiosaron a aquel a quien quizá habían odiado.

Y los soldados lloraron, allá en aquel mundo acribillado por las balas.

Y los hombres como Stephenson miraron las estrellas, sin encontrar la solución... Sólo vacío...

Ahora, al volver a Cherry Hill, Al vivía entre el verde follaje, y en su evocación recordaba los años mozos de los principios de siglo.

Veíase acompañado por su padre, yendo a honrar otros entierros, caminando entre pinos (miles de personas contemplaban la escena en silencio). Los de la G. A. R. vinieron, piadosos, con sus banderas, haciendo vibrar los pífanos de madera de coco y redoblar los tambores de curtida piel, vociferando la historia de la guerra en Tennessee; con sus groseras y largas patillas y el sol brillando patrióticamente en sus calvicies.

El cielo coloreóse de violeta, como en

(1) Estas palabras se refieren a la muerte del presidente de los EE. UU., Franklin Delano Roosevelt, en uno de los momentos más críticos para su patria.

homenaje a la fecha en que un barbudo anciano vino, acongojado, a depositar una ofrenda floral sobre el ataúd de Lincoln.
Este era el tierno pasado de toda la América. Las mujeres del sur lloraban lo acontecido, colocando coronas y guirnaldas sobre la tumba de los que yacían en los apartados campos de batalla del florecido Shiloh, sobre el tupido césped de Murfreesboro...

Y ésta fué una de las guerras más gloriosas que jamás hayamos peleado, porque con ella aprendimos la igualdad del orgullo entre amigo y enemigo.
Ya no existía la caballerosidad en las corrompidas provincias donde los niños planeaban, entre el caos de sus hogares arruinados, cómo poder aniquilarte algún día. La ostentación, la burla, el agua hirviendo que vertían desde las ventanas cuando tú pasabas; el almacén desde el cual las víctimas gritaban:
"¡Oh, por favor! ¡No, no me haga eso... otra vez; no!"
Hasta que los hombres de la Gestapo se fueron en sus camiones.
Todo esto constituía un recuerdo que se convertiría en pesadilla hasta el día de la muerte. Pero a pesar de todo esto podía amar las lilas, porque la guerra es más noble de lo que ellos creían.
Los Stephenson volvieron con agradecimiento a su techo de ripia, rodeado de arbustos.
Una vez más oyeron el canto de los gallos al despertar el alba, y una vez más el eco llegó a través de las comarcas del este, cruzando los campos de trigo y de avena que se convertirían en yesca al amanecer. De chacra en chacra oíase el pequeño clarín de plata de la emplumada hueste que daba la señal.
Medio, medio dormido en su nuevo hogar, este viejo hogar ahora redimido.
Medio, medio dormido con la dócil Milly acostada a su lado, Al Stephenson trató de abrir los ojos, todavía velados por el sueño... Y percibió en la penumbra el desorden que imperaba en la habitación y las valijas esparcidas por el piso. Aun seguían bullendo en su mente los misteriosos y agitados pensamientos que lo habían perseguido durante toda la noche.
Pero en ese momento oyó el canto del gallo; dióse vuelta, se acostó sobre el otro lado y abrazó el cuerpo de la mujer contra el suyo.
Ella suspiró, despertándose, y Al le besó el hombro con solemnidad.
—Tuve un sueño horrible — le dijo él —; soñé que estabas muerta.
—¿Muerta? — murmuró ella, despertando de golpe —. ¡Yo he soñado muchas veces que el muerto eras tú! —y diciendo esto volvió a dormirse, con la calma y la dicha del que posee el tesoro de estar de nuevo junto al ser querido, en el seno del hogar.
Al, recostado, escuchaba el canto del amanecer; las lilas dichosas, polvorientas, mojadas, como un gran muro de orquídeas, volverían a poblar el suelo nativo una vez que llegase el mes de mayo.
La aspereza de los rústicos zapatos que se había visto obligado a usar durante la época de los odios y los rencores; la obligación de martillear como un zapatero para conseguir la paz y la vida sin importancia que debía llevar.
Todo esto veíase disminuído al pensar en las flores que crecerían con la llegada de años mejores y con el cantar de un gallo que se dejaba oír a lo lejos...
Medio dormido, Al recordaba con cariño a los muertos en los campos de batalla, y los imaginaba vestidos con sus uniformes, atravesando a pie la achaparrada fronda, con Walt Whitman a la cabeza, llevando en la mano un leño y digiriéndose hacia un pórtico donde Abraham Lincoln los esperaba sentado junto a un anciano inválido y valiente (Franklin Delano Roosevelt).
Cantaban los gallos y cada vez había más claridad.
El sargento volvió a dormirse junto a su compañera, acariciando un sueño entre la suave fragancia de las lilas...

XXXIV

Fred la vió junto al mostrador de venta de perfumes. Primero fijóse en el azulgris del uniforme, sin darse cuenta de que era ella, pues muy a menudo venían las voluntarias de la Cruz Roja a comprar diversos artículos.

—¿La han atendido, señorita? — preguntó él.
Y en eso ella levantó la vista y rió. El lustroso y ondulado cabello le asomaba por debajo de la gorrita inclinada sobre un costado. El murmuró algo, y quedóse allí, de pie, riendo abochornado y sintiéndose cohibido, como un estudiante que espera a la chica elegida para darle una cartita de amor.
—¿Qué tal? — se dijeron.
—¿Cómo está usted?
—Su padre viene aquí muy a menudo.
—Sí; me dijo que lo había visto.
—Una vez cada tanto lo veo en el banco, pero está siempre muy atareado...
Sin mucho entusiasmo, Fred mencionó el perfume y fué a buscar a una vendedora para que la atendiera. Y en eso, antes de que llegara la chica, fijóse por encima de unos frascos en el reloj de la Western Union, que se hallaba en la pared de enfrente.
—Las trece y treinta — dijo precipitadamente —. A las catorce termino de trabajar, es decir, hasta las diecinueve, como todos los martes. Generalmente... Bueno, todos los días, quiero decir, cuando trabajo por la tarde, suelo comer aquí. Pero, ¿qué le parece si hoy me acompaña? Quiero preguntar primero si usted ha almorzado ya.
A lo que la joven contestó con soltura.
—Encantada de poder almorzar con usted.
Caminaron bajo el sol, por la calle Sexta abajo. Atravesaron Walnut, Mulberry y las otras... Sin rumbo fijo.
De pronto, Fred dijo:
—¡Qué extraño es todo esto! ¡Ahora usted viste uniforme y yo estoy en cambio de civil!
Ella le dijo que había prometido atender el primer turno en la Cruz Roja y que por lo tanto ya estaba libre de compromisos por ese día.
—¡Recién empieza! — le dijo Fred, y los dos se rieron.
Caminaron y caminaron; por fin encontraron un café, del cual emanaba un deleitoso aroma.
—¡Oh, mexicano! — exclamó Peggy —; entremos aquí.
Moviendo la cabeza, Fred la siguió con recelo.
Pidió que le sirvieran, con las pocas palabras que sabía en castellano, e hizo reír al hombrecito que atendía la mesa (llevaba un delantal muy sucio y lleno de grasa).
Trajo sopa. Luego enchiladas, porotos y tacos.
—¡Dios mío! — exclamó Fred —. Yo no sabía que los mexicanos comían cosas así. ¡Yo creía que sólo comían "chile"!
Tomaron un café embriagador y se recrearon con las pequeñeces que suelen deleitar a la juventud...
Entró una perrita pequeñísima, olfateando las mesas y las sillas.
—*Perrita* — la llamó Peggy.
Fué entonces cuando le contó que había pasado un verano en México, el año antes de que su padre marchase a la guerra, y que había visto sus agrestes montañas azuladas; rocosas colinas; sarapes de vistosos colores desteñidos por el polvo de las calles; niños sucios que reían, con los ojos relucientes como cuentas de azabache; la estatua de un héroe en la plaza, como testimonio de la historia lejana. Narró algunos cuentos... A Fred le encantaba escucharla. ¡Contaba las cosas tal cual eran, como un hombre!
Y, sin embargo, mientras iban atravesando a lo largo del barrio de los depósitos y cruzaban las vías del tren caminando entre las grietas y esquivando a los rugientes camiones, y luego en la orilla del río, Fred advirtió que ella era "mujer".
"¿Cómo no he sabido apreciarla?", se preguntó; aun debajo del uniforme, y a pesar de los zapatos de taco bajo, adivinaba un cuerpo que le era muy agradable. El hueso del tobillo sobresalía, incitante.
Observó con agrado la curva henchida de la pantorrilla, las fuertes y jóvenes caderas debajo de la fina tela. Y se imaginó a la chica vestida con traje de fiesta, bailando en el Daniel Boone.
Preguntóse luego cómo luciría con salto de cama, o en camisón, cepillándose el cabello, con el pecho descubierto... (si la joven hubiera visto cómo se sonrojaba Fred, nunca habría podido adivinar la causa de ese rubor).
Pero junto con la idea concupiscente

presentóse en su mente una duda, incitada por la presencia de la muchacha.

"¿Por qué — se preguntaba Fred — hemos ido por la calle Sexta abajo? ¿Acaso hubiera hecho lo mismo con el marino con quien salió el mes pasado? ¿Lo hubiera llevado a una fonda de mala muerte como a mí? ¡No! Con seguridad que lo hubiera llevado al Club Black Hawk o al Daniel Boone".

Pero no podía decir nada al respecto. Sentía como si tuviese una mordaza y siguió caminando junto a Peggy.

Pasaron cerca del río, por las escaleras de cemento y los terraplenes de piedra. Parecíale estar junto al Támesis, mirándolo desde la ventana del hotel Savoy, contemplando los puentes, el Parlamento y la Abadía; la hermosa Abadía de Westminster.

Con voz tenue, Fred dijo:

—Muchas personas fueron enterradas en la Abadía; no sé exactamente cuántas ni quiénes, porque no he cursado estudios superiores y porque nunca me interesó la historia inglesa; pero ahora me gustaría saber un poco más. Pero sé que Pitt y Fox fueron encarnizados enemigos y que sin embargo se encuentran enterrados casi juntos, a unos quince pies de distancia el uno del otro; creo que ahora deben ser grandes amigos.

—¡Cómo me gustaría ir a Inglaterra! — dijo Peggy —. ¡Cuénteme más!

Sentáronse en el césped y no tardaron en tenderse sobre la verde alfombra que flanqueaba el río, escuchando el rodar de los camiones sobre el puente, el ruido de los ómnibus que pasaban a media cuadra de distancia. Como en un mundo remoto.

Apareció un viejo vagabundo para recoger un papel.

"¿Era de ellos?"

"No, no era de ellos...", respondieron, pestañeando.

Tal vez era Dios quien desde la figura del mendigo les sonreía con benevolencia para luego proseguir su camino.

Fred Derry, sintiendo alivio al hablar, comenzó a decir todo lo que se le cruzaba por la mente.

Todos los amargos episodios de la guerra.

Le describió la tristeza que lo invadía al contemplar las camas vacías de los compañeros que habían muerto, sepultados bajo las frías aguas de Beachy Head.

Y le contó cómo los muchachos disputábanse, al azar, los aparatos de radio y las "Kodaks" dejadas por aquéllos.

(¡Qué diablos! ¡De nada les servirían a los que ya se habían ido!)

Las camperas flamantes... decían de los Messerchmitts empecinados en su danza de la muerte; en matar como abejas ansiosas.

Los hombres grandes y duros que, sin poder derramar una sola lágrima, iban a refugiarse bajo la almohada de la cama, negándose a hablar con persona alguna...

Huelga de mineros, huelga de ferroviarios y huelga de los obreros que fabricaban las piezas de los aviones.

El país era azotado por las huelgas, y en el año 1943, en las trincheras, acordábanse de Lewis, John L. Lewis, y de cómo sería agradable poder ponerle una bomba.

Una vez acostados, los soldados solían hacer comentarios sobre este asunto.

"Muchos de los muchachos se hubieran prestado gustosos para poner fin a un hombre como aquél. Era de los que contribuían con el enemigo a matarnos y a matar hombres aún más capaces que nosotros mismos, por no tener el armamento bélico necesario".

Fred le contó lo de la fortaleza de Gadovsky, lo que ocurrió el día en que cayó el *Cisne Negro*.

Le habló sobre el segundo Schweinfurst, y de cómo cayeron trece fortalezas ese día.

—¡Sólo dos regresaron a sus bases!

No habló de trivialidades. Sus relatos no se parecían en nada a los que solían cantar con Hark por las noches. Canciones de montañeses, de vaqueros agonizantes en un club de Kensington, ni nada por el estilo.

Le contó cómo habían chocado algunos aviones. Le habló de una división de muchachos que, habiendo cumplido su misión, regresaba al hogar, a Escocia, camino de su patria, cuando estalló un incendio en el avión y se cocinaron todos en el propio jugo, en medio de una hoguera infernal.

—¡Lo que es a ellos sí que les apagaron la luz de la esperanza! — dijo Fred.

Peggy escondió el rostro entre el pasto y le tomó la mano.

La luz reflejábase más alargada y las sombras iban cayendo sobre el terraplén.

—Se está haciendo tarde — dijo Fred —. Ya se viene la noche y a lo mejor usted tenía infinidad de cosas que hacer.

Ella sonrió y le dijo:

—No tenía que hacer nada que me hubiera agradado tanto como esto. ¿Y usted?

—¡Es claro que no! — repuso él, y la ayudó a incorporarse.

Y otra vez volvieron a través de la tarde a calles más luminosas, a tiendas más iluminadas, llevando en las mentes el rumor del río; él oyendo la voz de ella y ella la de él, mientras iban tomados del brazo.

Al cruzar una calle, en medio de la multitud, él sintió el roce de la pierna de la joven y se turbó ante la reacción que le produjo. ¡Era tan joven, a pesar de las mujeres que había amado, que no sabía que no hay amor digno de un hombre si no está acompañado por esa corriente tórrida que sólo los necios llaman con otro nombre!

En la esquina de las calles Sexta y Maple se separaron.

—Tengo que agradecerle... — comenzó él.

Pero Peggy lo interrumpió.

—Yo soy quien debe agradecerle a usted. Fué un día memorable — dijo.

—¡Así es!

—Me ha contado usted muchas cosas.

—Le he contado muchas cosas — dijo él, mirando sus ojos —, pero no le he contado cómo era mi hogar, y cómo murió mi madre con una muerte horrenda; cómo nos llevábamos; cómo mi padre tuvo que ir a un sanatorio para someterse a una cura contra el alcoholismo, cura que nunca surtió el menor efecto, y cómo mi abuela lavaba ropa para afuera. ¿Habrá lavado para su familia? Atendía a muchas personas del Grand. Yo iba a buscar los canastos con mi carro. Tampoco le he dicho una palabra de María. Me casé con ella antes de entrar en combate. Es una perdida que a usted no le agradaría conocer. Es una...

—¡Fred! — exclamó Peggy Stephenson, poniendo su mano sobre la de él —. Hay muchas cosas que no me ha contado, pero que yo adivino. Y es mejor que sea así. ¿No le parece? Y ahora deje que yo le cuente. No tenía ningún interés en comprar perfume. Tengo todavía. No tenía, en realidad, interés en comprar nada. Sólo que cuando papá me contó que usted trabajaba en Midway, pensé que... ¿Qué importa? Ni sé para qué le cuento todo esto a usted.

Derry no podía verle la cara; su vista fijóse en un cartel luminoso que se apagaba y se encendía, colgado delante y por encima de las vidrieras de un negocio de enfrente.

—¡Hemos pasado una tarde maravillosa! — repuso Derry —. Muchas gracias por todo, y ¡adiós!

—¡Adiós! — murmuró ella.

Fred no se volvió para mirarla mientras se alejaba. Dió media vuelta y cruzó la calle lanzando juramentos entre dientes. ¡Lo que le sucedía era increíble!

¡El nunca había querido enamorarse de tal manera!

Pero la verdad era que estaba enamorado, ¡y por primera vez! ¡Y también por primera vez comprendió de qué se trataba!

El hecho no les iba a reportar ningún beneficio, ni a él ni a ella. Pero si él persistía en mantener relaciones con ella, seguramente pronto dormirían juntos. Se casarían y vivirían en algún departamento maloliente situado en alguna callejuela, por treinta y siete dólares de alquiler.

"Pero, ¿qué diablos estoy pensando? — se dijo Fred —. ¡Si sólo los zapatos que ella lleva puestos valen esa suma, o algo más!"

"¿Y quién necesita bombarderos en Boone?"

XXXV

Era el mes de junio. Mes de las novias y de los encajes, cuando el trébol embellece los prados, los atardeceres son cálidos y húmedos, los sapos conversan y los árboles se ven adornados por abundante follaje.

¡Junio!

Los insectos se cortejan, revolcándose entre el polvo, para morir, luego, en la noche.

Mes embriagador y picante, durante el cual se gesta el verano, antes de comenzar a apretar su gigantesca mano ardiente; cuando la pobre señora de Wermels se esforzaba en cuidar con esmero al ser que era objeto de toda su compasión y de toda su piedad.

Su hijo, su niño pequeño, su único varón, cuya revuelta y rubia cabellera yacía sobre la almohada.

Dócil, quejoso y dulzón era el muchacho. Tal como el que ella misma había educado, y a quien ahora trataba de cuidar con más ternura. Con toda la ternura de que era capaz. Pensaba en esto y en aquello y en las pequeñeces que podrían agradarle.

"¿Qué clase de bizcochitos le gustarán más?"

"¿Qué clase de relleno le pondré a la ternera y al pollo asado?"

La solícita madre le traía leche y bizcochos que dejaba sobre la mesa, para cuando él regresara de sus escapadas nocturnas.

¡Pero cuando llegaba!... Regresaba tambaleándose, asiéndose de lo que podía mantenerlo en pie. El alcohol y la guerra habían estragado su cuerpo.

Homer casi nunca veía la leche y los bizcochos que le dejaban, porque siempre estaba borracho y no reparaba en ellos ni le importaban nada.

Comía sandwiches de longaniza en algún fondín, rancios, crudos o recocinados; y luego bebía hasta hartarse.

"¡Oh, Homer, Homer!, pensar que antes, cuando eras niño, yo calentaba tu vientre contra el mío... ¡Cómo te estás echando a perder!"

Y aunque la pobre pensara así, nunca decía una palabra, porque imaginaba que tal vez a él le haría bien esa vida de vagancia.

En junio celebrábase el fin de cursos. Las niñas vestirían con alegría sus vestidos largos, recibirían prendedores regalados por sus tías, relojes pulseras de

sus padres y lucirían por vez primera ligas rosadas y corpiños, colocados como emblemas de madurez sobre el cuerpo de las jóvenes.

Todas estas cosas le ocurrían a Wilma Jacobson.

Los muchachos del pueblo también atravesaban por ese período de transición que media entre la niñez y la juventud.

Muchos de ellos anunciaron que iban a lucir trajes nuevos. Los uniformes provistos por el Tío Sam, una vez que se graduaran en el colegio.

Hablaban de ello en los vestuarios, en los fondos de las casas, en las tiendas y en las calles, mientras cortaban el césped y apilaban o sacaban rábanos en sus casas.

Los ojos brillaban, las orejas teñíanse de rubor.

—Los Guardacostas; sí..., pero escucha, mi primo me dijo que... si voy a entrenarme en el U... Mi hermano ya tiene galones; sólo le llevó siete meses conseguirlos... Dime, si yo...

Y así surgían en sus mentes juveniles miles de proyectos, y se extasiaban pensando en el futuro y en su actuación en la guerra.

Sentíanse hombres camino de la madurez. Ya les encantaba afeitarse y fumar, actitudes que a los mayores les parecían cosas de chicos y que a ellos les parecían cosas de grandes, y por eso les agradaba hacerlas.

De toda esta algarabía y palpitar nervioso debió participar su hijo, pensaba la señora Wermels, aunque se negaba a reconocerlo.

Todo eso le estaba vedado a Homer. ¡Toda esa sal de la vida, aunque la necesitaba, nunca sería para él! Ni siquiera podría apreciarla de lejos, porque antes de llegar a los diecisiete años se había escapado a la guerra. Y lo que era peor, ella le había dado su consentimiento.

El único remedio que hallaba para esa situación era ofrecerle cuanto podía, como si fuesen manjares sobre la fuente que era su vida. Haciendo que su esposo ofreciera la fuente a su hijo.

"¿Querrá jugar a los naipes chinos o a los anagramas?"

(¡Le habían agradado tanto años antes! Hacía rodar los pequeños discos de madera y jugaba con tanto afán que siempre le ganaba al tío Alf.)

"¿Le gustará comer ensalada de papas calientes, jaleas, dulces o algunas peras al natural, de las que sabe preparar la abuela Haverstraw; caramelos de chocolate, helados o pastel?"

—Vamos a jugar al croquet —dijo el señor Wermels, trayendo el juego y colocándolo en el fondo. Los juegos de croquet casi no se conseguían. El pobre Homer golpeó las pelotas y de pronto también su propia pierna con el mazo. Maldijo en voz alta. La tía Sade, que lo escuchó, lanzó un suspiro de inmenso horror. Homer, dándose vuelta, le dijo unas palabrotas.

A él no le gustaba jugar al croquet...

La lluvia resbalaba sobre la madera lustrada. El sol, enojado, destruía el lustre de los aros de colores de las estacas del croquet. El rojo escarlata trocóse en rosado, y el pasto verde se destiñó tornándose gris.

—Iremos al cine, a ver las dos películas que dan en el "Hollywood" esta noche.

Esperaban que los artistas mitigaran su dolor.

"Deanna, Danny, Disney, Dunne —pensaba la madre de Homer—. Llenaremos, como quien llena la cuchara con remedio, con Bob Hope, para ver si puede enfriar esta fiebre que lo atormenta; o con Judy Garland para que actúe como opio; o con Betty Grable, para que le cure.

"¡Esmérense, figuras del celuloide, hagan reír a nuestro querido ser y los bendeciremos siempre!

"¡Oh, radio! ¡Oh, audición del *Hit Parade*, de *Information Please*, de Burns y Allen, de Benny, de Bergen, de Charlie Chan, de Lum y Abner, de Answer Man y Major Bowers!

"¡Haz que resuene tu voz en su cerebro, cerrando sus oídos al llanto de su propia alma!

"¡Y ojalá que le guste el postre que está en la heladera!

"¡Y el estofado y la ensalada de repollo agrio; las masas y las nueces saladas!

"después traeremos el *cribbbage* [1] o el ajedrez, o haremos palabras cruzadas...

"¿Qué dijo hoy Dick Tracy?

"¿Qué te parece si damos un paseo en auto? Papá consiguió nafta. Iremos al parque de Rock Springs.

"¿Te gustaría probar uno de estos cigarros nuevos?

"¿Y te gustaría...? ¿Qué te gustaría poseer?

"¡Dime, dímelo con sinceridad y avidez! ¡Dime qué te gustaría tener! Yo te lo compro, lo robo, te lo hago, te lo modelo, te lo almaceno, te lo cocino, te lo plancho, te lo sazono!; ¡cualquier cosa que desees la mezclaré con alegres jugos y la salaré con mis lágrimas!

"De lo que estoy segura es de que no puedo arrancarte los demonios que se han albergado en tu cuerpo y en tu cerebro."

XXXVI

Para llevarlo a veranear y distraerlo, sumiéndolo en un bálsamo de feliz olvido, un domingo al mediodía fueron a una chacra situada cerca de Sperryville, que pertenecía al señor Wermels.

Sacrificaron los cupones de nafta, hicieron revisar las gomas, poner aceite y lavar el coche.

Lo llenaron con un montón de cosas, canastas y paquetes, todo apilado y haciendo equilibrio sobre la capota, pues el baúl del auto estaba repleto de huevos, jamón del diablo y piernas de pollo como para consumir durante varias semanas.

Luella hizo un postre, tal como le habían enseñado en el colegio, y estaba muy orgullosa...

En la puerta del garaje de al lado, los Jacobson también alistaban su coche.

Cuando Homer fué a desayunarse (lo habían adulado para que se levantara de la cama), encontró pequeños regalos al lado de su plato.

Hizo como que no los había advertido y que no sabía por qué estaban allí.

—¿Qué son estos cachivaches? —exclamó. Su mano izquierda hizo unos gestos absurdos con el piolín y el papel... Leyó las tarjetas... Vió como todos le deseaban un feliz cumpleaños.

Le gustó la tricota con su escote en V, y se la puso. Le gustó la pipa que le regaló el padre, y le dió las gracias a la tía Sade por el libro que le había obsequiado. "Moby Dick" era su título (y para sus adentros pensaba que jamás lo leería, pues tenía aspecto antiguo y pesado y parecía contener demasiadas palabras).

El regalo de Luella le gustó más que ninguno: le obsequió un calendario de Varga, con la pintura de una chica para cada mes. Chicas de muslos demasiado gruesos para ser normales y de piernas dos veces más largas que las de cualquier mujer.

Homer levantó el almanaque y lo agitó con alegría.

La tía Sade hacía ruidos de contento y el señor Wermels dióse vuelta y sonrió.

El sol estaba luciente afuera y un sol de oro brillaba en sus corazones, cubriendo todas sus esperanzas con un fulgor espontáneo.

Wilma Jacobson llegó y le dió modestamente una caja que había envuelto ella misma.

El la abrió y se sonrojó. Eran tres corbatas de color violeta, con herraduras, telarañas y redondeles de color. Le dió las gracias y dijo:

—¡Qué lindo día! ¡Ideal para hacer un picnic!

Wilma rió. Sus ojos eran de un mirar límpido, redondos, penetrantes, y mostraban tristeza desde hacía una temporada; pero a pesar de ello rió y dijo:

—Tengo que ir a ponerles papel celofán a los emparedados —y se marchó.

La señora Engle cruzó la calle; parecía una pequeña bruja con el cabello abullonado y el rostro largo y delgado, con su cuerpo de pajarillo envuelto en un vestido vivo, floreado y más almidonado que ningún otro de la cuadra.

Con paso vacilante entró por la puerta de atrás, como suelen hacerlo los vecinos. Traía un plato en sus manos.

—¡Miren esto! —exclamó la madre de Homer.

—¡Homer, ven a ver! ¡Recordó que era tu cumpleaños! La señora Engle se ha enterado y mira lo que te trajo: ¡un pastel de limón!

La señora Engle estaba muy contenta y hablaba de su pastel.

"No, la corteza no le había salido muy bien..., no tan bien como ella hubiera querido... La había hecho demasiado fina. Pero sólo porque pensaba que un pastel de limón..."

Cuando Harley (Butch) era pequeño, volvíase loco por los pasteles de limón.

Las mujeres de la familia Wermels le rogaron que fuese con ellos.

—Hay lugar suficiente; ¡por favor, señora Engle, venga!...

[1] *Cribbage*: juego de naipes muy popular en los Estados Unidos.

Una merienda en la chacra le haría muy bien. Homer rió, y sus ojos estaban brillantes y caído el labio.

—Diga, señora Engle, ¿por qué no invita también a Butch? Dígame, ¿por qué no lo invita?

Todo el mundo contuvo la respiración y se produjo un gran silencio. Nunca nadie había invitado a Butch Engle a una fiesta de familia... con emparedados, masas, apio y aceitunas servidas en platos de papel.

—Sí, sí, invítelo —rogaron todos, horrorizados.

Pero no fué la señora Engle, sino Homer, quien lo invitó.

Cruzó la calle y llamó.

—¿Eh? —preguntó Butch Engle—. ¿Un picnic?

—Sí, ¡qué diablos! —exclamó Homer, asomando su cabeza por la ventana, y quedóse inerte, mirándolo con sus rojas pupilas, su cuerpo deforme, de pie sobre el césped.

Butch lo miró con hostilidad y continuó afeitándose, raspando la crema de afeitar con la navaja.

—Bueno, cuenten conmigo. Iré con mucho gusto —dijo al cabo de un momento.

Llevaron dos autos y partieron a gran velocidad. Después de haber recorrido unas quince millas por el camino doblaron y cruzaron un campo. Abrieron una tranquera y entraron, para ser acogidos ese día de junio, que sabía a gloria, por las plantas de acedera, los cardos y los saltamontes; por la sombra frondosa de los árboles y el chirrido de las chicharras; por el aroma de los bosques de la región del oeste, los ratones y las plantas de algodón; por los olmos y los guijarros del río; por las aves silvestres y el almizcle que crecía verde y persistente en el bosque, sin importarle nada de los que también se cubrían de hongos con el vientre destrozado por la guerra, o de quien naufragaba en las costas de Africa.

El atrevido Butch espantaba las vacas el señor Jacobson clavaba una estaca, el señor Wermels punteaba la tierra y las mujeres hablaban y murmuraban, en tanto que Wilma entretejía una diadema de flores para coronar a Luella.

—¡Cuidado! ¡Cuidado con Homer; va a tirar una herradura; córranse, señoras!

Homer dióse vuelta al oírlo; miró con fiereza a Butch y, amenazando, lo hizo huir. A todos les dolió la burla, pero Homer permanecía impasible y acertó tres veces.

Su padre hizo todo lo que pudo para que ganara (y a pesar de saber que él no podía hacerlo, a Homer no le gustaba que su padre le dejara ganar).

Almorzaron y colgaron una mecedora. La señora Engle contó algunos chismes del vecindario a la tía Sade.

"Elma Aikens iba a tener un niño el primero de septiembre, ¡y sólo se había casado con el guardacosta aquél el cuatro de febrero!"

Las moscas amontonáronse, hambrientas, y los cubitos de hielo se fundieron dentro de la jarra.

Homer y Wilma salieron a caminar. Iban despacio (el terreno era irregular, los palos, los arbustos y el estiércol de las vacas obstruían el paso), pero siguieron adelante hasta llegar a un arroyuelo y se detuvieron para charlar.

Y en ese instante fueron felices; pero sólo por ese instante.

Pues ella lo arruinó todo cuando lo invitó para el baile del colegio, el viernes siguiente.

Homer imaginóse cómo sería el baile. Trajes de gasa y muchachos que bailaban muy erguidos, elegantes, apuestos y de movimientos desenvueltos.

Homer se vió a sí mismo, grotescamente sentado en una silla de ruedas, mirando cómo Wilma bailaba con los otros muchachos, o, lo que aun era peor, se la imaginaba a su lado, atendiéndolo como una mártir y renunciando, por él, al placer de bailar.

No. ¡Eso sí que no!

Y entonces dijo, con brutalidad:

—No, no iré, ¡y que se vayan al diablo todos los bailes de estudiantes juntos!

Ella volvió su cara, que mostraba extraña palidez, hacia un lado, para que él no la viera llorar mientras seguía diciendo cosas sin sentido, ya perdido el control.

—¡Al diablo con todo! ¡Bailar en ese gimnasio viejo! ¡Qué lindo papel haría yo bailando!

Y diciendo esto, con la cara sudorosa, púsose a hacer como que bailaba. En su terrible pantomima trataba de demostrarle qué bien estaría él en su papel de Calibán.

Saltaba y tambaleábase como un monstruo con máscara de asno, o como un mono de cuerda montado sobre un palo.

—Quedaría lindo bailando, ¿verdad? Te pisaría los pies y seguramente me echarían de la pista.

Luego se puso a dar puntapiés a la tierra, como un hombre primitivo, como un ser que vuelve a la brutalidad.

Llorando, ella alejóse corriendo entre la arboleda. Homer trató de seguirla, pero no pudo correr y balbuceó:

—¡Wilma! ¡Ven acá, Wilma!

Pero ella no podía oírlo. Los árboles y los arbustos parecían habérsela tragado.

El quedóse solo, escuchando el canturreo del agua al pasar sobre las piedras.

Entonces, recurriendo a su secreto vicio, sacó de su bolsillo una botella que había comprado y escondido. Bebió a largos sorbos.

El alcohol tenía un sabor irritante y caliente; no le importaba... Esos tragos oscuros, que burbujeaban, lo hacían eructar como las aguas del arroyo. Se juró que a él le harían más bien que toda el agua del arroyo.

Sentóse y continuó bebiendo. Secó las lágrimas que le nublaban los ojos. Le dió hipo una vez, y arrojó la botella al vacío.

La arrojó con la mano izquierda; muy lejos y con muy buena puntería.

El vidrio llovió sobre las rocas a las cuales había apuntado.

—¡Por Cristo! —exclamó Butch Engle, que venía desde más allá de los arbustos—. ¿No puedes dejar la bebida por un solo día? Estoy arrepentido de haberte permitido entrar en mi negocio. ¡Mira, tú! —continuó, irguiéndose cual un gigante y mirándolo ferozmente—. Mira, viejo, ¿y qué te parece si te despabilas y te abstienes? Tu apariencia es infernal. Tus ojos están rojos. Vas a ser un borracho. Eso es todo. ¡Un atorrante a quien nadie quiere!

—¿Y qué hay? —respondió con sorna Homer—. Es mi dinero. Ciento cincuenta dólares todos los meses. Ciento quince por incapacidad total y treinta y cinco por esta pierna y este brazo.

—Está bien, está bien —replicó Butch—. ¡Me parece que tú no eres el primero y que son muchos los que no tienen dos piernas! Bueno, no sé justamente quiénes ni cuántos son. Pero muchos de los que uno conoce hacen vida decente. Sí, ya sé, lleva tiempo el enmendarse. Tal vez yo nunca pueda hacerlo. Pero, mira, no soy más que un cualquiera, pero tengo un lugar. Toma tu caso: eres joven, tienes mucho que recorrer. Esa chica de los Jacobson... Creo que te quiere mucho.

—Sí, sí —contestó Homer; la bebida le hacía sentir sus efectos en los oídos—. Sabes mucho de mí, ¿eh, amigo? Soy un caso muy serio, cosa que ya sé. ¡Las esperanzas! Bien sé lo que sucede. Un "hemipléjico", eso quiere decir un lado. ¡Dios los maldiga! En esos hospitales trabajaron lo mejor que pudieron. Me hacían dar vueltas a una rueda, así. La hacía girar todo el tiempo. Hice mis ejercicios, fuí a las clases de caminar. Las enfermeras, es claro, cumplieron con sus deberes. ¿Y cuáles son las esperanzas? Estoy de vuelta en casa. Estoy afuera. Recibo ciento cincuenta dólares todos los meses. ¡y estoy así! Me contaron muchos cuentos. Que me iba a mejorar muy pronto. ¡Por Dios! Sólo me siento mejor cuando tomo un trago. Mejoro un poco. ¡Mira!, tiré esa botella; le pegué a esas rocas justamente donde quería dar. Y si quieres tomar un trago no hay persona que pueda impedírtelo, ¿ves?

Todo esto lo dijo como una ardilla, con su mirar tan rojo y asustado. Ardiente, temerario y estúpido. Hablaba con su boca deformada y con tal entusiasmo que no veía la pena retratada en el rostro de Butch. Como en la cara de Wilma Jacobson y en la áspera voz de Butch, que aparecía en ese momento tan educada como la voz de ella.

—Homer —dijo Butch—, olvida que jamás te haya dicho una palabra.

Muy largo rato estuvo sentado Homer Wermels al lado del riacho. Una hora después de haberse ido Butch, hubo una conversación. Butch habló con el señor Wermels (de cualquier manera, éste al fin llegó al lado de Homer).

Primero habló de los peces. Solía pescar lobinas en ese mismo arroyo. Las había pescado hacía unos años. Creía que las lobinas se habían marchado y que tal vez también los bagres hubieran desaparecido. Mencionó los paseos de su juventud en esos mismos montes. Recurrió al palabreo ferviente y cuidadoso de uno al que la vida no le había hecho fácil hablar distintamente. Después, elaborada y elogiosamente, el señor Wermels llegó a hablar de incapacidad.

Alguna vez debía llegar. La maldición del alcohol. Esto era ya demasiado. Tendría que tomar algunas medidas. Sí, también tendría que controlar estrictamente su dinero, los ciento cincuenta dólares que recibía Homer todos los meses. Un hijo menor. Bien. El señor Wermels conocía la ley. Y la invocaría si fuera necesario.

Homer lo miró con amargura, la mandíbula caída y la saliva corriéndole por el mentón.

—¿Crees que conseguirás mi dinero? ¡Te apuesto veinticinco dólares a que no! ¡Te apuesto cien dólares a que no! ¡Prueba no más! Habla a cualquiera en esa oficina. En el registro federal. ¡Pruébalo! ¡Nunca saldrás con la tuya! ¡El dinero es mío! ¡Es para mí! Me cobras por pieza y pensión. Estoy dispuesto, sigue adelante y cobra. Y si cobras mucho me mudaré. ¡Pero escucha: nunca podrás tocar el dinero de un hombre incapacitado por la guerra! No soy un chico (ahora ya no). Mira, yo he rondado mucho, conozco las posibilidades. ¡Nunca tomarás mi dinero!

El padre exclamó, misericordiosamente:

—¡Escucha, hijo, lo mencioné como una posibilidad! No quise decir...

—No, no quisiste decir nada —contestó Homer—. Sí, ya sé: una fanfarronada.

Hizo que lo levantara. Vió las burbujas pasando con la corriente; lo mareaban al mirarlas. Bajó su mano temblorosa has-

bulto de dinero que había debajo de la tela.

Esa noche, en lo de Patsy o en el Bon Ton Bar, encontraría la forma de levar anclas nuevamente.

—¿A qué hora nos vamos a casa? —gruñó.

Pasaron el largo y verde campo. Viajaron en silencio. Esta vez Homer no fué con los Jacobson.

El sol se puso, con esa hermosa bruma de junio, como cuando los *pottawattonis* habitaban esos lugares.

XXXVII

Al Stephenson y el inocente Rob, L. D. M. y Latham, el gerente de la sección Hipotecas, caminaban con paso sereno a lo largo del pasto segado. Con la solemnidad de un hombre cualquiera que siente que va detrás de la felicidad. Mientras marchaban hablaban de su juego, de cada hoyo que cumplían. No encontraban nada más que decirse. Las bolsas de golf crujían pesadamente.

El sol poniente, allá arriba, estaba rojo. Era el sol de una tarde que se iba. "Mi arrugada piel bajo el peso de la mochila. ¿Cómo, solamente uno, un simple juguete, se hace tan pesado a medida que camina? ¿Y qué ha sucedido con la carabina de culata de nogal? ¿Y la red, la máscara de gas y un sinnúmero de cosas: bronce, lana y plomo, y el sucio cinturón? ¿Cómo es que no estoy en uniforme, con calzado confortable y el colorido púrpura en mi transpirada camisa?"

Jugaron el hoyo décimo octavo. Rob ganó. Tomó un cuatro y cuatro, era par. Quemado, con pecas en la cara, se sonreía (las pecas parecían pimienta).

Al y L. D. M. tenían cinco cada uno, y Latham tomó uno más. Levantaron las pelotas de la taza.

—Bien, muchacho —dijo Mr. Milton—. ¡Muy bien, Rob!

Estaba de pie, tieso; una sombra verde le caía sobre los ojos por la luz que atravesaba la visera de su sombrero.

—Al, te apuesto cincuenta dólares ahora mismo a que Rob ganará su vuelo en agosto si endereza ese gancho que tiene... ¡Yo te digo, hijo, que le ganarás a tu padre antes de que termine el verano!

—Diantres —dijo Rob, con modestia—. ¡Me reventé en la tercera y en la novena!

Se reventó, sí, pero no de la manera que algunos muchachos habían reventado. El primerizo nunca disparaba fuera del cielo. La guerra no descargaba un viento metálico para colocarlos sin daño sobre metros de cielo y tierra.

No había bomba que le explotara, no había culata de carabina que le hiciera saltar los amigables sesos que llevaba en el cráneo.

Reventó en el tercero. Ese había sido el día, ese día de octubre en que Rosenberg se equivocó y mojó los árboles a ambos lados del camino al reventar.

Al no sabía qué fué lo que sacó de su casco.

"¿Un pedazo de hueso?"

Rob reventó en la tercera y en la novena...

Más tarde, cuando las duchas lanzaron sus frescas y densas lluvias sobre la piel cubierta de sudor, cuando semejantes a niños silbaban al sentir el frío y murmuraban y lanzaban suspiros y zumbidos en el baño, Al vió los cuerpos de los demás: el viejo Milton con sus hombros caídos, y el vello de su pecho que se estaba volviendo gris; el estómago como almohada de Louis Latham, y las prominencias y los huesos de su hijo.

¡Oh, cuerpos frágiles, nunca curtidos o disciplinados por el barro y la tierra, por el carbón y la helada y el olor a cordita! Estos eran viejos y formales, demasiado aburridos y agradables. O jóvenes, como en el caso de Rob. Demasiado joven y vergonzoso, como una niña, alejábase para esconder su propia desnudez cuando alguno se acercaba, y que usaba una toalla para ir hasta el ropero. Tomó sus ropas. Lou Latham lo palmeó en la espalda.

—¿Así que te reventaste? ¡Qué diablos te vas a reventar!

Rob sonrió, contento de haber llegado a esto. A ser tratado como un adulto por otro adulto.

Más tarde, mucho más tarde, con el sol ya menos fuerte y pegando en el toldo colocado allá arriba, cada banquero estaba sentado y tenía un vaso. Vestían traje de brin muy blanco, y en cuanto al lujo del señor Milton, Latham lo tomó no como contraste a un dolor, sino como una cosa común que todos los dioses le cedían. Sentados, suspiraban; cada uno tenía su delgado vaso con vermut y bebían...

Más allá de la cancha de tenis, más allá de los árboles, Al vió, en el camino, a sus hijos divirtiéndose, con otros muchachos, con una vieja catramina. Oyó el áspero grito de una voz que estaba cambiando y vió las delgadas piernas de una chica que había cambiado no hacía mucho. Vió esta fina bandada de aves que iba cacareando y cantando por el bosque.

"O como un grupo de cachorros —pensó con amor y tristeza—. Iguales que esas criaturas con cola, tan hermosas. ¡Oh, Jesucristo, me imagino que igualmente están sentenciados a una vida corta y feliz!; tal vez Dios les dé muchos huesos para masticar. Denles muchas pelotas a correr", y bendijo a la Sociedad de Jóvenes de Boone City.

Oyó la voz de Lou Latham:

—¿Así que ése es el "chico" que reventó en la tercera y en la novena? Te apuesto cincuenta, Al, a que nunca reventará. No en el torneo de este año.

—¡Oh, no, no hará eso! —Al Stephenson estaba de acuerdo. Y una vez más dijo lo que no debía decir: —No, Rob no reventará, hasta que reviente en la próxima guerra.

—¿La próxima guerra?

Todos lo miraron. Y a L. D. Milton se le helaron la cara y los ojos. Porque Al ya había dicho cosas por el estilo con anterioridad.

—Si no le importa que lo diga —repuso L. D. M.—, me parece de mal gusto seguir predicando una idea como ésa.

Lou Latham mantenía un profundo silencio. Aplauso para el señor Milton, desprecio para Al, lleno de celos que caían como gotas sobre su alma.

"Si yo hubiera ido —pensaba—, si me hubieran dejado ir... ir a la guerra... Qué esperanza..., nunca tuve una esperanza. Por Dios, podría haber hecho las cosas tan bien como..."

—¡Qué diablos, señor! —le decía Al a L. D. M.—. Yo no soy un avestruz. No podría meter mi cabeza en la tierra y mantenerla apenas unos segundos. No soy un tonto. Solamente puedo ver las cosas que van a sobrevenir, y también cualquiera puede verlas.

El señor Milton habló benignamente, celosamente (aun estaba enojado):

—Soy más viejo, Al. He visto tres guerras. Y si se me pide mi opinión estoy inclinado a pensar que jamás habrá más guerras, guerras importantes. No estamos en situación de tenerlas. ¡Y las otras naciones tampoco lo están!

—Eso es correcto —dijo Lou—. No podemos. Yo, en ese aspecto, estoy de acuerdo con usted, señor Milton. Es el hablar de guerras lo que hace que los hombres quieran pelear. ¡Santo cielo! ¡Yo creo, Stephenson, que usted no querría volver a pasar otra!

Al soltó una palabrota que los golpeó tan rudamente como un garrote. No se gritaban palabras como ésa en un lugar donde las mujeres podían oírlas.

Miraron a su alrededor con vergüenza culpable. Avergonzados de Stephenson y de sus palabras. Por suerte no había damas por allí.

—Tenga cuidado —dijo el señor Milton, con mirada fría—. Tenga cuidado. La comisión directiva le cortará el cuero cabelludo y lo colgará a secarse si sigue gritando palabras como ésa.

Al Stephenson bajó su vaso con tanta fuerza que lo rompió. Se limpió las gotas de sangre de las yemas de los dedos.

—Podría haber dicho —agregó— cosas mucho peores que ésa. No es que yo quiera una guerra; es simplemente...

Meneó la cabeza; Milton esperó, juez detrás de su escritorio; Latham era su ayudante, cuidándolo.

—A veces soñábamos y creíamos que esto era todo, que era el fin. La última, la realmente última; el fin de las guerras. Lo creíamos sinceramente... Creo haber escuchado cien veces cuando los muchachos hablaban: "Nunca quisiera que mi hijo pasara lo que estamos pasando nosotros". ¿Y qué hay? Trabajamos, juntos, Inglaterra, Rusia, Estados Unidos. Podríamos haberlo hecho. Podríamos haber empezado desde la nada y haber construído una estructura decente... ¡Infierno! ¡No lo hicimos! Ahora los estamos vigilando, y ellos nos están vigilando a nosotros, estamos espiando o recelando. También lo están ellos. Somos humanos...; todas las desgraciadas Naciones Unidas. Malos y egoístas. Tenemos miedo, ¿y dónde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, odien a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la malicia de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, nombren el lugar donde hayamos hecho las cosas como debíamos haberlas hecho! ¡Y hecho bien! Y Roosevelt ha muerto. Podría muy bien decir ahora que Dios y la Esperanza murieron el 12 de abril de 1945. Y ahora no habrá nunca tierra a la cual se pueda defender. Sol o luna a los cuales se pueda mirar. ¿Quiénes revientan, entonces? ¿Muchachos como Rob? ¡Es claro! Diez o veinte años, a partir de hoy, ¡y tendrán un mañana mejor para reventar entonces!

"Pero, ¿qué le pasa a este hombre? —pensó el señor Milton, presidente y profeta, jefe de la vida de las gentes—. ¿Ahora, cómo se llama? Sí. ¡Desilusión!"

Pues había oído que los hombres que regresaban de la guerra venían desilusionados. Estaba equivocado; volvían llenos de ilusiones y esperanzas, aprendida ya una fe que nunca habían tenido. El agua tibia que goteaba de las canillas, mojada cañería de su vida en el hogar, lavaría todas las ilusiones ideales.

Así, Milton dijo su parte:

—No sé por qué habla así. ¡No debe ser muy agradable el pensar que su hijo morirá tratando de terminar el trabajo que usted dejó sin terminar!

Al Stephenson levantóse y no dijo una palabra. No soltó el insulto que tenía pensado decir. La palabra de combate con la cual habría de aplastar al monstruo.

Se fué; tomó su auto y se alejó. Y sonrió cual un diablillo imaginando cómo Lou Latham hubiera mirado y el señor Milton se hubiera sentido con una bala atra-

vesándole la dignidad.

Pero una sola vez sonrió (manejó y manejó; gastó la nafta; las hojas del maíz susurraron por un millón de millas). Su conocimiento no le permitió sonreír otra vez.

"El sueño que una vez tuve era tan equivocado como el de ellos. Pero, sin embargo, me parece que a mí se me podría perdonar más fácilmente por tal equivocación. Y ahora sí que no tengo excusa posible por no haber dicho las cosas que deseaba decir cuando hubo necesidad de decirlas."

Había luchado en Africa. Allí había escuchado la voz de la desilusión entre los franceses. Había combatido en Italia y había visto el hambre de la tierra liberada. Había combatido en Alemania... A veces pensaba en las palabras atribuídas al loco John Brown explicando la carnada que había preparado en Kansas:

"¡De las liendres salen los piojos!"

Sí, probablemente. Y los pequeños alemanitos a su tiempo serían grandes... Los pequeñuelos crecerían nuevamente; los cantos marciales tendrían su eco en las copas de los árboles que dejamos. Algún otro día, esta raza ardiente, estúpida, pisaría el terreno de su vecino. Algún día, sus botas marcarían nuevamente un coro de Wagner. Las Walkirias volverían a correr. Y el *Nibelungenlied* (canto de los Nibelungos) hostigaría a los dragones para que salieran de nuevo.

Al no dudaba, sabía, y mucho más de lo que era la casualidad, la súplica honesta, la hermandad. Las temerosas preguntas de los labios temblorosos. Y los asuntos hablados con otros hombres, en la oscuridad, mojados y con frío, en la paja. Sin la articulación, como dicen en los poemas o comedias de rara imaginación, donde los actores hablan con sus almas en alta voz y en breves y separadas palabras.

La obscena palabra que dice un millón de cosas no dichas por los hombres que nunca deben mandar. Tal la simple fuerza del lenguaje.

"Carta del Atlántico."

Grita el hombre en el "Libro de los Milagros", e instantáneamente responde el grito de veinte millones de hombres:

"¡Desperdicio de papel!"

Papel de cierta clase. Y digamos el contenido que está borroneado en él. Digámoslo con una palabra.

Y así mueren la unión, el amor y el sacrificio, todos acribillados por motivos más viejos que el propio sueño.

Al pensó en los Spitfires que habían venido a salvarlo a él y a otros que se escondían debajo de la arena y de las rocas. Los bombarderos picando hacia abajo; los marrones y terribles pájaros, removiendo los excrementos calientes, a medida que caían.

"¡Ahí vienen los Spitfires!", exclamó un muchacho con voz gruesa.

Los vieron cuando la tierra se hubo asentado. Las alas curvas retorciéndose hacia el cielo: las divisas de la R. A. F.; el tableteo de sus cañones. Los bombarderos en picada se alejaron; los Spitfires los iban mordiendo a medida que escapaban.

Un hombre podía pararse y aspirar de nuevo el aire de la vida. Y decir dentro de su corazón que Inglaterra era una pileta donde se creaban los ángeles.

Los querubines cantaban, inexorablemente, "Reina, Britania". Y hablaban de arenas del desierto sobre su plumaje, y de granaderos que se alimentan a papa y pescado, y de una legendaria Londres; y la cerveza era buena.

"¡Aquí vienen los Spitfires!"

Los pilotos necesitaron un año o dos para acostumbrarse. Con voz tranquila, apariencia impasible y sin dar importancia a los hechos.

"Estuvimos mal, estuvimos mal —exclamaban—; ¡bastante mal!"

Se colocaron los correajes y saltaron a bordo. Las hélices comenzaron a girar, el viento a soplar; el 3-0-3s comenzó nuevamente; el cañón tosió. Los pequeños griegos, sorprendidos, recostábanse en los escalones de los templos de sus mejores siglos y exclamaban:

"Solón! Solón!"

El grito enfermizo oíase por encima del griterío de las balas trazadoras que tocaban la andrajosa mole que escapaba:

"¡Oh, *Solón! Solón!"*

En el calor de una carrera bien podemos creer. Ningún Spitfire fué derribado. Pero ni el mismo Pheidippides podría volar tan rápido como ellos.

XXXVIII

En una tarde como ésta, en 1942, Fred Derry surcaba velozmente los cielos de Florida a Texas, lleno de incertidumbre, con ferviente esperanza, con la duda y el temor que un millón de otros muchachos también sentían. No tenía miedo al combate que había de tener, al cañoneo antiaéreo ni a la helada azul, azul, azul... Pero sí miedo al fracaso, miedo de ser retirado del servicio.

En 1943, Fred vivía en medio del espanto que le producía lo que le esperaba arriba, en los cirros nebulosos. Encima de Saint Nazaire y de Hamm.

En 1944, en una tarde como ésta, dejó Victoria. Apeóse en Surrey, encontró la bicicleta que sus amigos le habían dejado. Los cercos estaban a su lado; la pequeña iglesia de estilo normando; el ómnibus que cruzó; los camiones estacionados más atrás. Llegó, bajo la verde sombra, a Hedding Beech. Un viejo sirviente le permitió la entrada. Una W. A. F. F. con piernas largas. Silvia, la chica con quien se había quedado esa noche, bajó su copa y exclamó:

"¡Miren! ¡Aquí está Derry! Querido, qué bueno eres al venir. Estamos jugando al bridge (es estúpido); ¿qué te parece si vamos a caminar tan pronto como hayamos terminado otra cerveza? Hay tiempo... ¡Oh, querido, qué estúpida soy! Perdóname. El jefe de escuadrilla, Margetson. ¿Ustedes no se conocían?"

En 1945, en esta tarde, con el sol fuerte dando sobre los toldos y el tránsito chillando en la esquina de la calle Sexta, entre zumbidos eléctricos, el ruido de las canillas, el lloriqueo de las máquinas que preparan la leche malteada, entre el ruido y la conversación de los concurrentes a las Midway Drugs, Fred Derry estaba de pie, correctamente, en tanto la señorita Kovardis revisaba los cosméticos de una hoja amarilla.

—Sí, aquí está, debe ser éste. ¡Lo lamento, señor Derry! Vea, yo marqué una docena de Rubinstein aquí mismo. Fíjese, aquí está la marca. Y todo el tiempo quise decir los Ardens. Aquí están. Los tengo en este estante, aquí abajo. Mire aquí. "Elizabeth". A estos debió referirse el señor Bullard.

Fred le agradeció. Le dijo que fuera más atenta. Dió la hoja al señor Luce... Se apostó a un lado y cambió una moneda para una mujer; le dió el cambio para la balanza. Encontró dos estampillas de vía aérea para un viejo cliente... Una señora extranjera trataba de decirle al dependiente qué era lo que deseaba. Una judía alemana. No podía hacerse entender. Fred fué a buscar a un farmacéutico, un señor Finkelstein. Y así pudieran saber qué quería. Fred atendió a un hombre; le vendió unas baterías. Atendió a otro; le vendió un vasito para lavajes oculares...

—Lo lamento mucho. No, estoy seguro de que usted se equivoca. No hemos tenido cigarros como ése desde hace semanas...

Muy atrás de los reservados vió una forma indecisa. Entró arrastrándose, haciendo contorsiones. Un muchacho deformado con ojos dementes y una cabeza que clamaba por que Jesús la tocara con sus manos (pero Jesús de Nazareth sólo hubo uno, y estaba muy distante; Boone City no podía disponer de uno).

Fred observaba, mientras apilaba la crema de miel y almendras. Vió que Homer Wermels buscaba un apartado. Y lo encontró, con dos marineros jóvenes que bebían leche malteada. Sentóse con airé de superioridad, preparándose para mostrar las cintas que llevaba en el bolsillo. Con interés y la recóndita esperanza de poder contarles el asunto del convoy en viaje a Liverpool.

Una chica impertinente dirigióse a atenderlo. Fred Derry aun observaba. No le gustaba esa chica; hacía solamente seis días que trabajaba allí. Su nombre era Bunny, sus mejillas regordetas, la boca pulposa, insaciable y comprimida; sus ojos negros, malévolos y penetrantes.

Ella dijo algo y Homer habló. El la miró. La chica dijo algo más. Lo dijo enojada; otras personas miraban. Dióse vuelta para irse.

Fred Derry llegó con una botella de crema de miel y almendras en la mano.

—¿Qué tal, Homer?

Los ojos de Homer brillaban, húmedos, pero aun había enojo en su cara. Trató de hablar. Fred no esperó. Llamó a la chica por su nombre. Ella dióse vuelta y gritó:

—¡No lo atenderé! ¡No! No tengo por qué atenderlo. ¡Está borracho!

Y la gente se amontonaba alrededor de ellos, con cigarros en la boca; la gente de las mesas próximas y toda la chiquillería.

—Mire, Bunny —dijo Derry—. Este muchacho no está borracho. ¡Venga aquí!

Ella se acercó. Su boca era una mueca rabiosa. Miraba ferozmente.

—Ahora, Homer —le preguntó Derry—, ¿un refresco de chocolate? ¡Bien!

Y le dijo a la chica:

—¡Un refresco de chocolate!

—Muy bien — contestó la camarera despreciativamente —. ¡Pero puedo oler el alcohol y aun insisto en que está borracho!

Fué a hacer preparar la bebida.

Fred habló con Homer durante unos instantes (tan difícil era hablar con él oyendo el ruido de la soda en sus oídos...)

—Hasta pronto — saludó Fred —. Ya te veré.

Una mujer trató de usar una casilla del teléfono. La puerta estaba trabada y Derry la ayudó. Una puerta corrediza; la habían sacado del riel por donde corría. La volvió a colocar; la mujer le agradeció. Derry dióse vuelta y vió volver a Bunny balanceando el refresco en su bandeja. Y bien claramente, cuando el gentío estaba mudo, oyó el odio con que Wermels le dijo, en rápida frase:

—¡Yo le voy a enseñar si estoy borracho!

Trató de levantar el refresco de la bandeja. Usó la mano izquierda, que, inerte, y sin poder asir, dejó escapar el vaso. Cayendo como un pescado, una ola marrón saltó en el aire. El vaso se rompió. Y el marrón rojizo de la espuma del chocolate manchó el uniforme de Bunny.

—¡Borracho asqueroso!

Su pesada mano gorda voló y pegó al muchacho en la cara, tan fuerte como podía hacerlo.

Fred Derry, de veintiún años y matador de cien hombres (¿y cuántos bombarderos precisaban en Boone? ¿Y cuál es la escala de la unión para los bombarderos?), tomó a la camarera por la muñeca; la tironeó con rudeza y con la otra mano empujó al tambaleante y ultrajado muchacho hacia el asiento.

—¡Pero, mire! — gritó Bunny —. ¡Mire usted! Lo tiró encima de mi falda. ¡Mire usted!

Y cincuenta personas miraron y se acercaron tanto como pudieron. Y otras más parecían venir desde allá.

Fred Derry habló soezmente.

—¡Eres una perra! ¡Pegarle a un muchacho como éste! ¡Imbécil! ¿No puedes ver que está herido? Es un paralítico; no está borracho. Te voy a decir dónde le pasó; fué cerca de Orán. Usaba antes un uniforme igual al de estos marineros, aquí presentes. Sí, a las chicas les gusta ver a uno en uniforme. Les parece encantador. Esos pantalones, esos cuellos de marineros. Sí, les parecen encantadores. ¡Cállate! No digas una palabra. Este muchacho tiene el *Corazón Púrpura*. ¡Y ahora le pegas en la cara! ¡Tu preciosa falda, que tampoco es tuya, pues te la da la casa!

—¡Bah, cállese la boca! — gritó la camarera —. No me importa si este individuo tiene una docena de *Corazones Púrpura*. ¡Es un sinvergüenza! ¡Es un borracho! Me parece que conozco bien a un borracho. ¡No tiene por qué tirarme el refresco encima!

El cuchicheo agonizante del señor Luce llegó a los oídos de Fred.

—Por Dios, Derry, ¿ha perdido el juicio? ¿Qué pasa aquí? ¡Mire los clientes! Señorita Holt — le dijo Luce a la enfurecida muchacha —, ¡vaya a la habitación de los roperos, inmediatamente!

Fred Derry tomó un trapo y limpió el piso y la mesa. Los marineros miraban y miraban.

—Me voy — dijo Homer, tratando de levantarse.

—¡No! ¡Espera! — le contestó Fred —, en seguida vuelvo.

En la oficina, detrás de las estanterías, Bullard lo miró y se rascó el mentón a medida que Luce le describía la escena. La fina voz continuaba el relato con horror, contándolo todo. Contando algo que era más que todo:

—¡Agarró a la camarera, señor Bullard; la manoseó! ¡Ya le digo, podría entablar pleito al negocio!

Derry dijo, con cansancio en la voz:

—¡Nunca más haré una escena así, nunca en las Midway Drugs! ¡He terminado!

—¡Pues me parece que sí! — exclamó el señor Luce, triunfalmente.

Pero Bullard dijo:

—Muy bien, déjeme hablar con el señor Derry en privado.

Y Bullard habló y habló. No le hizo bien alguno.

—No es trabajo para mí — le contestó Derry —. Le quedo muy agradecido. Ha sido usted muy bueno conmigo. Todo lo bueno que un hombre podría pedir. Pero, bueno, yo creo saber que no sirvo para un empleo como éste. Es trivial, es aburrido. Cada día lo odio más. No es culpa suya. Prefiero irme.

—Freddy, espero que tú sabrás las cosas mejor que yo. Lo lamento. Mira, déjame ayudarte a conseguir otro empleo.

—No, gracias — le contestó Derry —. Ya me voy a arreglar. Probaré alguna otra cosa.

—Pero, mira — dijo Bullard —, si es por dinero..., quiero decir que no tienes mucho dinero ahorrado. No, si te conozco muy bien. De cualquier manera, no puedes ahorrar mucho con lo que ganas. Espera un minuto. Tengo mucho dinero; dinero mío, ¿sabes? ¿Qué dirías de un pequeño préstamo? ¿De acuerdo?

Se dió vuelta y trató de abrir un cajón en donde guardaba sus papeles privados.

—No, gracias — repuso Fred. Sentía un nudo en la garganta. El viejo Bullard pestañeó y pestañeó detrás de los gruesos anteojos...

—Bueno, hazme saber lo que estés haciendo.

Se dieron la mano y Derry se marchó.

Se fué con Homer, arrastrándolo hasta el hotel Séneca. Tomaron un trago en la habitación de Fred. Insultaron a la chica, al negocio y a todo el mundo.

—¡Al diablo con gente como esa perra!

Dijeron que Boone City era un sitio maloliente. Terminaron el whisky. En el escritorio del registro de clientes, cuando Homer se iba a retirar, Fred le dijo al empleado:

—Fíjese. Este es el señor Wermels, un buen amigo mío. Si quiere usar mi habitación en cualquier momento en que yo esté ausente, desde ahora queda autorizado para entregarle la llave. A veces está un poco borracho...

Metió su codo en las costillas de Homer y éste sonrió devolviendo el golpe.

—A veces está borracho y necesita un lugar para descansar. Déle la llave en cualquier momento, y avísele al empleado que atiende por la noche. Pero si viene con una rubia, no se la entregue, y si es con una morena, tampoco. Sólo si viene con una pelirroja. Unicamente puede traer una pelirroja cuando venga.

El viejo empleado balbuceó unas palabras y se rió ante tal pensamiento (el no había cometido un pecado tal desde hacía ya casi catorce años).

Homer fué a gastarse cinco dólares en el Bon Ton Bar.

Una hora antes de que esto sucediera, en las Midway Drugs, una chica levantóse silenciosamente de su banco en el bar. Lejos, bien lejos, en la punta; más allá de donde estaban las pajillas para los refrescos, detrás de las filas de los menús.

Ella lo había visto todo; había oído lo que las otras personas habían dicho; escuchó lo que murmuraban las chiquilinas. Oyó el asombro y la sorpresa que expresaban.

Una chica pálida, joven, bien arreglada y nórdica en su andar.

Su nombre era Wilma Jacobson.

Ella lo había visto todo. Se retiró, caminando por entre el gentío de la calle Walnut. Trató de pensar qué podía hacer. Realmente, no sabía qué hacer. ¡Ella era tan joven, y también él era tan joven!

XXXIX

Un hombre llamado Novak llegó y fué a sentarse junto a Al. Tenía la cabeza angosta y las mandíbulas salientes. Era de origen bohemio. Llevaba un globo y un alfiler con un ancla.

Al no tenía su cinta, la Cinta de la Estrella de Plata. Le resultaba algo molesto, pues todas las personas que le veían hacían preguntas y más preguntas, demasiadas preguntas; y se encontró con la sonrisa de otro hombre que también había luchado, pero que no tenía la Estrella de Plata ni ninguna otra clase de Estrellas.

John Novak sentóse y dejó el sombrero sobre las rodillas. Sus claros ojos verdes miraban solemnemente los de Al Stephenson y, cuando hablaba, su voz semejaba el canto de los grillos.

—Tengo un jardín de infantes — dijo luego —. Tal vez usted lo conozca. Está justamente donde termina la calle Cuarenta y Dos, al norte del Black Hawk Boulevard. Lo llamamos el Jardín de Infantes Novak. Mi padre era el dueño y yo lo ayudaba, luego me fuí a la guerra. Mi padre falleció cuando yo estaba en el Pacífico Sur. No creo que usted recuerde..., hace años le vendíamos lilas a usted, señor. Mi padre y yo se las preparábamos.

Al Stephenson no se movió ni dijo las palabras que debía haber dicho. Habló su pensamiento dentro de sí mismo. Y eso era suficiente. Le había causado muy buena impresión lo que Novak contaba. Las flores que cultivaban y la vida que llevaban, de tierra, despojos, basura, guano y cal.

La guerra que había visto él y que había contribuído a mejorar las buenas cualidades de la tierra en otros lugares. Todas estas cosas contó.

Sus fuertes manos chatas, tan limpias y curtidas. Comunes... Zapatos nuevos, de color negro, que hacían ruido, y las gruesas y peludas medias que había visto, pues se levantó el pantalón para que no se le formaran arrugas en las rodillas.

—¿Estuvo usted en el Pacífico?

—No, estuve en Africa, en Italia y en Alemania.

—Supongo que habrá sido muy penoso.

—Ustedes la habrán pasado peor allí.

—Bueno, la comida era bastante mala, a veces. Y las chinches... Dígame, ¿era usted mayor allí?

—Sargento. ¿Con quién estaba usted? ¿En la Marina?

—Sí. Yo estaba en ese cuerpo.

Habló del verdor del trópico, de los árboles... John Novak pensaba en palabras que representaban la medida de todas las cosas que crecen.

Tenía en los ojos la clorófila de ese mundo verde. Era una pigmentación como la de las más frescas y lozanas hojas.

Habló de los pastos.

Una vez tomaron un pedazo de tierra (¡Ah, el pasto crecería tan rápidamente —decía él— en tierras como ésas! no podía olvidarlo). Tomaron ese pedazo de terreno. El lugar estaba lleno de agujeros y fué cañoneado por la artillería de los buques antes del desembarco.

No le contó los detalles, ni cómo se arrastraron por el monte, pulgada a pulgada. No le habló del calor que quemaba sus encendidas pipas.

Y enviando a los hombrecitos marrones entre chillidos horribles al canto de las llamas grasosas que los hacían retorcerse y patear, tratando de arrojar sus granadas de mano y morder hasta que las cenizas de su propio fuego los endurecía.

Pero, aun así, Al sabía lo que Gyrenes sabía. Ellos tomaron el lugar. Pintaron cada yarda con la transpiración del miedo; con la gordura que desaparecía, que se vaciaba de sus cuerpos cuando las balas

silbaban y hacían impactos.

Tomaron el lugar entre llamaradas terribles, que convertían en negra masa los pastos y los Zeros, masas secas que humeaban en el vacío.

—El lugar está vacío —dijo John Novak —. Duro y caliente como cualquier piso de cemento.

Esa tarde, mientras patrullaban a lo largo del borde, cuando los tanques aun disparaban y tosían en la playa, mientras las lanchas de desembarco levantaban olas en la playa y las tropas desembarcaban, cansadas y sudorosas, dijo que él patrullaba la orilla con las cenizas crujiendo debajo de sus pies. No parecía que pudiera crecer algo allí después de ese infierno.

Y alguno mató a un japonés. Un tirador escondido en las desgarradas y torcidas palmeras. El hombre lanzóse a la carga, herido, chorreando sangre y emitiendo chillidos como las aves.

—Uno de los nuestros mató al japonés —dijo John Novak.

No dijo quién fué. Pero Stephenson creía saberlo.

El gárgola saltó cien yardas o algo así; hasta que, al caer fláccido y débil, murió. ¡Un juguete marrón entre las cenizas y la tierra!

¡Y así comenzó el milagro!

—Nosotros lo vimos. Lo dimos vuelta, lo miramos, y había muerto... No nos llamó la atención en ese momento, pues había muchos japoneses muertos por allí. Y muchos de los nuestros también yacían en los alrededores. Dejamos a los otros donde estaban. En ese momento teníamos mucho que hacer. Esa noche llovió como todos los demonios.

Y Novak pasó al lado de su propio japonesito... El segundo día el sol era abrasador. Volvió a llover torrencialmente, y el agua caía en la negra y aceitosa tierra.

—La próxima vez que miré —dijo Novak—, vi un poco de verdor.

Volvió a examinar al japonés. Vió el brazo estirado e hinchado, y pasto verde entre los dedos.

Sol y lluvia...; el fenómeno químico a través de las horas. La maravilla del calor y del agua. John Novak fué y miró. Y esto era pasto y estaba creciendo alto, extendiéndose, color esmeralda entre los hinchados dedos, donde la carne estaba todavía fresca para que ciertos gusanos se alimentaran.

Y así germinaba el pasto... Con los pájaros y sus cánticos místicos en la selva mojada que los rodeaba...

—No lo creerá usted, señor Stephenson. En cuatro días más, ese pasto estaba tan alto que cubría al japonés. Creció y creció. Ya no se lo podía ver tirado por allí. Usted no lo creerá, yo mismo casi no puedo creerlo. El pasto, simplemente, explotó. Las enredaderas pronto comenzaron a subir y aparecieron las flores. Así es como crece allí. Así es la vegetación. Es difícil hacerlo creer, aun cuando uno mismo haya estado allí.

XL

Cuatro mil dólares le prestaron a John Novak, el ex marinero, que tenía un Jardín de Infantes, que vendía plantas de lilas y cuyos ojos mostraban el verdor de las plantas.

John Novak llevó todos sus papeles, que estaban ordenados con método y limpieza en una caja de chocolates. Todas las cosas importantes de su vida, sus documentos, los guardaba en cajas de chocolates y luego las ataba con un piolín.

El tiempo pasaba; llenaron las fórmulas, los cuestionarios. Los detalles, que eran tan complicados y que infundían temor, cuando Al los explicaba eran simples...

El gobierno sería garante de la mitad del préstamo; dos mil dólares era el máximo. El banco tomaría a su cargo los otros dos mil, al cuatro por ciento.

—Esto queda sujeto —dijo Al— al visto bueno del gobierno. Estoy seguro de que lo obtendrá. Con seguridad lo conseguirá en cuanto a lo que a nosotros concierne. Yo en su caso, no me preocuparía; tal vez dentro de una semana, dos quizá, o aun más. De paso le haré una apuesta. ¿Fuma usted cigarros?

Y apostaron un cigarro. John Novak jugó contra su propia suerte. Se reía, pretendiendo creer que por un cigarro ningún administrador del gobierno creería conveniente garantizar un préstamo.

Al Stephenson sentíase orgulloso. Pensó en su padre, en un tiempo gerente del banco. Los préstamos de carácter especial... El inmigrante de ojos esperanzados que ganó el primero y difícil dólar de plata en otra comunidad. Y que hubiera querido enterrarlo, plantarlo en la tierra, y hacer más provechosa su cosecha.

Al oyó contar una vez a su padre que en cierta oportunidad había prestado mil dólares a un hombre con sólo su palabra. El pagaré se firmaría más adelante.

Sucedió que ese hombre murió esa misma noche, corneado por un toro. Los meses pasaron. Los hijos mozos de ese hombre vinieron al banco, entraron; se aproximaron. Dijeron su dificultoso discurso. Devolvieron los mil dólares con su interés al seis por ciento.

Tales operaciones bancarias, simples, resueltas cuando el aroma del trigo apenas cosechado estaba en el aire. Cuando las coloreadas manzanas estaban apiladas al borde del camino. Cuando el claro cielo brillaba sin nubarrones y los álamos recién crecidos eran la alegría. Y esto era así nuevamente. John Novak tenía en sus mejillas el color del sol de las praderas.

John le habló de sus flores... Los invernaderos. Sí. Vidrio. El sabía dónde podría encontrarlo y también los nuevos invernaderos. Y cañería para el agua, y otra bomba. De segunda mano, naturalmente, pero los caños eran buenos.

El pozo trabajaba bien, no gastaba mucho. Construiría también una nueva oficina, pequeña. Al lado del camino. Así los clientes no estarían pisoteando su terreno.

Le mostró fotografías.

—Aquí está el pequeño. Tiene seis años. No es lo suficientemente grande como para ayudarme mucho. Mi esposa, buena; aquí está ella; es fuerte, me ayuda mucho —así le habló a Stephenson—. ¡Venga por allí algún día! Ella le preparará *kolaches* iguales a los que hacía mi tía Violka.

Sus caras sonreían a través del negocio de baratijas. La mujer, de aspecto fuerte, limpia y alegre. Agradable como una ternera. El chico, un alegre novillito. Y Novak, nunca vil, como cualquier toro, ni brutal tampoco. Pero con calma y sólida gracia. La semejanza a un dios de crema, gordura y trigo, con toda la vegetación en sus ojos.

Cuando Novak se retiró, Al jurábase que olía a musgo y a flores de manzano.

No se mezcla musgo y flores de manzano cuando se llenan fórmulas como ésta. No debían aparecer tales detalles absurdos delante de otros hombres.

—¿Quién es el fiador de este préstamo? —preguntó el señor Prew, con su mirada vidriosa asaltando cada cifra y cada palabra que veía...

Y Steese vino a espiar. Ambos cloquearon. Había habido muchas cosas como ésa. Murmuraron; juntaron sus cabezas. Y entonces, con aire inquisidor, dolorido y desaprobatorio, vinieron a preguntarle a Stephenson:

—Pero, ¿quién es el fiador de este préstamo? ¡Cuatro mil dólares! ¡Dios mío, hombre! ¡Usted no puede hacer cosas como ésta!

—¿Fiador? —repitió Al ("pues, cebada y flores de manzano; suficiente para cualquiera; el mejor seguro del mundo". No dijo estas palabras en voz alta; las dijo para sí)—. Tiene usted dos mil dólares garantizados por el gobierno. ¿O cree que no he interpretado bien la Declaración de Derechos del Combatiente? Ellos garantizan la mitad del préstamo de los del tipo de Novak.

—Pero a discreción del prestamista —declaró Prew, con Steese a su lado, mirando con tristeza y astucia.

—Por Dios, hombre. ¡No sé qué dirá el directorio si continúa usted así! Dos mil, mitad del préstamo inseguro. Vamos a ver qué dice Latham. ¿Por qué no le pidió una hipoteca?

Al se contuvo. Tiró un papel.

—Fíjense —dijo—; para hombres como éste, una hipoteca es una desventaja. Creo que conozco a esta clase de clientes. Sé lo que valen. El firmó esto. ¿Ven? Está claro como el agua. Compromiso de no hipotecar hasta tanto no haya cancelado el préstamo totalmente.

Prew sonrió con amargura y Steese intentó una leve sonrisa.

—No, no —respondió Prew—. Este papel, mi amigo, este papel no garantiza el crédito; dos mil dólares. Supongamos que Novak muere. Supongamos que tiene dificultades con otros acreedores y que ellos entablan el juicio, obtienen la primacía y gravan la propiedad. Nosotros no tenemos una hipoteca. ¡No tenemos nada!

—Le he dicho —contestó Al, ásperamente— que no he pedido una hipoteca. Este préstamo está acordado, en lo que a mí concierne.

El resonar del metal se notaba en su voz:

—¿Soy o no soy el gerente de Préstamos Pequeños en este banco?

Steese se retiró, temeroso. Pero Prew quedóse, y sus ojos miraban, brillantes y duros.

—No sé qué dirá el directorio, pero cuando yo tenía su cargo usaba toda mi discreción en asuntos de esta naturaleza, y siempre consultaba antes de decidir.

La mirada fría y provocadora decía palabras más hirientes que las pronunciadas por los labios. La sombría censura de su tono.

Las palabras murmuradas de escritorio a escritorio y la enredadera de muchacha a muchacha. Los murmullos ahogados por el ruido de las máquinas de escribir o el de las palancas de las máquinas de sumar.

Las sonrisas y los comentarios:

—Hellen, ¿oíste lo que le decía Prew a Steese? Cuidado...; está mirando... El señor Stephenson. Está enojado. ¡Dios, no me gustaría que el viejo Prew me mirase así alguna vez en mi vida! Si las miradas mataran...

—¿Oíste lo que dijo?

Y así, Al se encontró nuevamente frente al escritorio de L.D.M.

Milton ordenó salir a su secretaria y le dijo que cerrase la puerta.

Golpeó con los dedos en el secante y comenzó:

—Mire, Alton; lo lamento, pero tengo que hablarle así nuevamente. Debo solicitarle que consulte con Prew en todas las operaciones como ésta.

Apretó un botón.

—Le voy a decir a Prew que aprobaré este préstamo, por esta vez. Ese para el señor Novak, que usted concedió el lunes pasado. Pero en el futuro...

Prew entró. Y Latham encontró algo que consultar, para poder oír lo que dirían en ese cuarto.

Milton apretó otro botón.

Apareció Steese.

—Ahora, todos ustedes —dijo Milton, sonriendo con frialdad— hagan el favor de escuchar. Esto es cosa de chicos. No podemos tener tanta desarmonía y malos entendidos... Quiero que comprendan que el señor Stephenson tiene amplia discreción en cuanto al otorgamiento de préstamos por pequeñas cantidades. Hasta dos mil dólares. Nada más que eso. Y sólo será responsable ante nuestro directorio, y no recibirá aprobación en cuanto a sumas mayores, sin la completa aprobación de otro alto empleado de su categoría.

Dijo algo más. Pronunció la cansadora historia de:

"Arrimar todos el hombro a la rueda para que marche y..."

Cuando todos los otros hubieron salido quedó Stephenson, de pie, indignado.

—Y, Alton, "Los Derechos del Combatiente" no autorizan a cualquier empleado de banco a conceder una jubilación o a distribuir libremente los fondos a todo aquel que los solicite.

—Dos mil dólares —dijo Al, pasándose la lengua por los resecos labios—. Y bien, éste es el caso de un hombre, un trabajador honesto, con una propiedad, ambición, familia; un sólido ciudadano. Uno lo llamaría la columna vertebral de la nación. Por cosas como ésa vamos a luchar. Le dan a uno un par de galones. Recibe un balazo en la cadera. Le sacan un trozo de hueso. Ha terminado, está a salvo. Un riesgo sólido. Si tal cosa puede ocurrir, todo lo que recibo son críticas por querer impulsar la ambición de un hombre como ése.

Este era un momento difícil en la vida de L. D. Milton. Tendría que enfrentar al directorio. Y decirles que Prew había tenido razón. ¡Y que él, únicamente él, el presidente, se había equivocado!

"Necesitamos a alguien joven, que haya visto mundo; la guerra lo ha hecho muy tolerante..."

"Es usted, no Steese...", le había dicho a Stephenson.

—Lo lamento, Alton, pero no puedo permitir cosas como ésta. Usted parece opinar que todo hombre que ha luchado en esta guerra es mejor que quien no ha combatido. Y que merece mejor trato y un mayor beneficio. Y...

Al Stephenson miró insistentemente a Milton.

—Sí, así lo creo —contestó—; ésa es mi forma de pensar.

—¿Ah, sí?, pues en el futuro haga el favor de obtener un fiador para nuestros préstamos —dijo Milton, tan enojado como Al.

Y de pronto, sin el menor deseo de prolongar una conferencia:

—¡Consiga fiador para cada préstamo!

XLI

Día tras día, o de tiempo en tiempo, Fred Derry, ex teniente primero, ex bombardero del grupo 3-0-5º, ex altivo, ardiente y peligroso soldado, y ahora condenado a un desesperante servilismo, perseguía a posibles patrones.

El primero fué un trabajo de guerra... Lo subieron a una máquina. Le enseñaron el manejo de las palancas y el de los controles. Se compró ropa azul adecuada y una gorra. Sintióse completamente aislado de la existencia. No formaba parte de este estúpido mundo donde las mujeres negras hacían su trabajo mucho mejor que él el suyo.

Trabajó dos días. La segunda noche unos hombres lo esperaban a la salida.

—Escucha, compañero; queremos hablarte.

Le hablaron y le dijeron lo que deseaban.

—¡Váyanse al diablo! —les contestó Fred—; es un trabajo legal. Lo conseguí el martes. Está en regla. Nunca conseguirán sacarme esos cuarenta dólares.

Se alejó, oyéndolos murmurar detrás de él. Tenía miedo. Percibió pasos acelerados. Y luego un vistoso coche verde y blanco. Un pequeño Ford con varios oficiales apareció al doblar la esquina. Los hombres que lo seguían se aquietaron. Los vió caminar con afectada despreocupación y entrar en un fondín de la esquina. Los hombres detrás de los hombres, y detrás de los hombres venían las pistolas.

Al día siguiente, Gus, el capataz, se encontró con Fred en el lavatorio y se aproximó a él.

—Escucha —dijo Gus—, me resultas simpático y no quiero verte enredado en líos, ¿sabes? Ya sé lo que quieren. Es mejor que les pagues los cuarenta dólares. No me preguntes cómo lo sé. No me interesa. Tú puedes ganártelos trabajando fuera de hora. Trabajarás horas extras la semana que viene y te los ganarás.

—Gracias, Gus —le contestó Derry—. Pero creo que es todo lo que deseaba saber. ¡Hasta luego!

Colgó su ropa en el armario. Cobró su dinero. Y otra vez estaba libre.

¿Trabajo de oficina? ¡Ah!, aquí estaba: un hombre editaba una revista, *Alas del Oeste*. Lo llamó; una revista de aviación. Habló con Derry. Bueno, lo probaría... Gente con experiencia..., difícil conseguirla. Y esta vez, tres días más. Fred Derry clasificaba fotografías, y metros y metros de pruebas. La oficina, sofocante y cerrada. Un nombre nuevo sobre la puerta.

Y una vieja señora, renga, para atender el teléfono.

—*Alas del Oeste* —dijo Fred—. Suena a fantasía. Como una revista de novelas. Estuve pensando en eso, Mr. Heath. ¿Por qué no cambia el título? Llámela *La era Alada*, o algo parecido; ¿qué opina usted?

—Usted piensa demasiado —le contestó Mr. Heath—. ¡Cuando desee sus consejos se lo comunicaré! ¡Ah!, y otra cosa: sufro mucho a consecuencia de los resfríos. Soy muy alérgico. No puedo soportar el humo del tabaco. Debe dejar de fumar mientras trabaje aquí.

"Maldición, ¡qué genio! —se dijo Derry—. Conozco uno mejor. ¿Por qué no me voy de aquí?"

XLII

"¿Contador? No. Yo no sé llevar las cuentas de nadie.

"¿Diseñador aeronáutico?... ¿Qué es un recibidor, un cojinete, un comprador, un carnicero, un contador?

"¿Por qué no ser entonces joyero, pinche de cocina, lustrador de muebles, operador de tornos, tintorero o tipógrafo?

"¿Podré hacer creer que soy cerrajero?

"(El amor se ha burlado de mí).

"Empleado de hotel, linotipista, o simplemente haré ver que soy un Hombre."

Hombre experto, que tenga auto, se necesita. Hombre con camión. Hombre de cuarenta y cinco a cincuenta años de edad. Hombre que tenga interés en aprender la industria de la madera: ¡Gran oportunidad!

Hombre para repartir la ropa de un lavadero...

"¿Lavará la ropa la abuela y la arrastrará por las calles adelante?

"¿Quiénes son los ninfomaniáticos que exclaman:

"—¡Un hombre! ¡Daría yo mi reino por un hombre!

"Entonces seré embalador, despachante de aduana o empaquetador.

"¡Dime qué quieres ser!"

"Oh, enlaza tus piernas,
Enlaza tus piernas,
Oh, enlaza tus piernas en el Hombre de la Luna.
Quisiera que todas las Wacs fueran blancos conejillos
Y yo poder enseñarles malas costumbres."

Recordaba la melodía con una tristeza que tenía pesado eco dentro de su alma.

"Un trago, una muchacha; las horquillas desparramadas sobre la sábana marcaron la piel.

"¿Y dónde están los cien dólares del Tío?

"¡Aquí están!

"Romperé el sobre y cobraré el cheque, pagaré la cuenta del hotel. Compraré una botella y los regalos. Iré a ver a Hortensia y a mi padre.

"Les llevaré maíz salado y ginebra, y lo dejaré ahí, sin llevarme nada, y me iré con pocas ganas de volver a pisar el lugar.

"Con buena suerte alcanzarán la costa de Limey...

"Acuéstate y lee. Lee novelas policiales y olvida los muchos libros que debieras leer.

"Acuéstate en el suelo cuando llegue Homer, cédele la cama, y déjalo murmurar y roncar.

"Me acostaré sobre el piso y oiré cómo sopla el caluroso viento y cómo hace mover las cortinas.

"El viento cuenta historias amargas al soplar sobre los techos oxidados.

"Homer, bañado en sudor... soñaba con torpedos, y cómo, cual pescados de lata, lo perseguían...

"¿Otro Homer? Hace tiempo, en el colegio, aquel busto de los grandes ojos ciegos y cabellos de mármol".

Y entonces recordaba la *Odisea* de Homero.

El lúgubre reportaje y las palabras del periodista:

Todos los demás aviones fueron derribados.

Es una tarde de octubre, dos fortalezas averiadas regresan a su base. La gente maldice mirando al cielo con ávida mirada.

Rojas, muy rojas son las llamaradas.

Los "17" están aterrizando.

El humo se escapa desde los alerones y deja estelas largas tras ellos.

"¡Esos bastardos tuvieron suerte hoy!"

Así dijo Homer, que era uno de los dos pilotos.

"¡Nunca he visto tantos cañones antiaéreos juntos!"

"Con mis claros ojos nunca he visto tantos combatientes ni precipitarse tantos aviones".

—¡Sí! ¡Nosotros dos hemos regresado, pero todos los otros aviones fueron derribados!

XLIII

Hizo todos los trámites necesarios; llenó formularios, llevó sus documentos, sentóse delante de cuatro escritorios distintos, contó su historia, contestó preguntas...

Y ya estaba harto de todo eso. La Administración de Veteranos; el Servicio de Empleados de los Estados Unidos. La gente le hablaba; su nombre estaba escrito a máquina en los expedientes y con tinta en los ordenados ficheros. En su interminable recorrer de escritorios y oficinas no encontró malhumor ni aburrimiento comparables al suyo.

Más tarde, en el lecho, volvió a recordar los rostros que había visto; la cara mofletuda del hombre de la risa sonora, el que había perdido una pierna en el Marne, hacía ya veintisiete años; el rostro bonachón, la faz cansada, de mártir, del hombre que cargaba sobre sus espaldas y su corazón todos los males de sus clientes y que hacía todo lo posible para aliviarlos.

Su misma paciencia tenía ya harto a Fred; la blanca humildad de las monjas que cuidaban de los pequeños llorosos en el Asilo de Huérfanos de Guerra, pero que de todos modos no podían hacer nada por él, porque la deformidad no estaba én su exterior, sino que también estaba dentro del alma.

—Veamos lo que tiene que decir Tío... Veamos este párrafo, el número siete..., en este folleto.

—Usted quiere la asistencia de un psiquiatra, pero, de todos modos, si yo fuera usted, no me preocuparía más por este asunto.

—Veamos ahora..., ¿dependiente en un negocio donde se embalsaman animales?... ¿Crees tú que te gustaría ayudar a embalsamar?

Le ofrecieron cigarrillos; un día fué con dos de ellos a almorzar y hablaron de la guerra.

Uno de ellos había volado muchos años antes y conoció a Spaatz cuando éste no era más que mayor. Conoció también a Arnold, pero no a Benedict ni a Hap.

Contaron sus historias; hablaron de sus parientes...

Uno había vivido a dos cuadras de la casa de Derry, pero ninguno de ellos, a pesar de todos sus esfuerzos, pudo hacer nada por él.

Le dijeron:

—Es usted una persona muy difícil. ¿Por qué no va a la escuela?

—¿Con un montón de chicos? — preguntó Derry —. Lo siento, pero ya no estoy para eso. Terminé con la escuela cuando me preparé para la lucha. Estoy seguro de que no me sentiré cómodo entre ellos. No soy un tipo muy fraternal.

Hicieron lo posible por convencerlo, pero no lo consiguieron.

Día tras día, y de un sitio para otro, caminó Fred Derry.

Estuvo en distintos lugares y nadie lo rechazó, ni lo tuvieron por descontento ni caprichoso (él sabía que tenía todos esos defectos y se azotaba a sí mismo con el blando látigo de la comprensión).

Sentía que se estaba endureciendo interiormente y que semana tras semana se entristecía.

No había visto en Boone, ni en todo el ancho, suave y tibio mundo civilizado, lugar alguno donde pudiera colgar sus condecoraciones.

Veía un aviso en todas las puertas, que decía en grandes letras negras:

"NO SE ACEPTAN BOMBARDEROS."

Y pensando cosas como ésa, sentía siempre — penitente de apretados labios — los golpes del látigo con que él castigaba su carne.

Por eso pasaba sus noches en los bares.

Cada vez le importaba menos el alcohol. Había encontrado aceptable beber durante la guerra, pues le hacía olvidar, pero ya en casa no era lo mismo.

Fred hizo sonar sus monedas en el mostrador. Un mozo le trajo una nota escrita en un trozo de menú.

—Una dama, en el comedor, me dijo que le diera esto.

Leyó las líneas escritas apresuradamente con una letra que no conocía.

"Lo vi en el vestíbulo cuando entramos. ¿Dónde ha estado? Estoy con un hombre que es bueno conmigo, pero yo lo amo a usted. El salió a comprar cigarrillos... ¡Oh..., pero aquí viene...!"

Y firmaba: "P. S."

—¿Quién es "P. S."?

Caminó hacia el comedor y vió sentada a Peggy con un marino, de los submarinos esta vez. Brillaba más hermosa y llena de vida que todas las cortesanas de la historia. Con su cabello dorado era la mujer que todo hombre desea; la madre que lo conforta, la enfermera que lo cuida, la hermana que le habla de la Luz y que le hace sentir una Paz y una Voz.

Volvió al vestíbulo y le mandó una nota, diciéndole que la aguardaba junto al ascensor, que fuera cuando pudiese.

La esperó preocupado y nervioso. Las diez de la noche. Por fin llegó ella. Subieron a la terraza sin decirse nada, con las manos unidas.

—¿Quién es el marino que estaba contigo? — preguntó Fred.

—Es Marty Warren; lo conocí en la escuela... Y qué pícaro es el pequeño Marty ahora... Tengo las nalgas marcadas con sus pellizcos y ya estoy cansada de estar sentada de costado en la silla.

—Te llevaré a tu casa — dijo Fred.

—No, cielos, no; habrá una escena y Marty está bastante mareado. No, no te preocupes..., ladra, pero no muerde.

Caminaron por la terraza. Antes había un jardín en ese lugar, pero ya no estaba. Se apoyaron en el parapeto, tratando de divisar el campo, más allá de la ciudad.

Sintiendo sobre ellos la luz de la luna se abrazaron y sus bocas se unieron.

Todos los deseos vivían en Fred y todas las respuestas estaban en la muchacha.

El la apartó y, tratando de reír, le dijo:

—¡Créeme, esto nunca podrá ser!

—¡Oh, Fred querido, besémonos una vez más!

Se besaron nuevamente: esa "una vez más" fué larga. Cuando se separaron estaban al borde del llanto.

—Pero, ¿qué ocurre? — sollozó la muchacha —; debes decírmelo. ¿Qué pasa contigo o conmigo? No has venido a verme; no te he vuelto a ver desde aquel día.

Su rostro y su voz hacían daño...

—No es tan lejos — dijo ella —, alrededor de cinco millas. El cartel dice Cherry Hill. Puedo poner otro cartel con mi nombre..., y puedo dejar caer pedazos de papel para que te sirvan de guía... — y su voz sonaba agria, con una risa amarga, mientras le indicaba el camino:

—Al oeste, Grand, y tomas el Highway "17". Allí hay una curva y el puente después.

Describió el camino y lo imprimió en el blanco papel de la noche, e hizo indeleble el mapa con las lágrimas que no debía derramar.

Fred tomó su mano y vió la luz de la luna sobre ella, brillando en la piedra de su anillo, que parecía hecho con el mismo metal de que estaba hecha la muchacha. La luna arrancaba a la piedra destellos que le lastimaban la vista.

El murmuró:

—Escúchame, debes tener más dignidad y hacer más difícil tu conquista.

—No, no quiero — dijo ella —. Déjémonos de tonterías y artimañas. El mundo ha cambiado y estoy harta ya de temer a cosas como ésta.

El se detuvo un momento, como buscando las palabras que debía decir.

Trató de encontrar en sí mismo una honestidad como la de ella. Con frases entrecortadas habló de su egoísmo, de todas las enfermedades morales que lo infectaban.

—¡Oh, Cristo — dijo —, cuando volví todo estaba cambiado! Nuestra pobreza, nuestra rudeza, me vencieron. La tristeza, la ignorancia, porque yo soy triste e ignorante; pero éste es el hogar en que me crié, la clase de gente que éramos. En Inglaterra, bueno, allí llevábamos una clase de vida diferente... Fué la primera vez en mi vida que pude hacer todas las cosas que siempre había soñado hacer. Nos pagaban bien. Tuve algunos amigos ingleses y anduve con ellos por Londres.

"Después perdí todo mi dinero. Tú no sabes lo que eso significa, porque has tenido siempre lo que has querido: ropa, una casa decente... No, no digas nada. Yo sé lo que quieres decir, que hay miles de personas que no tienen un chelín, y que a pesar de ello conservan sanas sus almas. Muy bien por ellas; pero yo...

"Mi padre y su segunda esposa me hacen sentir solo a pesar de estar junto a ellos, y esto no me ocurre solamente a mí; a ellos les pasa lo mismo; están conmigo y se sienten tan incómodos como yo.

"En cuanto a la muchacha con la que me casé, tal vez algún día me vea libre de ella... Le di dinero y le ordené buscar un abogado para terminar con todo. Tal vez ya lo haya hecho. No sé nada al respecto."

Se volvió y miró el resplandor de los carteles luminosos. Peggy lo siguió hasta el parapeto... Fred volvióse nuevamente hacia ella.

—Es tan confusa la forma en que hablo, Peggy; no sé adónde voy ni cómo voy a vivir, ni qué voy a hacer... Estoy loco por ti, daría la vida por que esto fuera posible... Pero no tengo trabajo, nunca aprendí a hacer nada, excepto a arrojar bombas.

"Conozco un bombardero como la palma de mi mano, pero, ¿de qué me sirve aquí?

"Volví a mi empleo anterior, pero tuve que abandonarlo. Intenté hacer algunas otras cosas y no conseguí nada.

"Me iré de aquí, no sé adónde. No puedo pedirte que vengas conmigo. No sé adónde iré, ni cómo voy a vivir, ni qué comeré, ni siquiera sé si comeré.

"No puedo volver a la guerra. La paz está cercana y, además, ¡esos malditos médicos! Esos diagnósticos que ellos hacen, tú sabes; que mis reflejos no están bien...; que nunca más podré bombardear...

"¡Están locos! Todavía puedo bombarbear cualquier blanco y colocar una carga de bombas donde quiera. Pero, ¡no, no, no! ¡Tienen razón, ya no sirvo para nada!"

Se inclinó y la besó. Las mejillas de Peggy estaban húmedas.

—Antes de que te vayas quiero que me prometas que alguna vez volverás a verme. Si algo ocurre, cualquier cosa que cambie tus planes, que te haga sentir en forma diferente, ¿volverás?

—Seguramente — murmuró él —. Bueno, bajemos y veamos si se ha sumergido el submarino.

Pero el teniente Warren no se había sumergido. Los aguardaba al lado de la puerta llena de gente. Y se alejó con la muchacha mirando a Fred.

XLIV

Dios encendió sus fuegos de artificio en el cielo. Los truenos estallaron como cañonazos y las nubes se partieron dejando caer el agua a torrentes; las lluvias de julio lavaron las desiertas calles de la ciudad de Boone.

La gente que poco antes estaba sentada en los vestíbulos de sus casas entró presurosa para no mojarse.

Los programas de radio resonaban aburridamente a pesar de la tormenta de verano. Evocaban ecos marciales. Jefferson. *The Yankee Doodle;* ¡era el Día de la Independencia!

Y los padres narraban a sus hijos cómo festejaban el Día de la Independencia cuando eran niños.

Homer Wermels se aburría en la entrada de su casa. Tomó una aspirina. Al fin, cansado, entró. La casa estaba tranquila. La radio se oía suavemente, olvidada. Toda su familia había salido y Homer estaba solo en el Día de la Independencia. Los truenos resonaban, el cielo estaba gris y los árboles mecían sus húmedas copas.

A las cuatro de la tarde salió nuevamente al vestíbulo. En ese momento vió agitarse en la puerta de la casa vecina una brillante cabellera.

Vaciló, pero de pronto decidióse y fué hasta allí. Hacía dos semanas que no iba y ahora que estaba sobrio podía ir.

Tal vez no dijera cosas amargas; tal vez los demonios que anidaban en su alma no desataran la lengua nuevamente.

Fué. La quería mucho; no para casarse con ella; no estaba preparado para eso. La deformidad de su cuerpo había impedido que su mente madurara.

Pero sentíase cómodo en su compañía, quería que ella fuera su guía, ahora que se arrastraba por un planeta solitario, sólo él también...

Ansiaba la presencia de Wilma Jacobson más que ninguna otra paz ni promesa que pudiera desear.

La lluvia humedeció sus cabellos. Las nubes se espesaban en el cielo plomizo. Era un día para recordar a los valientes que lucharon sin saber que se convertirían en héroes legendarios. Sus rebeldes corazones condenados a ser venerados como santos; vestidos de encaje para adornos de los calendarios, confundidos con Jesús, ¡llamados Conservadores!

Era un día para venerar a Valley Forge y a Paul Revere; para dejar huellas sangrientas sobre una nieve imaginaria; para que resonaran fervientes campanas en Filadelfia; para morir en la cubierta del *John Paul Jones*.

El día lluvioso en que Homer Wermels fué a la puerta de la casa de los Jacobson. Un día húmedo; un día cálido; era julio y no había nieve para dejar sus huellas sangrientas en ella.

Ascendió los escalones y abrió la puerta. La miró y ella sonrió. Le pareció que se había sobresaltado y vió que dejaba un libro a un lado, debajo de una almohada. Había otros libros más, dispersos a su alrededor.

—Hola —dijo Homer.

—Hola —contestó ella.

El dijo:

—Está lloviendo tanto y... Sí, mi familia ha salido, fueron a visitar a mi tío Ole. ¡Espero que no se estén mojando ahora!

Cada vez llovía con más fuerza.

—¿Qué lees? —preguntó Homer.

—Nada —el rostro de ella estaba pálido—. Nada, Homer — su voz haciase más y más tensa.

El se acercó y vió un libro sobre la mesa. Leyó el título:

"ESTUDIO SOBRE LA..."

—¿Estás leyendo...? ¡Tú! ¿Leyendo esto?

—No, no, Homer, de verdad. Es un libro que tenía y...

El acercóse y ella retrocedió; no iba a pegarle; sin embargo, ella se retiraba temblando como si lo creyera.

Tomó el libro que ella había ocultado debajo de la almohada:

"EL CEREBRO DESDE EL MONO HASTA EL HOMBRE".

—¿Tú, leyendo libros como éstos? Ataxia locomotriz... Entonces, ¿crees...?

Aspiró aire como si se tratara de un gas letal.

—"El cerebro desde el mono hasta el hombre". Entonces, ¿eso es lo que crees de mí? Una especie de mono, ¿verdad? ¡Vete al infierno! Me imagino lo que estarás divirtiéndote; sigue leyendo... ¡Sigue, sigue divirtiéndote!

Ella no dijo una sola palabra; no pudo decir nada. Sólo había vivido dieciocho años y tan pocos años no le habían enseñado lo que debía decir en parecidas circunstancias. Ocultó su cabeza en los almohadones; no era agradable cuando lloraba; no sollozaba suavemente, chillaba.

El sentía que en ese momento la odiaba. Al fin ella levantó su rostro pálido, surcado por las lágrimas, y gritó:

—¡Oh, vete! ¡Por Dios! ¿Por qué no te vas?

Y él se fué, vacilando, arrastrándose, hasta la puerta de su casa. Sapos y culebras salían de su boca a cada palabra que mascullaba.

Tomó su impermeable y trató de llamar un taxi por teléfono, pero no había ninguno desocupado.

Y se arrastró por la calle, olvidando al fin su impermeable, mientras en el cielo, al que se habían ido empolvados Jefferson, Wáshington y John Paul Jones, seguían resonando los truenos.

XLV

La carta fué arrojada. Derry puso sus dedos sobre ella y esperó medio segundo, rezando. Tenía un *jack* y un cuatro. Levantó la esquina de la carta.

"Un seis", pensó primero, porque lo vió al revés. Pero no, era un nueve. Nueve y catorce eran veintitrés.

—Perdí —dijo con voz sin expresión. Y se llevaron las dos fichas azules.

Fred Derry contó su pequeño capital. De diez dólares le quedaban cuatro. "Voy a arriesgarlos todos juntos. No, mejor jugaré dos y así tendré otra oportunidad".

Y entonces tuvo una idea. Vió el *jack* y deslizó ansiosamente las cuatro fichas. Esperó. La gente a su derecha servía cartas y uno bajó pares dobles. Derry miraba: ese hombre había ganado las dos manos. Algunas personas tenían suerte; la suerte que él no tenía esa noche.

Miró sus cartas: un diez y un dos. Pidió otra carta; una reina, y volvió a perder...

Fred escuchó los murmullos... El hombre que estaba ganando decía:

—¡Hay días en los que uno no gana un centavo! — y lo decía cada vez que ganaba; con tres montones de fichas delante de sí.

Lo bueno de este mundo no había sido hecho para que Fred lo gozara. Había tenido suerte el año anterior y el otro.

Estaba vivo. Había vuelto a Boone. Había vuelto, ¿para qué?

Había vuelto a las Midway Drugs; y todas las monedas ganadas por otras manos, por otros hombres, convertidas en billetes de un dólar, de diez y de cinco, todos los días, a las diez. El debía custodiar el dinero que era trasladado al Cornbelt Bank, con su revólver, un viejo "38", pequeño, mísero, pero que aun podía matar a un hombre como un fusil alemán sabía hacerlo. A veces deseaba que le perteneciera todo ese dinero.

Y cada sábado, Fred cobraba sus treinta y siete dólares con cincuenta centavos.

Fred divagaba... Sí, el alquiler estaba pago; faltaba el lavado, llamadas telefónicas y varias tonterías más. Tenía pago hasta el sábado y estaban a miércoles. Podía arriesgar veintisiete dólares; toda su riqueza en el mundo. Y tratar de recuperar lo perdido...

Pero no... Tenía que comer.

Los charcos negros reflejaban las luces en la superficie. Todavía se percibía el lejano murmullo de la tormenta que se avecinaba. Más fuegos artificiales del cielo, en el Día de la Independencia.

Fred llegó a su casa, cruzó el vestíbulo de baldosas grasientas y pidió al portero la llave de su habitación.

—Mr. Derry. Ahí está un hombre... —señaló. El hombre que aguardaba se levantó.

—¿Usted es Fred Derry?

—Sí.

—¡Aquí tengo algo para usted!

El hombre puso un papel en su mano y se alejó.

—Lo siento —murmuró el portero—, espero que no sea una mala noticia...

Fred desplegó el papel y leyó.

El mundo pareció iluminarse con una nueva luz a su alrededor. Era tan simple... el proceso de la ley...

—Oh... —exclamó el portero—, ¿no es una mala noticia?

—Me voy a divorciar. Mejor dicho, ella se va a divorciar —las palabras se agolpaban en su garganta y pugnaban por salir. El no intentaba detenerlas.

—Dice que si no me presento ante la Corte seré juzgado en ausencia y le concederán el divorcio. Y yo no me voy a presentar.

Cruzó de nuevo el vestíbulo, sintiéndose liberado.

El aire, afuera, era como un tónico con gusto a nuez moscada. Sentía el sabor del jengibre de sus años juveniles y lo saboreaba con alegría.

"Me siento más libre que antes; me siento libre para algo grande y bueno. Tengo que hablar con Peggy. Estoy mareado, pero eso no importa. Falta poco para las nueve. Hay tiempo. Iré hasta allí".

Se movía como si sus pies fueran de



goma, como si tuviera resortes en los talones, como si hubiera dejado de ser la mísera rata, como si fuera un venado, y sentía los relámpagos que estremecían el cielo.

Encontró un coche y dirigióse al oeste. El conductor le hablaba del tiempo, pero Fred no se sentía con ganas de conversar, aunque, de todos modos, sonreía.

Tenía la sensación de un amanecer. Pero qué amanecer, si él no tenía trabajo; quizás obtuviera alguno, sin embargo. Nervioso, loco, sonriéndose a sí mismo, sintiendo que los truenos eran un aplauso para su alegre locura. Así hizo el viaje.

Sabía el camino. El mapa que ella había trazado estaba en su corazón. Tantas cosas lo habían detenido: miedo, vergüenza, duda, sospecha. Y ahora, en éxtasis, habíase liberado de ellas y había dicho al conductor adónde debía ir.

—Al oeste de Grand. Cruce el puente de Elk Creek. En Highway "17" doble a la derecha.

—Seguro —dijo el conductor—, ése es el camino para ir a Highland.

—Sí, el camino a Avalón. Debe doblar nuevamente a la derecha, seguir la ruta del río y sobre la colina, el primer lugar a la izquierda. Hay un indicador.

Una chapa colgante como la de cualquier posada en Bedfordshire. El conductor se detuvo. Caían gotas de los árboles y todavía brillaban los relámpagos en las colinas del oeste.

—Dos con veinticinco.

Fred Derry pagó, y le dió al chofer treinta centavos, aunque hubiera deseado darle más.

El taxi se alejó.

Fred no sabía cómo volverse a su casa. Quizá (y se sonreía ante su presunción) ella lo condujera. Crujió la grava del camino bajo sus pies, y entonces vió los autos; negros, marrones, grises, verdes; de distintas carrocerías...

La casa estaba vestida de luces. Fred podía escuchar la música —Artie Shaw—; reconocía el estilo.

Se detuvo y sintió que todo su entusiasmo desaparecía lentamente. Claras, las ventanas esparcían su brillo y había perfume de verano por todas partes. Y aun brillaba en el vestíbulo. ¿Más invitados?

"Oh, esperen, por favor, esperen; no es ella, es su familia la que tiene invitados".

"McDuff" apareció, gruñendo, con su pelo húmedo.

Derry lo llamó; el perro se acercó agitando la cola y dejó impresas sus patas en el pantalón de Fred. Siguió al perro y detrás de él aproximóse a la casa.

No habían corrido las cortinas en las ventanas. No ocultaban su alegría a los buhos ni a las ratas que espiaban desde la oscuridad.

Derry se detuvo a mirar los pañuelos de encaje, los trajes brillantes, y a escuchar la risa que resonaba en el salón.

Se sentía como un vagabundo, como un mendigo, ahí, de pie, estrujando entre las manos su sombrero.

Las ventanas, abiertas de par en par, resplandecían de vida y de luz...

El salón, con todas las arañas encendidas y los jarrones llenos de flores. Las mujeres hermosas y las parejas que dan-



zaban, los hombres que bebían; uniformes y algunos trajes civiles. Vió también un rojo pañuelo de *chiffon*, que una muchacha llevaba en la mano, y oyó ruido de conversaciones.

Gente segura de sí misma, que nunca tendría dificultades.

Fred, sintiendo que perturbaba la escena con su presencia, se introdujo en la casa, en medio de ese ambiente que ya había visto anteriormente en las revistas.

El mismo ambiente, pero adaptado a Boone; no tan elegante como en Newport, ni como en esas grandes ciudades lejanas acerca de las cuales había leído; pero, a pesar de eso, esencia de la vida a la que él nunca tendría derecho, ya que su abuela había lavado la ropa para esa misma gente.

Al fin vió a la muchacha, que había acudido a indagar; oyó sus pasos y la dulzura de su voz, pero ella nunca podría ser suya, pues él no poseía dinero, ni seguridad alguna.

"McDuff" seguía olfateando. Fred se volvió, levantóse el cuello del saco. Encontró el camino. Las luces quedaron atrás y el pequeño perrito también.

A zancadas, contra el viento impregnado por el perfume de las plantas, caminó una milla; sus zapatos húmedos, llenos de lodo. Llegó al asfalto y tomó la ruta por la cual había venido.

No habría ahora ningún taxi que lo llevara. Caminó otra milla. Allí subió a un carro y fué hasta la Cuarenta y Seis y Kiowa; esperó en la esquina hasta que llegó un ómnibus, y mientras viajaba, pensó:

"Quisiera que esa gente que se divierte en Cherry Hill pudiera ver a la gente en Flight Lieutenant Grace; al viejo mayordomo con sus cabellos plateados, al mariscal Ackerson y a todos los demás, la pequeña condesa, la estrella del teatro.

"Oh, cómo quisiera que nos hubieran visto debajo de las mesas cuando venían los bombarderos. ¡Por Dios! Una vez he vivido..."

Y así trataba de desahogarse contra la única muchacha a quien una vez había amado, aunque en verdad no lo sintiera así. No podía odiarla, ni corregir sus defectos, que lo impulsaban a una envidia amarga. Sólo odiaba su falta de carácter, porque había estado tan cerca de ella y sin embargo había huido atemorizado.

Por fin hallóse en su cuarto, donde su espíritu atribulado pudo descansar y su cuerpo lavarse. Limpió los zapatos, los puso a secar y vió la ruina del traje que usaba.

Apagó la luz, abrió la ventana de par en par y nuevamente oyó el agua que corría por la canaleta.

Estaba tan nervioso que le parecía que nunca había dormido. Y la cólera explotaba en su cerebro espantando los pensamientos agradables que se le ocurrían.

Se durmió. En el refugio del sueño volvió a vivir dos años atrás, en el pasado. Estaba en el frente, en el cuartel; volvió a verse con máscara y uniforme de vuelo, con el paracaídas. Y nuevamente volvió a apuntar. A dejar caer las bombas. Volvió a sentir el misterio de la desaparición de tantas personas amadas.

XLVI

"Muy alto, en el aire. Más alto que nadie; diez hombres entrenados, preparados para bombardear; diez hombres envueltos en duro metal. Otro bombardero de la Fuerza Aérea, secretos los números del escuadrón y de la posición. Los fusiles...

"Primera interrupción; faltaba la alimentación (algo se incendiaba. ¿Te quemas tú, Bailey?). Alguna pieza rota, falta de municiones, falta de esto o de aquello; algo que fallaba o que se rompía; el acero fuerte; que antes nunca se había roto y que ahora se quebraba.

"Y ninguno fallaba, ni tú ni ninguno de los otros.

"Nadie de vuelta a la base. Ni ninguno que los sustituyera ni nadie que les deseara la victoria. Ni el hombre ni la mujer que en los Estados Unidos habían construído las piezas para el fusil (¿era tu paracaídas el que se incendiaba?).

"Yo te diré cómo sucedió, tal como los otros ojos del escuadrón lo vieron, aunque realmente, joven Bailey, poco fué lo que pude ver, porque tenía demasiado que hacer.

"Todavía volaban en perfecta formación, cerca de las puntas de las alas de los otros. El bombardeo ya había terminado y docenas de fogatas aparecían debajo de nosotros.

"Entonces se volvieron: diez soldados, los vivos y los muertos, con cuatro máquinas dormidas, y una de ellas dejando una estela de llamas (¿fuiste tú quien se quemó? Y si no fuiste tú, ¿quién fué).

"Te quedaste envuelto en llamas, mientras los demás se marchaban, manteniendo la formación. Volvieron antes de que el "B-17" terminara de caer.

"Era tu paracaídas el que se incendiaba. (¡oh, Bailey, muchacho!).

"Uno de vosotros se estrelló contra el suelo; siete paracaídas blancos, gloria de la mañana (lirios de Francia el Cuatro de Julio, sobre Nantes, la pobre. ¡Oh, lirios de Francia! ¡Oh, prisioneros tristes tragando amargas lágrimas!).

"Los paracaídas eran glorias de la mañana. Pero uno estaba quemándose, una pequeña llama estaba devorando la tela de seda.

"¿Quién era el que no había esperado lo suficiente?

"¿Quién era el que había movido su mano demasiado ansiosamente?

"¿Quién era el que había tirado de la anilla demasiado pronto y había hecho que se abriera antes de tiempo y besara el fuego?

"El paracaídas de alguien era como una rosa roja; ¡el paracaídas de alguien y su vida caían confundidos sobre Nantes, desde los veintidós mil pies de altura!

"Seis de vosotros, fijos, volando y hamacándose durante todo el descenso de las cuatro millas hasta el suelo.

"(Bailey, ¿quién se quemó?).

"Esta es la forma en que yo siempre te recuerdo, caminando rápido y desenvuelto.

"Esta es la forma en que siempre te veré, con tu rostro rudo, con la boca fruncida y tu expresión despierta. Caminando en la base con las barras doradas en tu chaqueta, siempre con tu aire infantil, fanfarrón y alegre, siempre tu hamaca con su arrugada manta gris; siempre las rubias de piernas de seda en la pared; la lengua demasiado suelta y siempre alguien arrojándote de la cama decías *Heil!* con un saludo cómico. Cayendo!... ¡Cayendo sobre Nantes! (Dime, oh, Bailey, ¿quién se quemó?).

"Cayendo sobre las alambradas, tú, que decías *Heil!* con un saludo cómico. Cayendo sobre el *Achtuna* y el *Blitzspiel*, de los que te burlabas.

"Seis de vosotros arrastrados por el viento, tres muertos en el avión, y otro, flor solitaria, incendiado.

"Si alguna vez, desde las nubes sobre esta tierra que nosotros seguimos bombardeando, tú, invisible y sin forma, tú, el llamado "Perdido en Acción", nos ves y nos oyes, pregunta las nuevas y yo te diré:

"Driscoll sólo cumplió veintidós misiones.

"Webb está en casa. Webb se ha llevado de recuerdo su pistola. Está vivo y ha vuelto a Texas. Springstum está todavía con nosotros, y Bower y Greene. "Whisky" y "Whiskers" viven con Green, ladrando y agitando sus colas debajo de la cama de Greene. Y él les da su comida en una vieja lata.

"Othis está contigo, y también Scott, en la nada; Bailey, ¿quién se quemó?

Y así pensaré, silenciosamente, sentado en Briefing; así me preguntaré, mirando los mapas. ¿Cómo ocurrió lo que ocurrió?

"¿Cómo pudo ese Messerschmitts haceros eso?

"Hitler gritaba diez años atrás, nuevo canciller del Reichstag, y el Reich, y tú en las ilimitadas llanuras de Kentucky jugabas con bombas y los Cuatro de Julio. Hitler era algo remoto, nada más que un nombre en los diarios, esos diarios que nunca leías a tu edad.

"Tenías nueve o diez años y te gustaba leer cosas divertidas.

"Cuatro de Julio"; y tú en Kentucky hacías reventar tus cohetes, asustabas a los gatos y esperabas el anochecer para encender las luces de Bengala y los buscapiés; luego te ibas a dormir, con tu rubio cabello alborotado, soñando con el dedo que te habías quemado; con las bombas que habían explotado en el jardín; con la anciana Mrs. Allen... Tú asustaste a su gato, diez años atrás.

"Duerme en el pasado, Bailey, muchacho, en el Cuatro de Julio; pero, ¿dónde duermes ahora con los duendes de tu espíritu?

"¿Quién murió en el "B-17"?

"¿Quién aplastó su nariz contra el puente cuando su paracaídas floreció en llamas sobre Nantes?

"Sobre Nantes, sobre Francia, el Cuatro de Julio, ¡Bailey! ¿quién se quemó?"

XLVII

Esta Nación utilizó a Fred Derry para la guerra. Lo encontró poderoso y sabio, y lo condujo a su misión en la lucha.

Esta Nación le dió dinero, lo vistió, le dió jerarquía y condecoraciones, pero, de vuelta ya —por lo menos Fred lo pensaba así—, no lo encontraba digno de un precio razonable.

Y, sin embargo, Fred Derry conocía su valor. Sabía que era el mejor de todos los Fred Derry pasados y futuros.

Fred podía aplicar lo que le habían enseñado y hacer una imagen de la guerra en Boone...

Solo, solo y caminando en el espacio, en la misma forma en que lo había hecho cuando se arrojaba del avión antes de que el paracaídas lo sostuviese.

No podía vivir la vida que quería. ¡Oh, mejor dejar esta vida de una buena vez y hacer una nueva en la estratosfera!

¡No era la muerte! Nunca había contemplado esta posibilidad, ni siquiera ahora. Sentíase demasiado vivo y capaz; le gustaba mucho comer, amar y beber, y oír el ruido de la vida en sus oídos y su perfume en la nariz, y dejar vagar sus ojos desafiantes.

No era la muerte, a menos que tuviera mucha suerte.

Levantóse y se vistió. Abrió el cajón y sacó el revólver, ¡el "38"!

De entre sus pañuelos y corbatas sacó una bolsa. Una de las que se usaban para el dinero en el Cornbelt Bank, que una vez había perdido y encontrado, pero no devuelto a las Midway Drugs, sin saber por qué; ahora sí lo sabía. ¿Querían bombardeos en Boone?

¡Ahora él les daría todo el que quisieran!

Dobló su uniforme y su gorra, se puso una camisa color caqui y una corbata que hacía juego. Luego pensó fríamente todos los detalles del plan que había ideado. Tomó un papel del cajón y escribió con grandes y claras letras mayúsculas:

"ESTO ES UN ASALTO, NO ES UNA BROMA, SEÑOR DUNN. CONOZCO CADA UNO DE LOS MOVIMIENTOS QUE TIENE QUE HACER. NO HAGA UNO SOLO DE MAS. CUENTE DIEZ MIL, EN BILLETES PEQUEÑOS DE CINCO, DIEZ Y VEINTE. PONGALOS EN ESTA BOLSA. LUEGO ESPERE CINCO MINUTOS SIN MOVERSE. HAGA SU TRABAJO. NO DEJE LA CAJA. NO TOQUE ESE BOTON. ESTA VIGILADO. MI COMPAÑERO LO ESTARA MIRANDO CINCO MINUTOS MAS"

De todos los pagadores, Fred había elegido a Dunn porque lo conocía y sabía lo que valía. Uno que hubiera sido demasiado nervioso no habría servido, ni tampoco uno que creyera que se trataba de una broma.

Dunn quedaba elegido. No era nervioso, pero sí del tipo fácil de amedrentar. Haría exactamente lo que le indicaran cuando viera la muerte ante sus ojos.

Dunn tenía una esposa y un hijito. Sabía que los fondos estaban asegurados, y no era ningún héroe.

La gente...; la calle Quinta estaba llena de gente en ese día caluroso que seguía a un feriado. La multitud lo envolvía.

La callejuela del hotel Séneca, dos cuadras más abajo, la pequeña habitación detrás del ascensor, donde se guardaban los cepillos y las escobas y a donde no iba nadie, excepto los que limpiaban la casa por la noche.

Fred Derry subió rápidamente las escaleras sin encontrar a nadie. Dejó su valija con las escobas y los cepillos y volvióse por la callejuela por donde había venido.

Iría vestido de civil en tanto fuera ladrón, y luego se convertiría en oficial de las Fuerzas Aéreas otra vez, para huir. El uniforme lo haría pasar inadvertido: ¡había tantos tenientes vagando por el país!

Tenía la impresión de que todo el mundo había detenido la marcha: las ruedas de los coches, la gente, todo, para esperarlo.

Vió el pesado reloj sobre la puerta de entrada, abierta de par en par. La única vida que vivía en ese momento para Fred era la que latía dentro del Cornbelt Bank, y allí la gente parecía arremolinarse, bailar y deslizarse; por docenas y por miles.

Un día tranquilo, luego de la fiesta; en cada ventanilla una ordenada fila de hombres y mujeres, para depositar o retirar dinero.

Derry retiraría también su dinero del banco; su recompensa, grabada con las efigies de Lincoln, Jackson, Hamilton y pequeños números verdes.

"Hace mucho, mucho tiempo —pudo haber dicho Fred—, gané todo este dinero, centavo a centavo, con mi miedo, con mi sangre, con mi trabajo en esa fábrica, donde se fabricaba la muerte por toneladas, que se vendían a buen precio".

Dinero depositado cuando él estaba en la guerra, en los días y en las noches en que él cumplía con su deber. Fred sonrió para sus adentros. Este era el resultado del plan que se había trazado.

"Lástima —pensó— que toda esa gente que nunca fué a la guerra jamás alcanzará a comprender. Lástima que me enseñaran a ser fuerte y a sobrevivir; y que me enseñaran el valor de todo lo que ninguno de ustedes admite que vale algo".

La placa de bronce, no en memoria de los muertos que descansan, sino de los muertos que caminan; las rejas, las ventanillas para que no se acerquen los ladrones.

"Pero no impedirán que yo me acerque. Yo vine por la puerta y el portero me sonrió. Volverá a sonreírme cuando me vaya. Me llamará su amigo; jamás me tomaría por un enemigo".

Fred vió el rostro de Stephenson, oscuro, aburrido. Stephenson también lo saludó con una inclinación de cabeza. Fred comprendió que el sargento estaba atrapado por una cliente con cara de tonta, cubierta de diamantes su piel arrugada. Derry sentía asco y odio por gente como ésa.

Oh, Al estaba atrapado detrás de la reja.

Su pierna estaba encadenada a ese escritorio. Pero él, Fred Derry, se iría y sería libre.

Colocóse en fila, la bolsa para el dinero en su mano izquierda, la derecha en el bolsillo, crispada sobre el metal del revólver.

Había once personas delante de él y dos detrás. Esperó. La fila iba marchando rápidamente; de pronto no había más que seis personas delante de él. Observó el reloj de manecillas imantadas, que giraban tan solemnemente que no parecían hacerlo.

Y él estaba de vuelta, de vuelta en casa. ¿Para qué?

Para reunir los jirones de vida que había salvado y para desvanecerse en los días y las noches que vendrían.

"¿Dónde está la fila?"

"¡Aquí está! Y yo formo parte de ella. En fila, como otras veces lo estuve para recibir el rancho, para los viajes en ómnibus, en tren, para retirar o sacar documentos, para hablar por teléfono, para comprar cerezas en las calles. Ya estoy acostumbrado".

Cuatro entre él y la ventanilla. Tres hombres y una muchacha. Adelantóse otra vez, y oyó la charla del hombre en la jaula. La delgada voz de él: "¿Quién es usted?" La conversación acerca del día de fiesta y cómo lo había pasado el cliente.

Solamente tres delante de él, y luego, sólo dos. Y uno solo, un hombre. Fred apretó entre sus dedos el saco para el dinero, pero de pronto dejó de crispar las manos. Estaba transpirando. El blanco en esa ventanilla...

El pagador lo vió, sonrió, saludó y siguió contando dinero para el otro hombre...

El revólver, el revólver... Su bolsillo parecía tan profundo y tan grande como una bolsa de harina; cada dedo pesaba cien libras y su mandíbula se endurecía. No diría una sola palabra. Extendería la hoja del anotador para que el pagador viera lo que estaba escrito.

De pronto se oyó un grito. Derry creyó que había disparado el revólver contra alguien. Se volvió: la mujer gritaba nuevamente. Todos se habían dado vuelta: ojos interrogantes, anteojos que brillaban asombrados.

El mundo había terminado en el Cornbelt Bank en el momento de cumplirse el plazo de la sentencia; las bestias se habían desatado y los Sagrados Sellos fueron violentados y la Revelación había estallado con toda su potencia.

Los hombres sobresaltáronse en sus escritorios; las mujeres se levantaron con los papeles en las manos. El guardia corría. Pero Fred sólo vió a Stephenson que caminaba a grandes zancadas, con el rostro brillante e indignado. Derry sentíase endurecido por dentro, como antes de iniciar un combate.

Detrás de las rejas, al lado del escritorio de Stephenson, la bruja histérica agitaba sus manos y su voz aguda gritaba:

—¡Nadie me ha tratado de esta manera en toda mi vida!

Al Stephenson dió vuelta a la reja y espetó sus palabras a través de ellas:

—¡Ya era hora de que alguien lo hiciera!

Sus ojos encontraron los de Fred y, avanzando rápidamente, lo tomó de un brazo y lo sacó de la fila.

—¡Vamos! ¡Vamos! —dijo—. ¡Me voy de aquí!

Fred se resistió y Al volvió a decir:

—¡Vamos! —en su oído—. Lo siento, pero vámonos de aquí, dejo mi sombrero, ¡qué importa! ¡Nunca más he de volver!

Stephenson, dos veces más grande que Fred, lo arrastró hacia la calle. Detrás de ellos la mujer seguía gritando. La

puerta estaba abierta y había sol en la tierra. Los ruidos de la calle repicaban y silbaban.

¡Eran libres, nuevamente!

XLVIII

—He reventado —dijo Stephenson—. No Stephenson el banquero, sino Stephenson el soldado. Me fuí, soy Tarzán..., un héroe. Muchacho, ¡ése soy yo! No tengo miedo a nada, no siento temor ante Mrs. Jenninger. Stephenson el valiente ha cumplido con su deber. Debieran darme otra Estrella de Plata por lo de hoy.

Estaban en el bar del Black Hawk Club. Eran las diez y cuarenta y cinco y no había nadie. El calmo mulato que respondía al nombre de Nat fué al mostrador y volvió con hielo, soda y *whisky*.

—Gracias; deja la botella, Nat.

Dejó la botella y marchóse en silencio. Stephenson miraba las burbujas amargamente y Derry contemplaba la pared, en donde Custer y su caballería encontraban una desdibujada muerte y los *sioux* una desvanecida victoria; donde todos tenían una alcohólica inmortalidad.

—Siento mucho haberte sacado de la fila, pero tenía que hablar. Te vi de pie, allí, y quería que fuéramos a beber juntos. Lo siento, Derry, pero estoy muy aliviado. ¿No quieres beber más?

El séptimo escuadrón de caballería luchaba denodadamente ante los ojos nublados de Fred, pero perdía posiciones.

—Lamento hacerte perder el tiempo —dijo Al—. Supongo que tienes un nuevo empleo, ¿verdad? ¿En dónde?

—¡No tengo ningún empleo!

—Entonces, ¿qué hacías en el banco? Pero, olvidemos eso. Déjame hablar; no tienes la obligación de escucharme, pero yo necesito hablar. Es lamentable que haya sido esa mujer. Si hubiera sido un hombre...

Bebió, sacudiendo la cabeza. Mientras tanto, los indios cargaban contra un pobre hombre blanco.

—No pude resistir más — continuó Stephenson—. Me puse de pie, te vi en la fila y pensé en aquel día, cuando llegamos de Welburn en el avión; esa primera noche en el Butch's cuando hablamos. Tú sabes lo que es eso. Tenía que hablarte, hablar con alguien que supiera lo que había sido aquello. Tenía que hablarte. Derry: mi padre no debió tener un hijo como yo. He andado trastornado desde que vine. Creí que cambiaría; pero no...

Derry todavía sentía el peso del revólver contra el almohadón. No trató de usarlo contra los indios.

—Oye — dijo Al —, cuando entraste en el banco, ¿no viste a esa mujer? Mistress Jenninger. Debes haber oído hablar de ella...

—¿Esa que tiene tanto dinero? — preguntó Fred.

—Sí, tiene demasiado dinero. Se habla de ella en los diarios; siempre en comités, en consejos, ligas de esto o aquello. Su marido hizo una fortuna antes de morir.

Al dejó caer la ceniza de su cigarro.

—No lo pude evitar. ¡Oh, Dios, odio las escenas! Estoy seguro de que mi padre se habría sentido incómodo en su tumba, pero no lo pude remediar. Ella vino a hablarme de su sobrino, de veintidós años, de Ingenieros. Volvió el lunes. Tuvieron una pelea porque se casó con una muchacha que a ella no le gustaba. Creo que la tía es el único pariente que él tiene. Ella dijo que no le daría un centavo. De cualquier modo él se casó con la chica que a su tía no le agradaba. Se casó el martes en City Hall. El tiene empleo y habían hecho planes para comprar una casita.

"Le dijo a la tía: "Guárdate tu dinero. Marcell tiene algo, yo también. Pediremos otro poco prestado y obtendremos las cosas que deseamos".

"Y ella, Mrs. Jenninger, vino para decirnos que si su sobrino solicitaba un préstamo debíamos negárselo. Y ella, ella, me decía lo que debía hacer, lo que tenía que decir. Me mordí la lengua para no contestarle lo que debía. Sentí su egoísmo, su odio, su amargura, su trivialidad, que al lado de la vida y de la muerte son tan pequeños. Entonces habló de la liga de la cual es vicepresidenta: "Los Amigos de la Alemania Liberada". Oh, ciertamente, ella daría su dinero para ayudar a los demás, pero no al sobrino. Y todo porque ella no había concedido su bendición al matrimonio.

"No recuerdo exactamente qué le dije. Pero me desaté. Cuando le hablaba a ella me parecía estar hablando a todo el mundo, a todos los que no entienden: a Prew, a Latham, a Steese y a Mr. Milton también; a la gente que estaba en el banco; a la gente de cualquier parte que tiene todas esas cosas, que no podría tener si algunos muchachos no hubieran ido a disparar sus balas...

"¡Por Dios! Lo supe de pronto. Debía decirle eso a ella y a todo el mundo. Decirles cómo nos sentíamos y qué pensábamos. Cómo los alemanes volaban los caminos. Cómo nuestros ingenieros desenterraban las minas y perdían sus manos, sus pies, sus cabezas... para tratar de abrir un camino para nosotros. El agua clorinada y la sarna.

"Viviendo como perros. Más sucios aun que perros, llenos de piojos e insectos.

"Trepando las rocas hasta que olvidábamos nuestros nombres y quiénes habían sido nuestras madres, y no nos importaba...

"Viendo niños de ojos asustados; oyendo mujeres que lloraban; sintiendo dolor de cabeza, pequeñas voces dentro del cerebro, murmullos...

"—¡Váyase al infierno! La odio, como a todos los que no saben lo que yo sé y no les importa nada de los que mueren.

"Tú conoces los nombres, tú también tienes los tuyos. Yo sé los míos: Pascowitz y Meade. Rosenberg y Hancock... Bebamos otra copa."

Fred Derry se levantó. Al lo miró interrogante. Derry susurró:

—Gracias, no voy a beber más. Hay otra cosa. La tengo aquí, en mi bolsillo.

Sacó el anotador.

—Usted me hizo salir de la fila antes de que llegara a la ventanilla... No lo hice. Pero debía haberlo hecho. Ahora ya no puedo. Nunca más lo intentaré. Estaba resuelto.

—Por Dios, ¿qué quieres decir?...

—Aquí está; todo está aquí, en este anotador. ¿Se parece a una libreta de depósitos? No mucho, ¿verdad? Eso es lo que quiero decir. No depositar, sino retirar fondos. ¡Léala!

Y se fué, dejando la nota para que Stephenson la leyera.

XLIX

"Tu cerebro ha ido desde el hombre al mono. Como un mono en su jaula te has alimentado y envenenado; has masticado los frutos amarillos; has tragado las nueces que la gente te arrojó porque te encontraba singular, porque te compadecía por tu cautividad. Y, sin embargo, se reía cuando te colgabas de tu hamaca y te colocabas el cacharro sobre la cabeza.

"La pose de mono te ha aburrido. Estabas dormido y despertaste en tu madriguera.

"Tu madriguera es el café *Pappa Pappa's* con todas las luces encendidas para disipar la lobreguez de la calle Segunda.

"Te despiertas y suspiras. El sol de la mañana entra y trata de suavizar las ataduras que aprisionaban tu brazo.

"Te sientes bien y tu mano deja caer la sal, la servilleta de papel, el vaso. Y *Pappa* murmura junto a la máquina del café. Y manda al joven Bill... Sus manos grasientas son buenas como las de una *nurse*.

"—Son las nueve. ¿Quieres un poco de café?

"Tú agitas la cabeza. Quieres decir: "Café, no". Emites un sonido. El joven Bill se encoge de hombros. Lleva las cosas de la mesa; las endereza nuevamente. *Pappa* llama por encima de las cabezas de quienes están en el bar:

"—¡Eh, muchacho, son las nueve; mejor es que te vayas! ¿Tienes casa? Tu madre debe estar esperándote; es mejor que te vayas.

"Te levantas y vacilas al caminar. Sobre el *sweater* se ha secado la comida que devolviste hace unas horas. Te acercas a la caja y buscas dinero para pagar.

"—¿Cuánto debo?

"—No, muchacho —dice *Pappa Pappa's*—. Ya has pagado. ¿Te acuerdas? Cuando viniste a comer a las cuatro y te enfermaste; ¿te acuerdas?

"Por encima de la pirámide de pan para el desayuno se destaca una fotografía... Su otro hijo, el que murió en Iwo Jima hace meses... Y *Pappa* sabe de su nobleza, ha visto sus condecoraciones. Conoce el Oerlition, el JU-88. Te ha dado de comer y te ha dejado dormir sobre la mesa.

"El te ha limpiado el rastro del vómito en la barbilla y te dice:

"—Adiós, muchacho, ¡vuelve pronto!

"Y agita la mano, despidiéndote.

"Caminas en medio del ruido de la calle Segunda; vas a terminar tu marcha; a hamacarte por última vez en tu trapecio.

"El cerebro desde el mono hasta el hombre". Del hombre al mono. Eso te lastima más de lo que debiera. ¿Orangután o chimpancé?

"Los pensamientos hacen que tus pasos sean más vacilantes que nunca. ¿Un taxi? No, en la calle Segunda y a las nueve de la mañana. Los ómnibus rugen; el azul desvanecido viene a calmarte; el sol es fuerte. ¿Dónde está tu casa? ¿Y qué es tu casa? ¿Y por qué tienes que ir allá?

"Inclinas la cabeza y miras al cielo. No hay ningún "88". Ninguna patrulla amiga.

"De pronto te hallas frente al hotel Séneca. Tienes un amigo; te sientes mal y allí hay una cama. Y como la víctima de la canción que cantabas en el hospital para entretenerlos, estás envenenado. Allí arriba hay una cama y puedes tenderte en ella. Te acercas al mostrador, y el empleado dice:

"—La llave no está; no lo he visto salir. Creo que el señor Derry está arriba.

"Caminas vacilante, pasas por puertas corredizas (sí, una jaula, un gorila en una jaula); el terrible cerebro desde el mono hasta el hombre.

"El hombre de color te lleva arriba. Los viejos cables crujen. Las puertas se abren y sales bamboleándote. Cruzas el vestíbulo, tropiezas contra la puerta; aquí has estado ya y pronto descansarás.

"La puerta está sin llave. Entras (el poderoso, el buen amigo no está allí; no sabes dónde, ni te importa). Y te arrojas sobre la cama. Las mareas de muchos océanos te llevan y te traen, meciéndote suavemente.

"Los reflectores iluminaban el campo de aterrizaje. El avión trepida, los motores silban, el volante cruje y las máquinas en el cielo comienzan su danza de amenaza.

"Y tú detrás de tu fusil nuevamente... hundes tus manos en las almohadas.

"Fred Derry trata de hablarte. "Dormía", dices tú. Y lo miras a hurtadillas. ¿Tal vez haya cambiado de idea?

"Muy lejana, tu voz es lastimosa. "Tienes una valija. ¿Te vas a alguna parte?"

"El asiente.

"Sí, se va muy lejos, y tú estarás abandonado dentro de tu jaula; abandonado en el zoológico. Dice que se va lejos. ¿Necesita dinero? Derry no tiene empleo. No tiene ciento cincuenta dólares todos los meses. Sacas tu dinero, los viejos y arrugados billetes.

"Quieres darle dinero. ¿Por qué tienes tú que tener tanto dinero y él no?

"Se ríe. Sacude la cabeza y te empuja sobre la cama.

"Tú miras; tu cerebro es salvaje, de simio; cree que vas a colgarte de la araña, a pelar bananas o a tomar el maní, si es que te arroja uno, para reírse.

"Ahora mete la mano en el bolsillo.

"¿Manies?

"No, tiene un revólver negro. ¡Qué divertido! Derry con un revólver; tú sientes que deberías preguntarle el calibre. ¿Ha encontrado algún trabajo? ¿Es guardián en algún lado, que lleva ese revólver?

"Debías preguntarle, si tus mandíbulas te obedecieran, pero ellas no te obedecen y no preguntas nada; te quedas tirado en la cama, mirando.

"El dice que necesita su ropa limpia. Tiene que ir a buscarla abajo. Te explica que no la llevan a las habitaciones. Y que debe pagarla. Te da otras explicaciones que no te interesan. Desaparece. Y tú te sientes mal. Tendido sobre la cama... La mitad de ti está sobre la cama, porque la otra mitad ya está buscando el revólver, clara, convencida, con una confianza que no has conocido en los últimos meses...

"Y dices adiós: adiós a Wilma, a mamá y a tía Sade, a papá y a Luella.

"Adiós a la señora Engle y a la torta de limón. A Butch y al señor Barleycorn. Adiós a los cigarrillos y al rum caliente.

"Debes decir adiós a cada ilusión que has abrazado. El sueño de *cowboy*, los flancos sudorosos. El viaje a Yellowstone, que nunca hiciste; los clubes nocturnos a los que nunca fuiste. Los yanquis de Nueva York a quienes nunca viste.

"Adiós a los viajes y a los dólares que nunca ganaste, y al auto brillante que nunca manejaste.

"Ahora ves el sedoso cabello de los hijos que nunca tuviste; el beso que no saboreaste y el sueño que nunca dormiste; la vieja sabiduría que nunca conociste.

"Y tratas de ser inmortal. Vuélvete piedra y aprieta el caño contra tu cabeza. ."

L

La puerta crujió, el ascensor cantó y Fred Derry cruzó el vestíbulo con un paquete en las manos.

El ascensor estaba dos pisos más abajo, y a sólo diez pies de distancia de su puerta cuando el sonido estalló en el cuarto con un eco recio y corto... Las viejas paredes parecían contenerlo. Un accidente..., mientras en sus oídos se diluía el eco del estampido.

—¡Un accidente! ¡Ha disparado!

Fred lanzóse a través del espacio que lo separaba de su habitación y abrió bruscamente la puerta, que golpeó contra una silla. Sintió el olor de la pólvora y vió, en la cabeza de Homer, el sitio donde el fogonazo había chamuscado sus cabellos. Y vió a Homer tratando de disparar nuevamente y de dar en el blanco esta vez.

Derry apoderóse del revólver, antes de que pudiera descargarlo de nuevo, mientras Homer lloraba con llanto de mono y la furia hacía que las lágrimas brotaran de sus ojos alborotados.

Su aliento era cálido cuando Fred lo empujó sobre la cama. Se levantó una vez sobre sus manos y entonces ocultó su rostro.

Sus hombros se sacudían y la llama del balazo parecía que aun quemaba su cabello.

Fred inclinóse y miró. La bala ni siquiera había tocado la piel. Levantó la vista. No, la bala no estaba en el cielo raso, pero allí, en la puerta del baño, había un boquete.

Fred se detuvo junto a la puerta de la habitación y contuvo el aliento; escuchaba los sonidos que venían desde el vestíbulo. Pero la única conmoción era el llanto de Homer. Una puerta se cerró con estrépito. Derry escuchó; oíanse pasos en el piso de arriba. La campanilla del ascensor. Pero no, nadie venía. Cerró la puerta.

Asomóse por la ventana, por detrás de las cortinas. Escuchó las voces de algunas personas. Habían oído el disparo y hablaban de eso. Pero nadie adivinó el lugar de donde procedía el sonido y continuaron con sus tareas.

El dorado sol de mediodía dejaba caer sus rayos y las palomas caminaban por el borde de las cornisas de ladrillos; habrían seguido haciendo exactamente lo mismo aunque Homer hubiera podido dominar sus movimientos y puesto esa estúpida bala en su cerebro.

Fred Derry no trató de comprender la sordidez y la amargura que yacían en el corazón de Homer Wermels, y que lo habían impulsado a asesinar ese pobre montón de huesos que estaba sentenciado a llevar.

Fred lo dió vuelta sobre la cama y entonces vió la tremenda desazón que se pintaba en su horrible cara.

—Tú, ¡loco bastardo! —dijo Fred.

Sirvió bebida. La delgada garganta tragaba y tragaba (así, Homer Wermels no podía hacer nada; ni siquiera poner fin a las cosas, cuando sería mejor que todos los principios no hubieran comenzado).

El pequeño marinero dormía al fin. Fred Derry sacudió la cabeza, mientras caminaba desde la puerta del baño hasta la cómoda. Se detuvo un momento y apoyó los codos sobre ella. Miró el espejo y allí vió los rostros de todos sus camaradas. Los camaradas a quienes había visto morir; otros vivían y suspiraban aún. Y algunos que había querido y otros que jamás le habían agradado. Todos formaban una crónica mural, enmarcados en la profundidad del espejo. Las pequeñas alas de plata brillaban desde el pasado. Las sonrisas heladas y los cigarrillos encendidos entre los dedos; los marcos en que se apoyaban...

"Fox, Aber, Andy, Anderson, Barrall, Brazeal y Truesdell; Leslie Stone, Roy Rodgers, Spitznagel y Sparks; y Prince McGeehee, F. O. Bower...

"¡Oh, Tommy Thompson y Maxwell, Beaugreau y Kostal, justamente antes de ser licenciados, Mac Donald con su águila... y la cicatriz en la cara, su blusa de color, y Murray con su cabello tan corto, y Kuhl y Melvin a principios del 45, el día de Dillon, Brooks y Kleppenger, cuando unas pocas fortalezas cayeron!

"¿Sois ángeles en el cielo?

"¿Os bajaron en Hannover?

"¿Y cómo terminasteis?

"¿Estáis enseñando ahora teoría de puntería?

"¿Y sois tan mortales como mi mente?"

Su valija estaba aún sin preparar, el uniforme, la mitad adentro y el resto afuera. La ropa limpia que llevaba cuando entró para quitar el arma de las manos de Homer. Tomó el revólver. Retiró la cápsula vacía. Jugó con ella unos instantes.

Pensaba en otras balas más grandes.

Arrojó el trozo de metal (diabólico una vez: una condena para Fred Derry y la muerte para Homer Wermels, que permanecía sobre la cama).

Tiró la cápsula vacía y la oyó resonar en el techo vecino.

Ahora pensaba que si pudiera llorar, que si tuviera las rodillas de alguien para abrazarse a ellas y llorar... Necesitaba la falda tierna, suave, cálida y reconfortante de una madre o la de una novia.

LI

Butch Engle entró en el Séneca y apoyó sus codos sobre el mostrador. El viejo Mertz inclinó la cabeza y le estrechó la mano. Lo había conocido, hacía mucho, cuando él se ocupaba de otras cosas. En los días en que Engle llevaba las botellas debajo de su saco. Y ahora no llevaba las botellas.

Butch sacudió su cigarro y preguntó:

—¿Vive aquí un muchacho que se llama Fred Derry? Tengo que hablar con él. ¿Es éste el teléfono interno?

El señor Mertz lo comunicó. Butch inclinóse y masticó su húmedo cigarro.

—¿Derry? Soy Butch. ¿Dónde ha estado? ¿Qué pasa que ya no viene por mi negocio?... ¿Es demasiado bueno para usted?

Se rió. Luego habló con Mertz:

—Dice que no es que mi casa sea demasiado buena, sino demasiado cara. ¡Qué risa! Estoy cobrando sesenta centavos el whisky con soda; en el Daniel Boone cobran ochenta y cinco.

Tornó a hablar con Derry.

—Dígame, ¿usted conoce a ese muchacho que vive frente a mi casa?... Sí, Homer Wermels, el que está semiparalítico. Me preguntaba si usted lo habría visto por algún lado. Su familia está asustada. Se fué ayer y no ha vuelto en toda la noche... Sí, me preguntaron si yo no lo había visto... ¿Qué dice?

Colgó el tubo, frunciendo el ceño y alejóse del escritorio.

Seis pisos más arriba se encontró con Fred, en el vestíbulo. Le contó lo sucedido. Los dos miraban la puerta de la habitación, como si ésta escondiera a un loco.

Hablaron suavemente, sin ruido.

—¡Gracias a Dios —exclamó Butch— que llegó a tiempo! Pero, ¿cómo dejó ese revólver cargado?... Bueno, no interesa.

Querría que pudiéramos hablarle y hacerle entrar en razón.
—Ya traté de hacerlo, pero no se le puede hablar.
—Hay alguien que lo podría convencer —dijo Butch—. La muchacha que vive al lado de su casa, Wilma Jacobson. Pero no podemos llevarlo a su casa en ese estado...
En el vestíbulo reinó el silencio por unos momentos. El ascensor iba y venía. Las paredes eran viejas y amarillentas. La horrible lámpara, contra la pared, dejaba escapar sonidos raros, como si estuviera a punto de quemarse.
"¿Cuántas veces, como ahora —pensó Fred—, la gente se habrá detenido a reflexionar en algún hotel barato y habrá sumado, multiplicado y restado todo lo que sabía, para terminar llorando sobre el regazo de una mujer?"
Bajó y habló por teléfono.
Cuando volvió ya no parecía el mismo; la esperanza lo había cambiado.
—Vaya a buscar a la muchacha —dijo a Butch—. Yo voy a poner presentable a Homer. Está desvestido. Los llevaremos a dar un paseo.
Sacó a Homer del lecho, lo llevó al cuarto de baño, lo desnudó y lo colocó bajo la ducha. Luego lo obligó a afeitarse. Homer protestaba, pero al fin cedió.
Entretanto, Fred limpió las manchas del pantalón de Homer. Le hizo ponerse un *sweater* suyo.
Fred le hablaba con dureza, era la única forma en que Homer podía entenderlo. Hizo que se peinara; luego bebieron una copa. Homer quiso beber más, pero Derry le dijo:
—¡No, estúpido! En lugar de eso vamos a dar una vuelta en auto.
Butch llegó con la muchacha. Estaba asustada. No le habían dicho de qué se trataba...
Agitaba sus pálidas manos sin decir una palabra. Y Wermels sólo gruñó cuando lo hicieron entrar en el auto.
Sentado al lado del muchacho, Derry parecía vivir su conversación telefónica. Oía nuevamente a la muchacha. Recordaba cada una de las palabras que habían cambiado:
—Sí, ya sé, papá me dijo que... ¿Por qué no vienes y me cuentas?
—Es Homer Wermels, ¿recuerdas? Trató de matarse, pero no lo consiguió. Mira, pensamos que sería mucho mejor que hablara con su novia en alguna parte, y yo pensé... Si no te importa, hay tanta paz allí...
—Querido —contestó la muchacha—, ¡tráelos inmediatamente! Tráelos, por favor, tráelos. No están sino mamá y papá. Podrán hablar tranquilamente. Estaba segura de que de alguna manera habría de recibir noticias tuyas. ¿Vienes tú también? Oh, Fred, ¡ven tú también!
—Sí, claro —contestó, débilmente—; yo también iré.

LII

¡Muy bien! El les demostraría que podía morir. Terminaría aunque ellos quisieran que se aferrase a la vida y empezara de nuevo, porque encontraría navajas y revólveres en otros lados y ventanas altas por donde arrojarse y un tren que mutilara su cuerpo, y una soga con un nudo... y veneno... Existía un millón de medios..., un millón de puertas que se abren hacia la oscuridad. Un millón de maneras de cruzarlas.
El lo demostraría en cuanto tuviese una oportunidad.
El sol posábase sobre sus cabellos, en los cuales se advertían las quemaduras (se notaban aunque Fred Derry le había recortado el cabello para disimularlas).
El maravilloso paisaje hacía desvariar su mente. El se había sentido así cuando miraba el mar y no había ningún barco a la vista.
Pero, a pesar de eso, deseaba volver la espalda a todo. Buscar el silencio. Encontrar el silencio destructivo señalado por un solo disparo o por un grito.
Wilma estaba con él; trataba de sonreír. Quería hablar y decirle a Homer qué hermosa era la casa de los Stephenson. Conversó acerca de los robles que pasaban y de una pileta de natación.
—¡Por aquí! —dijo ella—, debajo de ese árbol: ¡oh, Homer, sería tan hermoso este sitio para una pileta de natación!
El la miró, con su rostro envejecido y frío, y ella tamborileó nerviosamente con las uñas.
Por fin extrajo un libro de su cartera blanca. La revuelta cartera que contenía una mezcla de pañuelos, polvos y goma de mascar; que tenía olor a perfumes de cosméticos...
—Homer —dijo—, este libro...
—¿Qué es eso? —gruñó—. ¿"El cerebro desde el mono hasta el hombre"?
—¡No, no! —gritó ella—; este libro es diferente; a éste lo puedo entender mejor.
—Sí, me imagino la clase de libro que será —volvió a gruñir Homer—. ¿Habla de un hombre como yo, de un paralítico? ¿Dice algo de la ataxia? ¡Me imagino que te divertirás con todo eso!
Ella apretó el libro entre sus manos.
—Trata de un hombre que era como tú. Escribió este libro un hombre llamado Carlson. También he leído a Helen Keller. Pero Carlson sabe lo que tú sientes, y aun más. El se arrastraba. No podía caminar; había nacido así. Por eso llama a su libro "Nacido así". Además, Homer, es mejor si ocurre más tarde. Todos los movimientos que quieres hacer, tienes que pensarlos y poner toda tu voluntad en la ejecución. Y tú puedes, Homer. ¡Tú puedes!
—Un hombre como yo —dijo Homer; las lágrimas resbalaban por sus mejillas.
Ella seguía, seguía... Homer trató de interrumpirla, pero ella no lo dejó.
—Eres tú, tú, quien tiene que hacerlo todo por sí mismo. No debes tener miedo. El autor dice que es una equivocación proceder como todos sus semejantes, hacer como que se ignora la anormalidad. ¡Tú también lo has hecho, Homer! La bebida también —dijo ella—. No dice que no debas beber. El doctor dice también en su libro que el alcohol elimina temporalmente los movimientos que tú haces, pero no puedes estar bebiendo todo el tiempo. Si bebes mucho te empeoras. Sólo una pequeña ayuda es lo que necesitas —gritó Wilma—. ¡Así! ¿Ves? Yo ayudo suavemente a tu brazo para que haga lo que tú quieras. Pero debes tratar de hacerlo por ti mismo. Tienes que caminar y moverte en la forma que quieras, porque tu voluntad es hacerlo. Homer, por favor, yo no leía esos libros para burlarme de ti. Si la gente se ríe debes ignorarla. La mayor parte de ellas no se reirá. El autor de este libro dice que a un mendigo ciego no le tenemos lástima porque sea ciego, sino porque se ve obligado a mendigar. Tienes que hacerte un plan. Sé que no soy muy inteligente, pero si pudiera ayudarte, si me dejaras ayudarte... Por favor, Homer, déjame tratar de ayudarte...
Su ansiedad, sus lágrimas, su caridad y su alma, todo se lo brindaba ella, no sólo con esas palabras dichas rápidamente, sino con una fina sobriedad, con una reserva que no tenía medida...
Ella dijo que iban a dar una vuelta. Caminaron; lo tomaba del brazo con suavidad y no decía que la barranca era demasiado empinada para él. Apretaba sus dedos alrededor del codo. El peso inerte y su debilidad afirmábanse con su fuerza. Probablemente él no caminaba mejor que antes. Quizá vacilaba en la misma forma; seguramente su boca continuaba aún torciéndose, pero él seguía caminando.
Ella le hablaba; le decía que jugarían con los naipes chinos en el vestíbulo de su casa. Jugarían esa misma noche, y si su brazo arrojaba las fichas muy lejos, ella lo obligaría a ir a recogerlas. Ella no lo animaría; tampoco lo dejaría beber mucho.
—¡Oh, déjame que te ayude, Homer!
—Me duele la cabeza —respondió él.
—¿Necesitas una aspirina? —le preguntó ella.
—¡No, sentémonos aquí!
El césped estaba húmedo debajo de las plantas que el sol había secado. Sintieron la humedad que penetraba, pero igualmente se sentaron. La cabeza de Homer estaba sobre la falda de Wilma. Ella le dijo:
—¡Duerme!
Pero él no se durmió. Vislumbraba el panorama del pasado, cuando corría y andaba en bicicleta y se hamacaba y caminaba. ¿Podría volver a hacerlo algún día? De pronto Homer supo:
La bala, sí. Fred Derry no le había quitado el revólver a tiempo. La cápsula estaba vacía. La pólvora había estallado y la bala había encontrado el blando cerebro y lo había abierto, terminando con él.
¡Una criatura enferma había muerto!
¡El mono estaba enterrado para siempre en una horrible morgue! ¡Olvidado para siempre!
Y Homer Wermels, por la gracia de Dios, podía vivir con alegría y ardor, con sonrisa y milagro, porque si el mono todavía estaba vivo en sus brazos, su cerebro estaba, al fin, ¡libre!

LIII

John Novak manejaba con serenidad. Tomó por el Black Hawk Boulevard, dobló por Highway 17 y pasó por el Highland Golf Course. Aspiraba el aroma que se desprendía de los altos árboles que bordeaban el camino. Era un día en que John Novak pensaba en palmeras, en grandes lianas verdes y en flores rojas, en insectos zumbando a su alrededor, en mariposas azules que parecían de plata cuando los rayos del sol las tocaban.
Siguió adelante; pasó por un terraplén. Se sentía nervioso... Debía haber telefoneado a esa gente. Bueno, sería una sorpresa. Había envuelto muy bien sus regalos. Detuvo el coche y descendió. No sabía qué decir. ¿Debía tocar el timbre o preguntar a alguien?
Al Stephenson llegó caminando a través del jardín.
—¡Hola! —dijo.
—¡Hola! —contestó John Novak. Le dió un cigarro, gordo, marrón, envuelto en celofán.
—¡Y también lo que traigo en el coche!
—¿Que ha traído? —preguntó Al.
—Lilas. Como las que ustedes acostumbraban comprar. Pero éstas son diferentes, híbridas. La rama principal era *White Persian*, pero se hicieron injertos con algunas púrpuras. Muchas murieron, pero pudimos salvar unas cuantas. Son muy bonitas. Traje seis plantas. Cuando florezcan, usted verá que son blancas con un tinte azulado.
—Me parece muy bien —dijo Al—. No había pensado en tener más, hasta ahora,

pero si son buenas... ¿Cuánto...?

John Novak lió un cigarrillo.

—No, honestamente, señor Stephenson. No quiero venderle nada. Esto no es más que un regalo. Una muestra de agradecimiento por su ayuda para obtener el préstamo. Pensé que me gustaría traer algunas para mostrarle mi gratitud.

Los dos sonreían y los dos se sentían confundidos.

—De ordinario yo no recomendaría que las trasplantaran en julio. Pero las saqué con mucha tierra y creo que andarán bien. Pensé que les agradaría tenerlas.

Llevaron el coche a través del patio hasta que encontraron el lugar donde las lilas debían quedarse y crecer para siempre.

Allí cavaron. John Novak tenía una pala y otras herramientas. Al trajo algunas más.

Cavaron y plantaron sólidamente los arbustos en la tierra. Luego levantaron la vista hacia el cielo. Parecía que esa noche habría lluvia.

Mientras hacían el trabajo de jardinería, el sol se había ocultado. Hablaron de las raíces, de la humedad, de los fertilizantes, etcétera.

Al fin, John dijo:

—Debí ir al banco para darle las gracias... Creo que usted no se habrá resentido. Ahora estoy bien y mi pierna va cada vez mejor. Tengo mucho trabajo: ¿Le hablé acerca de mis gladiolos? Tiene que venir a verlos. Son los mejores que usted pueda haber visto. Dentro de tres semanas, cuando florezcan mis *Lady Gay*.

—Por supuesto que iré —dijo Stephenson—. Llámeme aquí, no al banco. No estaré más allí.

—¿Quiere decir —comenzó Novak— que ha dejado su empleo? ¿Va a trabajar en otro banco?

—¡No! —respondió Al.

Novak guardó silencio por un rato. Limpió la tierra que había quedado adherida a la pala.

—Supongo que usted irá a trabajar a otro sitio, ¿no?

—¡Verdaderamente no sé en qué! —dijo Al.

—Si alguien tiene suficiente dinero —comentó Novak—, me imagino que debe ser lindo descansar por un tiempo y no hacer nada. Lo sé porque yo también me sentí así cuando volví, pero no pude dejar este asunto.

—¡Este asunto! —dijo Stephenson—; creo que yo nunca podré dejar este asunto.

De pronto se le ocurrió una idea, tan importante como extraña, tan razonable como natural y agradable. Todo en uno.

Miró a Novak sonriendo. Tenía rojas las orejas y roja la oscura piel de su rostro. De su feo rostro, que ya no lo parecía tanto si se miraba con agudos ojos.

—Mire —comenzó Stephenson—, me he preguntado si alguna vez usted... habrá pensado, quiero decir... Bueno, yo no entiendo mucho de criar plantas, pero si usted piensa agrandar su negocio, yo puedo facilitarle la cantidad que necesite. ¿No le agradaría considerarme como socio?...

John Novak. Sus pensamientos eran lentos, pero crecían como plantas.

—Yo no sé. Nunca pensé en tomar un socio. Es curioso. Usted, un banquero; yo no sé por qué...

—Algún día le contaré —respondió Al—. No ahora.

—Muy bien —respondió Novak—. Creo que tengo que conversar con mi esposa. Usted también, ¿no?

—¡Seguramente! —dijo Al.

—Sargento —continuó Novak, estrechándole la mano—, le diré lo que podemos hacer. Pensemos acerca de esto un par de días. Luego usted pasa por mi casa para ver el lugar y allí podemos hablar.

Se dieron las musculosas y fuertes manos llenas de tierra y moho. Stephenson quedóse mirando las lilas recién cortadas.

Apareció Rob en su bicicleta. Sonrió, con su cara como un tomate. Había estado trabajando desde el amanecer en el campo de trigo de Carl Van Bussel.

—¡Oh! —gritó Rob—, ¿más lilas, papá?

En ese momento John Novak, calmoso y sobrio, trepó a su coche y alejóse rumbo a la calle Cincuenta y Dos.

LIV

—Ven a sentarte aquí, mi amor —dijo Peggy Stephenson, atrayéndolo hacia el sofá. Derry se dejó llevar, resentido, avergonzado, pero deseando estar al lado de ella...

El sofá de mimbre, con sus almohadones azules, de color desvaído, con las señales de las batallas libradas por el pequeño Rob cuando tenía seis años. El sillón que había servido de emplazamiento a la ametralladora y representado el papel de junco chino cuando zarpaba con sus amigos para desalojar a los japoneses de los mares amarillos.

También había pequeñas manchas de bebidas, salpicaduras y las huellas de los cuerpos que habían descansado en él a través de los años. Allí había brillado el amor en las noches de luna.

—Ven a sentarte conmigo en el sofá —repitió Peggy.

Fred la miró con un gesto de cansancio.

—Quítate el saco —sugirió ella—; hace calor.

El obedeció: luego sentóse junto a ella.

—Quiero hablarte —dijo ella—. Quiero contarte una historia. No me mires así ni claves tu vista en la lejanía —lo atrajo hacia ella y le hizo colocar la cabeza entre sus rodillas—. Así estás mejor —dijo Peggy.

—Mira —respondió él—, no seas tonta. Si alguien viniese me sentiría avergonzado...

—¿Por qué? —preguntó ella—. ¿Por qué avergonzado? Además, es imposible que venga alguien. Rob está trabajando en la granja de un vecino; Homer y Wilma están en el prado. Y a papá y a Butch mamá los está haciendo trabajar. Tienen los dedos rojos por el zumo de las frutillas. Las frutillas no esperan y yo tampoco quiero esperar. Te quedarás aquí, conmigo. Quiero contarte algo.

Y contó que esa semana otro guerrero corrió sobre el césped de Boone City una vez más. Era un guerrero buen mozo, con una cara parecida a Clark Gable, con ojos castaños y músculos de acero. Su nombre era "Duke". Había querido a una mujer y a unos chicos y a un hombre. Pero ahora todo ese tiempo era un confuso recuerdo del pasado.

Le dieron un papel escrito, con su nombre; un diploma para ser colocado en una pared y adorado y señalado con risa o con amor por mucho tiempo... hasta que se desvaneciera dentro de su marco, cuando "Duke" fuera viejo y ya se hubiera ido.

Lo trajeron de vuelta, jadeante y acalorado. Olfateó nuevamente la tierra del hogar, que él había cavado cuando era un cachorro. Todo el vecindario vino a recibirlo. "Duke" recordaba ahora, recordaba muchas cosas, extrañado aún de encontrar a toda esa gente. De pronto vió un gato. Sus orejas se alzaron. Corrió conducido por su gran nariz. Humedeció la tierra, que luego cubrió con pasto y hojas. Bailó y galopó, e hizo todo lo que había olvidado hacer cuando los hombres lo convirtieron en asesino.

Esa noche durmió; hundióse sereno, con sus ojos fuertemente cerrados, en su antiguo lugar sobre la alfombra. Levantaba la cabeza de vez en cuando, agitaba la cola y volvía a dormirse. Un sueño mezclado de olores de otra vida y órdenes, con ruido de balazos y con todo lo que le habían enseñado para arreglarse con sus anchos hombros y sus dientes (con el corazón batallador debajo de ellos para conducirlos).

Lo habían convertido en un dragón y armado con iniquidad. Hasta que un día lo embarcaron de vuelta, y sintió sus garras otra vez sobre el quieto césped, vivió cerca de los perros ovejeros, pisó Newfoundland y tuvo un pastor alemán de su raza. Las semanas pasaron; trataron de enseñarle a no destrozar a todo ser viviente, a no morder los tobillos; trataron de decirle que el mundo no estaba ya poblado de enemigos que debían ser sometidos, que todos los seres humanos que encontraba ahora no estaban malditos ni en peligro. Ahora las semanas eran meses. "Duke" movía su cola. Sus orejas estaban erguidas. El telégrafo de su nariz ponía placentera comprensión en su cerebro.

—Muy bien —dijeron ellos—; está listo para ser licenciado.

Una niña inclinóse sobre él para darle las buenas noches.

Volvió a la realidad con las fauces abiertas, listas para herir. Se oyeron los gritos; la sangre corría, muy roja; los pies huían.

Vino el doctor Cooper y encerró a "Duke" en la oscuridad. El dejó caer su cola y aulló durante un rato. Husmeó la caja que le habían preparado con trapos viejos y yació en la oscuridad, reflexionando... Dos veces, durante esa noche, un relámpago rompió la oscuridad e iluminó su cara. Miró y vió la luz. Agitó la cola y volvió a tenderse, solo, en la oscuridad otra vez.

A la mañana siguiente fué llevado muy lejos; tal vez en alguna época había conocido la granja a la cual lo llevaban ahora. Tal vez... Nadie lo sabía. El había amado a la niña cuando era más pequeña, más suave, más frágil; cuando sus dedos lastimaban su pelo y él soportaba el tormento que le infligía, y nunca ladró ni trató de morderla. Pero había estado en la guerra y no era el mismo. Había tenido que estudiar sanidad mejor que los del Cuerpo Sanitario, como para estar capacitado para disfrutar nuevamente de la alfombra.

—Me dijeron en la Cruz Roja que la pequeña no está malherida, pero que es demasiado pronto para saber si quedará cicatriz...

Peggy jugó con el cabello de Fred y con sus orejas, y le preguntó:

—¿Cómo estás, "Duke"?

—¡Guau, guauuu! —contestó Derry, soñoliento.

—¿Morderás tú también?

—Inclínate y verás.

Ella bajó la cabeza. Derry no mordió. Sus bocas se unieron.

Como todas las criaturas de su especie, vivieron engañados... Cortaron muñecas de papel y comieron azúcar de sus ventanas, tomando pedacitos de *gingerbread* del alero de la casa de la bruja... Jugaron con la pobreza y creyeron que se trataba de un juguete, aunque ambos eran realistas y nacidos en medio del terror de su tiempo, alimentados con la depresión, confundidos por los políticos..., sufriendo por mucho tiempo, al observar cómo

los demás seres de ese complicado tiempo encontraban su destrucción en el brillo súbito del amanecer.
Escucharon el eco de una sombría sinfonía de explosiones de bombas en este siglo y aun ellos tenían en sus dientes el capullo de la vida. Y lo gustaron y sintieron brotar el dulce néctar de su juventud.
Y bromearon y se mofaron de toda la economía de la historia; hablaron del cajón que usarían como mesa y del que usarían como silla, y buscaron aventuras (con un traje sobrio y corriendo para encontrarlas más pronto).
—¿Y si tenemos un niño? —preguntó Derry.
—No preguntes —contestó Peggy, alzando la vista—. No hables de eso. No podemos, por lo menos en cien años.
Y ellos sabían, sin embargo, que si ese momento llegaba, a pesar de todo, sabrían afrontar las responsabilidades.
Y siguieron jugando con sus esperanzas y con sus ambiciones.
Ella le riñó. Ella era la ley, como lo son siempre, al final, las mujeres. Conversó, llegó a darle una cachetada; luego lo besó con fiebre, le revolvió el cabello. Ahogó las palabras de reproche que Fred se dirigía a sí mismo. Lo manejó con habilidad y, finalmente, le permitió que la adorara.

LV

Butch Engle limpió de sus labios el zumo de las frutillas y solamente apretó la mano de Milly Stephenson.
—Hay suficiente como para hacer una torta —dijo.
—Quédese a cenar, así comerá algunas más. Estoy segura de que Al desea que usted se quede; él está todavía cavando en el prado.
Butch sacudió la cabeza:
—No, gracias; tengo trabajo en casa. Es la hora del *cocktail*.
El hubiera querido hablar de la gratitud y del orgullo que sentía en llamar amiga a una mujer de esa clase.
"¡Por Dios! —pensó—. La señora Stephenson tiene una figura como la de Claudette Colbert, y sin embargo es noble como mi madre. ¡Son admirables los Stephenson!"
Y dijo, con el tono más gruñón y amenazante que pudo encontrar:
—¡Y tenga cuidado con esos chicos!
Lluego se marchó.

LVI

Fred Derry y Peggy Stephenson conversaban con Al y Milly, los cuatro a solas. Reían (oh, la gente ríe en la casa donde alguien ha muerto, mientras vaga por la cocina, sirve bebidas, y en la habitación vecina yace la cerúlea y rígida forma).
Vivían en la desolación; habían nacido en ella y estaban templados por un fuego que ninguna otra generación conoció.
Fred Derry, de veintiún años y matador de cien hombres..., iba a la escuela, no con un puñado de muchachos, como él había dicho, sino con los hombres de los tanques, con las tropas libertadoras y con la infantería, para abrir un libro que les decía cómo debían pensar y actuar.
El iría y trataría de aprender a vivir y a amoldarse en la misma forma que otros millones de hombres debían hacerlo.
—Nada más que cincuenta dólares por mes —dijo Milly—, ¡se va a morir de hambre!
—Por Dios —repuso Peggy—, no son cincuenta, sino setenta, si Fred tiene a alguien que dependa de él.
—Setenta y cinco —dijo su padre—. Y el gobierno paga todo lo del colegio, los libros..., y ustedes pueden vivir de zanahorias y arroz.
Su hija lo miró y sonrió. Con su sabiduría superior tenía un plan mucho mejor.
—Ya lo tengo todo pensado. Mi ropa me durará por lo menos dos años; ¡tengo tanta! Fred tiene dos trajes y *sweaters* y pañuelos. La señora Rafferty, de la Cruz Roja, alquila habitaciones por sólo quince dólares al mes. Si Fred corta el césped y la ayuda... Ella me lo dijo.
Fred cerró los ojos y gruñó:
—Podría volver a las Midway Drugs hasta septiembre. Pero pongamos que Bullard no me quiera emplear de nuevo.
—Oh, sí. ¡Quiere! —contestó Peggy—. Y está contento de que vayas de vuelta. Yo lo llamé hoy, antes de que tú vinieras.
Cuando ella y Milly se fueron, Fred miró obstinadamente a Al.
—No está en su sano juicio —dijo Derry—. no sabe lo que arriesga.
—Y, bueno —contestó Al—, si ella quiere probar...
—Mira —dijo Fred—, lo que ocurrió en el banco... Todavía no puedo comprender cómo no me arrojas de tu casa. Un hombre como yo; con lo que traté de hacer; ¡que lo hubiera hecho si tú no me sacas de la fila!
Al encendió un cigarrillo.
—Podría haberlo hecho yo también. En realidad, has tenido suerte de que yo te sacara de la fila en ese momento. Quizá seamos afortunados los dos... Tú sabes cómo es eso. Algunos hombres son afortunados porque sus nombres no están grabados en la granada de mano o en la bala, porque ésta no fué hecha para ellos.
—Ya sé —contestó Fred—; pero, ¡asaltar un banco!
Al dijo:
—No quiero oírte mencionar nuevamente eso. Dos páginas de una libreta de apuntes. Muy bien. Yo las rompí al dejar el Black Hawk Club y las quemé. Ahora ya no existen. Están quemadas, son cenizas olvidadas. Nadie sabe nada, excepto nosotros cuatro. Olvídalo, por favor.
Tomaron varios *vermouths*, y "McDuff" comió cinco bizcochos.
Peggy fué a buscar a Homer y a Wilma y los condujo al interior de la casa. Homer todavía asustado, con sus cabellos crespos, y Wilma observándolo con ojos nerviosos.
—Nada más que un *vermouth*, Homer, uno —rogó ella. Su voz era aguda.
Al trajo algunas galletitas para ella y para Rob.
Charlaron. Dijeron cosas simples y aburridas; hablaron de las comidas y Peggy hizo planes acerca de lo que ella y Fred harían. Iban a preparar la comida y llevarían a los demás a sus casas.
Tenían un poco de nafta; si se les acababa tendrían que caminar.
(Todos los temores y las penas y las pesadas cargas, todo eso no los ataba ya, pero estaban como guardianes al final de la terraza).
Vieron caer el día y cubrirse el cielo de nubes.
—Otra tormenta —dijo Milly.
El esposo contestó:
—Las lluvias hacen crecer las lilas.
Al sentía que ellos, los tres, eran un batallón perdido.
Los tres que habían conocido la llama destructora y que aun percibían su brillo en su interior.
El niño, el muchacho y el hombre; aquellos que habían vivido lo que las mujeres sólo alcanzaban a imaginar.
Ellos miraban. Veían que el pasado se prolongaba hacia el futuro como una tormenta.
¿Volverían a sentirse los relámpagos devastadores?
¿Se ensordecerían una vez más con los truenos?
¿Una guerra?
Tal vez sí, quizá no.
Pero también será salvaje el clima de la paz, con las luchas de clase, de razas y de religión, mientras existan celos y el amor sea un huracán desatado que destruye las lilas.
Ellos debían prepararse y acorazarse para la lucha que se avecinaba; preparar sus fusiles...
"¡¡Atención!!"
Porque a lo lejos, allá en el espacio, las salvajes nubes del oeste galopaban nuevamente. (FIN)

"GLORIA PARA MI", la obra de Mackinlay Kantor, ha sido publicada en forma de volumen bajo el título "LO MEJOR DE NUESTRA VIDA", por ediciones Siglo Veinte, de Buenos Aires, en su colección Editorial Cronos.

UN HORIZONTE DE CEMENTO

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 10)

Juan Tolosa. Esas luces me hacían recordar bien. Donde hubo música y luces, Juan Tolosa fué respetado. Estoy hablando de bailongos de hace treinta años. La Parda Flora, mujer de cuchillo en la liga, respetó a este hombre como a nadie. La Parda Flora era brava como un hombre. Y vamos a ver, ¿quién es ese portero que me echó de la puerta? Iba a volver. Quería mostrarle quién es Juan Tolosa.
Pero preferí seguir. Esa gente se muere sola. Se lo dice uno que ha vivido mucho. Hay una clase de tipos que no merecen que se le levante siquiera un dedo. Mueren solos. Un varón tiene que preocuparse de otras cosas, y para pelear, pelear con quienes lo merezcan. Tenía la seguridad de que el portero era el rufián más grande de Leandro Alem, y esa seguridad me dejó contento. Caminaba y sonreía. Tanta gente y luces. Y de vuelta, el olorcito rico de la grasa frita.
Había que comer. Por la ventana estudié la fonda.

* * *

Me llamó adentro y me hizo sentar a su mesa. Comía pescaditos y tenía enfrente una botella de vino. Primero miré la comida y después a quien me había llamado para su mesa. No lo conocía. Por otra parte iba mal vestido, con una tricota debajo de su saco muy usado y pantalones a rayas.
Yo me senté. Nada tenía que perder. En buena hora que me confundiese con cualquier otro si era para convidarme con algo.

Apenas me acomodé cuando llegó el mozo, mirando con extrañeza a quien me había llamado y con desconfianza a mí. Y como si fuese la cosa más natural del mundo, sólo alcancé a decir: "Pescaditos". Y mi inesperado amigo corrigió: "Y otro vaso". El otro devoraba los pescaditos sin perdonarles la cabeza, y así empecé a comerlos yo. ¿Con quién me había confundido? No parecía borracho. Estaba con la serenidad y el aplomo de su corpachón de estibador. ¿Me parecería tan extraordinariamente a un conocido suyo? Pero no había ninguna confusión. No me parecía a nadie. Terminamos de limpiar los dos platos, cuando él dijo: "Sí, es una vergüenza que un viejo tenga que mirar la cocina de una fonda con cara de hambre". Tomó el resto del vino. Después llamó al mozo y pagó con un papel de un peso. Se incorporó: "Bueno, viejo, tengo que irme". Y se fué, efectivamente. Yo quedé más sorprendido que si hubiese estado comiendo pescaditos con el Presidente de la República. Se había ido sin contarme nada. No estaba borracho, no. Ni necesitaba de mi presencia. Para nada. Invitó, pagó y se fué. Le molestaba ver a un viejo con cara de hambre. Había sido sólo eso. Nada más.

Vino el mozo a retirar los platos y los vasos. Me dijo sonriendo: "Comiste, ¿eh? Había comido; y lo que era más sorprendente, estaba algo mareado por el vino. No soy ningún flojo. He aguantado litros de vino. Pero con el estómago vacío se me había subido a la cabeza y ahí estaba yo con fuego en las orejas y un pulso loco en cada sien. Todo lo encontraba lindo y cálido en aquel bodegón. Hasta flores de papel se veían en el techo.

Sentía los brazos fuertes y la sangre espesa. Ahora me hubiese gustado que el portero del cafetín me echase de la puerta. Iba a levantarme, buscar a aquel tipo y bajarle los dientes. Ya sabría quién es Juan Tolosa. ¿Y el mozo no me había dicho "comiste, ¿eh?" con una sonrisita muy de superioridad? También aquel mozo de bodegón no parecía conocer a Juan Tolosa. Vamos a ver: ¿qué tenía que preguntarme si había comido? Me encontré con un amigo, él había invitado, y por tratarse de un viejo amigo de quien conozco toda la familia, acepté unos pescaditos y un par de vasos de vino. El, que sirviese, y que no se tomase tanta confianza. Podría quejarme al patrón. ¿Qué modo era aquel de tratar a los clientes? Iba a levantarme, gritarle al mozo, buscar al portero del cafetín, ¡qué sé yo! Pero me quedé ahí. Me había caído encima un sueño del diablo. Fuí doblando la cabeza. Todos los ruidos de la fonda se alejaban y yo iba quedando solo, en medio de una pieza de terciopelo negro. Y después fué un fuerte sacudón. El terciopelo fué borrándose y los ruidos volvían, entremezclados. "Vamos, viejo, no te duermas". Era el mozo quien me despertaba. "Aquí se viene a comer y no a dormir. Voy a tener que sacarte afuera". No dormía, no. Descansando, había dejado caer la cabeza. No tenía por qué amenazarme con echarme de la fonda. No iba a repetir aquella cabezada. ¿Estábamos acaso en el Palace Hotel?

Una risa que sonó a mi derecha me hizo dar vuelta la cabeza. Al lado de mi mesa había uno de cara y pelo colorados. Fué mirarnos y sentirnos amigos. Y antes de darme tiempo de invitarle, él abandonó la suya y pasó a acomodarse en mi mesa. Y también fué él quien pidió otra botella de vino. No hacía un rato yo andaba por esa recova como un perro perdido, pero ahora la gente del bodegón parecía esperar turno para convidarme con algo.

Quien tenía ahora enfrente olía a vino, no a brea, pero era un auténtico marinero. En un principio lo supuse extranjero. Hubiese jurado que se trataba de un inglés, por lo colorado. Pero no tardó en hablar, y lo hizo como buen criollo: "Así es, don; después de la navegación no hay como el vino". Afirmé entusiastamente Después, de navegar, de trabajar, de no hacer nada, o lo que fuese: en cualquier momento. Sin embargo le contesté, muy seguro de lo que decía: "Es la pura verdad. Se cruza el mar y en los últimos días uno cree reventar por las ganas de una buena borrachera". El otro afirmó con la cabeza: "sí, sí". Y repentinamente se puso serio. Me miró con algo de angustia: "¿Pero usted ha navegado alguna vez?" Y razonando quizá consigo mismo, pero en voz alta, le escuché: "Tiene más cara de viejo atorrante que de lobo de mar". Ahí es que volvió a hervirme la sangre. ¿Qué interés podía tener yo en engañarle? Había navegado, sí señor. El viejo patrón de la barca "La Primitiva" podría darle informes de Juan Tolosa, que conchabó en cierta oportunidad en San Nicolás. Este viejo que está hablando, en sus buenos tiempos ha cruzado a pie los arenales de Santiago del Estero. Y el trabajar en esa barca fué para mí un descanso, puede creerme. ¿Qué es lo más bravo: vivir en el agua o vivir en el desierto? ¿Entonces? ¿Desde cuándo vale más un marinero que un linyera?

Sólo trabajé un par de meses en la gasolinera "La Primitiva", pero no necesité más para saber lo que es aquella vida. Una peste con un solo alivio: que se come bien.

El patrón de la barca llevaba puesta siempre una gorra con visera de hule resquebrajado y empañado de grasa. Parecía más la pichonera de un apache que el cubre piojos de un capitán mercante. Y no se la sacaba nunca. Al menos no recuerdo haberlo visto sin aquello encima de la cabeza.

¡Top, top, top! La barca subía el río Paraná. Cerca de tres días tardábamos en llegar a San Nicolás. ¡Y eso era aburrirse mucho! Al amanecer desayunábamos con mate y galleta y después comíamos con fiambre y nos quedaba el consuelo de almorzar a las doce en punto. Con ojos enamorados mirábamos las dos ollas que nunca faltaron encima de la cocinita de popa, donde en vez de la bandera podía verse una ristra de chorizos, como una guirnalda.

Don Francisco, el patrón de aquella barca, caminaba por la cubierta. Tan triste que ya no se enojaba con nadie. ¿Para qué? Otros cuando tienen rabia buscan pelea. Pero el pobre de don Francisco no sentía rabia de nada, sólo una tristeza de suspirar y morirse, por ese cascajo que pedía el fondo del río.

Estábamos amarrados semanas enteras en las aguas del Riachuelo, cerca de los frigoríficos de Barracas. El agua parecía aceite mineral. Hasta el cielo estaba sucio de humo y hollín. ¡Un asco todo! A veces me quedaba mirando el desembarcadero de tablones ya deshechos, y encima una grúa abandonada. El patrón me veía, estábamos solos y venía a charlar.

—¡Ah, Tolosa, qué vida puerca!

Miraba esa agua negra y espesa. Olía todo aquello y suspiraba:

—¡Y tan linda que es la navegación verdadera!

Con su gorra y esa tristeza parecía más un canillita en la mala que un capitán mercante.

—¿Sabe una cosa, Tolosa? Mi padre fué capitán de un barco italiano. Mandaba arriar todas las velas y se iba a Africa. Un capitán con su traje blanco para pasear por las calles de Trípoli. Y aquí me ve a mí, entre todo este pudridero.

Se iba para su "camarote". Despacito. Como si cargase él solo todo aquel paisaje pesado del Riachuelo.

El colorado me escuchaba atento, hasta me parecía que emocionado. Yo seguía hablando. Algo le tenía que decir. El debería de saber la verdad de lo que confesaba el patrón de "La Primitiva". ¡Debe ser linda la navegación verdadera! ¡Que lo dijese él, que era marinero!

Aquel tipo volvió a mirarme muy serio. Después dijo:

—Usted se equivoca. No soy marinero, sino mecánico de un garaje. Pero me gusta hablar de barcos y por eso vengo aquí.

Lo miré con su tricota de cuello alto debajo del saco de corte marinero. ¡Un loco! ¡Mecánico de autos!

Yo sentía la cabeza pesadísima y la sangre saltarina como una soda. Ganas de hablar, de recordar cosas de antes. ¡Pero nada de barcos! ¡Me río de ellos! Fué con mis piernas o sobre un carguero como recorrí de linyera provincias enteras, y no sobre un cascajo movedizo, con un perro vestido de capitán gritando a todo el mundo. Quería contar algo de mi vida. Unas ganas locas de decirle a alguien todos los recuerdos que en ese momento se amontonaban en mi cabeza.

Y fuí yo quien abandonó primero esa mesa. Caminé unos pasos y me senté con unos muchachos que parecían estar de farra. Les resultó divertida mi presentación, porque rieron de lo lindo. Yo empecé a contar, que sólo ganas de eso tenía.

Capítulo II

LA NOCHE ESPESA DE JUAN TOLOSA

Les habla Juan Tolosa, con 63 años en el lomo y una postergada necesidad de comer y dormir bien siquiera una temporadita. Pueden creerme que las noches de Buenos Aires son desoladas, con su enlutado pájaro solitario en cada esquina. Pero a los que parecen esperar un milagro en cada punta de la ciudad, a ellos acerco mi desgracia y la explico como mejor puedo. A veces me dan una moneda, y entonces tomo un vaso de vino, porque un plato de comida cuesta más y no calienta nada. Y no hace olvidar cosas malas ni recordar las buenas. Pueden creer a este viejo: las noches de Buenos Aires son frías y sólo una serie de vasos del tinto las puede entibiar. Puedo pasar como un viejo borracho, pero les juro que no he tomado sino la cantidad necesaria para sentirme en esta noche de invierno envuelto en un sobretodo de regular espesor, con ganas de contar cosas pasadas y olvidar las de ahora. Yo soy Juan Tolosa, ustedes son jóvenes y no pueden conocer lo que he vivido. Buenos Aires tenía otro clima y otro río cuando yo era muchacho. Palabra, esta ciudad estaba habitada por otra clase de gente.

Formábamos una barra de cuatro. Todos callados y trabajadores hasta que llegaba el momento de ir a divertirse. Entonces no sólo nos cambiábamos de ropa, sino también de cara. La vieja del pibe Joaquín veía cómo su hijo arrugaba la frente mientras ponía pomada a la melena, y se ponía muy seria. Lo acompañaba hasta el portoncito de alambre y muy emocionada le decía que tuviese cuidado. Lo mismo debe de ocurrir cuando uno se va a la guerra.

Llegábamos los otros tres en la jardinera de don Toribio. Y entrábamos a chapalear barro por esas benditas calles de San José de Flores camino a la glorieta de Flora. Como ahora también era invierno, y había llovido mucho. Nos escondíamos entre el hule de la jardinera porque el barro salpicaba por todas partes. Especialmente el pibe Joaquín cuidaba su traje a cuadritos. Se desesperaba cuando una gota de barro se colaba dentro del coche. No valía la pena tanto cuidado por un traje nuevo. Cuando esa noche llevamos al pibe Joaquín al hospital, todo aquel traje estuvo sucio de sangre. Tan flaquito y tan buen bailarín el pibe Joaquín. Tan flaquito y tenía sangre como para ensuciar el traje nuevo, el coche y el barro.

Despacito, la jardinera navegaba por ese mar de barro. Ibamos callados. Pesaba esa espesura de la noche de suburbio. Hasta que llegábamos a la isla de la glorieta, con todos sus farolitos balanceándose al viento. Una animación y una luminaria del diablo. Como veinte coches parados allí y cerca de treinta farolitos cubriendo el portón. Ahí fué que empezamos a animarnos y nos entraban ya las ganas de tomar y bailar. No éramos compadritos. Solamente cuatro muchachos de trabajo que iban a divertirse. Hi-

cieron muy mal los de esa mesa cerca de la orquesta, quienes, mientras dábamos la vuelta para contemplar el aspecto general de la fiesta, nos sacudieron la cabeza con unos pancitos tirados con más puntería que educación. Esa bienvenida era común, pero pese a ello el pibe Joaquín palideció. Comprendimos que por el hecho de vestir un traje nuevo a cuadritos sentíase obligado a montar guardia de su dignidad y en ese momento ya lo compadecíamos. Quien se sintiese intocable que no se arrimase siquiera a la glorieta de la parda Flora. Esto no lo quiso comprender el pibe Joaquín.

* * *

Linda la orquesta. Metía más fuego que la caña. El negro Abel candombeaba en el piano y el "tano" Luiggi le hacía rulos al tango con su flauta. Liberal y comprensivo, pese a su terno nuevo a cuadritos, el pibe Joaquín le echó el ojo a una sirvienta gallega de aquella vecindad. Y ya se lucía con ella en una corridita que le arrugaba toda aquella impecable elegancia que terminaba de cuerpear al barro. Un tango que era como un pulso de fiebre. Y los que estábamos sentados seguíamos el ritmo con las copas y golpeándolas en las mesitas de hierro terminábamos rompiéndolas. Quedaban pocos vidrios sanos cuando de esa misma mesa donde partió la lluvia de panes se la tomaron con el pibe Joaquín. Lo veían lucirse con aquella galleguita y pronto salió la provocación de los envidiosos. Improvisaron un estribillo. Algo de: "bailan como personas finas el flaco y su gallardina". El tango aquel no tenía letra. Entonces no se acostumbraba eso. Pero de aquella mesa maldita de los panes partió aquel estribillo. Y para desgracia de Joaquín y contento de la patota, el cantito no tardó en ser coreado por todo el mundo.

El tango seguía con muchos floreos. No faltaban allí carreritos con alpargatas bordadas, dibujando en el suelo de ladrillos los firuletes que el "tano" Luiggi marcaba con su flauta.

Y había un pardo cuarteador de los mataderos, con bombachas. Pardo, pero tirando bien a negro. Apretaba a su compañera, levantaba esa trompa que tenía y empezaba a mover las piernas con la suavidad de un gato. Parecía que escribía algo con los pies. ¡Ah, muchachos, ustedes no pueden saber lo que era eso, cuando los negros se iban, se iban, pero antes nos enseñaban a candombear la milonga a los criollos!

El pibe Joaquín se defendía y hasta se lucía al pardo. Pero el estribillo aquel lo hizo poner más blanco que el papel. Cuando todo el bailongo ya lo cantaba abandonó de pronto a su compañera. Ahí quedó la gallega, sola, mirando como Joaquín se acercaba a la mesa de la patota.

Allí quedamos todos como pegados al suelo, parados como babiecas, sin saber lo que hacer, estúpidamente llenos de vino, cuando en la pelea que se armó, a Joaquín le dieron una puñalada en la barriga. Así es: fuimos a divertirnos porque creíamos saber lo que iba a pasar. Habíamos ido a bailar. El diablo nos habrá visto arriba de la jardinería y se habrá reído de lo lindo.

No soy un viejo aguafiestas. Les cuento esto por decirles algo que no conocieron. No crean que quiero meter miedo a nadie. Me gustan los muchachos, y también lo fuí, y en una época en que serlo valía mucho más que ahora. ¿No invitan con algo? Este viejo no se enoja por eso. Se levanta y se va. Por otra parte ya es hora de buscar un lugar para dormir. Todo este cemento es frío. Voy para el lado de Retiro, de las estaciones de carga, donde hay yuyo y pasto seco. Sí, hay que dejar el cemento y buscar la tierra tibia y linda.

CAPÍTULO III

LOS OJOS DE LA NOCHE

Un viento frío me esperaba en la calle y me golpeó la cara. Mejor se estaba dentro del fondín, pero bajo los arcos de la recova y con tantas luces, el invierno no alcanzaba los huesos. Se quedaba en la piel, y apenas si provocaba ganas de seguir tomando. Recibí el golpe de viento en la cara como un saludo de la noche a mi aparición.

El vino todavía me cantaba en la sangre. Extendí los brazos, sintiéndome un orador. La gente se detenía, me contemplaba y reía. Yo estaba con las piernas algo separadas, sosteniéndome firme como un árbol. Desafiaba a cualquiera de esos risueños farabutes a que no estaban tan bien aferrados al suelo como yo.

—Queda algo de fibra y bastante sangre, señores— les dije, mientras daba a palpar mi brazo derecho, debidamente flexionado. Pero nadie se interesó en comprobarlo. Y de pronto, con ese mismo brazo, me apliqué un golpe en la frente. Terminaba de acordarme nuevamente del portero que me había echado. Se había aprovechado de un viejo que andaba algo preocupado por encontrar la forma de comer. Tenía que buscarlo, sin dejar pasar un minuto más. Sentí una necesidad rabiosa de demostrarle quién es Juan Tolosa enojado. Me dijo "vía, vía, viejo", y yo me fuí sin siquiera protestar con un gruñido. ¿Era esto tolerable? ¡Oh, no! No podía ser nunca. Verdad que ya eran varias veces que me acordaba del portero, pero esta vez iba a ser la resolución definitiva. Y me puse en marcha hacia el cafetín de cartel luminoso rojo. Pero todos los que me rodeaban y que tanto me hacían sentir fuerte, se dispersaron. Nuevamente quedé solo. Un viento helado venía del río. Lo sentía con toda su furia. Pasaban dos negros altísimos, con sombreros en forma de galeras y camisas coloradas bajo el saco. Detrás venían cinco muchachos ingleses, con las caras coloradas y lustrosas, y una rosa en las solapas. Después otros dos marineros sosteniendo en el medio a un tercero, borracho, con la mueca de quien murió de asco. Los dejé pasar. Estaba enfrente de una feria de diversiones y escuchaba la música de un organito. Sonaba con ruido de botella: "glin-glin-glin-glin". Y todos estos ruidos iguales hacían un tango. Los cincos muchachos ingleses estaban repartiendo puñetazos en un "puchinball" con reloj: gritaban y gesticulaban, locos de contento.

OJO POR OJO... Por González Fossat

Recién entonces descubrí que me estaba alejando de Retiro. Lo había hecho para encontrar al portero del cafetín, ¿pero qué tenía con él, después de todo? ¿Iba a ganar algo peleando? Nada, absolutamente nada. Lo que yo quería era dormir. ¿Entonces? Di media vuelta. Pasé nuevamente por todas las luminarias, otra vez hacia el norte.

Al volver a pasar frente a la fonda, salían los cuatro muchachos que después de escucharme se habían negado a invitarme con algo. Haciéndose más borrachos de lo que estaban, se quedaron molestando en la puerta, hasta que se armó la gorda en el mismo momento que yo llegaba.

La cuestión era con un marinero de uniforme, cobrizo, achinado, seguramente un correntino. Uno de los muchachos discutía violentamente. Se acercó al marinero, lo suficientemente para recibir un golpe en la cara. Retrocedió agarrándose la nariz, como si se le fuese a caer.

No iba a dejar pasar esta oportunidad de intervenir; con una sonrisa diplomática me dirigí al marinero:

—Comprenda, son muchachos, vinieron a divertirse.

El golpeado conservaba el gesto de sorprendido por un puñetazo en la cara, o quizás lo escondiese de vergüenza, porque estaba visiblemente humillado.

Todos querían mostrarse tranquilos, serenos, espirituales. ¿Por qué no? No hay momento que no se preste para hacer filosofía.

El marinero me dijo:

—Yo vengo a divertirme, no a hacerme el guapo. (Con esto quiso recalcar que lo era.) Pero no aguanto broma de ninguna patota.

Y se fué.

Uno del grupo, amargado por no haber intervenido, tartamudeó:

—Yo ya estaba por meterme.

—Lo hubiera hecho.

Trataban de herirse mutuamente:

—Como a mí no me pegó.

El primero, sombrío:

—Ahí, atrás, dejándome solo, claro...

—No busco pelea, vos sí.

Quien buscaba cínicamente lo humorístico:

—¡Cómo sonó la castaña!

Cuando echaron a caminar, yo seguí junto con ellos. Y les fuí diciendo:

—Hicieron bien, muchachos, en contenerse y no llevar el asunto más lejos. El verdadero valor reside en eso...

El golpeado iba mirando el suelo, rumiando algo. Y se desahogó conmigo. Me echó de su lado, insultándome.

Ellos siguieron caminando, y yo fuí apartándome, quedando atrás.

Tanta injusticia barrió los efectos del vino que había tomado. Otra vez sentí el áspero frío de la noche, el desaliento de no tener un cobre.

Estaba frente a la calle Córdoba; terminaban todas las luces. Sacudí violentamente la cabeza. Tenía que despejarme de la última gota de vino para enfrentar la noche y el frío. El silencioso campo de batalla se extendía delante de mí.

La avenida Leandro N. Alem se ensanchaba aún más. Eso era una llanura de asfalto. Del otro lado seguía bordeada por galpones. En el fondo, la iluminada chimenea de un trasatlántico. Y el viento helado soplaba furiosamente de allí.

La verdad es que estaba indeciso. Me balanceaba sin saber lo que hacer, en la punta de esa esquina. La recova continuaba, pero oscura y fría, demasiado sórdida. Crucé la llanura de asfalto. Del otro lado, un paredón que se perdía a lo lejos, me protegía del viento que llegaba del lado de los barcos.

Se trataba de llegar a Retiro y buscar en la playa de carga un lugar abrigado para pasar la noche. El paredón se extendía, no acababa nunca, separando el puerto de la ciudad. Y a mi izquierda palidecía la noche. Los cubos de cemento, amontonados, superpuestos, me miraban con las cuadriculadas luces de sus ventanas. Extendía la vista y sólo encontraba las moles

grises, unas chatas y otras enhiestas, pero todas amenazándome con sus iluminados ojos. ¿Por qué la alegría del vino se convertía en tristeza?

Fué en ese momento cuando inesperadamente alcancé a ver enfrente de mí dos ojos encima de la noche. Eran ojos laterales, mirándome sorprendidísimos y bondadosos en su perfecta redondez, igual que los ojos de un caballo. ¡Los grandes ojos de Dios! Me detuve admirado, hasta que descubrí que eran dos de los iluminados relojes de la Torre de los Ingleses.

No era el vino. Después de todo no había tomado mucho. Pero siempre las luces fueron para mí los ojos de la noche. Y hay ojos bonachones y ojos que amenazan. Y conozco los ojos llorosos y aburridos de las calles de los pueblos. Y las luces borrachas, que bailan encima de las calles de suburbio. Y otras luces, cargadas de responsabilidad, ojos chiquitos y colorados de aguantar el sueño, que avisan el peligro en los ferrocarriles.

Ya llegaba a la estación de carga del puerto. Vagones esparcidos en una llanura de rieles. ¿Por qué en Buenos Aires todo es llanura, hasta su gente? En la oscuridad, alcancé a divisar bultos de mercaderías. Cajones, caños, pilas de bolsas. Un vigilante se frotaba las manos enguantadas y golpeaba fuertemente los pies en el suelo, para entrar en calor. Mejor que no me viese. Me escondí detrás de un corte de vagones y espié entre los topes, cuatro redondos muñones de hierro con gana de pulverizar linyeras.

Todas las luces de la ciudad quedaron detrás de mí. Enfrenté al viento que venía del agua silbando su frío. Lejos chilló una locomotora. El vigilante no me veía. Le brillaban las botas y el correaje. Apresuré el paso. Conseguí alcanzar otro corte de vagones. Ahí era la noche perfecta y acogedora, llena de vagones y más vagones, silenciosos y pesados.

Sólo se trataba de buscar el lugar más apropiado para dormir. Y me frotaba las manos de contento.

CAPÍTULO IV

DOS HOMBRES LO SACARON AL FRIO

La luz en la cara me despertó. Alguien me iluminaba con una linterna.

—¿Y esta basura qué hace aquí?

La inesperada pregunta sonó en la noche y terminó de despabilarme. El "basura" era yo. Tenía seguridad de ello, pero acostado no se me ocurrió contestar nada. Entonces, apoyándome en los codos, medio incorporado, quedé mirando la noche por el agujero de mi caño —no veía a nadie—, poniendo cara de atención y gentileza, para no enfurecer con mi silencio al que había preguntado.

Otra voz sonó, áspera, voz de alguien que me odiase sinceramente...

—Se acomodó bien en el nidal de pulgas...

Juro que no era ninguna pulguera. Un caño de mampostería que va a ser fletado no es una pulguera, no señor. No siempre se consiguen lechos así en las playas de carga de los ferrocarriles. Y yo me había acomodado en un caño corto y de regular ancho, y con su buena paja de nido; propiamente estaba durmiendo como un pichón en su nido, y he aquí que vienen estos pájaros a alborotar mi sueño de viejo y a tratar de basura al que duerme y de pulguera a su lecho. No hay derecho, no señor. Bien que en este momento me incorporé, porque ese tono me tiene acostumbrado a obedecer.

—Salí del "bulín" un momento... —decretó la segunda voz.

Y salí del caño, y quedé bajo las frías estrellas. Uno de los pesquisas tenía un revólver en la mano. Yo soy un buen hombre, además de viejo. Tanto lo muestro en mi aspecto que el hombre aquél guardó su revólver. Y haciéndolo, reía.

Con sorna, el otro le dijo:

—El revólver no te sirve para defenderte de las pulgas de este ciudadano.

Ahora que voy contando, compruebo una vez más que fué exagerado eso de ver en mí y en mi refugio un asunto de pulgas. Bien que hay muchas entre la paja, pero de modo alguno es razón para despertar a un hombre y hacerlo salir al frío.

Ellos vestían sobretodos, eran gruesos, y fumaban. Me trataban confianzudamente, pero yo sabía que ese trato no significaba amistad.

Nada tenía contra ellos. Sólo quería que se fuesen. La noche era fría y la paja estaba tibia, el nido a mi lado y aquellos hombres fumando y con ganas de molestar.

—Che, viejo, esta no es noche para dormir. Vamos andando para el centro...

Fuí con ellos.

❦ ❦ ❦

Sería soberbia de mi parte negar que los muchachos eran algo cordiales. Me ofrecieron un cigarrillo, y fumé, contento de calentarme la boca con unas bocanadas de humo.

—Más ligero, viejo...

Me llevaban a la comisaría. Me acostaría en un banco, sobre papeles de periódicos. Mejor era el caño con paja. De esto ni hablar. Pero ya me acostumbraba a la idea de dormir en el banco largo de la comisaría, y ahora sólo quería llegar, que me interrogasen, que me revisasen los bolsillos rotos, que me palpasen, pero que luego me dejasen tranquilo para extender los huesos y dormir. No pedía otra cosa. Así fuese con frío, ya que el nido tibio del caño iba quedando lejos. Pero quería dormir, aunque fuese en un marmol. ¡Qué me dejasen dormir, cuerno del diablo! Grité, sí que grité, y fuerte. No era nada, señores. Cosas de este viejo loco, nada más. Había gritado. No tenía que haberlo hecho. Por otra parte no lo haría más. Grité, pero lo hice sin querer. Y por tan poca cosa aquel gordo de sobretodo negro no tenía por qué pegarme un puñetazo para hacerme callar. Sé callarme solo. Si hablo y grito es porque ya soy viejo y no sé en realidad cuándo dejo de estar callado y cuándo levantar la voz. Un viejo que chochea, señores. Un puñetazo para hacer callar a un viejo está mal hecho. ¡Está mal, caramba! ¡Perros! Grité otra vez. Hice mal, pero el grito lo tenía temblando en la garganta, me ahogaba y tuve que largarlo. Gritando sentí un alivio, y en seguida, junto con el alivio, otro puñetazo. Lo esperaba, pero no los otros golpes que vinieron después. Se estaba bien en el caño de mampostería con paja. Un nido tibio. ¿Por qué me sacaron al frío? Yo pensaba en el caño mientras sentía que se doblaban mis rodillas, como si fuesen de manteca. Y creyéndome en la cama de paja fuí olvidando todo, extendiéndome sobre las baldosas de la calle. Un sueño lindo, de cosas cálidas, con fuego y muchas chispas.

❦ ❦ ❦

Yo era general del ejército de salvación e iba por la calle con uniforme de gala. Relumbrones dorados me brillaban por todos lados. Algo de asustar a la gente y alborozar a los pibes. Y caminando de esta forma, junto a un paredón encontré a un hombre caído. Un curdelón, sin duda, acostado sobre las baldosas frías. Pero tanto tenía el aspecto de algo tirado y abandonado, que fuí directamente hacia él. Y la gente empezó a apiñarse, viendo que el del uniforme deslumbrante se inclinaba sobre el caído; que para eso era salvacionista militante, y en seguida mandé a los que miraban que buscasen papeles de diarios para que no se apoyase directamente sobre las baldosas. Pero todo el mundo se rió de mi ocurrencia. ¿Por ventura era aceptable que un compuesto ciudadano de Buenos Aires buscara en el suelo diarios viejos para aliviar la suerte de un pobre diablo? Con las risas escuché comentarios despectivos: después el grupo se dispersó y quedamos solos, el caído y yo, entre los muros de cemento. Tan amargado y rabioso me sentí, al verme solo y con la responsabilidad de cuidar a ese hombre tendido a mis pies, que le pegué un golpe. No se movió ni gimió. Apliqué otro puntapié. Y cosa rara: los golpes me dolían a mí. Recién entonces me di cuenta que ese hombre tirado en el suelo era yo. Y empecé entre sueños a maniobrar astutamente para que ese general de uniforme deslumbrante —que no era yo, sino otro— me favoreciese. Sí, porque el pájaro aquél empezó a juntar maderas, yendo de un lado para otro. Al fin formó cuatro lindas fogatas que empezaron a arder al lado mío. Al principio yo me entibiaba. Hasta que empecé a quemarme. Entonces grité y volví en mí.

❦ ❦ ❦

Cuando desperté en la calle, me ardía hasta el alma. Los muchachos me habían pateado en el suelo, para hacerme levantar. No los pude obedecer, porque un viejo con frío y sueño... hice mal, sí... pero ya chocheo con gritos y sueño con lindas fogatas de muchas chispas.

❦ ❦ ❦

Me arrastré un poco hasta la pared. Era lisa, sin nada donde poder agarrarme. Una pared de mármol de una casa rica. Y no podía levantarme. Me acordaba en ese momento de un caballo caído mientras tiraba del carro. El carrero había bajado apurado como si agarrase a un ladrón. El ladrón era el matungo, porque con un pedazo de madera empezó a golpearlo en la barriga. Y el pobre animal lo único que hacía era levantar la cabeza, como si le preocupase el mirar bien a su verdugo. Y cuando el carrero vió que nada conseguía y el brazo ya le dolía, pasó un rato descansando y apostrofando al caballo. Después no le quedó otro remedio que zafarlo de las varas y ayudarlo a levantarse, con sus propios brazos. ¡Ah, un caballo vale plata! Yo no me pude levantar con los golpes y allí me dejaron. Y poco a poco fuí haciendo la prueba, hasta que quedé parado, apoyado en esa pared de mármol. Di un paso, y ¡páfate, al suelo. ¡Esas rodillas de manteca! Peor que eso, piernas sin rodillas, con articulaciones que hacían juego para cualquier lado. Mejor era quedar en el suelo, y tratar de olvidar todo, el fuego de los huesos y el frío de las baldosas. Mejor sería volver a soñar con fogatas. Dejar de estar agarrado y dejarse caer. Así es la gana de morirse, cuando uno tiene que pelear demasiado para defender algo que finalmente se escapa entre los dedos, como el agua.

❦ ❦ ❦

Yo creí que estaba solo y que mandaba en mis huesos, pero había caído enfrente de una casa de lujo y no podía de ningún modo morirse nadie allí. Cerré los ojos, esperando la vuelta de las fogatas. Pero alguien me sacudió con el pie para despertarme. Y vi un par de botas lustrosas. Tan firmes como negras y brillantes, esas polainas de rígidas suelas eran propiamente el sostén de la autoridad.

—Hay que levantarse. ¿Qué se ha creído?

Un vigilante, ni alegre ni enojado de verme tirado allí. Pero yo era algo que le incumbía y a mí me hablaba. Se agachó y me ayudó a incorporarme. De su boca salía un aliento de vapor. Sus manos fuertes levantaban mis huesos como si yo fuese un muñeco.

—¿Tenés algo roto o es la curda?

Que creyese lo que quisiere. Para mí ya todo era igual. Había abandonado la lucha. Que me tomase por un borracho o por un loco. Que viniesen dos ángeles de caras tiznadas y brazos de basureros y me llevasen al infierno. No iba a decir ni ay. No le pediría perdón al Diablo, menos a un vigilante. Esa ciudad cobarde que dormía protegida por el cemento sabría cómo muere Juan Tolosa. Yo era al mismo tiempo el imponente uniformado y el hombre tirado en el suelo de mi sueño: doble razón para odiar al mundo entero. Me sentía forastero en esta

ciudad y en esa noche, como si recién hubiese nacido. Y es que como un recién parido, yo estaba asomado a algo desconocido. Sentir cerca la muerte no es nada terrible, pero sí algo muy raro. Y de pronto, tanta fué mi desesperación de caer en ese pozo de barro en que me sentí resbalar, que me agarré del vigilante y le dije como si yo fuese una criatura miedosa:

—Agente, no deje que me muera, no me deje, agente.

El me llevó hasta un portoncito de madera, un pequeño umbral abrigado, de piso de ladrillo. Eso estaba tibio. Allí me dejó caer. Ahí podría morirme, me estaba permitido.

El vigilante quedó un segundo mirándome. Eramos dos hombres solos, en la noche fría. Ninguna luz llegaba a donde estábamos. Ahora yo no le veía el uniforme y él no podía verme el traje roto y sucio. Eramos dos hombres y nada más. Yo era Juan Tolosa, él no sé... ¿Qué importaba? Ya me sentía mejor sobre esos ladrillos cubiertos con una capa de polvo. Estaba como un perro albergado en un pozo de tierra. Y tuve fuerzas para decir:

—Déme algo, agente.

Le pedí una ayuda, porque sólo éramos dos hombres, y uno de ellos muy pobre, sin nada, pero lo que se dice nada, nada. Y aquella sombra se agachó y apreté en las manos unas monedas frías. Y cerré el puño hasta calentarlas, hasta que ardiesen como carbones. Un calor lindo empezó a entibiarme. Y fuí cayendo en un sueño de hierro, con un puño apretando unas monedas y con las retornadas ganas de vivir.

Capítulo V

EL DIA EMPEZABA DE NUEVO

El mundo debería detenerse en ese instante, ahí mismo, y no dar un paso más. Yo sorbía lentamente una taza de café con leche. Enfrente de mí veía al patrón de la lechería. Estaba inmóvil, parecía mirarme a mí, mirar a los otros clientes, mirar la puerta y no mirar a nadie. Era como pintado en cartón.

Un vapor cálido se levantaba de mi taza y me acariciaba la cara. Yo sorbía lentamente los tragos calientes. Era algo de retornar a la vida. Una sensación de volver a sentirse uno mismo. Sí, ahí tenía que detenerse el mundo y quedarme con ese gozo para siempre.

Entraron cuatro vendedores de diarios. Fuertes, pesados, con correajes. Parecían soldados, y no de paradas, sino de guerra.

—Yo le voy a dar al Petiso. Lo agarro en su misma esquina, palabra que lo voy a buscar en la misma Avenida de Mayo y le bajo los dientes, aunque sea frente al vigilante...

Los otros lo escuchaban como tolerándole.

—Bueno..., bueno..., hacé lo que querás.

Y el lechero detrás del mostrador, como petrificado, mirando todo, aunque no pareciese ver nada. Hasta que dejó el mostrador y se encaminó a donde estaban los cuatro canillitas. Venía muy serio y autoritario. Cuando llegó a la mesa no hubo más charlas. Uno de los muchachos le dijo:

—Cuatro cafés.

Y el patrón, como si no hubiese escuchado nada:

—Aquí no quiero reunión de malandrines.

Ahí dejé de tomar mi café con leche. Eso se ponía grave. El mismo que había pedido se incorporó:

—¿Qué dice?

El patrón fué más diplomático:

—Que pueden ir a otra parte a tomar café.

Y volvía al mostrador.

—¡Oiga!

El hombre se dió vuelta, y en ese mismo momento recibió un puñetazo en la cara. El pobre mozo vino corriendo para defender al patrón, pero claramente se veía que andaba más sorprendido que enfurecido, con más miedo de recibir su parte que deseo de vengar al amo.

Los cuatro muchachos estaban de pie. Y el patrón en el suelo, bien tirado bajo las patas de las mesitas de mármol, agarrándose la mandíbula con las dos manos, como si se la terminasen de romper. No pude terminar mi café. Tampoco pagarlo. Pocas ganas tenía de dar explicaciones a la policía que iba a caer de un momento a otro.

Estaba amaneciendo. La noche clareaba y mientras tanto el frío seguía en aumento.

Miré el cielo violáceo, como amoratado de frío.

Iba buscando algún umbral que me permitiese tirarme, cerrar los ojos y esperar que el sol calentase esa heladera. Y caminando hacia el lado de Palermo descubrí un portón de conventillo, abrigado, aunque viscoso, como engrasado.

Ahí ya nadie me molestó. Y pude dormir hasta que desperté bien avanzada la mañana.

* * *

Vi como el de la perrera avanzaba con el lazo listo. Un muchachito gritó para ahuyentar al perro. Quiso correr para llevárselo, pero se interponía el del lazo, avanzando con cautela. Volvió a gritar su llamado tonto:

—Salí, perro...

Seguramente no sabía el nombre del animal. El perro quedó un instante mirando serenamente al que gritaba. Después se acostó en el suelo, tomando concienzudamente el sol. Era extraño eso que pasaba. Un muchacho le gritaba como un loco. Una de las tantas insensateces que gasta siempre el hombre.

Lo más importante era cumplir con la vida. Y su sedoso pelo de perro lobo se entibiaba bajo la caricia del sol. Y un bienestar que le nacía de las carnes fuertes y la sangre rica le hacía brillar los ojos con orgullo. Sí, parecía tener un orgullo loco de su potencia dormida, de su escondida fuerza. Después fué cerrando los ojos, esperando el sueño, la cabeza apoyada en las patas anchísimas y negras, como columnas para sostener un edificio.

Y cuando le cayó el lazo se le erizó el pelo del cogote y mostró los dientes en un despertar tardío y una defensa imposible. Y ya animal terminado fué metido en el camión jaula, entre perros finos y perros atorrantes.

La perrera arrancó. Dos policías con motocicleta la escoltaban. En la puerta de un conventillo apareció la cara alarmada de un pibe. Rompió a llorar. Ahí llevaban a su perro. Palabra que era un lindo animal. A mí también me habían sacado del caño tibio para dejarme después en la calle, medio muerto de frío. Era la misma cosa. Uno está durmiendo, que es cosa tan de Dios, sin sentir ni pensar nada, y la sangre trabaja y es cuando toman formas los hijos de las preñadas y cuando crecen y se hacen hombres los chicos. Y vienen con uniformes, con lazos y jaulas. Y yo dormía en un caño y me sacaron de ahí apuntándome con un revólver. Dormía en un bodegón y el mozo me despertó a coscorrones. Y el sueño de un viejo es tan sagrado como el del chico o el de la embarazada. Porque, en el sueño, un viejo le descuenta horas a la muerte. Era eso, sí. Lo mismo que aquel pobre perro. Todavía el camión estaba cerca y empezé a gritarle. Asesinos, cobardes. La sangre me hervía y todo lo que me venía a la cabeza lo gritaba.

Uno de los de motocicleta se dió vuelta. Seguramente que escuchaba lo que decía. Y continué gritando, podían venir, que no iban a hacerme callar. Pero ellos siguieron, y yo quedé solo, con mi rabia.

De vuelta, toda esa calle volvió a quedar tranquila. El chico del perro lloraba, pero en calles con conventillos nunca falta un pibe dejando escapar los mocos.

Y alguien dijo, tan cerca de mí que casi me asustó:

—Nos descuidamos, y listo: el cajón. Tanto el hombre como el perro. Ahora, que si nos fastidiamos entre nosotros, vaya y pase, ¿pero qué culpa tienen los animales de vivir en una ciudad?...

Era un hombre de unos cincuenta años, de bigotazos grises.

—Sí —empecé a decir, para contestar algo—, ¿qué culpa tienen los animales, vamos a ver?... Porque los perros de la ciudad... Claro que no hay perros de ciudad y perros de campo... todos los perros son del campo, aunque algunos estén en la ciudad. Yo creo que nadie es de la ciudad, ni los perros ni los hombres. Somos forasteros, y tarde o temprano morimos y volvemos al campo, a la tierra... Estamos en la ciudad como pasajeros en un tren. Y por otra parte, palabra que voy muy mal acomodado, puede creerme...

Aquel hombre mostraba su bondad en los ojos azules, redondos, sorprendidos:

—¿Así que usted, es decir, don?...

—Juan. Juan Tolosa.

—Don Juan Tolosa, ¿usted es solo?

—Sí, lo soy.

—Bueno, mire, yo voy a Núñez, en el río, para cortar pasto fresco para el caballo, ¿por qué no me acompaña?

Sólo pude decir que sí. El sulky estaba cerca. Un caballito blanco. Y mientras el tordillo trotaba ruidosamente sobre el adoquinado, el de los bigotes grises me explicaba que el caballo lo tenía para buscar pasto, y el pasto lo necesitaba para alimentar el caballo.

Yo sé cuando soy necesario. Casi siempre es porque alguien necesita hacerse escuchar. Y aquel hombre decía:

—Todo es tener una vida para cuidar. Puede ser un gusano. Pero es tener una responsabilidad. Ya me ve a mí: viudo, sin hijos. Pero tengo a Cascabelito. Sí, Cascabelito es el caballo. Y a Lobito, el perro lanudo que trota debajo del sulky. Cuando Cascabelito come su pasto, parece un chiquilín. Tiene algo de inofensivo que me hace sentir lástima. Esos ojos asustados de un mundo que no comprenden, ¿me entiende? Un caballo es algo muy delicado. Solamente la condición de ser el animal más bueno del mundo hace inofensiva su inteligencia y su fuerza.

Ya hacía media hora que Cascabelito trotaba, ajeno a la charla filosófica del dueño.

Llegábamos al deslinde de la ciudad.

Cerca de una iglesia nos internamos en un extenso baldío, en dirección al río. Por ahí nos detuvimos. Bajamos, el caballo empezó a comer el pasto y el patrón a cortarlo y juntarlo. A mí me entraron ganas de ver lo que había más allá. A la derecha vi una cancha de cemento, enorme, redonda, blanca, como si la luna se hubiese caído. A la izquierda había un arroyo. Y me fuí alejando del sulky.

No lo volví a ver.

Capítulo VI

EL TESORO DEL AGUA DE COBRE

El sol me daba en la cara. Fuí sintiendo su calor y no sabía si era la sangre o el mismo sol que me chispeaba en la cara y me llenaba los ojos de nueva fuerza. Siguiendo por el arroyo llegué al río. Todo verde de sauces, y más allá la playa borrosa y el agua marrón. Dos caballos de los pescadores del río, comían el pasto de la ribera. De lejos veía preparar la red.

Un sol de invierno que traía un lindo sueño. Los dos caballos eran gordos y se mantenían quietos donde empezaba el agua. Estaban de perfil, como mirándose entre ellos. Al pie de un sauce viejo con las raíces al aire había un poco de pasto, y allí me senté, mirando como los pescadores, de pantalones arremangados, arreglaban la red. Al poco, caballos y pescadores se metieron en el agua. El río se comía las patas de los caballos. Luego desapareció el vientre. Y ya lejos, sólo se veían las cabezas, nadando cerca de una boya, empujando la red. Cabezas de caballos y de pescadores flotando en el río. No sé si era eso o el sol, pero me cayó un sueño de hierro. Me dormí al pie del sauce. El pasto era poco, pero bajo ese pasto había una arena blanda

y tibia. Fué una linda cama.

Sin embargo desperté asustado. Todo caliente de sol. Pero sobresaltado como si llegase tarde a un lugar donde yo fuese muy necesario. Los dos caballos estaban de vuelta en donde empezaba el agua. Los pescadores, a pulso, y con delicadeza, para que no se escapase un solo bagre, sacaban la red. Me largué a caminar por la playa dura y rugosa. Fuí adonde estaban los caballos. Iba contento. Un pescado tenía que ser mío. Los pescadores debían de ser buena gente. Un pescado iba a ser mío. Un pescado mojado, lustroso como un sol, todavía vivo y lleno de río, para mí.

❦ ❦ ❦

Cuando llegué encontré dos muchachos con los pescadores. Les ayudaban a tirar de la red. Después quedaron esperando que los hombres dejaran los pescados muy chicos y los bagres para llevárselos en premio de la ayuda. Bien observados, de cerca, los dos pescadores no parecían buena gente. Uno tenía bigotes de espinas y cara de gustarle mucho el vino y poco el ayudar al prójimo. La expresión dura y la boca apretada. El otro pescador era gordo, con los ojos muy chicos y una boca torcida y burlona. Me vió a su lado y le dijo a su compañero:

—Ya cayó un cliente...

Se dirigió a mí:

—¿Querés pescado?... Mojate, ya sabés...

Se reía como un salvaje. Yo veía a los dos, colorados del esfuerzo, colorados como diablos por el sol del río y el vino, y sin decir una palabra preferí apartarme un poco.

Quedé junto a los chicos. Tenían unos quince años e iban mal vestidos. Los miré, y ellos también me miraron con odio. ¿Qué venía a hacer? ¿Quería un pescado? Ellos también lo querían y para eso habían ayudado a tirar de la red. Yo era un intruso. Además, viejo y solo, así que no tenía ninguna razón para esconder el desagrado que les inspiraba mi presencia. Tuve entonces la completa seguridad de que estaba entre cuatro enemigos. Pero quería un pescado para mí. Y me quedé, silencioso, entre los cuatro tigres, que se miraban con ojos tan duros como inteligentes.

❦ ❦ ❦

Algo sé de pesca con red en el río. Cuando se recoge una red, al llegar a la orilla, muchos peces consiguen escapar. Pero donde consiguen hacerlo hay muy poca agua, y esa poca agua está tibia de sol, y los pescados de regular tamaño y los grandes no pueden internarse y quedan allí, atontados. Es fácil, entonces, agarrarlos. Se trata de mirar con mucha atención la superficie del río. Nada se ve, porque es color chocolate. Pero donde se percibe un movimiento, unas burbujas, un chasquear del agua producido por un coletazo, en fin, donde puede haber un pez, hay que dejarse caer con las manos convertidas en tenazas. Y si es un bagre grande, uno se rompe las manos y es un chorrear de sangre que mete miedo. Pero en ese momento no pensaba en un bagre. Pensaba en mi pescado, que no podía ser un bagre ni una "vieja". Y que efectivamente resultó un *dorado*.

Eramos seis ojos mirando el agua. Yo lo vi primero, casi estoy por decir que no vi nada, sino que adiviné su presencia. Me metí en el agua mojándome los pantalones. Efectivamente había un leve temblor de algo que se deslizase bajo el agua.

Metí los brazos en el agua, mojándome el saco. Fué un movimiento ligerísimo. Algo quería escapárseme, resbalar en mis manos, pero lo apreté con alma y vida, lo llevé contra el pecho y me incorporé apretando, y digo bien, abrazando a un gran *dorado*.

Con él salí del agua. Los hombres estaban muy ocupados sacando los pescados de la red. Los vi doblados sobre el agua y no los miré más.

Sólo los dos muchachos me miraban con dañina envidia. Y a mí me palpitaba el corazón con furia. Mi pescado era lindo, grande, demasiado lindo y grande. Estaba contento y asustado al mismo tiempo con mi *dorado*. Contento de verlo tan grande y asustado porque esperaba que me lo quitasen.

Los dos muchachos me miraban salir del agua con unos ojos de envidia que me apretaba el corazón. Esperaba que gritasen a los pescadores que llevaba nada menos que un *dorado*. Pero la verdad es que yo no robaba a nadie. Apretaba mi pescado contra el saco. Lo defendería. El *dorado* quería saltar, coleaba, se sacudía sobre mi pecho. Así hacía mi corazón, dentro. El *dorado* era mío. Lo había sacado del río, no de la red. Se lo discutiría a todo el mundo, sí señor. Que viniese un policía. El daría la razón a este pobre viejo. No soy ningún ladrón, eso sí que no. Un pobre viejo que se mojó todo para sacar del agua un pescado. Sólo un pobre viejo. El pescado era mío.

Tenía unas ganas desesperadas de irme. Di unos pasos con la tensión de tener que adivinar (¡no me daría vuelta por nada!) qué iban a hacer esas jóvenes fieras. ¿Y si llamaban la atención de los dos pescadores? Ya sentía el grito: "¡El viejo se roba un pescado!". Pero no hubo nada. Continué caminando despacito, como queriendo disimular. Nadie dijo una palabra. Entonces seguí escapando, ahora con toda la rapidez de mis piernas. Contento como un loco, apretaba el pescado contra el pecho.

Al rato me di vuelta. Algo sospeché. Efectivamente, los dos muchachos me seguían. Caminando ligero, querían alcanzarme antes de que llegase a la avenida. Comprendí que venían a sacarme el pescado. No lo habían hecho antes para que los dos pescadores no se quedasen con él. Y ahora venían a darme alcance. Apuré más el paso. Faltaba poco para llegar a la avenida. Allí pasaba gente, autos, ómnibus. Había un vigilante. Allí no se animarían a robar a un pobre viejo. La avenida era la seguridad. Yo iba casi corriendo. No corriendo del todo, porque entonces parecería yo el ladrón. Uno de los muchachos me gritó: "Che, viejo, parate".

La avenida estaba cerca. "Devolvé el pescado, viejo chorro". Viejo, sí. Un pobre viejo. Pero no ladrón. El *dorado* lo saqué del río. Bien que yo quedé todo mojado. El *dorado* ya estaba quieto, pero lo apretaba más que antes contra el pecho. La avenida estaba muy cerca. "Parate, viejo chorro". No me iba a parar. "Parate..." Los muchachos gritaban con rabia. Me di vuelta, para ver lo que pasaba. Uno estaba agachado, recogiendo algo. Apresuré el paso. Y recibí una pedrada en la espalda. Otra piedra, con menos fuerza, levantó tierra en mis talones. Las piedras duelen en los huesos de un viejo, pueden creerme. Yo no gritaba, no quería llamar la atención de nadie. No gritaba, sé aguantar, pero cada piedra que me pegaba me hacía abrir la boca de dolor.

Llegué a la avenida con frío en el pecho mojado con el agua del río y la espalda caliente de cascotazos. Pero iba con mi lindo *dorado*.

CAPÍTULO VII

EL BRAZO SECO DE MIGUELITO

Pasé por una carnicería y entré. El patrón se quedó mirándome, desconfiado. No le habré parecido un buen cliente:

—¿Quiere comprar un *dorado?*

El otro soltó una carcajada. "¿Todavía colea y ya lo querés reducir? Vos sí que sos pescador por deporte". Y torciendo la boca: "Si querés veinte centavos, dejalo". ¡Veinte centavos por un dorado de más de tres kilos! Salí escapando del ladrón. Ya me lo compraría cualquier tipo. ¿Quién no daría sesenta centavos por tamaño pescado? Ese carnicero era un ladrón. Un hombre acostumbrado a quebrar sangre y cortar carne.

Una vez fuí peón de una carnicería. Mi patrón era un gigante coloradote. Don Antonio era el dueño de un mercadito de Almagro.

❦ ❦ ❦

Arremangada la camisa, los brazos del carnicero se veían tan rojos como su delantal cubierto de sangre. Brazos musculosos, redondos, con pulpa que parecía querer saltar de la piel cubierta de vello rojizo. Brazos todo vida los del carnicero Antonio. No eran pocas las sirvientas que suspiraban íntimamente al verlos trajinar con el serrucho. Potentes, dominadores, esos brazos parecían alimentados de las partículas de carne y hueso que los cubrían constantemente. Brazos de verdugo, con no pocas cicatrices del oficio de cortar carne y serruchar huesos.

—¡Miguelito! ¿Qué estás mirando?

El hijo volvía de hacer un reparto, y dejando la canasta vacía en el suelo, se puso a mirar la calle. Tenía los mismos ojos tristes de la madre. También como su madre era morocho y con un aire de resignación que contrastaba con la vitalidad agresiva del padre.

—¿Qué hay, papá?

—¡Vení a cargar esto para la fonda!

Era lo más pesado de su labor. Una verdadera montaña de repollos y coliflores era acomodada en la canasta. El carnicero reía:

—¡Ahora te quiero ver!

El niño cargaba la canasta en el antebrazo y salía, despacito, torciendo el cuerpo para hacer contrapeso. Y también las clientes reían. Una preguntaba:

—¿Tan chico y ya hace todo el reparto, don Antonio?

Antes de que contestase el carnicero, otra se adelantaba:

—En el trabajo se hacen hombres, señora.

—Así me gusta ver a los mocosos y no molestando en la calle.

—Lo está sacando fuerte, don Antonio.

—Como el padre...

Y don Antonio reía, satisfecho de verse respetado en esa forma por toda aquella clientela femenina que admiraba su humor y su salud.

—Sí, sí... En el trabajo yo me hice hombre. Con el trabajo de estos brazos levanté este negocio.

Con un golpe de cuchillo terminaba de quebrar un hueso y por un instante ponía cara seria cuando decía:

—Y quiero que también mi hijo se haga en el trabajo. Nada de perder tiempo en juegos y en revistas. Yo no conocí nada de eso y aquí me tienen. Que aprenda a manejar sus brazos. Hasta que se parezcan a estos...

Y levantaba los suyos, macizos y colorados.

—Así... No quiero criar un inútil en mi casa. Que trabaje desde ahora, como lo hice yo...

Y si llegado ese momento de su disertación, Miguelito estaba al alcance de su voz, lo llamaba con un grito. Con el cuerpo torcido, el chico volvía al mostrador. Entonces don Antonio buscaba con la vista cualquier paquete ya preparado y lo acomodaba en la canasta repleta.

—Esto lo llevás a lo de doña Justa. Así te ahorrás un viaje. Te cansás más el brazo, pero ahorrás las piernas...

Y reía, junto con la clienteia. También reía Miguelito, ya que todo el mundo lo hacía.

❦ ❦ ❦

Y llegó el tiempo en que Miguelito comenzó a desmejorar. No por eso el bruto de su padre dejó de hacerle cargar canastas, lo que para él constituía una gracia y un sistema de educación.

En la mesa almorzábamos los cuatro. Miguelito había perdido el apetito y solamente miraba cómo devorábamos los dos hombres. Los ojos se le veían cada día más grandes y tristes. Don Antonio le ordenaba:

—¡Vamos, comé, que es comiendo y trabajando como me hice fuerte!

Y de vez en cuando, como quien comprueba una realidad nada estimulante:

—Salió a la vieja, no hay nada que hacerle.

Efectivamente, madre e hijo competían en tristeza.

Para compensar su falta de apetito, el papá le llenaba constantemente el vaso de vino. El chico se había acostumbrado a tomar. El padre reía viéndole empinar el codo y secándose los labios con las mangas del saco pijama. A veces intervenía la madre:

—Que no tome más. Puede hacerle mal.

Don Antonio replicaba bruscamente:

—Si le gusta, que tome. Es bueno para criar sangre. Y vos dejate de macanas.

Y desmejorando cada vez más, cargando siempre la canasta en la zurda, Miguelito fué sintiendo un cosquillear raro en el brazo. Se quejaba de sentirlo dormido o como lleno de hormigas. Después no sintió nada. Pero al poco tiempo apenas si podía moverlo. El diagnóstico de la clientela fué que el brazo se secaba. Miguelito dejó de cargar canastas. Lo instalaron en la puerta, en una sillita de paja, y allí permanecía mirando pasar los carros, con su brazo inmóvil colgándole a un costado. Y don Antonio se quejaba a los clientes de que le hubiese tocado en suerte un hijo inútil para el trabajo. Un lisiado a quien se le tendría que dar de comer.

* * *

Yo pensé en Miguelito y en su brazo seco, porque con los míos terminaba de sacar un pescado del río. Pobre pibe, se quedaba sentadito en la puerta, mirando pasar los carros, con esa cara triste de estar despidiéndose de una fiesta. Y yo, un viejo, luchaba; ahora me sentía contento con mi dorado. ¡Ah, si se me secasen los brazos! Debe ser peor que morirse, porque todo se pierde sin que nada termine.

* * *

—...Sí, señor. Lo pesqué yo. ¿Cómo? Un conocido mío, pescador de Rivadavia, lo sacó con su red. Como lo ayudo y somos muy amigos (casi parientes, puede decirse), me regaló entonces el mejor pescado que sacamos. Un lindo dorado, efectivamente. Mire los bronquios: rojos de sangre. Reciencito sacado del río, ni tengo que decirlo. Fresquito, como para salvar a un enfermo...

Yo me puse a hablar del dorado como si de la opinión que se formasen de él dependiese mi vida. Se había detenido un automóvil al lado mío y el que manejaba se mostraba admirado por ese tesoro del río.

Eran las barreras del ferrocarril que estaban bajas. Yo me encontraba parado junto al auto. El que manejaba, preguntó:

—¿A cuánto lo vende?

En ese momento no pude acertar ningún precio. Continué hablando:

—Un dorado fresquito, todavía está lleno de río. Mírelo qué lindo, si parece una señorita rica.

El otro, para terminar, sacó del bolsillo dos papeles de un peso. Le di el pescado y quedé con los billetes. El tren eléctrico pasaba como un torbellino. El motor comenzó a funcionar. Y cuando levantaron las barreras, el coche arrancó.

Quedé solo, con dos billetes de un peso. Pagó bien por mi dorado. Posiblemente lo confundió con un pececito de color gigante.

Quedé pensando que quizá yo tuviese suerte. Respiré con fuerza.

Subí una barranca, caminé varias cuadras. Y en la calle Cabildo tomé un tranvía color verde.

Me senté bien adelante, en el primer asiento. Veía al motorman cómo frenaba con una especie de rueda de timón. Lo importante era que alcanzaba a ver las vías. Y de vuelta comenzó a dominarme el sueño.

Qué bueno era eso: ver vías y acordarme de cuando Juan Tolosa tenía piernas de hierro para recorrer el país.

CAPÍTULO VIII

EL TURCO SE LAS ARREGLA CON LOS GUSANOS

Sólo durmientes. A veces me parecía que el hombre no ha hecho otra cosa fuera de alinear durmientes y cruzar con ellos el mundo. Durante meses mi mundo eran durmientes, pedregullos y dos bruñidos pedazos de rieles.

Caminábamos con pasos iguales, como soldados; mirando el suelo, baja la cabeza, como si fuésemos apesadumbrados por esa llanura sin fin y ese cielo que se levanta del horizonte.

En el suelo hay cosas para ver. El suelo es cordial, es bueno caminar dándole toda la atención, porque la pampa es desolada y ahoga ese horizonte polvoriento de la sequía. Nos acercábamos a Santiago del Estero y toda la llanura santafecina enrojecía, reseca, anticipo de los montes santiagueños.

Yo era quien siempre avisaba:

—Un tren, turco...

El turco Amed amaba las locomotoras y le enloquecían las mujeres. Caminando, era una sola voluntad de devorar distancia.

Caminar raro el suyo. La cabeza bien baja. Y cada paso acompañaba con un firme movimiento de cabeza, martilleando. Diríase que iba afirmando algo categóricamente. Yo lo veía con aquella su vehemencia acompasada de máquina y entonces juraba que el turco era loco — y su locura consistía en creerse una de esas locomotoras que amaba con verdadera pasión.

Volví a observar:

—Viene un tren. Podemos descansar un poco.

Amed escuchaba, pero le costaba siempre "frenar", y tanto más interrumpir su marcha por la vía. Poco a poco aminoraba el paso, hasta que finalmente se detenía.

Tristemente miró aquel borroso fin de llanura y cielo, crispó sus labios gruesos al escupir y se apartó de la vía férrea. Su paso vacilaba, entonces. Dejaba su marcha y parecía otro. Mostró estar fatigado y se acostó en el suelo. Yo me eché junto a él, sobre el pasto reseco.

Las vías del Central Argentino formaban dos rectas perfectas que se volcaban en el horizonte. Y de uno de los extremos se aproximaba un punto — redondeándose, tomando forma y estrépito de locomotora —. Ya se escuchaban el resoplar, los silbatos desesperados, el compás de la máquina sonando como un furioso redoble de tambor.

El turco miraba, admirado de esa maravilla, y en ese momento parecía una criatura. Pasaba el tren envuelto en una nube de polvo. Era algo potente en la tranquilidad aplastante de la llanura. El turco admiraba la locomotora y yo aceptaba que se trataba de una máquina perfecta y reluciente. Después se incorporaba y reanudaba la marcha. A mí me hubiese gustado descansar más, pero ya Amed, sin decir una sola palabra, se ponía a martillear cada paso con su movimiento de cabeza, como si hubiese nacido sólo para hacer eso.

* * *

En las polvorientas entradas de los pueblos, con sus rancheríos de barro batido y sus mujeres golpeando ropa sobre las tinas y cantando al viento, el turco redondeaba los ojos con la misma admiración que cuando veía pasar una locomotora.

—Mira Tolosa... ¡Qué bonita!

Podía ser vieja y horrible, pero siempre despertaba la pasión de Amed. Apretaba las mandíbulas, le rechinaban los dientes. Yo entonces pensaba que estaba frente a un asesino, que todo el día caminaba con un asesino. Aquel loco que se enternecía mirando cargar agua a las locomotoras, que sentíase algo así como una de esas moles lustrosas y devoradoras de durmientes, aquel compañero insensible y mujeriego me era sinceramente repelente. El labio inferior le colgaba como un cacho de carne y mirando en ese momento a una china obesa de cerdas arremolinadas en rodete, le empezaba a temblar ligeramente. Yo sentía hambre, sed, un cansancio que me abrumaba las carnes. Pero el turco vibraba con una única obsesión.

—Hay que conseguir algo para comer, turco...

—Mira, mira... ¡Qué bonita!

Sus ojos eran grandes, locos y peligrosos, como los de un caballo espantado.

Fué el último año que recorrí el interior. Cuando volví nuevamente a la ciudad comprendí que ya no saldría más de aquí. Me sentía cansado. El turco me acompañó varios días en la ciudad y después desapareció. Una tarde lo encontré y me dijo que quería volver a salir de linyera. Pero para mí todo eso había terminado. Estaba cansado de veras. Tenía miedo de morir en el campo, junto a la vía, y que me comiesen las ratas. El turco no me iba a enterrar. Ni a dedicarme una sola lágrima. De esto estaba seguro. Me vería muerto sobre el pasto y diría: "Murió". Nada más. Y a seguir andando por la llanura.

Confieso que me agrada imaginar dónde lo habrán enterrado. Con seguridad, al costado de alguna vía férrea. Que se las arregle ahora con los gusanos.

CAPÍTULO IX

LAS RELUCIENTES VIAS

No todo en el campo era marcha. Había algo más brutal que el cansancio y la sed, y era el trabajo.

Juntábamos maíz. Una soga nos desollaba los hombros, sosteniendo la bolsa que llenábamos. De un solo tirón arrancábamos las espigas ásperas como papel de lija. Las manos primero se hinchaban, se convertían en lindas ampollas. Después se endurecían. Algunos las tenían tan callosas que sólo podían servirles para arrancar maíz. Ya no podían armar un cigarrillo.

En ese yugo de sol a sol, era corriente que avanzando en el sembrado, arrancando maíz, llegásemos hasta las vías del ferrocarril. Ahí veíamos los dos rieles, reluciendo como la tentación. La agricultura no me atrae nada. ¿Qué me importaba tanto choclo junto? Ahí estaba yo con las manos totalmente estropeadas, porque necesitaba comer, dormir una temporadita bajo el techo de un galpón y juntar unos pesos. Todo esto para vivir. ¿Pero era vida eso? ¡Qué iba a ser! Vida era volver a cargar la linyera y echar a andar sobre los durmientes. Todos esos choclos quedaban atrás. Sí, porque llegábamos a otros sembrados, pero era otra gente y otro maíz. Y esa seguridad nos hacía caminar con ánimos. Y además estaba el turco Amed, contagiándome su rabia andariega. Porque Amed hablaba con tanto fuego y tantos gestos que asustaba y convencía a todo el mundo. Contaba cosas de su tierra, que aseguraba no era Turquía, sino Siria. Seguramente lo dijo para que dejáramos de llamarle turco. Nunca le quise discutir, pero sigo creyendo que los turcos — y Amed lo era — sólo pueden ser de Turquía. Y Amed hablaba de ciruelas grandes como duraznos y uvas del tamaño de ciruelas. O contaba cosas de allí, de mujeres morenas como santiagueñas y de peleas en el campo. Siempre esperaba el momento oportuno: bastaba que sufriéramos de calor y sed, en el horno de las planchas de hierro de un vagón de carga, para que al maldito se le diese por explicarnos sus ciruelas y sus uvas.

¿Cómo un turco que recorrió medio mundo va a plantarse en un terreno como una planta? Me hablaba de una guerra. Y en una plaza vió cómo ahorcaban a veinte paisanos, todos muchachos; y contaba cómo les iban sacando el banquito uno por uno, para que los

que esperaban su momento alcanzasen a ver cómo morían los otros. Eran así las cosas que contaba el turco. Mezclaba esas bellezas de uvas grandes como ciruelas con los hechos más horribles y crueles. Y Amed sentía unas ganas locas de vivir, miraba con cara de pibe el paso de una locomotora y se apasionaba por cualquier china.

Una vez se arrimó a una máquina que cargaba agua en un tanque que se levantaba en medio del campo. Y fué a tocar los bordes lustrosos de las ruedas grandes. Gritó:

—Vení a tocar. ¡Qué filo tiene; parece una navaja!

Entonces asomó la cara del maquinista, con una gorra de hule. Miró a ese linyera atrevido, manoseándole la locomotora. Tuvo una sonrisa maligna y sospeché que algo iba a ocurrir. El maquinista se había agachado, y abriendo la válvula de seguridad, envolvió a Amed con una nube ensordecedora de vapor quemante. Arriba del ténder, el fogonero se agarraba la barriga de risa, viendo cómo el turco corría asustado, gritando por la llanura.

❦ ❦ ❦

Pasábamos buena parte de nuestra vida en los trenes de carga. ¿Por qué tenía de compañero solamente al turco Amed? Porque era el único enteramente libre, igual que yo. Caían paisanos de bombachas y alpargatas, iban a las zafras del norte o a las cosechas del sur. Estos hombres salían de Santiago del Estero. Todos atados, con mujeres, con hijos, con animales. Hablaban de sus perros, de sus familias, de un rancho, de cualquier cosa. Eran los plantados. Viajaban en el tren de carga y ya pensaban en la vuelta. Ellos no podían comprender la admiración del turco por las locomotoras, ni prestaban atención a lo que contaba de su tierra. A mí, en cambio, me parecía extraordinario y dejaba que dirigiese nuestras marchas. Sin embargo, nunca lo quise como a un amigo, y más de una noche pensé en que podía matarlo, o él matarme a mí, porque estábamos solos en un desierto y nunca faltaron piedras más o menos pesadas junto a las vías del ferrocarril.

❦ ❦ ❦

La vuelta de Santiago del Estero la hicimos por el Central Córdoba. Ibamos debajo de un vagón tanque, acostados en unas tablas atravesadas sobre el armazón metálico. Nos servía de techo el enorme barril de agua — eran varios los tanques que utilizaba la locomotora para atravesar ese desierto — y apoyábamos la cabeza sobre la otra frescura de un zapallo. En algunos puebluchos las mujeres flacas nos esperaban con latas y ollas. Y se precipitaban sobre los tanques, las polleras largas y la toalla sucia en la cabeza. Y nos veían ahí sobre los tablones, recostados como si estuviésemos heridos, con la cara cómicamente cubierta de una regular capa de polvo. Pero se dirigían a nosotros respetuosamente. Esa pobre gente estaba lejos de sentirse superior a un linyera, y a muchos les adiviné miradas de envidia, porque viajábamos debajo de tanta agua, buscábamos nuevas tierras y otra suerte, mientras todos ellos estaban pegados a sus arenales y sus montes resecos.

El carguero de trocha angosta nos dejó en Córdoba. Dejamos atrás la tierra caliente y enfrentamos un invierno intenso.

Amed me llevó hasta el mercado, al borde de un río chato y sin agua, una ruina de río. Después de flanquear un mundo de sulkys, llegamos a los nueve galpones del mercado. Esas calles eran resbaladizas como todas las calles de mercados. Y no terminaban de llegar nuevos carritos, con zapallos, frutas y lienzos de verduras. Venían mujeres vestidas de negro, los rostros casi escondidos bajo las pañoletas de luto, y chicos morenos, perplejos de frío, con los gastados sombreros de cuero metidos hasta las orejas.

Merodeábamos.

Subimos la bajada de Santa Rosa. De un lado veíamos los galpones, con los fardos de verduras en el suelo, y heladas las chapas de zinc, el suelo húmedo y viscoso. Del otro lado estaban los boliches, las ventanas empañadas por el calorcito de adentro, y el café caliente, bien caliente, porque los que lo tomaban lo hacían a sorbos pequeños y lentos, y las tazas humeaban tanto como los caballos y los burros serranos estacionados afuera.

Yo abandoné a mi compañero. Crucé, buscando la vereda tibia. Pasaba un tranvía, chirriando sobre la curva de la bajada. Y los pasajeros echaban el aliento en los vidrios de las ventanillas.

Me dominó un hambre de cosas tibias. Una necesidad impostergable, una verdadera rabia de tomar algo caliente. El turco pareció adivinar esto. Vino a mi lado, para sacarme de allí.

Hizo que atravesara un puente sobre un río gris y seco. Encima de todo este frío, un muchacho remontaba un hermoso barrilete colorado, amarillo y verde. Subía, trémulo. No puedo explicar lo que pasaba por mi cabeza. El turco, que terminaba de sacarme de un lugar por el simple hecho de que me gustaba mucho, también pensó en lo mismo, ya que de pronto nos detuvimos juntos y tuvimos la misma sonrisa para el barrilete que subía en el cielo como una bandera o un sol nuevo.

La verdad es que Amed me dominaba. A veces yo deseaba detenerme en cualquier parte. El decía:

—No. Hay que seguir.

Y nos íbamos. Sólo de noche me sentía más fuerte que él, y me gustaba quedar despierto, viéndolo dormir. En ese momento su vida dependía de mí. Sí, únicamente por mi bondad el turco seguía viviendo. ¿No sería todo esto envidia? Pero, ¿envidia de qué? No era más rico ni más feliz que yo. Quizá fuese más bruto y más loco. ¿Entonces? ¡Ah!, el turco se había hecho un mundo para él, con un acompañante que era yo, y unas locomotoras que las veía de un modo distinto, como hechas para diversión suya. Cuando de noche, en el tren de carga detenido en el desvío, aquellos paisanos suspiraban recordando a sus ranchos y sus familias, al turco le brillaban los ojos, porque esperaba el paso del rápido, mientras recordaba, no las miserias de los otros linyeras, sino sus maravillosas frutas y mujeres, que sinceramente no creo que existieran en su tierra ni en el mundo.

❦ ❦ ❦

¿Cómo podíamos pensar en plantarnos de peón en una chacra para pasar la vejez entre verduritas? No podía ser, de ningún modo, no señor. Porque suele ocurrírseme que entonces pudimos haber dejado esa vida para dedicarnos a hacer algo. ¿Pero qué? Juntamos maíz, cargamos bolsas. Cuando se pudo hacer algo, lo hicimos. Yo pienso en esto porque siempre quiero convencer al Juan Tolosa viejo que el Juan Tolosa joven no hizo sino lo que pudo. ¿Cómo iba a pensar en plantarme en una chacra de peón, solamente para que de viejo me dejasen calentar la espalda al sol? No pudo ser. Por otra parte, nunca fué así. ¿Cuándo se ha visto en una chacra a un viejo inútil, que lo dejen estar por el hecho de haber envejecido allí?

Ahora veo las dos vías del tranvía. Las del tren se juntaban a lo lejos, sobre el horizonte, y relucían como la tentación.

❦ ❦ ❦

¡Los recuerdos! Los hago venir, y desfilan, y cada uno lleva una emoción de la mano.

CAPÍTULO X

EL PERFECTO CIRCULO DE LAS 24 HORAS

Ya era de noche cuando llegamos al centro. Bajé en la calle Reconquista. Contemplé el movimiento de gente, allí abajo, en la recova. Un marino inglés subía la cuesta, borracho, con las piernas pesadas y los brazos locos. En ese instante me acordé bien: En la fonda había polenta frita. Y yo ahora tenía plata. También sentía necesidad de un par de vasos de vino. Un día antes había caminado por ese mismo lugar. Y después fué una vuelta redonda de 24 horas. Ahora me encontraba en el mismo lugar. Y recién entonces me dominó tal cansancio que sentí los brazos huecos de pulpa y de sangre.

❦ ❦ ❦

Una buena cama por un peso. Sabía dónde era: "Hotel Roma". Una escalera larga y un patiecito con un mostrador. Allí se paga y se sigue por otra escalerita, de hierro, hasta llegar a la pieza con siete camas. Un peso para dormir en una cama pasable. No es caro. Mis pobres huesos pedían este merecido descanso. En esa vuelta redonda de 24 horas por la ciudad viví lo suficiente para buscar ahora una cama y enterrarme en ella, sí, para meterme y envolverme cuidadosamente con la frazada como dentro de una mortaja, para no levantarme sino cuando me echasen al suelo tirándome por una pierna.

Estuve un rato en esa esquina de Lavalle y Reconquista. Siguiendo por Reconquista, tres cuadras abajo quedaba el Hotel Roma. Pero permanecí allí.

En esa esquina hay un bar. Al lado del ventanal, dos muchachos tomaban café. Encima de una tarima la victrolera lucía las piernas. Y todos se mostraban tristes, como llorando al mismo muerto.

Meterse en la cama era perder el tiempo. Nada se gana calentando el cuerpo, cuando el estómago está vacío. Mejor era tomar un par de vasos de vino. Y charlar un rato. Podía estar ese mecánico que gustaba hablar de navegación. Verdad que mis piernas protestaban, pero todo pasaría con el segundo vaso de vino. Total, ya tenía descubierto el caño con paja de la estación de carga. Sí, volvería a ese nido tibio de la noche anterior. Es tontería gastar el dinero en dormir. ¿Y para qué, por otra parte, acostarse tan temprano? ¿Acaso soy una criatura? Aun me quedaban las suficientes ganas de vivir como para buscar la vuelta al buen clima de las luces de la recova. Para ir al vino y a la charla. Para darle descanso al cuerpo hay tiempo. Juan Tolosa siempre ha sabido agarrarse a la vida con toda el alma. Y lo más humano de un hombre es saber compartir un trago para contar sus cosas a los otros y escuchar de ellos las suyas.

Tres cuadras por Reconquista quedaba el Hotel Roma. Tomé otra dirección y bajé hacia la fonda de la recova. ◈

EL HIJO

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 31)

Tomó de nuevo el tren. El viaje le pareció más corto; no hubiera querido llegar nunca. Pensaba cómo haría para decir a aquella mujer que esperó tanto, que ya no existía Giuseppe.

A lo largo del camino veía desfilar campos y campesinos apoyados en sus palas, que contemplaban el tren. Y pensaba:

—Con seguridad que ellos no perdieron a un hijo; si fuera así, no trabajarían.

Y cuando estuvo en su casa, frente a la esposa, y ella comprendió sin que fuera necesario decírselo, se quedaron un rato uno frente al otro, sin decirse nada, como si todo, absolutamente todo, hubiera terminado.

Pero, en cierto momento, los animales del establo comenzaron a manifestar, con mugidos, que tenían hambre. Mugían con fuerza; ¿era posible dejarlos sin comer? Entonces él tomó la guadaña, ella el rastrillo y fueron en el carro al campo, en busca de la hierba fresca que crece en octubre.

De repente, mientras Pietro guadañaba, le pareció oír, allí cerca, el ruido de otra guadaña

una de ritmo más rápido, como si la movieran dos brazos más robustos, más jóvenes, un ritmo que él creía recordar. Y al estar en el establo, para dar de comer a los animales hambrientos, algunos se calmaban, como si otro hubiera ido ya a llevarles su alimento.

Llegó la época de la siembra. Sacaron a los animales del establo y fueron al campo a preparar la tierra. Y entonces fué como si, en medio del campo, a sus voces se mezclara otra, incitando a los caballos... Después hubo que recoger la fruta, podar los árboles, ¡y cuántas caricias se hicieron a aquellas ramas, donde los años anteriores se posaran otras manos!

Y cuando comenzó a despuntar el maíz, tuvieron la impresión de que también "él" se asomaba a la tierra, para decirles una palabra amable. Estaban así, escuchando, frente al gran campo, y sin decir nada. Pietro se sacó el sombrero.

Y cuando volvían, cansados, e iban a descansar luego de la cena, deteníanse un poco junto a la cama donde estaba el retrato de "él", con traje de "bersagliere", con el sombrero y la pluma. Pero se quedaban poco tiempo mirándolo, porque el hijo que desde allí los contemplaba y reía, parecía ahora muerto realmente. En cambio, afuera, donde no había sino árboles y tierra, "él" estaba en todas partes.

Los dos viejos continuaron trabajando, y se consolaron. Y los domingos, al entrar en la iglesia, la madre pensaba que su hijo era un poco semejante al Señor: en el templo, para verlo se precisan imágenes, mientras que fuera, está en todas partes. ◆

MUCHACHOS CUATREROS

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 26)

sobre el cielo del tacho y se alejaban hacia el río, luego de haber saciado el hambre voraz con los desperdicios de la matanza. Les llegó, desde el fondo de los campos, el griterío espantado de las aves de corral, y en seguida, en confusión, entre corriendo y volando, las vieron pasar buscando el refugio de la casa. El salteño Faustino sembró la inquietud. Le advirtió al inglés:

—Por áhi anda una iguana, patrón. Alcese y échele un plomo.

El inglés salió de debajo de la enramada, con movimientos cansinos, desperezándose, y echó la mirada al cielo. Un sedoso cielo de añil, de horizonte a horizonte, engalanaba la tierra. Al descubrir el ave habló, y a todos alcanzó la voz suya, que la emitía murmurando:

—Un gavilán... El maldito gavilán de siempre.

Uniéronse al inglés los cuatro que le hacían compañía. Buscaron en el cielo y exclamaron a coro lo mismo:

—El maldito gavilán de siempre.

El corcovado Reyes le previno al dueño del tacho:

—Es el gavilán cebao que viene por los pollos...

Adueñado del espacio, el gavilán, con vuelo ligero, describía alargados círculos que cada vez iba achicando. Regresaban las palomas del maizal de guinea, que costeaba el río Matanza, y el gavilán desde lo alto se arrojó en vertical vuelo sobre la bandada. Una de las palomas cayó sin vuelo, como fulminada, en tanto las demás alcanzaron el palomar, y allí quedaron medrosas al amparo de las miradas de asombro de la gente. El inglés mandó buscar la paloma caída, que aun se arrastraba moribunda. El gavilán se asentó en el abrojal, muy cerca de la casa. El inglés tomó la paloma ensangrentada, le buscó la herida, y vió que tenía el pecho profundamente abierto. Miró para la casa y echó la fuerte voz, con rabia, hacia su mujer, que observaba la escena desde fuera de la galería:

—Has visto, un gavilán nos mató a la mensajera.

La paloma muerta puso a todos en tristeza; había consternación y pena en los sentimientos. Aquellos moradores del tacho, gente mala, sin piedad para el hombre ni la propiedad ajena, ¿cómo pudieron sentirse heridos por la escena del gavilán y la paloma y haberlos movido a tanto dolor? La mujer se arrimó para dejar en pie su protesta. Dijo que allí nadie perseguía a los pájaros rapaces, y que en aquella libertad obraban a su antojo. Afirmó, además, que su casa era la casa de las alimañas. Cuando el inglés estuvo junto a la mujer, se expresó con extrañeza:

—¡Vaya con el gavilán! No sé con qué le cortó, si con el pico, si con la garra: lo cierto es que la mató como de una puñalada.

El inglés tomó el winchester del escritorio y fuése lejos de la casa. Llevaba ira, deseos de vengar a la paloma. Buscó al gavilán en la mira del arma y le soltó el tiro. La bala salió con un silbido delator, se le notó la trayectoria y picó en el objeto buscado por el ojo. El pájaro, que se escondía en el matorral y que se empinaba como para partir en vuelo, tuvo un balanceo, levantó las alas y se aplastó. El éxito del inglés fué alabado; gritó uno de los cuatro:

—Lindo el patrón..., allí dejó al gavilán refundido.

El mulato Calixto les hizo escuchar su pensamiento alevoso:

—Si yo tuviera ese pulso, ya me hubiera bandeao al "Nuevo"... ¿Hay cosa más linda, mi patrón, que voltearse a un enemigo a la distancia... sin verle el hocico?

El inglés clavó su severidad en los ojos del que hablaba. El mulato Calixto se le cuadró altanero, buscando que se exasperara. Mostró a un mocetón fornido, guapamente plantado y bien dotado de gracia varonil. Pareció querer imponer dominio con su estampa, y con este decir:

—Sepa que a quien me busque, le voy a hacer cantar el fierro en la carne. Así sabrán todos que soy de agallas.

Era preciso quebrar aquella voluntad cerril del peleador. Había que hacerlo, estaba en los cálculos del inglés para dominar a los indómitos muchachos. Tenía que poseer el dominio por la persuasión de la palabra o por la rigidez de la fuerza bruta. Pensó que aquél ya se había encaramado donde no debía. Quiso tumbarlo. Se fué sobre el bulto, velocísimo, y le metió el puño hondamente en el estómago. El mulato Calixto echó las manos al estómago y se arqueó; quedó falto de respiración, abrió una boca enorme, las narices se le ensancharon, queriendo respirar el aire que no podía. Parecía un muerto en posición vertical. Se oyó que alguien decía con miedo: "¡Lo mató!" Y que tornaron a decir: "Lo mató".

El inglés sonrió, y diciendo: "Aquí no ha muerto nadie", lo cubrió con un brazo, y con la mano libre le friccionó el estómago, en tanto el corcobado Reyes le daba viento con un sombrero pajizo; volvió a la vida con la reacción.

La mujer del inglés se le cruzó delante como perro toreador y gritó su desdén contra el que había golpeado:

—Usté no tiene alma, gringo malo... ¿Por qué le pegó a ese mozo? ¿Qué mal ha hecho?

El otro no quiso peleas con su mujer y le explicó:

—La mano dura ha de recibirla quien la merezca.

Sentó cómodamente al mulato Calixto y comenzó con un sermón. Lo apercibió:

—Tienen que saber mi deseo: con los puños, todas las peleas que quieran, hasta quedarse sin ojos; pero con armas no, ni admito que las tengan.

Luego, acercándose a la mujer, le confió:

—Estos chacales viven como hermanos, mas al primer encontrón, dan muestras de odio, y ya pronto se aparece alguno de ellos encogiéndose y sosteniéndose las tripas con las manos.

❦ ❦ ❦

Por un camino de polvo y de sol llegó el cuatrero a quien apodan el "Nuevo". Entró de tiro al corral a dos frisones tordillos negros. Apenas los descubrió Montiel, el zurdo, echó a volar su alabanza:

—Vea, patrón, ¡qué pingos!, ¡qué gordura! ¡Si parecen bolas de grasa! o como usté dice: "Montañas de sebo".

El "Nuevo" salió del corral y se dirigió hacia donde se hallaba la gente. Todas las miradas lo buscaron curiosas, con asombro, porque era un mozo a quien distinguían. El "Nuevo" era Timoteo Cruz. Llamábanlo también "El estanciero" por su forma de vestir: botas finas de cuero marrón habano; bombachas color aceituna, chaqueta de gamuza marrón y chambergo de igual tono. Hacía gala de sus prendas de vestir, y las mujeres a él no lo tenían en poco. Tres prendas le daban jerarquía ante todos los ojos: el cuchillo con vaina y cabo de plata, un reloj de plata también y la cigarrera de metal. Aquello de sacar los cigarrillos de esa especie de joya, que hasta poseía sus iniciales doradas, le daba prestancia. Una virtud le hacía de todos respetable y querido: el constante recuerdo de la madre lejana, en evocaciones de mucha ternura, y aquellas últimas palabras, siempre patéticas, con que terminaba sus voces de añoranza: "Me parece que yo he de morirme sin ver a mi madre."

Timoteo Cruz era un mozo bajo y recio, musculoso. No gustaba de las alegaciones ni de las peleas, pero cuando lo metían en el brete de la discordia y no encontraba salida, le placía que la fiesta de pelear nunca terminara. En época buena empezó de desollador en los mataderos, y un día, el capataz de la playa lo abochornó por unas cortaduras halladas en los cueros. Timoteo Cruz le afirmó que él desollaba con limpieza, que no cortaba los cueros, y que aquello no era obra de su mano. Al capataz, por su autoridad, se le fué la voz en palabras altaneras, y a Timoteo Cruz el cuchillo. Así vió cómo la sangre del capataz se mezclaba a la de los vacunos. Llegó luego lo inevitable, el declive, el camino hacia el mal; lo cobijaron los delincuentes, y él debió ser otro de ellos más tarde. Si la policía de la capital salió en su busca, la de la provincia le tendió su amparo, aunque más que otra cosa, el inglés Wilkes lo cobijó con su nefasta influencia.

Quiso el inglés que el "Nuevo" hablara sobre la procedencia de los caballos, y el "Nuevo", riendo, mostrando el gozo por su habilidad, explicó:

—Los traigo del corralón municipal de Flores, donde los tenían sin destino... Vea, patrón, sin destino tanta carne..., piense si esa gente no merece el castigo de Dios.

El inglés siguió con entusiasmo la broma iniciada, les advirtió:

—¿Oyen, muchachos, donde los tenían sin destino?..., y ya lo ven, esto no es robar..., sino trabajo del hombre honrado.

Debía festejarse el robo y la estrategia del autor, más que todo, como estímulo. El inglés sentó a los cuatreros a su alrededor en la mesa de la enramada y a todos convidó con caña y cigarrillos de La Habana. Echando al aire fuertes carcajadas, alabó sonoramente la destreza del "Nuevo", pues ¿acaso no cabía el elogio para quien, a la luz del día, quitara del corralón municipal los caballos de los cuarteadores. Pero el otro ni caso hacía de las palabras laudatorias; si hasta parecía que no fueran pensadas y dichas para él. El "Nuevo" estaba abstraído, vivía en el candoroso mundo del amor, y allá salían sus miradas en busca de la casa con engolosinamiento. El inglés, que buscaba nada más que ser obsequioso, lo distrajo encendiendo un

fósforo frente a su cara, y luego dándole fuego. Comenzó a fumar, y el mulato Calixto, llevando su ofensa en las palabras, aseguró:

—Por primera vez miro fumar al escuerzo..., ¡y me decían que fumaba...!

Sintió la alusión el "Nuevo" y no hizo más que mirarlo con desdén. Se dijo, sólo para él: "¡Vos, mulato, podés hacer gala y juego con las palabras y los dichos, y estar muy florido..., pero la mujer es mía..., mía y de nadie más!"

Salió Carmen de la cocina con un vestido verde; era linda, de tacos altos y empinado porte; tomando el caminito de la enramada, les llevó el mate cocido. Al llegar, sólo al "Nuevo" cubrió con el cielo de sus ojos azules. Le echó una sonrisa y una mirada picaresca al alcanzarle la taza. También él le sonrió. Luego de tanta dicha la miró cómo se retiraba llena de gracia para sus ojos de enamorado. Los ojos se le fueron con ella, y también la voz; habló y habló entre cuerdo y sonámbulo y sin saber para quién, se le oyó: "¡Con Carmen alcancé un lucero...!" Nadie dejó de oír aquello que para nadie se decía.

Levantóse airado el mulato Calixto, pero, en seguida, suavizando el empuje de su genio y de su arremetida, le pidió al "Nuevo":

—Quiero pelearte de frente y mano a mano.. Sin ventaja. ¿Sabés?...; quiero pelearte porque me has dejao sin mujer.

El "Nuevo", que creyó que aquello no era sino una nueva chanza, le explicó, haciendo de todo una broma:

—¡Calixto, yo no peleo con negros porque me mancho!

El mulato lo embistió, empujándolo. El otro quiso hacer pie, y al no poder afianzarse, trepidó y se tumbó, cayendo al suelo. El inglés impidió que el agresor se tirara sobre el rival alevosamente. Gritándole: "¡Te voy a desgañotar", lo alzó en el aire y lo clavó en un banco, sentándolo. Entonces dijo el sermón de paz; pidió que no pelearan, que nunca debían trenzarse los hermanos, porque circunstancias especiales les habían dado una hermandad que no debían desvirtuarla con peleas. Adujo el mulato Calixto:

—Es que desde que vino este mandria, Carmen no me mira, me dispara... —Y cuando las cosas estaban apretadas por un silencio de duelo, continuó: —Es decir, que la he perdido... Estas mujeres sólo ven buenos a los forasteros.

El "Nuevo" guardaba la anterior ofensa y respondió:

—Mirá, guacho: se ha de haber cansao del hollín... ¡Bastante tiene con las ollas!

El ofendido no aceptó el dicho hiriente y tornó al ataque. Mas el "Nuevo", que ahora se hallaba prevenido, lo recibió con una cachetada que lo hizo estremecer. Ese fué el principio y ya tuvimos a los muchachos en lucha con la condescendencia del patrón.

Atacó el mulato Calixto, con furia y sin concierto. El inglés pidió que retiraran la mesa, los bancos y los dejaran en cancha libre. Aseguró que eran árboles espinosos, que se quitaran las espinas y después serían buenos cual cogollos de cardo. Cuando la señora del inglés quiso interponerse, pidiendo paz a los mozos, el marido reclamó entre suave y autoritario:

—Deje a los muchachos que se froten y así se les caerán las espinas que los tienen inquietos.

Se dieron a la pelea. El "Nuevo" lo hacía sereno y de contragolpe. Esperaba el ataque ciego del otro para ponerle el puño en el sitio elegido: en los ojos casi siempre. El mulato Calixto empezó a sangrar de una ceja y a echar espumarajos con sangre. Se advertía una lucha terminada en sus comienzos. El último esfuerzo del mulato Calixto fué tirar una trompada, donde había reunido su poder. El "Nuevo" la detuvo poniéndole el brazo, al tiempo que le calzaba, reciamente, por tres veces los puños en los morros. Se oyó al inglés gruñir su disgusto: "Al "Nuevo" le tira el hocico, mi Dios..."

El salteño Faustino rió sin piedad del compañero en desventaja y le gritó al inglés:

—Patrón, vea que le dejan la trompa como morcilla reventada.

La mujer volvió a gritar su protesta y a vociferarle al marido, porque no veía la desproporción de la lucha. Le rugió: "Sos un gringo sin entraña".

El inglés Wilkes, con lo que oía entró en razón y afiunó a su sentimiento la humanidad. Detuvo la pelea diciendo que lo hacía por hallarla despareja. Afirmó que el "Nuevo" poseía nociones de boxeo, que pegaba bien, mientras que el otro sólo al aire trompeaba. Los hizo reconciliar por la fuerza, los hizo que se abrazaran y como signo de paz, para que el tiempo ni las cosas destruyeran esa concordia sellada en un abrazo, volvió a darles de beber una botella de caña. Los cuatreros dijeron de no pelear jamás y le aseguraron al inglés que ya se sentían cual hermanos. Pero las últimas palabras del mulato Calixto fueron como un rezongo y como para que ya no se hablara más de una amistad que no existía y no existiría nunca, nunca.

—Sí, patrón, pero sí, todo acabó..., ya no pelearemos... ya no pelearemos...

Luego, allí, bajo la enramada, sólo los ojos y la meditación tenían función cabal. Veíase sentado en un banco, con la cabeza gacha, mal respirando, al mulato Calixto. Más parecía lo suyo resuello que respirar. Notábasele aplastado y era más por lo espiritual que por lo físico. Había un silencio, una falta de voces y palabras que aplastaba como la tarde de bochorno que se estaba viviendo. Cantó la leñatera encima del espinillo y avivó el ambiente. El mulato Calixto le habló al "Nuevo" sin mirarlo, con los ojos en el suelo, casi gimiendo, cual si llorara:

—Me has sacao a Carmen..., y me has pegao también...

El "Nuevo" sintió que las palabras le escocían en toda la carne, que lo atribulaban y lo entristecían. Con pena explicó:

—Lo primero fué a gusto...; ella entró a enamorarme y yo a ceder; pero lo demás no, no quiero pegarle a nadie; no me gusta pelear con nadie.

—A nadie no, pero a Calixto sí.

—Cuando yo peleo es porque me acosan y cuando me acorralan soy más arisco que un potro —buscó en el inglés la aprobación, pero éste estaba con la cabeza baja y hundida entre las manos; siguió hablando—: Es que hay gente porfiada, creen que el mundo es de ellos..., y están los límites.

—Vos atropellaste sin saber que hay límites... Y me voy a vengar... ¿Oíste? Te voy a matar...

Las miradas buscaron al "Nuevo". En ellas había asombro más que tristeza. Estaban atentos a la contestación. El "Nuevo" se le acercó, le palmeó la espalda y le dijo sonriente:

—Por tan poco no se mata a un mozo...

El inglés mostró el pesar en un gesto y tornó a llamarlos a la concordia. Pidió que echaran al olvido los agravios:

—Es preciso que haya paz entre ustedes... ¿Quién gana con las peleas?

Tomaron de una botella de aguardiente y volvióse a un clima de sobresalto, de tragedia y todo fué un silencio sin palabras. En aquel desconcierto, el mulato Calixto escupió, miró la sangre y luego le pasó el pie. El abatimiento lo inutilizaba. Buscó al inglés, con la vista torva y el gesto sañudo, y le habló en un tono lento y sentencioso:

—Me rompió un diente... El diente se volverá cuchillo... El cuchillo saldrá a buscarlo. Hemos jugao la taba. El "Nuevo" echó suerte de entrada..., me sacó la mujer. Después la suerte le cayó abajo..., yo lo maté.

El inglés sentía que la impaciencia lo enloquecía, que la nerviosidad le jugaba en todo el cuerpo. ¿Qué hacer? Le aplastaría la cabeza; esa cabeza de mulato que tanto lo estaba intranquilizando, porque gestaba los pensamientos de un crimen.

Un palomo buchón le hacía la corte de amor a una mensajera en la cornisa de la casa y hacia allá fué su impaciencia, a desahogarse con los indefensos: sacó el revólver, apuntó y cayó el buchón al techo de la galería. La señora iba a dar sus voces de desaprobación, pero el inglés le puso el caño del revólver frente a los ojos y ella, asustada, desapareció en busca de las piezas.

Hubo un clima de angustia, de sobresalto. La escena creada por el inglés, unida a las anteriores palabras del mulato Calixto, emitidas con vengativa fiereza, desasosegaron las almas. Todos quedaron abatidos, pero el inglés más bajó la cabeza y comenzaron a fluirle los pensamientos. ¿Y cuál fué su pensar? Pensó en que todas las reyertas del mundo se conjuran y pacifican no habiendo mujer de por medio. En ésta estaba Carmen. Había sido de Calixto; después no, vivía prendada del "Nuevo". ¿Qué mudanza hubo en ella? Recordó que no dejó de apercibirla por inconstante, por dejarse enamorar; pero ella, enérgica, le respondió: "Soy yo quien lo enamora". No hubo más; todo terminó allí.

El "Nuevo" se arrumbó lejos de la gente; tenía el espíritu en pesadumbre. Le llegó la visión de la madre, la tuvo en el recuerdo y sentía y le dolía su ausencia. Recordó que se cumplía el año, un año justísimo que vivía separado de ella. Dejó la ciudad de Rosario con la cabeza florida de ilusiones. Buenos Aires lo tentó siempre: había sido su vellocino de oro, Eldorado. Le dijo al dejarla: "Madre, si el trabajo y la suerte vinieran a mí, la vendré a buscar, y allá, lejos de esta miseria que nos cerca, seremos dichosos". Pensó en que debía regresar, pues su estada en Buenos Aires no fué otra cosa que rodar de tumbo en tumbo y que, por último, el trabajo hallado, de cuatrero, no era ni más ni menos que el de ser un ladrón. Sabía que en cualquiera noche, cualquier estanciero podía matarlo. No hacía nada de tiempo, en Cañuelas, le soltaron más tiros de winchester que estrellas tiene la noche. Ante aquel peligro, pidió a Dios, pidió a la madre y se tendió, apretándose sobre el caballo y se echó a volar. No supo cómo, por qué fué su salvación. En medio de tanta tristeza evocativa rehizo muchas escenas de su vida. Pensó en que cada empresa suya no fué más que un fracaso. Entró en su mente el mulato Calixto y movió sus pensamientos. Tuvo que discurrir sobre su muerte y se le ocurrió decirse: "¡Y si este tipo me matara..., porque todo puede ser!" Luego acabó sus pensamientos: "Pero, ¿a qué pensar e inquietarme en esto?; ¿no terminó todo, acaso? ¿No somos amigos? ¿No nos dimos un abrazo? Además debemos salir juntos por la noche a una estancia de Tapiales y ya se le habrá pasado el disgusto".

Recobrado el ánimo, fuése en busca del galpón. Le salió al paso Carmen y lo llevó al cielo del amor, y arrobado de dicha se alejó en busca del descanso que habría de dejarlo activo y sin sueño en la noche.

❦ ❦ ❦

La noche se hizo con neblinas. La cerrazón se echó sobre los campos. Nada se veía. El inglés Wilkes despidió a los cuatreros, diciéndoles: "Muchachos, esta es la noche del cuatrero...; por consiguiente hay que sacarle provecho". En seguida puso en el aire su broma: "Ya estoy viéndome sin sitio y sin calderas para faenar tanto caballo como me van a traer".

El "Nuevo" sonrió y no desaprovechó la oportunidad. Le pidió: "Patrón: ¿por qué no nos da una caña para templarnos?" El patrón salió por la botella y se la dió para que tomaran a su albedrío. Bebieron y pidieron buena suerte.

El mulato Calixto montó de un salto y salió al camino. El "Nuevo" lo siguió paso a pa-

so. Se oía solamente el paso de las cabalgaduras. Así marcharon silenciosos, cada cual en lo suyo, hasta cruzar las vías del ferrocarril Midland. Recién allí se aparearon, de manera que se rozaban los recados. El mulato Calixto iba huraño, sañudo. El "Nuevo" tomó el comienzo del diálogo:

—Calixto, ¿vos conocés la estancia de Tapiales?...

—Le conozco los corrales... Además, por cualquier sitio que corte los alambres, hago tranquera. Y no preciso más.

—Ya es mucho conocer y mucho saber hacer. Yo voy a seguirte en todo.

—¡Seguirme en todo, mi Dios! Me vas siguiendo más de la cuenta...

—¿Por qué?

—Siguiéndome me robaste a Carmen. ¡Tenés la entraña de gavilán, y entrás en lo ajeno como la comadreja!

—Mirá, Calixto: el hombre no decide ni obliga en este pleito; la mujer elige y, al cabo, uno no es un poste; debe obsequiarla.

—A Carmen vos la buscaste hasta que la hiciste para tu amor. ¡Y Carmen era mía!

—No fuí yo, que no enamoro a nadie. Ella me dió su sonrisa primero; después sus ojos; más tarde sus palabras...

—Toda tuya... Nada más que tuya.

—Vos sabés lo que es una mujer. Lo que puede y cómo enreda. A mí me enredó.

❦ ❦ ❦

La estancia de Tapiales dormía apretada por la cerrazón. Eligieron el lugar y se desmontaron. El mulato Calixto le alcanzó la tenaza y le mandó: "Cortá todos los alambres".

El "Nuevo" tomó la herramienta y se dió a la tarea. Cortó el primer alambre y sonó a lo largo como cuerda de guitarra. Cortó los demás, los separó y se metió el mulato Calixto. Lo enfrentó y le previno al "Nuevo": "Yo voy hasta los corrales, vos te quedás aquí y cuando venga la caballada, le cortás el paso y la sacás a la calle. Eso es lo suyo; lo otro es mío y nada más que mío".

Quedó el "Nuevo" solo y oyó cómo se alejaba paso a paso el compañero. Oyó los graznidos de un lechuzón, los gritos de una bandada de teros y luego a los chajaes que vigilaban la estancia. Por las vías del ferrocarril pasaba un tren de carga, pesado, despacioso, largo, larguísimo; llenaba de ruidos la noche y de luz colorada la neblina. Se echó de espaldas sobre la gramilla, encendió un cigarrillo y, fumando, se puso caviloso, meditativo, hondo de pensamientos. La vida del cuatrero lo asqueaba: robar, robar y robar. Hizo un juramento: ya no saldría más de robo. Recordó al inglés Wilkes y pensó en la víbora de la cruz. Tenía la misma forma de cabeza, era un hombre venenoso y nacido para el mal, a pesar de su mentida bondad. Si él, si los otros compañeros volvían sin robados, se tornaba intolerante y a todos motejaba de inútiles. Si la noche había sido noble, si regresaban con animales, eran recibidos con mimos y halagos. Los convidaba con cigarrillos, con aguardiente, con dinero. Recién entonces tenían brillo las dádivas y los elogios. Pensó en fugarse e hizo estos cálculos: "Con el dinero de los frisones del corralón Municipal y con los caballos de la noche he de escaparme a Rosario". Nada existía como el hogar materno. La madre, la madre, y nunca otra cosa que no fuera la madre. Pensó en que nunca debió haber salido de junto a ella. Se justificó: ¡en Rosario había tanta miseria! Buenos Aires no le proporcionó trabajo honrado, y después de tanto tumbo, el inglés Wilkes lo conchabó. Apenas ingresó al tacho, le pareció haber dado con el ser más magnánimo y liberal, un padre por lo bueno. Le puso en el bolsillo una cartera con cincuenta pesos: dinero que en seguida giró a la madre. Después más dinero y más y más. Pero allí se exhibía el libro con su DEBE y con su HABER. Pensó en que vivía profundamente entrampado y que no podía fugarse porque la policía respaldaba y le daba protección al inglés Wilkes. Es decir, que notada su ausencia, sería acusado de un robo; fraguarían la mentira y pronto sería devuelto al lugar.

Abriéndose paso a través de la prieta cerrazón, llegaron las ruidosas pisadas de los caballos. Se levantó y aguardó. La caballada venía al trote y la notó recién cuando la tuvo encima; entonces dió unos gritos, se le cruzó, revoleando el arreador, y la sacó a la calle.

Comenzó el arreo. Los cuatreros se apearon. La caballada seguía delante, trotando, y ellos volvían rezagados, muy atrás. El mulato Calixto puso en movimiento sus palabras, insistente en lo mismo que lo tenía desasosegado: "Nuevo", ¿sabés que no te quiero matar?" Al cabo de andar y de meditar un largo trecho, continuó: "¿Por qué voy a matarte? Aquí tengo el diente que me tiraste... Lo llevo en la cintura... El diente se ha vuelto cuchillo..."

El "Nuevo" no lo oyó porque había partido en un galope con la misión de reunirse con los caballos en libertad, pero trotaban y se alejaban adelantados. Galopó hasta detener al primero. Los unió en apretada tropilla y los hizo seguir al paso. Subía por una empinada loma, donde las neblinas se iban disipando. Sólo por los lugares bajos la cerrazón era compacta. Se distrajo en la contemplación de las estrellas.

Notó la presencia de algo junto a él: una sombra. Se sobrecogió, pero, al pronto, reconoció el caballo del mulato Calixto, que se apareaba al suyo. Lo sintió a su lado, más que verlo: sintió el recado rozarle la pierna. Sintió un brazo fuerte sujetarlo. Sintió que un cuchillo se le entraba por el costado y dió un grito, se oyó un "¡Ay...!" Se oyó el llamado a la madre y cayó cruzado en la huella.

❦ ❦ ❦

Le pareció que iba despertando con el alba de un sueño largo, largo; que había soñado con el mulato Calixto, que le clavaba un cuchillo de atrás, que él gritó con mucho miedo. Le pareció que la aurora coloreaba la frente de los árboles, que los pájaros cantaban con más dulzura, con nuevos primores. Le pareció tener la madre a su lado y que él le preguntaba: "¿Por quién cantan los pájaros, madre?" Le pareció que la madre lo acariciaba y se durmió... ◈

RAFAEL BARRET, HUMANO...

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 15)

—Leo todos los que viene publicando, desde que usted me lo recomendó.

—Tienen una soberbia fuerza de personalidad.

Llega otro contertulio, que pregunta:

—¿De quién hablaban?

—Del autor de estos artículos, que firma R. B.

—¡Ah, sí! Rafael Barret.

—¿Lo conoce usted?

—No. Pero Frugoni me ha hablado de él. Fué a verle cuando llegó del Paraguay, deportado.

—¿Y qué hace? ¿Por dónde anda?

—Está en el hospital "Fermín Ferreira"... Muy mal, según me han dicho.

Se acrecentaba el interés alrededor de su figura. Postrado en una cama de aquella casa de aislamiento, por una terrible hemoptisis, escribía allí los artículos que eran leídos por todos con interés y que en el mundo intelectual montevideano causaron el efecto de una revelación.

Rodó comenta:

"Su crítica es implacable y certera; su escepticismo es eficaz, llega a lo hondo; y, sin embargo, la lectura de esas páginas de negación y de ironía hace bien, conforta, ennoblece. Y es que hay en el espíritu de su ironía un fondo afirmativo, una lontananza de idealidad nostálgica, un anhelante sueño de amor, de justicia y de piedad, que resultan más comunicativos y penetrantes así, en el tono de una melancolía sencilla e irónica, que si se envolviesen en acentos de entusiasmo y de fe, o de protesta declamatoria y trágica. Su actitud de espectador desengañado, en el teatro del mundo, tiene toda la nobleza del estoicismo, pero con más una vena profunda de caridad.

"...Y nada de vulgar en la intención ni en la forma, ni en la manifestación de la vasta cultura intelectual, que se percibe en la base, en el sustentáculo de lo escrito, y nunca en apariencia inoportuna u ostentosa.

"Es una inagotable excitación para pensar ese idearium, inconsecuente y errabundo, como la vida misma, que componen sus crónicas..."

Ya estaba dicha la palabra definidora del maestro en cuanto al escritor. Y el interés humano que suscitó en el ambiente intelectual de Montevideo estuvo acorde con el interés literario.

Alrededor de su lecho de enfermo se va formando un círculo de admiradores y amigos cada vez más amplio, de los que recibe atenciones y aliento. Y es entonces cuando su nombre de escritor llega a Buenos Aires, donde su breve paso anterior no había dejado huella.

Como sus páginas más vibrantes y más reveladoras se refieren a los verbales paraguayos, muchos le suponen nacido en aquella República. En realidad, es allí donde ha nacido a la consagración literaria, pues allí es donde su personalidad de escritor se ha desarrollado plenamente.

Un destino en dos anécdotas

Retrocedamos de 1909 a 1904, año en que Rafael Barret llega al Paraguay, en plena revolución. Iba hacia la capital, pero se quedó en Villeta, donde acampaba el ejército revolucionario, por puro espíritu novelesco. Aquella aventura terminó apenas comenzada, pues la paz se hizo de inmediato. Se dirige entonces a Asunción, donde nada más llegar se destaca su extraordinario talento, seduce por su señorío, convirtiéndose en imán de simpatía y admiración en los medios intelectuales. Escribe en periódicos donde su colaboración es bien retribuída. Firma siempre con sus iniciales: R. B.

Para mejor atender a las necesidades de su hogar — se ha casado y tiene un hijo — se entrega a otras actividades. Ocupa el cargo de secretario de la compañía inglesa del ferrocarril. Y lo desempeña hasta el día en que, ante una injusticia cometida por la empresa con un empleado, renuncia a su cargo. El gerente, míster Smith, procura disuadirlo:

—Pero si a usted no le afecta el caso, señor Barret.

A lo que éste le respondió:

—No nos entenderemos jamás, míster Smith: esa injusticia, que lesiona a quien ni siquiera conozco, me lesiona a mí también.

Y abandonó su puesto, poniendo de aquel modo su conducta a tono con la letra de sus artículos.

Esta otra anécdota acaba de definir su carácter y marca la trayectoria de su destino:

A instancias de amigos influyentes, se hizo agrimensor, cosa fácil para él, que tenía casi terminada la carrera de ingeniero en Europa. Su nueva profesión le ofrecía un considerable margen de beneficios. Pero un buen día renunció a ella de modo irrevocable, porque había descubierto — eran sus palabras — una cosa

esencial para su conciencia: que negando, como negaba, el derecho de propiedad sobre la tierra, no podía contribuir a que tal derecho subsistiera, midiéndola y amojonándola para los latifundistas.

Quedó entonces atenido exclusivamente al escaso rendimiento de su labor periodística. Ya la enfermedad había hecho presa en él, minando su robusto organismo. Pero cuanto más se resentía su salud, más aumentaba su ímpetu combativo, y era mayor la reciedumbre de su espíritu. Fué a vivir al campo, buscando alivio para sus pulmones. Y allí su dolor se puso en contacto, mejor dicho, en íntima comunión con "el dolor paraguayo", que había de inspirarle páginas magníficas, verdaderos poemas en prosa, que tienen el acento de lo perdurable.

En 1908, de nuevo en Asunción, era ya un espectro de lo que fué. Aquel "Apolo del romanticismo", que conoció en Madrid Ramiro de Maeztu, se había convertido en la viva imagen de un Cristo en la agonía. Y esa imagen conservan de él los que le vieron en las calles de la capital paraguaya en los días de la revolución de aquel año, socorriendo a las víctimas de la refriega, bajo una lluvia de balas que milagrosamente no tocaban su cuerpo. Poco después dejó de vérsele: era detenido y deportado a Curumbá, en el Brasil, desde donde logró dirigirse a Montevideo. Es entonces cuando su fama, encerrada en los estrechos límites del Paraguay, gana las dos orillas del Plata. Su fama de gran escritor; de uno de los grandes escritores de América, pues aun siendo español, su obra lo sitúa dentro del ámbito literario americano.

El espejismo de una nueva vida

Sus amigos uruguayos reunieron parte de su labor en un volumen titulado *Moralidades actuales*, rasgo que proporcionó a Barret una íntima satisfacción. El aliento de amistad y admiración que recibió en Montevideo, debió alegrar sus últimos días, iluminados con la ilusión de que nacía a una nueva vida. El espejismo de esa nueva vida, originado por una fugaz mejoría, lo llevó hacia Europa, donde no era la vida, sino la muerte, quien le había dado cita en un pueblecito francés de los Pirineos, el 17 de diciembre de 1910. ◈

En el próximo número:
JOSE INGENIEROS, EL SOCIOLOGO BOHEMIO

LA RAYA DE TIZA

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 17)

Ya era suyo el solar cuando vivía Amelia, pero los gastos de la enfermedad — el médico, los remedios, los análisis, las radiografías — se llevaron los pesos que destinaba a ladrillos. Después del entierro de su mujer pensó en vender el lote. Solo, podía arreglarse en una pieza cualquiera, cerca de la fábrica donde trabaja; mas cambió de parecer cuando un amigo le advirtió que el solar quedaba a ocho cuadras del cementerio.

No es ésta la casita con que soñó Amelia. Nacida en un inquilinato, junto a un patio oscuro y húmedo; criada en Barracas, cerca del terraplén del ferrocarril — cada convoy que pasaba interrumpía sus juegos de niña, pues temía que la descubriesen los pasajeros —, y reducida, durante los ocho años de matrimonio, a morar en una habitación sin ventana, compartiendo con otras mujeres el baño y la cocina, aspiraba Amelia a ser dueña de un hogar amable: ningún lujo, es cierto, pero sí algo claro, feliz. ¡Si pudiera ver a lo que ha quedado reducido su sueño! Cuatro paredes, una puerta, un respiradero estrecho; una cocina con piso de piedrecitas apisonadas... ¡Qué importa! Si hasta aquí no vienen más que dos amigos — Juan y Enrique —, algunos domingos. Traen un pedazo de carne, un par de botellas de vino tinto. Encienden fuego detrás de la casita y preparan el asado. Ceban mate. Fuman. Charlan. El los recibe porque no son mala gente. Cuando quiere estar callado, no hablan; si dice que no desea beber, no se lo reprochan, y se marchan cuando él les hace notar que está cansado. En verdad, no es cansancio lo que él siente, sino ganas de estar solo, de prepararse, como lo hace ahora, para su visita nocturna.

Uno de los amigos intentó, días atrás, quebrantar ese acuerdo que nadie propuso.

—Vivís muy alejado de todo — le dijo a Manuel Barrios —. Del trabajo aquí y de aquí al trabajo. Comprendo que la sientas mucho, pero todavía sos joven... Las hermanas de Rufino están preparando una fiestita. Irán muchachas solteras...

El viudo no quiso expresar un rechazo.

—A lo mejor voy — contestó. Y el amigo sonrió, satisfecho.

Pero no irá. La fiesta de las hermanas de Rufino empezará dentro de unas horas. Han adornado el patio, colgando de la parra guirnaldas de papel y farolitos japoneses. Tendrán orquesta: violín, bandoneón y guitarra. Tendrán cerveza, masitas y "sandwichs", y a medianoche servirán sidra y pan dulce. Sería lamentable que una tormenta les interrumpiera el baile, que confinase a los invitados en el comedor. Manuel Barrios desea que sean felices esta noche, como lo era él cuando, vestido con su traje negro, calzado con zapatos de charol, iba a casa de Amelia, en Barracas, y juntos ella y él olvidaban el paso de los trenes. Bailaban. A veces la familia y los amigos les formaban rueda. Era cuando sonaba uno de esos tangos — *El choclo*, *El entrerriano*, *Rodríguez Peña*, *La cumparsita* — que cohiben a los que no están seguros de salir airosos. El permanecía hasta el final, era el último en irse. Amelia se quedaba con él, un largo rato, en la puerta de calle. Cerca de la esquina brillaba el rescoldo de una fogata.

IV

Manuel Barrios se ha puesto el traje negro que usó la noche de su casamiento. El traje está arrugado por el largo encierro en el baúl. Además, le queda un poco estrecho. El ha engrosado. No será por lo que come: es cosa de la edad. En cambio, ¡cómo se conservaba Amelia! Ni el matrimonio ni la enfermedad cambiaron su figura. Si ella pudiese lucir ese vestido blanco, de seda, que el viudo guardaba junto con su traje y el que ahora ha estirado encima de la cama, los vecinos dirían que iba a casarse con un viejo. ¡Mala noche para casarse, una noche así! Con este calor, con esta humedad... Los bichitos del tiempo golpean contra el vidrio de la lamparilla sujeta a un extremo del cordón que pende del techo, oscurecen el cordón. Si él no se apura, lo sorprenderá la tormenta antes de que llegue al cementerio. Sale. Relámpagos iluminan las tapias rosadas y celestes, descubren lo que hay más allá de los cercos de alambre. Anda. En una casa, sus ocupantes llevan hacia adentro una mesa que habían tendido en la galería. Un anciano descuelga farolitos de las ramas de un limonero. A través del balcón de un piso bajo ve una sala con piano, sillones, un espejo de marco dorado. Una señorita cierra las persianas. A través de la reja de una ventana ve un dormitorio modesto. Una mujer y un hombre están comiendo al lado de una cama de pino. La mesa es pequeña; encima de ella, el botellón del vino y un sifón de soda. La pareja que come le ha traído el recuerdo de Amelia, de sí mismo: Amelia y él, dos años atrás, saboreando un pollo a la cacerola, que su mujer preparó cuidadosamente. Lo acompañaron con vino blanco, espumante. A Manuel Barrios nunca le gustaron los vinos dulces, pero esa noche lo único que le interesó fué satisfacer los deseos de Amelia. Si no lo hubiese hecho, ¡qué arrepentido sentiríase ahora! Ahora, en que se dirige al cementerio para estar con ella. Junto al paredón, allí donde se lo señala la raya de tiza, se detendrá. ¡Qué precaución la suya! Contó, en el interior, frente a los nichos, los pasos que hay entre el final del muro y el sitio en que yace Amelia. Fueron pasos medidos, que repitió en la calle. Tomó del bolsillo un pedazo de tiza y trazó la raya. Ya pudo, confiado, apoyar la frente en los ladrillos: sus pensamientos no iban a perturbar el sueño de una niña — ha visto a los padres llorar desconsolados aunque la criatura murió cuando la gripe de 1918 — ni el sueño de la solterona a la que hace seis meses sepultaron con el traje de novia de 1896. Sus pensamientos atravesaron el muro, atravesaron la madera del ataúd, atravesaron el cinc de la segunda caja y llegaron a la cabeza de Amelia, casi tan cerca de la suya como antes en la almohada.

Suena un trueno. Caen gotas de lluvia, espaciadas y grandes. Manuel Barrios apura el paso. Faltan tres cuadras para llegar al cementerio. Es mejor que llueva. Si el chaparrón que ahora va abrillantando los adoquines de la calle persiste y se empareja, en la callecita podrá estar solo. Cerrarán ventanas y balcones, no se oirá música, no habrá muchachos saltando traviesos por encima de una fogata.

Manuel Barrios se apresura aún más, movido por la curiosidad de saber si todo está ocurriendo como lo desea. Si no hay vecinos parados en los umbrales, se detendrá sin vacilaciones y bajará los párpados, así.

—¡Manuel!

Lo han llamado. Desde la puerta de un despacho de bebidas, en la acera de enfrente, tres hombres mueven los brazos, demandándolo.

—¡Manuel!

Reconoce la voz: es la de Enrique. Reconoce a los que acompañan al amigo: Juan y Rogelio. Se detiene. Los tres hombres cruzan la calle: sus pasos no son firmes. A Manuel Barrios no se le ocurre sino preguntar:

—¿Ustedes? ¿Y la fiesta?

Pero los amigos no le responden, porque están ocupados observándolo.

—Parecés un novio — le dice Juan.

—Quién sabe en qué andás — le dice Enrique.

—Con razón no quisiste ir a mi casa — le dice Rogelio.

¿Qué pensarán los tres amigos? ¿Lo creerán capaz, en una noche como ésta?... Pero, ¿cómo explicarles?

—Salí a dar una vuelta.

—Contáselo a otro...

—¡Eh, que nos estamos mojando!

Manuel Barrios se siente tomado de los brazos, que sólo le sueltan cuando tiene apoyados los codos en el mostrador de cinc.

—Yo pago — dice — la primera vuelta.

V

Si les confesase a dónde iba, los amigos creerían necesario ofrecerse para acompañarlo. Y si fuese con ellos, ¿qué le parecería a su mujer? ¿Cómo explicárselo? ¿Cómo decirle, con qué pensamiento, que debió aceptar la compañía para no llegar demasiado tarde? Ya son más de las dos y media. Están en una cantina italiana, entre barriles de vino y hombres que entonan canciones que les recuerdan

la tierra y la juventud lejanas.

—Estos gringos... — dice Rogelio —. No lo entiendo: aquí lo tienen todo y, sin embargo, se lamentan. Los criollos somos más duros. A vos, Manuel, se te murió Amelia... — Y advirtiendo, como una señal luminosa a través de la niebla, la mirada de Enrique, intenta corregir —: Disculpame que te lo recuerde...

—No es nada — lo excusa el viudo. Mas los otros comprenden que será imposible seguir como hasta ahora.

—Me parece que es hora de volver a casa — propone Juan —. Tengo la cabeza pesada, y con la mojadura, por ahí me agarro una pulmonía. Mirá cómo tenés el traje, Manuel: empapado.

—Sigue lloviendo — anuncia Rogelio.

—¡Qué importa! Más mojados de lo que estamos...

VI

Desde la plataforma del tranvía, Manuel Barrios mira las paredes de las casas. ¡Cómo ha llovido! Están oscuros los celestes y los rosados de las tapias y en las esquinas el agua ha cubierto las cunetas. Una boca de tormenta se atora, incapaz de ingerir tanto líquido.

—Es un diluvio — comenta, y el guarda, cansado de estar solo en el coche casi vacío, le dice:

—En toda la noche no hemos tenido ni cien pasajeros. También, ¡cómo para largarse por ahí si desde temprano se venía anunciando esto! No podía seguir, con tanto calor... A uno le da lo mismo — comenta; pero temeroso de aparecer egoísta, añade —: Es una lástima que a mucha gente se le haya aguado la fiesta.

La fiesta. Es cierto. ¿Qué habrá pasado con la fiesta de las hermanas de Rogelio? Aquellos hombres que entonaban canciones en la cantina, la celebraban a su modo, ebrios de vino tinto y de añoranzas. El pensó celebrarla cerca de Amelia, comunicándose con Amelia, llorando a la mujer perdida. Se lo impidieron los amigos.

—¿Sabe? Yo soy viudo.

—¡Ah! Yo tengo un hermano que es viudo, también.

¡Claro! ¿Qué puede interesarle al guarda su viudez? Un viudo es un hombre cuya mujer ha muerto. Pero un viudo puede ser, asimismo, un hombre solo. Esta noche él se sintió solo cuando los tres amigos se empeñaron en estar con él. Si no hubiese sido por ellos, a esta hora ya estaría de vuelta en su casa, libre de la molestia de los zapatos mojados, del traje húmedo, del sombrero que pesa como nunca. Y Amelia no lo hubiera esperado horas y horas. ¿Esperan los muertos? ¿Saben los muertos que el tiempo pasa? Si él fuese el muerto, ¿sabría que ya son más de las tres, estaría impaciente aguardándola a ella? Mas ¿por qué se imagina que Amelia habría ido esta noche a hacerle compañía, detenida junto al muro del cementerio, en la callejuela oscura y triste? El conoció algunas viudas y no todas eran muy fieles al recuerdo del marido. A una de ellas la encontró, seis meses después de la muerte del esposo, divirtiéndose en una fiesta, en casa de Amelia. La viuda no quiso bailar, aunque se lo pidieron mucho, pero conversó a solas con un tío de la que entonces era su novia.

—Decime, Amelia: si algún día te quedaras viuda, ¿serías como ésa?

Y Amelia — lo recuerda ahora con fastidio — no le contestó francamente. No le dijo "sí" o "no". Le dijo:

—No pienses mal, Manuel. Vino porque se lo rogamos. Esa es la verdad. ¿Qué querés que haga, la pobre? Se pasa la vida encerrada, va a terminar volviéndose loca.

El no se ha vuelto loco. Si él no se ha vuelto loco, ¡qué habría sido de Amelia, en su caso!

—Parece que no quiere parar. Tendremos lluvia hasta la mañana.

—Así parece.

El tranvía aminora la marcha. Los frenos chirrían. Se detiene.

—¡Cementerio!

Manuel Barrios es sorprendido por la voz del guarda, que anuncia la "parada". El guarda se dispone a dar salida, pero se contiene al ver que el pasajero desciende presuroso.

VII

Manuel Barrios cruza la callejuela estrecha para guarecerse de la lluvia bajo el amparo escaso de algún balcón, de algunas cornisas. En la acera de enfrente el agua cae fuertemente al pie del paredón. Faltan más de cien metros para llegar al sitio en que está su marca. Va pensando una excusa — algo que no sea una mentira — como las tardes en que, de vuelta de la fábrica, se demoraba con algún amigo. Aquí, arriba, está el balcón sobre cuya persiana otras noches la luna proyecta la sombra de una cruz. Ha pasado de largo, entonces. Y vuelve sus pasos atravesando la calzada en diagonal. Busca la raya de tiza. Lee: "Boicó al Chino". No; por acá no es. Lee: "Sportivo Defensores desafía...", "Viva Porteño..." La lluvia ha desvanecido una insolencia. La lluvia..., ¿será posible?, la lluvia ha borrado su raya de tiza. ◈

SERA UN VAGABUNDO

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 21)

Viene como un monstruo, rodando y echando humo como el infierno. Es capaz de ensuciar con su hollín el cielo entero y pita que te rompe los oídos si estás cerca. Allí, en Chilete, dejas las bestias y subes al tren. No tengas miedo, no más. Estás como en tu casa, bien sentado. Y si quieres, duermes. Y de repente te encuentras en el mar. ¡Mi Señor Jesucristo! Esa es el agua del diluvio. Cuando veas la playa, los muelles, los barcos que se balancean sin hundirse; cuando veas las olas gordas como ballenas que vienen atropellándose, seguro que te caerás de espalda. ¡Sujétate bien! Y en la playa orinas. Porque ya sabes que para ser hombre de veras, hay que hacer eso, por lo menos una vez, en la playa del mar.

Así decían todos los hombres y los niños de ese pueblo, tan lejano del mar; gentes amantes de los viajes y avezadas a sus intemperies; gentes para quienes, el sedentarismo, constituía una deshonra:

—Para ser hombre de veras, hay que dejar huellas, por lo menos una vez, en la playa.

¡Los trenes, los puertos, los buques, el mar!...

En esas cosas solía pensar, como quien toma una fruta, el hijo de Fidel Vega en sus primeros años de infancia, cuando se encontraba en lo más alto de los cerros tugaleños.

¡Los trenes, los puertos, los buques, el mar! Y por haber querido llegar a ellos antes de tiempo, se vió refugiado cierto día en un rincón de su casa, con el oído atento, trasuntando el peligro.

Su desastre había sido así:

El pequeño tenía en su vida tres personas a quienes amaba de todo corazón: su madre, su hermana mayor, que se llamaba Julia, y su tío Martín. Julia tenía quince años más que él. Era bonita, esbelta y pulcra. Y pasaba sus días leyendo libros que su hermano universitario le mandaba desde la capital.

Cuando su tío Martín le preguntaba algunas veces: "¿A quién de tus madres prefieres, a Margarita o a Julia?", el niño se quedaba pensativo, y sinceramente no sabía qué contestar.

Una tarde, en que él venía de la escuela, se cruzó, al llegar a su casa, con su tío Martín, que le dijo:

—Ven aquí, Luisito.

Y luego, bruscamente:

—Don Anselmo Barreto ha pedido la mano de tu hermana Julia y se va a casar con ella. ¡Señor Jesucristo! ¿Cómo? ¿Ella no iba a casarse con el ingeniero que está en Lima? ¡Tu padre lo ha aceptado! ¡La mejor señorita del pueblo, la más instruída, con ese mercachifle!...

El niño sintió que algo se le rompía en la entraña, afluyó amargura a su boca y se quedó quieto, sin decir una palabra...

El tío Martín le regaló algunas monedas, le hizo caricias y se marchó diciéndole:

—Anda, dile a tu madre que no la deje casarse.

Su hermana iba a desposarse con don Anselmo Barreto, a quien solía referirse a veces Fidel Vega, cuando se exasperaba ante las travesuras de su hijo: "Ese Anselmo Barreto sí que es una buena persona. ¡El hombre más formal del mundo! Se ha pasado veinte años de su vida vendiendo agujas, tocuyos y jabón, sin moverse nunca de su tienda. Y comenzó al centavo. Pero ya lo ven. Ahora maneja miles. Muchos miles. Allí está con su vida asegurada. Y muy respetado. ¡Sí señor! Eso es ser buena persona. ¡Y no los vagabundos!

El niño imaginó, en ese instante, la cara barbuda de don Anselmo junto a la de su hermana, y sintió un mortal escalofrío por la espalda. Su madre, que llegó en ese instante junto a él, lo tomó de una mano, lo llevó a una alcoba y le dijo a solas:

—¿Qué te ha dicho tu tío Martín?

—Que "ella" se va a casar con don Anselmo. — Y apretó el sollozo.

—Te lo voy a decir, hijo mío, pero no lo repitas a nadie. Tu hermana se casa con don Anselmo, porque el señor ingeniero que la hizo esperar ocho años de novia, desde sus tiempos de estudiante, se casó ya en otra parte con una millonaria.

Miró al niño, que estaba de pie, como si soportara todo el peso de la catástrofe; le tomó en brazos y se puso a llorar inconteniblemente:

—¡Pobre hija de mi corazón!

Desde ese día, el niño Vega tenía en el semblante la expresión del hombre sufrido. Y pensó que nadie en el mundo podría retenerle el día de la boda en Tugal.

Empleó todas sus artes de hablador y persuasivo, diciendo a dos chiquillos compañeros de escuela, traviesos y andariegos como él:

—¿Por qué no nos vamos un día de estos, lejos de aquí? Yo conozco el camino de Molinopampa. Y quien boca tiene, a Roma llega. Vamos a Pacasmayo. Mi padre dice que allí los chicos saben ganarse la vida lustrando zapatos y vendiendo periódicos. Vamos a Pacasmayo a conocer lo que es el mar. ¿No es cierto que para ser hombre de veras hay que poner la planta en la playa? ¿Qué dicen? ¿Qué dicen? Yo tengo cinco soles en mi alcancía. Y puedo llevar también la pistola de mi padre que está debajo de su almohada. ¿Cuándo nos vamos?

Los pequeños, entusiasmados, contestaron:

—El día que tú quieras.

—El domingo por la mañana. En mi casa están de boda. Diremos que vamos a bañarnos en el río y a traer capulíes.

—Muy bien.

Y así fué. El domingo por la mañana, los tres viajeros habíanse reunido a la hora convenida y habían tomado el camino hacia el lejano puerto de Pacasmayo con un capital común que llegaba a siete soles, una pistola y dos pequeñas bolsas de lona...

Hasta de sobra, para todo lo que duró el viaje: un día y una noche justa; cuarenta kilómetros de caminata por cerros empinados y quebradas pedregosas, alimentándose de fru-

tas frescas de los árboles, quesillos, comprados en las chozas de los campesinos, y pan de las exiguas mochilas. La obscuridad les sorprendió en un desfiladero desde donde veían dos lejanías infinitas y donde permanecieron sitiados por la tempestad, debajo de un pedrón enorme. El diluvio, los relámpagos y los truenos, el frío y lo desconocido se confabularon esa vez como para que los niños no olvidaran aquellas horas tenebrosas en todos los días de su vida.

Junto con las primeras luces del amanecer llegó a los oídos de los viajeros atemorizados un ruidoso galope de caballos. Luis Vega quiso esconderse. Pero sus lugartenientes fueron de otro parecer y prefirieron salir al camino.

Eran Martín Gálvez y otros jinetes del pueblo, que venían en busca de los precoces aventureros. Los hicieron beber un poco de aguardiente y los echaron al anca de sus cabalgaduras.

Casi todos los tugaleños se habían volcado a los caminos y a los alrededores del pueblo para encontrar, como fuera, a los fugitivos. Fidel Vega había tomado, en campañía de Anselmo Barreto, su flamante yerno, la dirección de los caminos que conducen al río Marañón. Y aun no había retornado cuando el niño llegó a su casa, en brazos de su tío, que, dejándole en un rincón de la sala obscura, salió en busca de su hermana Margarita.

Allí estaba, con sus ojos retintos de pajarillo nervioso, con su cuerpo de gamo y su morena palidez, hecho un desastre, en su vestido cubierto de barro.

Un ruido de cascos de caballo le hizo sobresaltarse y aguzar el oído.

A poco oyó la voz de su padre, que, bajando del caballo, gritaba enfurecido:

—¿Dónde está ese majadero? ¡Tráiganmelo aquí! Con esta rienda del caballo le voy a romper las canillas para que no se mueva más en la vida.

En ese instante, se oyeron también unos pasos leves, apresurados, y una voz de mujer que decía, no menos decidida:

—¡Castigar a la criatura! Nada sacas de eso, Fidel, ya lo sabes. ¡No lo toques, por favor!

—Nunca me dejas corregirlo como es debido. En fin, culpa tuya será que más tarde no sea más que un perdido, un vagabundo sin Dios ni ley.

—¡Vagabundo! ¡Hijo legítimo de tu sangre nació!

❦ ❦ ❦

Transcurrían los años. La vida seguía cumpliendo su tarea imperturbable en combinación estrecha con la muerte. En Tugal las gentes iban a la iglesia para los matrimonios y bautizos; al cementerio, para los entierros. Un día Fidel Vega se quedó exánime en el lecho. Luego bastaron dos metros cuadrados de tierra tugaleña para el reposo definitivo de sus ojos que tantos horizontes vieron, para la quietud de sus plantas que tanto caminaron. Sólo un año después le tocó el turno ineludible a Margarita Vega, y la tierra se abrió para recibir de nuevo lo que había sido una forma tranquila de belleza. Al cabo de quince años justos del último duelo, el tío Martín dijo a su sobrino Luis, que ya andaba por los catorce años:

—Una de tus madres se casó... Ya tiene otros hijos... La otra acaba de perder la vida... Yo sé lo que quieres, muchacho... Vamos a recorrer, pues, juntos las huellas que dejó tu padre. Yo las conozco muy bien. Podrías estudiar, en la misma forma que tu hermano, en colegios y universidades; pero algunos mortales aprenden más, mucho más, en los caminos del mundo, a cielo abierto. Y de esos eres tú. Tu patria será la tierra. Y a todas partes irás con el Dios y la ley que de tu madre aprendiste... Y no llores, hijo mío...

Lo cierto es que, el día del viaje, al dar por última vez la espalda al pequeño Tugal y su paisaje, ya en el desfiladero que abre paso al valle del Marañón, el muchacho sintió que algo maravilloso se agitaba en su sangre; algo que traía desde su nacimiento y que sería el mal de toda su vida: la mágica atracción de la lejanía y el asombro de mares y ciudades siempre nuevos que el autor de sus días llevara en los ojos cuando, quince años atrás, volvió al pueblo para darle vida. ◈

Aquí le contestamos

A. D., *Cerro de las Rosas.* — Puede usted escribirle a la Sociedad General de Autores de la Argentina, Santa Fe 1243, Buenos Aires.

J. ARGUMEDO D., *Rep. de El Salvador.* — LEOPLAN, como dijéramos en nuestro primer número, es una palabra obtenida de una combinación de sílabas sacadas de la frase "Plan de lectura".

DAVID GROSMAN, *Capital.* — El exceso de originales que esperan turno de lectura y publicación nos impide, por ahora, aceptar nuevas colaboraciones espontáneas.

INÉS, *Los Telares.* — Para ese fin puede usted usar unas gotas de glicerina, cada noche, cuidando de que la piel esté bien seca al aplicarlas.

LUIS A. DEL SOLAR CASTILLO, *Bernal.* — 1º: Existen, efectivamente, algunos métodos para el uso que usted indica, pero sería conveniente que especificara precisamente a qué semillas desea usted aplicarlos. 2º: Se trata de una modalidad impuesta por la dirección. Agradecemos sus elogiosos conceptos.

ENRIQUE FERNÁNDEZ VIÑES. — No conocemos a ningún violinista de ese apellido. En cambio, sí, al célebre pianista español Ricardo Viñes, que falleció en Barcelona en 1942 y que actuó en Buenos Aires en 1924, 1930, 1933 y 1934.

MANUEL A. SUELDO, *Rosario.* — 1º: Su pregunta está hecha en un tono tan general que resultaría tarea imposible determinarlo. 2º: Es una especie de "Ta-te-tí", cuyas reglas son un tanto extensas para explicar aquí. 3º: Es el domingo. En cuanto al argumento que usted cita, no debe olvidar que no es posible interpretarlo en su sentido llano, pues se trata, más que de palabras, de parábolas.

En esta sección contestamos todas las preguntas de carácter general que nos formulan nuestros lectores. No se devuelven los originales de colaboraciones espontáneas ni se mantiene correspondencia sobre ellas. La correspondencia debe dirigirse siempre a Esmeralda 116, Buenos Aires.

LA CLARA DEL HUEVO



RAMON LORENZO (Sgo. del Estero). — Con la clara de huevo que queda adherida a la cáscara cuando se la rompe, se puede fabricar adhesivos, apresto para papel y revestimiento de cueros. Esto quiere decir que la clara del huevo tiene múltiples aplicaciones y entra en la composición de varios preparados, como los que aquí consignamos.

RICARDO E. ORTIZ, *Capital.* — Como usted habrá podido comprobar, en el número anterior se publicó la novela de Vicki Baum que usted cita; en el presente número va, asimismo, la novela "Gloria para mí". Nos congratulamos de que su criterio coincida con el nuestro.

INÉS F., *Capital.* — En el Tiro Federal Argentino. Si no gratuito en el sentido estricto de la palabra, lo es en la práctica, pues la cuota es de diez pesos al año.

NICOLÁS MAROCCO, *Capital.* — En términos generales tiene estimables valores, en un género tan difícil. Sin embargo, a usted mismo no se le habrá escapado, sin duda, cierta vacilación en cuanto se trata de mantener el ritmo general de la obra.

LUIS NIEVES BONFANTE, *Rep. de Colombia.* — Lea la respuesta que damos en esta misma sección a David Grosman, de Capital. Por otra parte, el estilo de su trabajo no cabría en las páginas de LEOPLAN.

PESCATORE, *Jujuy.* — Lamentamos no poder dar curso a su pregunta, por cuanto en esta sección, y por razones fácilmente comprensibles, no damos direcciones comerciales. La fórmula de dicho producto está protegida por patentes.

PERLA DE JUNÍN. — 1º: No creemos que haya equivalencias entre una y otra carrera. 2º: En el Instituto Nacional de la Nutrición. Tanto en este caso como en el anterior, le aconsejamos que escriba directamente a las respectivas secretarías de una y otra institución.

AÍDA SAAVEDRA, *Capital.* — El ingreso es libre. Todos los demás datos, por ser de organización interna, debe requerirlos directamente en esa casa de estudios.

ERNESTO JUNCO, *Salta.* — Revise su colección de LEOPLAN y hallará detalladamente explicado el procedimiento. En caso contrario, vuelva a escribirnos.

PRECIOS DE SUSCRIPCION

"LEOPLÁN"

Anual.............. $ 14.—
Semestral........... „ 7.20

Estos precios rigen para todo el país, América y España.

Imp. Cía. Gral. Fabril Financiera, S. A. Iriarte 2035, Bs. Aires - Mayo 1948